

LA SACERDOTISA DE ISIS

Magia y misterio en Pompeya

Edouard
Schuré

EDICOMUNICACION, S.A.



**LA SACERDOTISA
DE ISIS**

Leyenda de Pompeya

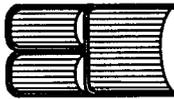
• *Colección Arcana* •

Édouard Schuré

**LA SACERDOTISA
DE ISIS**

Leyenda de Pompeya

El Amor es una videncia exaltada



edicomunicación, S.A.

Título del original en francés:

La prêtresse d'Isis

© Edicomunicación, S.A. (1995)

Traducción: Miguel Giménez Selles

Diseño de Cubierta: Alí Garousi

Edita: Edicomunicación, S. A.

Las Torres, 75.

08033 Barcelona (España)

Impreso en España /Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

I.S.B.N: 84-7672-734-8

Depósito Legal: B-31418-95

Impreso en:

Limpergraf s.a.

Del río, 17 - nave 3

Ripollet (Barcelona)

A MI QUERIDA MATILDE

*A LA QUE GUARDA
LA PIEDRA DEL HOGAR.*

*Psique no tenía alas
y lloraba en la noche.
Mas, desplegando las suyas,
el Amor le dijo: ¡Mira!
De un salto solo, en el azul
había desaparecido.
Y Psique, con un aleteo,
le siguió por el espacio.*

ES LA DUDA SOBRE EL VALOR DE LA VIDA Y DEL AMOR LO QUE LABRA LA DECADENCIA DE LAS CIVILIZACIONES.

La Personalidad humana y su supervivencia después de la muerte, por Myers (uno de los fundadores de la Sociedad Psíquica de Londres).

LIBRO PRIMERO

EL VELO

En el sueño se abre el ojo del espíritu.
ESQUILO

Capítulo I

¡HIMENEO! ¡HIMENEO!

—¡Himeneo! ¡Himeneo!

Modulado por voces virginales, el coro misterioso flotaba a lo lejos, al son de los sistros, las flautas y los címbalos. Traído por la brisa y entrecortado por confusos rumores, el himno ascendía desde el fondo de las calles. Ondulaba sobre los toldos, las terrazas, los jardines colgantes. Vibraba, amoroso y juvenil, en el aire cálido y se perdía en el límpido azul del cielo como el batir de alas ligeras. Las voces más sonoras, las palabras más distintas, llegaban ya a la plaza donde se paseaba todo un pueblo en fiesta.

—¡Himen! ¡Himeneo!

Y la multitud variopinta de los gladiadores, de los libertos y de los esclavos, de las mujeres y de los niños, apretujados en los escalones de la basílica, al ver llegar el cortejo nupcial por la calle de la Abundancia, repetía con un amplio clamor:

—¡Himen! ¡Himeneo!

Para presenciar el jubiloso espectáculo, la espuma y la élite de la ciudad se habían colocado en filas sobre el vasto foro flanqueado por cuatro templos, corazón y cima de la coqueta ciudad grecolatina, la Acrópolis de Pompeya.

La plaza formaba un largo rectángulo. En el extremo sur, los tres tribunales abrían sus portales de sombra, donde se elevaban los sillones curules de mármol blanco. A la izquierda, el templo de Apolo; a la derecha, las arcadas de la Curia y el templo de Augusto. Por doquier pórticos, altares, estatuas... Al otro extremo, al norte, en una terraza de dieciséis peldaños, se elevaba el templo de Júpiter. Reconstruido en piedra de lava y recubierto de estuco tras el último temblor de tierra, el

suntuoso monumento dominaba la plaza, la ciudad y la comarca. Sus columnas corintias, pintadas de púrpura en la base y estriadas de canelones rojos y negros, se expandían en capiteles multicolores como follajes con sus frutos. Los broqueles del arquitrabe relucían al sol entre los triglifos. En el frontispicio, un grupo de dioses polícromos fulguraba sobre un fondo de azul. Dos águilas con sus alas desplegadas vigilaban las acróteras. Una Victoria de bronce coronaba el edificio.

Solitario y majestuoso, el templo de pies ensangrentados, de frente de metal y luz, reinaba sobre la ciudad del placer. En él resplandecían el fausto y el poder de la Roma Imperial, adornada con los despojos del genio griego dominado. En él triunfaban la fuerza implacable como el rostro de César o la presencia del Destino.

Bajo el pórtico del templo, en lo alto de la terraza, tres hombres conversaban contemplando a la muchedumbre que se apretujaba en la plaza.

El primero, con una túnica rosa y palio azul, la frente coronada de mirtos, sus cabellos rubios y ensortijados, relucientes de aceite, gesticulaba animadamente hablando con su vecino, un individuo delgado provisto de un manto negro, corto el cabello, y la figura demacrada. El tercero se hallaba separado en el extremo de la terraza, descuidadamente apoyado con la espalda a la columna del ángulo del peristilo. La figura del joven tribuno militar se destacaba con una orgullosa elegancia contra el fondo rojo del macizo pilar. Vestía una amplia toga blanca, con anchas franjas de color púrpura, y en sus cabellos negros llevaba una ligera corona de bronce imitando las hojas de la encina. En el cortejo de senadores serviles, de sacerdotes enojados y de magistrados cínicos, su semblante era el único en el que se reflejaba el alma romana. Visto de cara, con su frente amplia y obstinada, los ojos profundos y fijos bajo sus cejas contraídas, la boca firme y el mentón saliente, parecía la máscara de un Bruto. Pero al contemplar el perfil fino y duro como una medalla romana, la nariz dominante y los apretados labios, era como un joven tíbero de treinta años. Aquella mirada ardiente bajo una frente de carnero, ¿cubría la libertad o la tiranía? Ninguno de sus amigos habría podido decirlo y tal vez él menos que nadie.

—Bien, Ombricio Rufo, tribuno primilar, tú que vuelves de Oriente cubierto de gloria, coronado por Tito y protegido por Vespasiano, ¿en

qué piensas? Al heredar a tu tío, el veterano, te has convertido en uno de los nuestros. Tú, el más virtuoso de los caballeros romanos, ¿qué opinas de nuestra ciudad, la perla de la Campania?

—Te burlas, Simmias —expresó Ombricio con amargura—. Ni mi virtud, ni mi gloria son envidiables. Obtuve una corona, sí, pero estoy en desgracia y la herencia de mi tío, una miserable casucha y un campo, no valen una taberna de Suburra. Respecto a esta ciudad, me parece muy pequeña.

—¿Cuál es, pues, tu formidable deseo?

—No lo sé, pero demasiado grande es mi ambición para satisfacerse con tan poco. Sí, tenté a la gloria y ella me ha traicionado y asqueado. ¿Pasaré la vida contemplando un Capitolio inaccesible?

—Prueba el placer.

—Me gustaría. Pero sería necesario que ese placer fuese vasto, lo bastante poderoso para concederme el olvido. ¿Dónde hallaría el néctar para apagar el fuego que consume mi médula?

—Mira esta ciudad que se extiende a tus plantas —indicó el griego opulento y locuaz, con el gesto de un orador hablando desde lo alto de la Esfinge—. Mira Pompeya, con sus palacios, sus baños y sus teatros. Roma, a su lado, no es más que una vieja matrona plagada de vicios, y Parténope es sólo una cortesana callejera. Esta es una hetaira griega que toca la cítara, que canta como las Musas y danza como las Gracias. Conoce las voluptuosidades, las letras y las artes. Y aquí te ofrece en un ramillete florido sus mimos, sus músicos y sus mujeres. Ramajes, flores y frutos, todo esto te pertenece, si quieres. ¡Mira y elige!

—Bien, sea —exclamó Ombricio, que al fin habíase separado de su columna. Y, golpeando la espalda de Simmias, continuó—: Hoy quiero elegir entre la gloria y el placer.

—¿Hércules entre el vicio y la virtud? —rió Simmias.

—Oh, no. El vicio sólo le ofrece a Hércules voluptuosidades banales. Yo necesito algo más. Deseo una sensación que borre el pasado, un placer que mate mi ambición. Quiero la alegría entera y sin nubes. A decir verdad, no creo que exista. Pero si alguna vez la tropiezo, la reconoceré por una señal.

—¿Cuál?

—Una sonrisa de verdadera felicidad en un rostro humano.

—Verás ciento por uno en ese día de fiesta.

—Lo dudo. He sondeado muchas miradas y muchos semblantes. Jamás encontré la verdadera alegría, sin mezcla alguna, infinita, que lo desafía todo. Si hoy la diviso, diré adiós a las legiones, al Foro y al César para convertirme a la religión de Epicuro. Pero —añadió Ombricio con una sonrisa de menosprecio—, estoy muy seguro de no encontrar a esa diosa.

—Chanza de sofista —interrumpió Calvo el estoico—. Vosotros habláis sólo de gloria y de placer, y olvidáis la filosofía, único camino de la verdadera felicidad.

—¡Chanza de retórico! —replicó Ombricio—. También yo creí en la virtud y en el soberano bien. De adolescente, amé como a mi padre a mi maestro Afranio, estoico como tú. Escuchaba sus lecciones como palabras divinas. Y se cortó las venas por orden de Nerón. ¿Cuál ha sido el resultado?

—Un gran ejemplo —respondió Calvo, sacando su brazo del manto negro y levantando el índice hacia el cielo.

—No nos perdamos el mejor momento del día —intercaló Simmias—. Llega la novia. Descendamos a la plaza.

Los tres amigos abandonaron apresuradamente el peristilo del templo, y el palio azul del griego, el manto negro del filósofo y la laticlavia blanca del caballero romano se fundieron con la multitud que aflúa por el otro extremo del foro.

Todo Pompeya ansiaba ver al pretor Helconio llevando a su hija Julia Helconia al templo de Júpiter para ofrecer en él el sacrificio del fuego, y conducirla acto seguido a la mansión de su esposo Helvidio.

Precedido por un coro de músicos y danzarinas, la carroza de la novia, tirada por dos caballos blancos adornados con guirnaldas de hojas, desembocó en la plaza. Todas las miradas estaban fijas en la joven. Con un peplo de lana blanca, la cabeza envuelta en un velo anaranjado que ocultaba completamente sus facciones, dominaba, ídolo mudo, a la bulliciosa multitud y al jubiloso cortejo. A ambos lados de la carroza dos jóvenes con clámides portaban antorchas de resina. Detrás del carro, unos niños patricios llevaban, en sus cestas de mimbre, la rueca, los husos, la lanzadera de marfil, instrumentos de la labor fe-

menina que la virgen se llevaba a la mansión conyugal. Después, venían las amigas de la esposa formando el coro de vírgenes. Marchaban luego los magistrados de facciones angulosas y macizas, arrastrando sus togas, las viejas matronas ataviadas como vestales bajo sus mantos, las bellas patricias con hermosos tocados, las jóvenes de cabellos perfumados y adornados con cintas multicolores.

El cortejo se detuvo en medio de la plaza. El pueblo se alineó bajo la varita de los lictores y formó un amplio círculo. Al instante clamaron la flautas, retumbaron los címbalos y el coro de vírgenes reanudó la estrofa. Al mismo tiempo, las danzarinas coronadas de hiedra y acanto, que precedían a la carroza de la novia, como las Horas preceden al canto de la Aurora, anudaron la ronda a su alrededor, al ritmo de la música. Con los pies ligeros y los pasos entrelazados bajo las transparentes gasas, componían como otra música. Y el himno triunfal, bailado y cantado delante del pueblo inmóvil, planeó sobre la ciudad:

¡Himen! ¡Himeneo!

La esposa vuela hacia el esposo
como Juno voló hacia Júpiter
cuando los dioses Eros e Himeneo
arriaron la blanca de ojos de azul,
coronada de jacinto y de rosas,
ruborizada como la Aurora

bajo el nubarrón donde reluce el rayo de oro.

¡Eros! ¡Hermoso Eros!

Ya reinabas antes del nacimiento del mundo.

Cantemos: ¡Himen! ¡Himeneo!

El himno parecía balancearse bajo los suspiros de la flauta, de los estremecimientos de los sistros. Las manos unidas de las Horas subían y bajaban en líneas serpentinadas. Los mantos multicolores revoloteaban sobre los chitones de graciosos pliegues. Desde lo alto de su carroza, la novia, grave como una diosa, arrojaba al viento retazos de un manto rojo que revoloteaba hacia lo lejos como leves llamitas. Y la muchedumbre se disputaba estos retazos como si fuesen talismanes de la buena suerte.

El pueblo, hechizado, calló súbitamente.

La novia descendió de la carroza y todo el cortejo ascendió hacia el templo. Ombricio, pensativo y sombrío, parecía oír aún las palabras del himno. Sufría su influencia sin entender el sentido, llegado de tan lejos... como el nadador sufre la ola que le sumerge sin ver la inmensidad del océano:

¡Eros! ¡Hermoso Eros!

Ya reinabas antes del nacimiento del mundo.

Cantemos: ¡Himen! ¡Himeneo!

¿De dónde, pues, venía ese estremecimiento de júbilo, ese grito de deseo, esa frenética llamada a la felicidad, surgida del fondo de las edades por los pueblos infantiles, embellecidos por el arte de poetas y sacerdotes? ¿Con qué fin corría a través de los siglos tenebrosos ese grito del que saltía la vida y del que escapaban las generaciones sin fin?

Ombricio contempló desde lejos a la novia que subía la escalinata del templo con su padre, a la cabeza del cortejo. Por el gran portal vio penetrar en la noche del santuario el velo flamígero, punto de mira de miles de ojos y pensó:

«Ese velo púrpura-anaranjado es el objetivo de todo esfuerzo humano, la corona del poder, el fruto de la vida... ¿O acaso no lo es? ¿Por qué divinizar a esta virgen ignorante que mañana será igual a las demás mujeres? ¿Hay detrás de ese velo una sonrisa de felicidad?»

Luego continuó, escéptico:

«Oh, luminosidad decepcionante del Amor, arropada con el velo rojo del Deseo, los hombres se arrojan sobre ti como los insectos enloquecidos van a la llama, pero sólo se queman la piel y consumen sus médulas. Miseria y pesar, decepción y repulsión, crimen y locura, esto encuentran en esa llama. ¡Oh, lámpara engañosa! ¡Oh, velo de fuego, impenetrable y devorador!»

Absorto en sus pensamientos, Ombricio se perdió entre el gentío. Mientras tanto, la familia salió del templo terminada la ceremonia; Helconia volvió a montar en su carroza y el cortejo se dirigió a la mansión del esposo. Las Horas, agrupadas de tres en tres, marchaban delante y las vírgenes, siguiendo detrás, entonaron la antístrofa:

¡Himen! ¡Himenco!
¡Oh, vírgenes, hermanas, trenzad guirnaldas!
¡Trencemos el jacinto y la rosa!
¡Tejed la danza de pies entrelazados,
los Dioses sonrían, las Horas danzan,
la viña florece, la rosa embalsama,
el mundo vuelve a empezar
cuando la esposa vuela hacia el esposo.
¡Eros! ¡Hermoso Eros!
El mensaje divino ha vibrado por los aires.
Cantemos: ¡Himen! ¡Himeneo!

Desde un rincón de la plaza, Ombricio seguía con la mirada la riada blanca de las togas magistrales, la llamarada móvil de los mantos flotantes de las Horas multicolores. Una emoción nueva oprimía su corazón. Esa muchedumbre le era extraña, extraños los magistrados, extraña la novia. Pero el esplendor del rito, la dignidad de las formas, la gracia de los movimientos hablaban de un orden sagrado, del ritmo eterno de las cosas. En vez de buscar lo imposible, ¿no sería preferible colocarse bajo la ley para ser sólo un eslabón de la gran cadena, una nota dócil en la armonía del universo?

En aquel instante, una litera, cruzándose con el cortejo, atravesó la plaza. Seis esclavos libios, con caras de fieras, llevaban orgullosamente sobre sus hombros el rico palanquín. Detrás de sus entreabiertas cortinas, se percibía a medias una soberbia mujer ataviada con una túnica violácea. Indolentemente acostada sobre sus cojines purpúreos, tenía en la mano un enorme abanico de marfil y plumas de pavo real. Un peine de oro, en forma de diadema, coronaba sus cabellos de un negro azulado, rizados en tres hileras de bucles. Con su nariz, de ventanas muy abiertas, aspiraba los perfumes esparcidos por el aire. Sus grandes pupilas, girando en sus órbitas, recorrían a la multitud como las de una pantera en reposo. La actitud altiva y la tranquila mirada testimoniaban una profunda indiferencia.

Ombricio no podía apartar la vista de aquella figura voluptuosa y altanera. Los esclavos apartaban a la gente con grandes gritos y rozaron al joven, cuando la dama, girando su flexible cuello, inclinó desde lo

alto de su litera sobre Ombricio su busto opulento y su cabeza imperial. Sus ojos, negros y sosegados como los del antílope salvaje, le lanzaron un agudo dardo acompañado de una ligera sonrisa.

Al mismo tiempo, una rosa de Paesto, arrojada por una mano furtiva, rozó la mejilla de Ombricio y se deslizó en el hueco de su toga.

—¿Conoces a esa mujer? —le preguntó Ombricio a Simmeas cuando la litera hubo desaparecido por la calle de Mercurio.

El acaudalado griego enarcó las cejas y su boca sensual se arqueó en una fría redondez.

—Es Hedonia Metella, una romana rica, viuda de un pretor, en busca de un marido, la mujer más disoluta y la más ambiciosa de Pompeya. Es digna de ti, sutil Ombricio, ya que los dos encerráis un alma insaciable bajo una máscara impasible.

Ombricio sonrió con apariencia de desdén, pero su alma se hallaba perturbada. De repente, por el aspecto del cortejo y de la velada novia, había recordado los más hermosos impulsos de su adolescencia por el deber y la virtud. Pero, bajo la mirada de la soberbia patricia, un vapor inflamado acababa de surgir de sus entrañas, ascendiendo a su cerebro. La voluptuosidad y la ambición, entre las que tenía que elegir, se le aparecían ahora en un solo hogar dentro de aquella mirada potente, pareciendo atraerle hacia un trono de delicias desconocidas. Y por ello, nacía un nuevo deseo, más acuciante que todos los demás.

—¿Quieres que vayamos a visitarla? —propuso Simmeas, que la conocía.

—¡No! —negó Ombricio con un gesto de espanto. Luego, añadió con una nota de tristeza que asombró al frívolo griego—. Es a la esposa a la que quisiera ver cuando el esposo levante su velo. ¡Tal vez vería en su cara la sonrisa de felicidad que busco en vano!

—Verás algo mucho mejor —le aseguró el estoico Calvo, que acababa de reunirse con sus amigos. Asiendo el robusto brazo del tribuno con su descarnada mano, añadió en voz baja y tono de misterio—: Cuando el flamen de Júpiter haya consagrado el matrimonio, se celebrará una fiesta íntima en honor de los esposos. A ella sólo han sido invitados los amigos más próximos de Helvidio. Él conoce tu nombre; bien, serás de los nuestros, pues eres digno de ello. Ya le hablaré de ti.

—¿Qué debemos hacer?

—Cuando el grueso de los invitados se marche, quédate junto a mí. Estaremos cerca de los íntimos en el hogar de los antepasados.

—¿Qué veré entonces?

—Un casamiento según el rito de Isis.

—¿El rito de Isis? ¿Qué es eso?

—Un misterio. Lo presenciaremos.

—¿Quién lo celebrará?

—El nuevo hierofante de Egipto llamado a Pompeya por los decuriones, a fin de reformar el templo de Isis. Le llaman Memnonés. Dicen que es asceta y sabio. Hace tres meses llegó a Pompeya con su hija adoptiva, Alciona. Todavía nadie ha visto el rostro de la profetisa, puesto que siempre sale velada. Esta noche lo veremos por primera vez.

—Sea —asintió Ombricio—, el destino me empuja. Dos vírgenes elegidas, la novia y la profetisa, me mostrará hoy su rostro y su alma libres de velos. Si no descubro en ellos la felicidad ni la verdad, es que Júpiter e Isis sólo son vanas palabras. ¡Vámonos!

—Os dejo con vuestros misterios —sonrió Simmeas—. Esta noche brindaremos por tu fortuna, Ombricio, y ya nos dirás cuál es tu lección delante de la misma Mirina y dos tañedoras de flauta. Hasta esta noche en mi casa.

Capítulo II

LA PAREJA ELEGIDA

Los servidores, que estaban de guardia delante de la casa de Helvidio, dejaron entrar a Calvo y su acompañante al vestíbulo, adornado solamente con una estatua de Minerva y un candelabro de bronce. Los dos amigos penetraron en el atrio de techo abierto y de columnas jónicas, que estaba repleto de gente. Bajo el pórtico de la izquierda se hallaban alineados los jóvenes, y bajo el de la derecha las vírgenes que debían cantar el epitalmio. La familia y los invitados se apretujaban en la segunda sala muy semejante a la primera, llamada peristilo.

Conducidos por un pariente de Helvidio, los recién llegados pasaron, no sin dificultades, a través de las amplias laticlavias de los magistrados, las sedosas capas femeninas y los pesados mantos de lana de las matronas, hasta el *aecus*, una especie de retiro semicircular de techo abovedado. Era el santuario familiar donde acababa de comenzar la ceremonia del casamiento.

En el centro, ardía una llama clara sobre un altar de mármol coronado de flores. Las estatuillas de marfil de los antepasados y las imágenes de terracota de los dioses Lares, colocados sobre estelas, formaban un semicírculo en torno. Detrás del altar, el flamen de Júpiter, un anciano con ropaje púrpura, alimentaba el fuego con granos de incienso vertidos de una patena de oro. La novia había levantado ligeramente el velo de su cara, y el novio le entregó el pan sagrado, el *farreum*, que partieron en dos pedazos, comiéndolos en tanto contemplaban la llama, mientras el sacerdote murmuraba unas palabras incomprensibles en latín antiguo. Después bebieron por turnos una copa de vino mezclado con miel, y arrojaron un sorbo al fuego. Por dos veces la llama crepitó,

lanzando una lengua de fuego más viva. Entonces, los novios se dieron la mano, mirándose fijamente.

El flamen pronunció en voz alta:

—En el nombre de Júpiter, de los dioses Lares y de la llama del hogar, yo os uno. Por el pan compartido, por el vino bebido, por el fuego atizado, sois esposos. Julia Helconia, eres ya la mujer de Marco Helvidio. Sus dioses son tus dioses, su casa es la tuya, sus parientes tus parientes, sus amigos tus amigos. Quedáis unidos por el derecho humano y el derecho divino.

Entonces, el esposo, con un gesto delicado, alzó el velo de la esposa y le cogió ambas manos. Permanecieron inmóviles, los ojos en los ojos. El sacerdote roció sobre la pareja el agua lustral y unas gotas más con estas palabras:

—Júpiter, el dios del hogar y los juramentos, puede solamente desunir lo que ha unido.

Un silencio religioso planeaba sobre la asamblea. Todos seguían el rito sagrado con un profundo recogimiento, como si cada palabra del flamen tuviese el poder de un encantamiento mágico. En aquel momento, era como si el alma de los antepasados estuviese presente en las imágenes de marfil alineadas en semicírculo en torno al altar doméstico y que, mediante la llama del hogar, transmitiesen su voz, su virtud, su potencia, a la pareja encargada de continuarlos en la cadena infinita de las generaciones terrestres.

Mientras tanto, Helvidio había conducido a su esposa hacia un nicho lateral, situado entre el peristilo y el templo de los Lares. Dos asientos tapizados con piel de cordero se hallaban dispuestos encima de tres peldaños. Hizo sentarse a la joven en aquel trono doméstico. Julia Helconia, ya despojada de su velo de novia, presentó su cabellera levantada sobre la frente en forma de torre, como las vestales. Llevaba una corona de verbena, símbolo de la pureza virginal. Sus cabellos estaban atravesados por una flecha de oro, símbolo de la potencia conyugal... Una inefable sonrisa suavizaba sus facciones firmes y nobles. Helvidio, con su barba y sus cabellos rizados, su mirada lúcida, su frente amplia, recordaba a los portaantorchas saludando a la diosa en las festividades de Eleusis.

Admirando a la pareja, Ombricio experimentó un sentimiento de

envidia. Sufría al no gozar de tal felicidad y aún más por saberla inaccesible a su carácter.

El flamen de Júpiter desapareció. Después de las felicitaciones y las despedidas, la familia pasó al atrio donde los esclavos circulaban discretamente, llenando de vino las copas de los invitados. Una docena de amigos se quedó en el peristilo para asistir al rito de Isis. Era ya de noche y sólo una lámpara suspendida en el techo por una cadena de cobre iluminaba el templo doméstico.

A una señal del amo de la casa, una esclava abrió una puerta del fondo del santuario de los Penates, que daba al *xylos* o jardín secreto.

Entonces entró un hombre de edad madura y aspecto austero. Así de la mano a una virgen seria, vestida como él con ropas sacerdotales de los templos de Egipto.

Eran Memnonés y su hija adoptiva, Alciona.

Memnonés llevaba la túnica de lino de los sacerdotes de Isis y la piel de leopardo echada sobre su hombro derecho. El hierofante era de alta estatura y de una delgadez imponente. Frente prominente de sienes ensanchadas, cabellos rasos y grises, nariz recta, boca estrecha, mentón puntiagudo. Un cerebro volcánico, dominado por una fría voluntad, había tallado aquel semblante enérgico, que arrojaba frecuentes relámpagos por sus ojos emboscados bajo el arco ciliar. En la mano derecha la cruz ansata,¹ signo distintivo de los sacerdotes de Isis y Osiris. Símbolo de la Iniciación, esa llave de los misterios estaba hecha de oro y plata, metal que los griegos llamaban *argyrokruśeen*.

La joven, a la que él llevaba de la mano derecha, formaba con su maestro el más gracioso y seductor de los contrastes.

Su ropaje era el de Isis. La túnica amarillo pálido, con largos pliegues rectos, dibujaba castamente su talle hierático. Un *klaf* azul era el tocado de su cabeza. Sus alas replegadas, como las de un ave, ocultaban por entero sus cabellos. El *oreus*, una serpiente de oro macizo, coronaba su frente. En su cuello, de una blancura nacarada, oscilaba una figurita de basalto negro, suspendida de una cadenita a un collar de ópalo. El

¹ Cruz egipcia o *ankh*, formada por una cruz Tau con un círculo o asa en la parte posterior. [N. de T.]

semblante, de facciones amables, era el de una Psique curiosa y huraña. Los ojos, lámparas veladas, relucían dulcemente, como buscando algo en lontananza, más allá de la sala y de sus asistentes. Llevaba una cesta de flores.

Memnonés hizo sentar a Alciona frente a los recién casados, a la izquierda de la cámara nupcial, abierta ya, dejando ver en su profundidad un lecho de marfil adornado con rosas.

La aparición de la sacerdotisa sorprendió a Ombricio por su encanto insinuante y puro. La estudió con suma atención. Tranquilamente sentada, las manos cruzadas sobre el regazo, la cabeza hacia atrás y apoyada al muro, contemplaba a la pareja elegida. Su mirada horizontal se deslizaba a través de sus párpados de largas pestañas. Una leve palpitación de las ventanas de la nariz y la respiración más acelerada de su pecho bajo la túnica traicionaban solamente su emoción interior. Con la cabeza echada atrás, su perfil caprichoso, la punta de la nariz levantada, parecía una virgen extraviada en un bosque sagrado, olisqueando bajo el espeso follaje el perfume opresivo de un dios desconocido.

De repente, sus párpados se cerraron. Alciona dormía profundamente.

Entonces Memnonés, situado ante el altar familiar, teniendo en su mano la cruz, habló con voz lenta y grave:

—A tu llamada, Helvidio, te traigo, así como a tu compañera, el saludo de Isis, el saludo de paz y luz. La verdad sublime habita en un lugar inaccesible, pero unos rayos suyos han llegado a la tierra. Como una virgen intangible, la verdad casta y esplendente reluce en el fondo de las edades. Duerme en los templos, despierta a la voz de los profetas y sólo habla a sus elegidos. A vosotros, pues, su rayo de júbilo y esplendor, a vosotros el mensaje de Isis.

»Acabáis de ser unidos según la moda terrenal y para la Tierra. Pero yo he de uniros según el modo divino y para el cielo, de acuerdo con vuestra voluntad. Hoy es para vosotros el día de la prueba, la hora decisiva. ¿Sois verdaderamente una pareja elegida, predestinada? Son muy pocas las parejas semejantes entre los millares de esposos y amantes. ¿Acaso vuestro sueño no es sino un espejismo del deseo te-

rrenal, un vapor de vuestros sentidos turbados, como el de las innumerables parejas que sólo se unen por un momento? Si estáis maduros para el himeneo eterno, si estáis dispuestos no sólo para las acciones de la carne sino para las creaciones divinas, es preciso que os hable la Voz de lo alto y que vuestro corazón le responda. La Voz de lo alto hablará si quiere hacerlo, por boca de la profetisa. Pues bien, prestad oído atento... y elegid. Porque el alma del iniciado es libre, libre como el fuego en el aire.

»Mas antes escuchad el mensaje.

»Las almas son hijas de Osiris, el Espíritu divino, y de Isis, la luz celeste. Centellas brillantes fueron concebidas por la luz increada y fecundadas por el Fuego creador. Devoradas por el deseo de vivir, descienden a la Tierra y se encarnan en mil formas, después remontan ligeras al cielo natal para volver a bajar, semejantes a las gotas de lluvia que bebe el Océano y que reabsorbe el Sol. Pero tanto si gozan como si sufren, si cantan o gimen, adoren o blasfemen, todas aspiran a entrar radiantes en la primera fuente, en la noche suntuosa y sagrada, donde ya no hay freno ni deseo, límites al saber, allí donde Isis y Osiris se confunden en un vasto océano de luz sonora y vivificante.

»Los senderos de las almas a través de los mundos son más diversos que el vuelo de las golondrinas. Hay miríadas de almas que flotan inciertas y perezosas, en un limbo turbado, en una eterna penumbra. Hay millares que se sumergen en el mal, que se dejan absorber por las tinieblas y penetran en los elementos. Hay, no obstante, algunas cuya fuerza aumenta en la lucha, cuyo débil resplandor se condensa en el abismo tenebroso. Éstas, de esfuerzo en esfuerzo y de vida en vida, ascienden hacia la pura fuente de la inmortal Aurora y se sumergen en la Luz materna que el Fuego creador jalona con incesantes relámpagos. Desde entonces, participan de los poderes divinos y del gobierno del mundo.

»Igual que los cuerpos, las almas tienen sexo. Son masculinas o femeninas, según posean más del Padre, el Espíritu Creador, o de su Madre, la Luz viva y plástica. Destinadas a completarse y a vivir por parejas, para reflejar al Ser perfecto, cada una busca a su compañera inseparable, mas ¡ay! ¡con cuántos errores!, ¡en medio de qué tormentos!, a través de cuántas tentativas abortadas y de vidas dolorosas...

»En la Tierra pocas son las parejas perfectas. Felices el hombre y la mujer que al encontrarse han sentido en el fondo de su ser el estremecimiento de un recuerdo divino. ¡Feliz el esposo que ha reconocido y saludado a la esposa inmortal! Su abrazo será sagrado. Nada podrá desunirlos, nada conseguirá abatirlos. Porque llevan en sí mismos la llama de la sabiduría, la ciencia del amor, el fuego creador, el poder de sentir, de comprender, de otorgar la felicidad.

»¿Sois de éstos, oh altivo Helvidio, y tú, intrépida Helconia? ¿Os sentís valientes para prestar el gran juramento? ¿Poseéis la audacia de desafiar a todas las potencias en nombre del poder del alma, de no temer ni a las serpientes del odio, ni a las injurias, de consagrar vuestro amor a la obra divina, de ser aquí abajo la pareja elegida, prestigiosa?

»Si es así, unid vuestras manos sobre el anillo nupcial, sobre el signo de la vida inmortal, sin temor a ser abatidos por el fuego celestial que nosotros invocamos.»

Helvidio y Helconia se habían puesto de pie, la mano en la mano, pálidos de emoción. Se mostraban resueltos al acto solemne, pero en su actitud se leía una última vacilación, como si el gesto que iban a efectuar pudiera precipitarlos desde las riberas del tiempo al abismo de la eternidad.

En aquel instante, la mirada de Ombricio fue atraída por un movimiento de Alciona.

Dormida en su asiento, la cabeza contra el muro, la joven sacerdotisa no se había movido hasta entonces. De pronto, sufrió un sobresalto y se llevó ambas manos a las sienes. Con los ojos aún cerrados, su rostro expresaba una terrible angustia. Movía los labios como pronunciando palabras incoherentes. Memnonés se dio cuenta de ello y yendo hacia ella le puso un dedo en la frente con la autoridad del maestro para ahuyentar la aterradora visión. Pero la joven le rechazó con un ademán violento y se empinó sobre sus pies, gritando con voz imperiosa:

—¡Dejadme todos!

Bajo este movimiento impetuoso, el klast que cubría su cabeza cayó al suelo. Los bandós de su cabellera, enrollados en moños, recayeron sobre su cuello en ondas leonadas, esparciéndose por sus hombros en anillos dorados. Sus brazos desnudos se tendieron como para abarcar el

espacio. Sus ojos, ya abiertos, dilatados y hundidos por la condición visionaria, adoptaron una expresión de espanto. Otra alma había surgido dentro de la joven. Ya no era la tímida virgen sino la Pitonisa poseída por su dios.

Memnonés retrocedió.

Entonces, con una voz jadeante pero rítmica y musical, como las cuerdas de la tiorba que tañen en cadencia bajo los dedos de las palades cuando el sacerdote entona el himno sagrado, Alciona empezó a pronunciar palabras entrecortadas por suspiros:

—¡Oh, desdichada ciudad! ¡Pompeya! ¡Pompeya!... Ciudad de las capas blandas y de las bellas pinturas... ciudad del placer y del olvido... donde Roma se deleita... donde el Crimen y la Voluptuosidad se acuestan juntos sobre cojines de púrpura... proyectando nuevos delitos... ¿cuál es tu destino? ¿Qué arma de fuego te amenaza? ¿Qué manto de tinieblas te envuelve?... Ah, tú ríes, danzas, triunfas... como una Bacante orlada de pámpanos, una venda en tus ojos... Pero nada, nada puede arrancarte a tu destino. Oh, esos manteles inflamados... y luego la noche, la noche espesa... y la tierra que tiembla en sus cimientos... el trueno en lo alto... y el trueno debajo... más terrible aún... Y todos esos fugitivos... todos esos muertos... Esa ceniza que cae sobre los brazos... sobre la cabeza... en la garganta... ¡Ah, me ahogo!...

Pronta a desmayarse, la profetisa se tambaleó. Memnonés la recibió en sus brazos. Tenía la cabeza doblada como una espiga cargada de grano bajo el impulso del viento. Memnonés tocó su frente con la cruz ansata. Bajo el frío del metal la joven se calmó súbitamente y, tras incorporarse con lentitud, continuó apoyada en el hombro de su maestro.

—¿Por qué, padre mío, por qué, oh Memnonés, me has traído aquí, a este antro de perdición? ¿Tan lejos... oh, tan lejos del Nilo sagrado de apacibles meandros? ¿Por qué ofrecerme en sacrificio a tu ciencia, oh maestro insaciable, y arrojarme en holocausto a la ciudad maldita?... Pues puedes ver, más allá de la puerta de la ciudad, en la senda de las tumbas... que humea mi lecho nupcial... alto como una pirámide... y yo estoy acostada encima... aguardando a mi esposo... Y el incienso que arde al pie del lecho, sube como una serpiente azulada al cielo... y se mezcla al humo negro del volcán...

Al pronunciar estas palabras enigmáticas, Alciona se desprendió de los brazos de Memnonés. Un júbilo radiante inundó su cara transfigurada por el éxtasis. La joven elevó los brazos en la actitud del pájaro a punto de emprender el vuelo. Y como siguiendo una lejana y maravillosa aparición, cantó más que dijo:

—¡La barca!... ¡La barca de Isis!... Flota en el cielo inmenso... Desciende hacia nosotros... Ah, qué hermosa y luminosa... la barca ligera, aérea... La diosa está sentada en la popa... y sujeta el timón... Y de pie en la proa... ¿quién es este bello remero? ¿Eres tú, mi Genio... mi Amado... Anteros? Ah, me hace un signo... Sí, ya vengo...

Alciona, en el colmo de la emoción, estuvo a punto de desmayarse de nuevo. Memnonés volvió a sujetarla. De repente, animada por una súbita energía, volvióse hacia los esposos. Su voz imperiosa ordenó:

—Sois la pareja elegida... Unid vuestras manos sobre la cruz ansata... Pronunciad el gran juramento... y subiréis a la barca... por millones de años... ¡Venid!

Helvidio y su mujer se aproximaron como atraídos por un imán.

Sus manos asieron el anillo crucial y las juntaron sobre el mismo. La cruz resplandeció y el oro argentado del metal, iluminado por la lámpara de arriba, arrojó relámpagos pálidos en torno a las manos nupciales.

Con voz llena de virilidad, Helvidio pronunció la fórmula:

—¡A ti por la eternidad!

Helconia añadió con voz dulce pero firme:

—Donde tú estés, Helvidio, yo estaré, Helvidia.

Alciona, apretando convulsivamente ambas manos con la suya fluida, fuerte como un torno, exclamó con solemnidad:

—Para vosotros el Amor, la Luz y la Alegría... Para mí la Angustia, las Tinieblas... la Muerte.

Después, con la cabeza hacia atrás, los brazos tendidos al cielo en desesperación, gritó:

—La barca remonta... desaparece... Anteros me dice adiós... ¡Me abandona!... ¡La tierra vuelve a apoderarse de mí!...

Un sollozo desgarrador acompañó las últimas palabras. Sostenida por Memnonés, Alciona cayó inerte y helada sobre su asiento. Sus ojos estaban nuevamente cerrados. Un profundo letargo había sucedido a su

éxtasis. Helvidio, su esposa y sus amigos formaron un círculo a su alrededor para prodigarle sus cuidados. Pero Memnonés los apartó.

—No os inquietéis. Traed agua lustral. La rociaré con suavidad y, dentro de unos minutos, despertará sosegada, sin el menor recuerdo de lo que ha pasado.

Ombrecio había seguido con atención la extraña ceremonia del casamiento místico y los transportes todavía más extraños de Alciona en medio de un remolino de emociones contrapuestas. La sorpresa y la curiosidad, la ironía y el estupor se sucedieron en su ánimo. Pero, pese a una sorda rebelión, acabó por sufrir una invencible fascinación. No creía ni en los dioses ni en el alma inmortal. No le gustaban los sacerdotes, a los que consideraba impostores o imbéciles. ¿Mas cómo dudar de la profetisa y del esplendor de su éxtasis? La transformación que había tenido lugar en toda su persona le asombró primero. Después, la belleza maravillosa de sus actitudes, el impulso vertiginoso de su palabra alada lo elevó a regiones ignotas. El sentido de sus oráculos y de sus visiones no lo comprendía, pero en su faz radiante ¿acaso no había divisado el reflejo de otro mundo? Sí, ese júbilo sobrehumano que buscaba en vano, la sonrisa de esa felicidad divina, los había visto brillar momentáneamente en ese semblante de virgen transformada en Pitonisa, y luego extinguirse como un rayo de sol en el océano de las nubes ahuyentadas por la tempestad. Ah, ¿cómo penetrar en ese santuario? ¿Cómo franquear el umbral de ese alma? ¿Cómo conseguir ese rayo? ¿Ah, qué no hubiese dado en aquel momento por una sola mirada de Alciona!

Bajo el aguijón de sus pensamientos, Ombrecio pasó al atrio, cuyas puertas habían vuelto a abrirse. Había caído la noche. Las estrellas parpadeaban por entre el techo abierto del impluvio. Los músicos y los portaantorchas daban vueltas en torno a las jóvenes que debían cantar el epitalamio. Los esclavos pasaban entre los invitados sorbetes de frutas y nieve. Circulaban las copas de vino en medio de las conversaciones bulliciosas y las risas ligeras. Ombrecio cruzó apresuradamente por entre ese gentío y llegó al vestíbulo donde se apretujaban los libertos y los clientes, y se situó detrás del gran candelabro. Allí estaba seguro de volver a ver a la sacerdotisa cuando saliera.

No tardó en aparecer junto con Memnonés. Alciona, la cabeza desnuda, los bandós de sus cabellos ya en su sitio, había vuelto a adoptar su aspecto de Psique temerosa. Las antorchas, que le acercaban para verla mejor, destacaban su palidez de alabastro y encendían llamaradas en los anillos de sus cabellos rojizos. Las jóvenes, supersticiosamente, tocaban la túnica y besaban su mano. Triste y callada, ella entreabría los labios en una sonrisa lejana.

Ombricio, emboscado a su paso, detrás del candelabro, la contemplaba con el intenso anhelo de penetrar el misterio de su alma y de hundir en ella su mirada. Cuando estuvo a tres pasos del joven, la sacerdotisa descubrió su mirada ardiente y fija. Se detuvo y se estremeció, con las pupilas llenas de temor. A su vez, las de Ombricio, como asustadas de su propia audacia, adoptaron una expresión de angustia y, con un movimiento involuntario, juntó sus manos en actitud de súplica. Al momento, la mirada de Alciona se suavizó y su boca traviesa, su boca de labios delgados y sinuosos, esbozó una sonrisa de piedad. En esa sonrisa dejó escapar un ramillete de lotos. De un salto, Ombricio lo recogió y se lo devolvió, la frente curvada, los ojos en tierra.

Cuando se incorporó, dando un paso atrás, vio ruborizarse a Alciona, con los ojos también bajos. Con un ademán protector, Memnonés cubrió de nuevo la cabeza de su pupila con el klaft y la arropó cuidadosamente con un gran manto gris. Al mismo tiempo, echó una mirada penetrante hacia Ombricio. Luego, el sacerdote de Isis y su profetisa salieron con paso lento de la mansión nupcial, por entre los esclavos y esclavas arrodillados.

Durante todo ese tiempo, las vírgenes cantaban el epitalamio bajo el peristilo, al son grave de las liras y con la melodía dórica:

¡Himen! ¡Himeneo!
Sentada en el lecho, adornada con flores
como un altar,
la esposa a su esposo sonrío, bajos los ojos.
Agitemos las antorchas, sacudamos las rosas;
el ojo se enciende, apaguemos las llamas.
En el silencio de los besos,
los corazones ya no tienen velos.

¡Eros! ¡Hermoso Eros!
Bajo la capa del amor yergue tu clara llamarada.
Cantemos: ¡Himen! ¡Himeneo!

La noche transparente resplandecía sobre Pompeya, cuando Ombricio salió de la mansión de Helvidio para entrar en la suya. Se hallaba demasiado emocionado para dirigirse a casa de Simmias a contemplar la danza de una mima. Las tiendas estaban cerradas, los *velums* ya plegados en las terrazas. Los pocos transeúntes, envueltos en sus mantos, recorrían las calles desiertas con sus linternas difusas. De cuando en cuando surgían gritos y cantos báquicos de las tabernas, y en los jardines sombríos flotaban por doquier voces vagas y los moribundos sonidos de liras o de flautas. Harta de placer y cargada de sueño, la ciudad se adormecía, mientras miradas de estrellas excavaban con sus rayos chispeantes la bóveda infinita del firmamento.

Invadido por una emoción sobrehumana que jamás había experimentado, Ombricio pensaba: «¿Qué me ha sucedido? ¿Van a cambiar de ruta mi pensamiento y mi existencia? ¿Se ha ensanchado de repente el universo? ¿Existe otro tras ese mundo visible? ¡Ah! ¿quién lo sabrá jamás? Un velo espeso y negro cubre el secreto de la vida. Mas he aquí que una virgen aparta ligeramente el velo con su mano fluida... ¡y por la abertura surge un rayo deslumbrante! ¿Dónde hallar esa luz sino en los ojos de Alciona? ¿Pero volveré acaso a verla?»

Atravesó el foro vacío que sólo poblaban, en el silencio nocturno, las estatuas inmóviles de los cónsules y los emperadores. Al llegar al arco monumental echó una mirada hacia las montañas, el mar y el cielo, como para consultarlos en su angustia interior. El cono grisáceo del Vesubio, coronado por una luz rojiza, humeaba levemente. El amplio golfo tendía como brazos vaporosos sus dos orillas apenas visibles hacia la inmensidad. Los astros parpadeaban con sus fuegos engañosos. Espléndido e impenetrable, el universo se burlaba del inquisidor, ocultando bajo su mágica belleza el misterio sublime y terrible de las cosas.

El velo había vuelto a caer.

Capítulo III

OMBRICIO

La mansión de Ombricio, heredada de su tío el veterano, se hallaba fuera de Pompeya, a corta distancia de la puerta del Sarno, en medio de un campo de viñedos y olivares. Una casucha en ruinas servía de vivienda al granjero y a tres esclavos que cultivaban la tierra. Se accedía a la mansión del amo por un pórtico de piedra de lava sin estilo. El interior era mísero y triste. En los muros decrepitos de columnas resquebrajadas, pendían espadas oxidadas, escudos agujereados, recuerdos de lejanas guerras. Al fondo, una estatuilla de Augusto, a la que el veterano rendía culto. A la izquierda, el estrecho dormitorio con un lecho de campaña. A la derecha, una sala un poco mayor, con una mesa, unos asientos de madera y un hogar, servían a la vez de cocina y comedor.

Fue allí donde Ombricio se sentó al entrar en su casa, después de reavivar el fuego con unos sarmientos secos y encendido la lámpara de terracota que colocó sobre la mesa, al lado de un plato de garbanzos que no había tocado desde aquella mañana. Aquel día y su noche habían removido en su interior todas las cenizas del pasado. Su primer sentimiento fue la amargura contra su pobreza, la rebeldía salvaje contra la injusticia del destino. Pero los pensamientos fulgurantes que habían surgido de su alma tumultuosa, le impulsaban a encerrarse en su cubil para pasar toda su existencia en revista y tratar de sondear su porvenir.

¡Ah, qué conflictiva, tempestuosa y turbadora era esta vida! Ombricio era hijo de un veterano de Tiberio, armado caballero romano, que poseía unas tierras en Túscolo, y de una liberta. Su triste infancia pasó bajo el reinado sangriento de Nerón. La adolescencia de Ombricio se vio ensombrecida por el ambiente de orgías y crímenes monstruosos que emanaba a la sazón del trono de los Césares y que pesaba sobre el

universo como una nube emponzoñada. Y no obstante, esa adolescencia era la parte más pura de su vida, la única iluminada por un rayo de luz. Como deseaba dedicarse a la elocuencia, siguió las lecciones de los retóricos de Roma, pero su verdadero maestro fue Afranio, un viejo filósofo estoico que vivía en una casa aislada de las montañas de Túscolo, donde instruía a varios discípulos.

Delante de ese pobre y miserable hombre, exiliado de Roma por Nerón, que se alimentaba con cebollas y pan seco en una choza de campesino, experimentó las más elevadas emociones de su juventud, el puro impulso del alma, aún no manchada, hacia la virtud. El día en que Afranio desarrolló ante él y otros jóvenes el pensamiento madre de la filosofía de Zenón, que el único bien del alma está en su libre arbitrio, que el bien soberano consiste en el imperio que el alma ejerce sobre sí misma, penetró en su espíritu una nueva idea del hombre y de la vida. Más tarde, dirigiéndose Afranio directamente al joven de dieciséis años, exclamó:

—Ombricio Rufo, si deseas ser feliz, si deseas ser libre, si deseas tener grande el alma, renuncia a todo. Lleva bien erguida la cabeza ya que estarás liberado de toda servidumbre. Atrévete a elevar los ojos a Dios y a decirle: «¿Haz de mí lo que quieras!»

Ante estas palabras, Ombricio se estremeció con un orgullo muy viril. Otro día, le preguntó al maestro si no añoraba la Roma de donde lo había desterrado Nerón. Entonces, Afranio le mostró en el horizonte las siete colinas de la Ciudad Eterna que, desde las alturas de Túscolo parecían más pequeñas que simples montículos, diciendo:

—Si comprendes el pensamiento del que gobierna el universo, si lo llevas por doquier en ti mismo, ¿puedes añorar algunos pedruscos y la hermosura de las piedras?

El joven discípulo se maravilló ante la fuerza del maestro y su alma le pareció más grande que esa Roma de la que Nerón le desterraba y que el maestro tan bien sabía despreciar. Pero lo que elevó al colmo de la admiración a Ombricio, por su maestro, fue un valor igual a su doctrina. Muy por encima de los cuadros de batalla, de los combates heroicos, en los que él mismo tomó parte poco después, una escena que sucedió en Túscolo, quedó grabada en su memoria como el apogeo de lo patético y de la nobleza humana.

Cierto día, unos campesinos amedrentados corrieron hacia la vivienda del filósofo, gritando:

—¡Huye! ¡Huye! ¡Te buscan un centurión del César con dos lictores! Era la muerte casi segura. Pero Afranio respondió con calma:

—Mostradle el camino.

Acompañado de sus discípulos se presentó al centurión a la puerta de su choza y le dirigió estas palabras:

—¿Qué quieres de mí?

—El César te pregunta a ti, que no le temes, cuál es tu mejor defensa.

—Ésta —replicó Afranio, sacando de entre los pliegues de su túnica un puñal que siempre llevaba consigo.

—¿Te servirás de este puñal contra él?

—Sólo contra mí, si se opondrá a mi palabra o a mi libertad.

—¡Vamos, dámelo! —exclamó furioso el centurión, arrancándole el puñal al estoico.

Los discípulos palidieron, creyendo que el enviado de Nerón iba a matar a su maestro. Éste no se movió y dijo con serenidad:

—Dale las gracias al César que al fin me da la libertad.

Pero el pretoriano le devolvió el arma al filósofo, sonriendo ambiguamente.

—¡En. Pronto necesitarás este puñal. El César sólo ha querido ponerte a prueba, pero si vuelves a verme no esperes piedad.

Cuando desapareció el emisario de Nerón, los discípulos se hincaron de rodillas ante el maestro besando los pliegues de su manto remendado. Él los levantó con dulzura y les prohibió hablar nunca más de aquel incidente. Luego, se sentó al borde de la terraza suspendida en los flancos de los Apeninos, de donde la vista abarcaba la inmensidad del Lacio hasta el mar, y la otra inmensidad del espacio que invadía ya el crepúsculo. Y durante gran parte de la noche, bajo los lejanos luceros del firmamento, Afranio les habló a sus discípulos del Bien Soberano, de la Providencia y del Alma del Mundo en la que el alma humana se absorbe con felicidad después de la muerte, cuando sólo ha vivido de acuerdo a la ley divina.

Aquella noche, Ombricio se prometió ser digno de su maestro. Pero esta resolución no duró mucho. Muy poco después, el joven, hallándose

en Roma, supo que su maestro había sido decapitado por los sicarios de Nerón, quien hizo llevar la cabeza a su presencia. El tirano tuvo el capricho de dialogar con el sabio de esta guisa, ya que, diciendo él la última palabra, estaba seguro de haber vencido a su adversario. Al mismo tiempo, todos los filósofos fueron exiliados de Roma. Consternado por tal catástrofe, Ombricio se preguntó de qué servía todo el valor. En su rebeldía contra el destino humano, se compadeció de su maestro y dudó de su filosofía. El pensamiento abstracto de que no es posible reformar al mundo le pareció algo vano. Y así, se prometió conquistar bastante poder, a fin de disponer él también de la vida y de la muerte y de hacer justicia a su libre albedrío. Y de este modo abrazó con furor la carrera de las armas.

Se alistó en el ejército de Vespasiano, y luego en el de su hijo Tito que mandaba en Oriente. Conoció el esfuerzo viril de la vida militar, sus alegrías varoniles y sus torturas, los duros ejercicios, la vigilia en los campamentos, las fatigas sin fin y el enfado de obedecer a jefes implacables, pero también el placer de la fuerza poseída, la excitación del peligro, la emoción de las batallas y la embriaguez de la victoria. Conoció, sobre todo, el júbilo de mandar cuando lanzaba o retenía a su cohorte en el combate. Como el instinto de conservación constituía el fondo de su carácter, se despertó en él una ambición devoradora.

Era preciso, pensaba, adquirir mucho poder para ser más poderoso que Afranio y vengarle aplastando a sus enemigos. Obtuvo fácilmente el grado de tribuno primipilario¹ en una legión de Tito, en el sitio de Jerusalén. Ya se veía cerca de los máximos honores cuando una imprudencia trastornó de repente su audaz esperanza.

En un combate en Siria, el general, que mandaba la legión, quedó muerto en el campo de batalla. Ombricio saltó sobre su caballo, tomó el mando y alcanzó la victoria. Al momento, los soldados lo aclamaron como su general. En aquella época, en que cada legión pretendía tener su César, un legionario gritó:

—¡Viva el Imperator!

Ombricio, en lugar de castigar al soldado, lo recompensó. El hecho

¹ Tribuno militar perteneciente a un primipilo, fracción en la que se dividían en el ejército romano los tres cuerpos de la legión. [N. del T.]

llegó a oídos de Títo, el cual defendía celosamente el imperio para su padre Vespasiano, y en vez de nombrar general a Ombricio, Títo lo despidió con una corona honorífica y un rico salario.

En aquel momento, Ombricio Rufo, ya huérfano, entró en posesión de la herencia de su tío en Pompeya. Lleno de amargura, defraudado en su ambición, el ardoroso joven estaba a punto de retornar a la filosofía para pedirle el olvido de sus desdichas, cuando la vista de Hedonia Metella cambió todos sus deseos por unas nuevas perspectivas. Una sola mirada de la patricia, acostada en su litera, bastó para hacer desfilar ante sus ojos el cortejo de todas las voluptuosidades inaccesibles, precedidas por pabellones consulares y la púrpura imperial. Y como si esa imagen no fuese lo bastante fuerte como para turbarle, le sucedió otra que alcanzó las profundidades ignoradas de su ser. La sacerdotisa de Isis después de la patricia... ¿Alciona después de Hedonia Metella! ¿No era un rincón de cielo profundo y límpido tras la luminosidad sombría del infierno imperial? ¿Espectáculo inesperado! Cuán simple y maravillosa se había mostrado su alma de niña y vidente... Ella había deslizado sobre el alma ardiente de Ombricio un soplo de paz efémera. De repente, lo había transportado lejos de esta arena sangrienta, de esta orgía infame que era el mundo. ¿Cómo nombrar a las mujeres que había conocido ya? Viles instrumentos de placer o animales peligrosos. ¿Y los hombres? Alimañas con casco y coraza, armados de inteligencia y de engaños, o desgraciadas bestias arrastradas, víctimas de sus verdugos, o cobardes artesanos que rodaban tras las correas de los animales de tiro. El mismo Afranio, su noble maestro estoico, ¿había sido algo más que una razón impotente en un cuerpo desdichado? ¿Pero Alciona *era un alma!* Un alma celeste y palpitante en la blancura nacarada de un hermoso cuerpo virginal. Esa alma irradiaba con sus ojos de ultramar, resplandecía en su cabellera de oro como rezumando un sudor ígneo. Él acababa de ver y oír esa lira humana, en la que un genio invisible tañía las cuerdas sutiles y cuyas vibraciones eran ráfagas del más allá, ráfagas impalpables pero muy suaves, ráfagas que despertaban un enjambre de ideas confusas y de recuerdos lejanos. Y detrás de Alciona, la ingenua e inconsciente profetisa, había todo un mundo, el mundo invisible, el mundo de que hablaban los poetas y que nadie ha visto, tal vez el único verdadero... ¿Ah, si realmente existiese, qué conquista a realizar, qué

júbilo y qué poder mayores que el júbilo y el poder del imperio! Ombricio se estremeció de pies a cabeza presa de un nuevo deseo.

¿Amaba ya a esa virgen que había respondido a su mirada imperiosa con otra tan dulce y triste? ¿Le amaba acaso Alciona? A este pensamiento, Ombricio se sintió presa de un vértigo como ante un abismo de luz.

Removió febrilmente el hogar con el cepo de viña seco. El fuego se había apagado. La mecha de la lámpara de terracota, consumido su aceite, sólo proyectaba una llama de una luminosidad rojiza en la profunda oscuridad. Ombricio se incorporó y lanzó, en la noche de la casa desierta, un hondo suspiro que terminó en una especie de rugido. Luego, salió. Dio unos pasos y alcanzó el confín de su dominio limitado por el foso que servía de lecho al Sarno. El riachuelo roía en silencio su abrupto acantilado coronado de olivares y viñedos en sus dos orillas. El alba blanqueaba ya detrás de los Apeninos, y el golfo estaba vago y sombrío. De Pompeya solamente se divisaba una masa negruzca dominada por las torres de la ciudad, con el templo de Júpiter y el arco de triunfo. Ante este aspecto, la figura de Hedonia Metella, acostada en su litera, reapareció en la mente de Ombricio.

Esta figura fue seguida por la de Alciona en éxtasis. Casi al instante, el tribuno recordó a su maestro Afranio, quien le contemplaba con semblante severo, y cuya grave voz creyó oír.

—Ve al templo de Isis para que allí te inicien.

Entonces, bajo el parpadeo de las estrellas, delante de la ciudad dormida y del humeante Vesubio, Ombricio exclamó en el silencio de la noche:

—Sea. Iré.

Sosegado con esta resolución, el fatigado tribuno se acostó en el lecho del veterano.

Capítulo IV

MEMNONÉS

Aquella noche, Memnonés también velaba, y su insomnio no era ni menos febril ni menos turbado que el del tribuno. Una vez en su casa, con su hija adoptiva, halló a la vieja nubia en la puerta del templo. Alciona estaba sumida en la clase de beatitud que sigue fatalmente a los transportes extáticos. Memnonés confió la joven a la fiel sirvienta, que la condujo, por un pórtico amurallado, a la curia isíaca, especie de patio interior con varias cámaras, que constituía una morada totalmente cerrada al público e inaccesible a todo el mundo salvo al hierofante. Allí entró la profetisa, trastornada y cansada, apoyada en la espalda de la anciana. Mientras tanto, el sacerdote llegó por una escalera interior a la terraza situada sobre el tejado del templo, lugar habitual de sus meditaciones nocturnas.

El templo de Isis se hallaba adosado al gran teatro, situado en la parte sur de la ciudad, no lejos de la puerta de Stabies. En lo alto de la terraza se estaba a nivel de los tejados. Detrás, la dominaba el vasto anfiteatro, pareciendo querer aplastarla con su potente carcasa. El minúsculo santuario se hallaba unido como un nido de golondrinas al gran edificio. Una vez en la terraza del templo, Memnonés respiró largamente el aire fresco de la noche y contempló el cielo estrellado. Pero en vez de procurarle la calma como en otras ocasiones, las constelaciones dardearon en su corazón una creciente inquietud. Recordaba el extraño éxtasis de Alciona, sus siniestras profecías y el embate violento de todo su ser a la vista del audaz desconocido. Estos hechos inesperados, como sucesivos tiros de honda, tomaban a sus ojos el sentido aterrador de signos sobrenaturales y de advertencias espantosas. No solamente iluminaban todo su pasado removiendo las capas más

profundas y más oscuras de su alma, sino que arrojaban sobre el porvenir relámpagos amedrentadores. Era una de esas horas en que, bajo el golpe brutal de la vida, el alma convulsa se acurruca en el hogar incandescente de la conciencia. Para entender mejor los acontecimientos era necesario ahondar en sí mismo.

Suspiró una vez más y tendió la vista alrededor. Ante él el amasijo de edificios limitaba la visión; detrás, el recinto del anfiteatro la oprimía. Para no ahogarse, necesitaba más aire, más espacio, más cielo. Recordó entonces que el decurión Helconio, al instalarla unas semanas atrás en el templo de Isis, le enseñó una puerta de bronce oxidada que se abría al extremo de la terraza, en el grueso muro del edificio contiguo. Conducía a un corredor por el que se podía penetrar en el interior del teatro, a la primera gradería, y subir la galería del perímetro, desde donde la vista alcanzaba el mar y abarcaba parte del golfo de Nápoles. Memnonés llevaba la llave en el cinturón y abrió la puerta. Atravesando sin temor alguno los oscuros corredores, llegó rápidamente al anfiteatro y subió, por un sector, a la columnata desierta que coronaba el edificio.

El vasto hemiciclo y el escenario estaban vacíos. En aquella noche sin luna, el teatro parecía una cavidad semejante al cráter de un volcán. En lontananza, bajo la vaga claridad de las estrellas, se extendía el golfo cubierto por una ligera bruma. La punta final de Capri se confundía con el promontorio de Sorrento. Al otro lado distinguió los faros de Nápoles, el antiguo de Partenope, los de Puteoli y de Misene, y más cerca la isla piramidal de Pitecusa,¹ parecida a un fantasma agachado sobre alta mar.

Memnonés tomó asiento bajo la cubierta columnata y durante algún tiempo contempló el paisaje que parecía ondular ante sus ojos como una tela flotante, con su golfo, su mar y su firmamento. Abatió la cabeza y contempló el oscuro embudo de graderías circulares que se abría a sus pies. En aquel instante, el abismo de su alma era tan tenebroso como el amplio anfiteatro, excavado por los hombres para evocar las nobles quimeras de la poesía. Muy pronto, bajo su intensa mirada, sa-

1 Ischia, llamado Pitecusa por los griegos a causa de las cerámicas (*pithos*) que allí fabricaban, según Plinio el Viejo. [N. del A.]

lieron del abismo evocador las imágenes de su propio pasado. Las escenas principales de su existencia se le aparecieron, aisladas primero, luego por grupos, finalmente unidas por una cadena viviente. Ese coro trágico movía, con gestos graves, el hilo de su destino, enrollándolo y enredándolo a placer.

Hijo estudioso de un griego de Asia Menor, no tardó en asistir a las academias de los filósofos de Alejandría, pues el apasionado amor a la verdad trascendente dominó su juventud como tiranizaba su edad madura. Ante todo quedó deslumbrado por la elocuencia de los maestros y el brillante andamiaje de los sistemas que edificaban, que demolían y volvían a construir sin cesar como sabios arquitectos. Pero, a la larga, las discusiones de los estoicos y los epicúreos, de los discípulos de Platón y Aristóteles le decepcionaron como vacuos juegos de retóricos y sofistas. Le llenaban de palabras y abstracciones, en tanto que su espíritu esperaba el verbo que hace el universo transparente y llena el alma con vida inmortal.

Un día que paseaba con un viejo egipcio, a orillas del lago Mareotis, ese hombre le aseguró que la doctrina de Hermes, tal como la enseñaban antaño en los templos y cuya religión egipcia popular era solamente un grosero travestismo, era la única capaz de satisfacer a un espíritu como el suyo.

—Puesto que —añadió el egipcio—, no sólo esta enseñanza esclarece el espíritu por la solidez y la grandeza de la construcción, sino que aúna la práctica con la teoría y la experiencia con el pensamiento, haciendo penetrar al discípulo gradualmente en el origen de las cosas, en el mundo invisible donde se halla la clave de todo.

—¿Dónde hallar esa doctrina y sus enseñanzas?

—Ay —respondió el viejo egipcio—, la doctrina existe en los libros de Hermes, conservados en algunos templos de Tebas, Menfis y del Bajo Egipto. Pero ya es letra muerta, toda vez que los sacerdotes que sabían vivificarla han desaparecido. Desde hace siglos, la ciencia de los misterios se perdió con un sacerdocio degenerado. El infame Cambises ordenó matar a los más grandes profetas de esa religión y quemó sus obras. Los Ptolomeos toleraron a los supervivientes, pero los Césares romanos los han exterminado porque veían en ellos a unos enemigos

secretos de su poder. Así, aunque los jefes de los templos ostenten el nombre de «profetas», no son más que los poseedores avarientos de inmensas riquezas, custodios ignorantes de una ciencia incomprendida, observantes estrictos de los ritos antiguos y viles mantenedores de los Césares y sus procónsules.

—¿No queda ni uno solo que conozca la tradición y que sepa por sí mismo? —preguntó Memnonés.

—Sí, queda uno. El viejo Sabaccas destituido por Tiberio; vive en una antigua tumba de la cadena líbica, al borde del desierto, no lejos de una de las pirámides que se escalonan más allá de Menfis, en el mar de arena.

—¿Podría conocerle?

—Ve de mi parte y te aconsejará.

Entre las rocas salvajes de la cadena líbica, Memnonés encontró a Sabaccas en el umbral de su caverna y le explicó su deseo. Aquel ser solitario, de aspecto rudo y ojo agudo, casi salvaje también, contempló al visitante atentamente.

—¿Quieres la verdad, joven? —le preguntó—. ¿Sabes cuánto cuesta hoy amarla? Pues bien, mírame. Yo fui rico, poderoso, dichoso. Tenía un templo para mí, ganados y campos, una ciudad entera a mis pies. Y mira en lo que me he convertido por haber amado la verdad por sí misma y por encima de todo. ¿Te place mi camino, envidias mi final?

—¡Sí! —gritó Memnonés con el entusiasmo de la juventud—. Dios es mi testigo de que lo acepto todo siempre que obtenga la luz.

—Pues bien —murmuró Sabaccas después de estudiar al joven con mirada crítica—, irás al templo de Isis sebenítica con esta tablilla, en la que trazaré unos signos. El pontífice Smerdes te recibirá como hierogramate, te entregará los libros de Hermes, pues sólo él posee los auténticos, y te enseñará la lengua sacra. Esto es todo cuanto puedo hacer. Si deseas ir más lejos, deberás buscar tú solo. Porque, sábelo bien, nadie es iniciado más que por sí mismo. La verdad sólo tiene un templo, pero mil senderos conducen a él, y cada ser humano ha de encontrar el suyo.

Memnonés, después de recibir la tablilla cubierta de jeroglíficos, vio su brazo asido con fuerza por el anciano, quien le miró al fondo de sus pupilas.

—Veo que tu alma es pura, tus sentidos son castos, has vencido a la voluptuosidad. Esto es inmenso, pero no lo es todo. Tienes un alma apasionada y un corazón demasiado tierno. Temo que flaquees... El que desea conquistar la verdad debe amarla con corazón firme y voluntad implacable.

Memnonés sintió la mano del viejo crisparse en su brazo como un aro de fuego, mientras su ardiente mirada hurgaba en la suya como con una espada.

—Una cosa más —le detuvo Sabaccas—. Cuando llegues al umbral de la tercera esfera, ven a verme, ya que no pasarás más allá.

—¿Qué es la tercera esfera? —quiso saber Memnonés.

—Lo sabrás si pasas las dos primeras.

Sabaccas se puso de pie, posó su descarnada mano sobre la cabeza de Memnonés y el joven sintió que un gran calor invadía su cerebro y descendía por todo el cuerpo. Una profunda emoción, una ola de muda compasión brilló en los poderosos ojos del anciano. Mas, como si temiese enternecerse, agitó sus harapos y gritó con voz de mando:

—¡Ahora, vete!

Memnonés bajó por el sendero rocoso de la montaña sin volver la vista atrás. Cruzó la arena blanca y lisa, que en aquel punto separa la cadena líbica de la zona verde del Nilo. No tardó en divisar niños y mujeres, entremezclados en un campo de tréboles, entre las cabras y los corderos. Todos saludaban con gritos de alegría y aclamaciones jubilosas al extranjero que había sido recibido por el profeta solitario, por el santo curandero de la comarca. Él mismo experimentaba un verdadero frenesí. Acababa de elegir libremente su destino y sólo entreverlo le llenaba de una poderosa exaltación. Pero al mismo tiempo sentía que ese destino tenía ya algo de ineludible. Había encadenado su brazo mediante un aro ígneo, a la mano del maestro.

El templo de Isis sebenítica se elevaba en plena campiña, en la amplia planicie del delta, en la orilla derecha del Nilo, a veinte leguas de su desembocadura. Precedido por su pilón y rodeado de casas bajas, que servían de habitáculo a los sacerdotes y sus familias, formaba un gran recinto rectangular protegido por una elevada tapia. El santuario dominaba toda la comarca. Desde su peristilo a las pesadas columnas, con

capiteles de papiro, se extendía hasta perderse de vista el horizonte liso, con sus canales, sus maizales y sus pastos. En medio de esos cultivos esplendentes, el Nilo discurría en largos meandros entre sus riberas de juncos y cañas. Diversos islotes cubiertos de palmeras puntuaban por doquier su superficie apacible como la de un lago. Al aproximarse al mar, el río majestuosos, padre de Egipto, se ensanchaba y parecía no tener otra precisión que la de reflejar el cielo con todos los colores del día y la noche.

Allí transcurrieron los más hermosos años de Memnonés. El pontífice Smerdes, hombre prudente y tímido, lo acogió favorablemente por la recomendación de Sabaccas. El griego de Alejandría supo ganar su confianza. No tardó mucho en aprender el lenguaje de los jeroglíficos, llegando a ser el primer escriba del templo. Smerdes le permitió estudiar los libros de Hermes, escritos en rollos de papiro y conservados en una cámara secreta del templo. Penetró su sentido, y los tradujo al griego. El conocimiento de esa doctrina fue para el neófito una especie de revelación. Creía asistir al nacimiento del universo a través de la inmensidad de las edades. Los períodos del mundo se abrían lentamente ante él, como el loto blanco, azul y rosa, cuyo cáliz cerrado emergen todas las mañanas del Nilo y se despliegan uno tras otro bajo los rayos del sol. Su alma también se abrió, hoja a hoja, sobre el gran río de la vida. Estos apasionados estudios bastaron, durante años, para satisfacer a su inteligencia. Después, volvió a aparecer el cansancio. ¿Era la visión de la posible verdad la posesión del gran secreto, o sólo un juego de su razón deslumbrada? No, esto no era conocerla, no era más que un sueño ardiente, más bello. No era levantar el velo espeso que cubre el más allá, pasar al otro lado y entrar en el gran laboratorio de las almas, de los seres, de la vida.

No, él no había bebido en la fuente de las cosas y su sed no se había apagado en absoluto.

Capítulo V

EL ALCIÓN

Algún tiempo más tarde tuvo lugar el gran acontecimiento de la vida de Memnonés, fuente de dichas sin nombre y de angustias sin fin.

Una noche se paseaba a orillas del Nilo cuando vio una barcaza amarrada a un pilón. Por su forma reconoció una de esas galeras fenicias que traían a Egipto púrpura, perfumes de Siria y tejidos de Persia. Sus dos finas vergas, curvadas como alas, le daban cierta semejanza con un gavián descansando entre los juncos. Impulsado por la curiosidad y como atraído por una fuerza invencible, Memnonés se aproximó a la embarcación. Entre el río y la galera habían tendido una pasarela. El sacerdote de Isis subió por ella. En el puente no había nadie. Los bateleros se divertían en el vecino poblado y el piloto, borracho, dormía sobre un odre vacío. Entonces, a la luz de la luna que incidía de lleno sobre la barca, Memnonés divisó, hacia popa, una niña dormida sobre un lecho de algas secas. Vestida con una túnica deshilachada, un harapo desgarrado en torno a su cuerpo, la pequeña, con apenas doce años, con sus cabellos de oro entremezclados con las algas marinas, parecía un pájaro con un ala rota.

En su sueño, la niña exhaló un largo gemido. Tan doloroso y quejumbroso fue el mismo, que Memnonés preguntó en voz alta:

—¿Qué te sucede, niña?

La voz grave del sacerdote tenía el sonido metálico de un escudo votivo colgado en un templo y que, golpeado con el pomo de una espada, estremece los trípodes y las liras de todo el santuario. Su voz resonó, mágica, bajo la claridad lunar de aquella noche maravillosa que le daba al Nilo, irisado por una luz rosácea, con sus islotes plateados y sus separadas orillas, el aspecto de las playas egiptas. Luego, se produjo un

largo silencio. Una brisa imperceptible pasó por entre los cañaverales como un largo suspiro... y la niña se incorporó. Con sus manos apartó las trenzas de su cabellera dorada. Abriendo mucho los ojos, corrió hacia el sacerdote y tocó su brazo como para asegurarse de que era un ser vivo.

—¡Oh, eres tú! ¡Oh, sí, eres tú! —murmuró con voz ahogada. Después, cayendo de rodillas tendió hacia él sus manos suplicantes y lanzó este grito—: ¡Sálvame, sálvame de esos hombres! ¡Quieren venderme!

Memnonés, hondamente emocionado, la ayudó a levantarse y apretándola contra su pecho, exclamó:

—Nada temas y ven conmigo.

Apresuradamente, el sacerdote de Isis y la pequeña griega, asida a su brazo, emprendieron el camino del templo. Ella se volvía a menudo para ver si los malvados bateleros la perseguían para arrebatársela a su salvador. Sólo se tranquilizó cuando hubo traspuesto el gran pilón y tuvo la puerta del recinto cerrada a sus espaldas. A continuación, la niña relató su historia. Era de Samotracia. Sus padres, en viaje por mar, habían naufragado junto con ella en un arrecife del mar Egeo. Unos piratas los asesinaron, dejando la niña a unos mercaderes de Tiro para ser vendida como esclava en el Alto Egipto. Los groseros marinos se mostraron muy rudos con la chiquilla, azotándola a veces. Una noche, medio loca por sus amenazas, quiso arrojarse al mar, pero en la proa de la embarcación un desconocido avanzó hacia ella y la detuvo levantando una mano. Acto seguido, desapareció como una sombra. Ocho días más tarde, al ver al sacerdote de Isis ante ella, reconoció, rasgo por rasgo, en Memnonés, la aparición de la barca.

—Entonces comprendí —terminó la niña su relato— que eres un salvador, un nuevo padre que me envían los dioses.

Por su parte, Memnonés se convenció de que la niña, dotada de una segunda vista, era la recompensa a todos sus esfuerzos, una hija donada a su corazón lleno de ternura, una llama viva que le entregaban las Potencias para conducirlo, tal vez... a las misteriosas regiones del más allá; luz débil, aún vacilante, pero que podía crecer y afirmarse en sus manos. También él, al divisar a la niña dormida en la barcaza, al verla incorporarse y avanzar hacia él como en un sueño, experimentó un sobresalto hasta el fondo de su corazón y creyó reconocerla. Ah, ¿en qué otra existencia había encontrado a esa alma? ¡Eterno misterio! Pero la afinidad

profunda e instantánea era una cosa cierta. Existía ese lazo supraterráneo, más poderoso que todos los demás, puesto que ninguna emoción anterior podía compararse a la experimentada cuando abrazó la niña.

¿Acaso no dijo Platón: «Aprender es recordar». Y un sabio desconocido añadió: «No hay nada más sagrado que el misterio de la reminiscencia, pues el amor de dos almas es el recuerdo de su existencia en Dios»?

Buscando en su pasado, Memnonés tuvo un nuevo sobresalto de sorpresa y júbilo. Recordó que al consultar a la pitonisa de Delfos, y preguntarle si penetraría alguna vez, en vida, en el misterio del otro mundo, el oráculo respondió: *«En el país de Isis un alción de los mares te dará la llave de las almas.»*

¿Acaso no había hallado a la niña de Samotracia en la barca de sus raptos como un alción en su nido flotante? Por esto le puso el nombre de ALCIONA.

Memnonés se entregó sin reservas, en primer lugar, a la dicha de poseer una hija adoptiva. Una fuerte suma de dinero calmó a los mercaderes de Tiro que, con grandes gritos, acudieron a reclamarle su presa. Después, el sacerdote obtuvo rápidamente de su jefe el permiso de colocar a su protegida entre las palades. Así llamaban a las mujeres e hijas de los sacerdotes egipcios destinados al servicio de los templos. Tomaban parte en las ceremonias del culto, en los ofertorios, en la música sacra, y cuando poseían el raro don de la videncia, se servían de la misma en el fondo de las criptas para la ciencia secreta.

Alciona quedó confiada a la custodia de una vieja nubia llamada Nurhal, que debía enseñarle a tañer la tiorba. Memnonés se reservó la enseñanza de los himnos sagrados, la poesía y la historia de los dioses. Casi al instante, la hija de Samotracia mostró un carácter extraño. Tímida y feroz de ordinario, tenía momentos de un abandono apasionado o de una alocada alegría. Entonces, sus ojos, del azul normal pasaban al violeta y tomaban un resplandor extremado. Sus movimientos, sus gestos imprevistos siempre salían de lo más profundo de su ser. Múltiples expresiones de sentimientos íntimos, jamás imitaban las actitudes extranjeras, surgiendo a veces como relámpagos. En ella se manifestaban dos personas diferentes. Se paseaba por el campo con su nubia, y re-

tozaba entre el naciente trigo y las cabras como una pequeña Bacante. Pero en el templo, con Memnonés, su semblante se tornaba severo, su apostura grave. Desde el primer día entró en el santuario como en su morada. Examinó sin temor las imágenes de los dioses de arriba abajo. Su ávida mirada subía a lo largo de las inmensas columnas cubiertas de figuras y jeroglíficos pintados hasta los capiteles multicolores que sostenían el techo con sus palmas en ramos como un colosal cáliz. Su mirada se detuvo largo tiempo en la techumbre donde reinaban, como en otro firmamento, las figuras simbólicas del zodíaco. Callada, contenta, pero no asombrada, Alciona parecía reconocer todo esto como su dominio. Incapaz de mantener mucho tiempo una idea o de colocar en su sitio todas las partes de un vasto conjunto, en ocasiones captaba el punto central de repente. Sus adivinaciones eran súbitas e imprevistas. Cierta día exclamó en presencia de una imagen de Osiris:

—No ríe nunca porque viene del país de los muertos.

Otra vez dijo delante de una de Isis:

—Siempre sonrío porque viene del cielo.

Memnonés pasaba con ella horas espléndidas, en la frescura del sombrío templo. Ella escuchaba, atenta y dócil, en posturas diversas, ya acurrucada a sus pies, la cabeza contra sus rodillas, ya de pie ante él, muy erguida, ya caminando a largas zancadas, como si necesitase traducir con gestos las emociones suscitadas en ella por las palabras del sacerdote. La leyenda de Isis y Osiris tenía la virtud de sumirla en una especie de ensueño. A veces se apoyaba en una de las columnas gigantes, las manos cruzadas sobre su cabeza y los brazos con las manos en la cintura como las asas de un ánfora. Perdida en sus pensamientos, parecía recordar otro mundo. Un rayo oblicuo del sol se deslizaba en el templo por una de las aberturas del arquitrabe e incidía sobre la virgen adolescente en esta postura de lira jónica, con brazos de marfil y cuerdas de oro, una lira viva que esperaba a su maestro. En ocasiones, después de esas ausencias, la joven caía en tierra de un salto brusco. En otras, enlazaba su brazo con el de Memnonés y con una sonrisa de sus sinuosos labios:

—Oh, padre mío —exclamaba—, ¿no es verdad que partiremos un día en una barca de velas rojas y nos dirigiremos a las islas azules del gran mar?

Y Memnonés, dichoso, acariciaba la cabeza de su niña turbada y alisaba sus cabellos.

—Sí —respondía—, sí, Alciona mía, mi blanca gaviota, un día... partiremos juntos.

Era preciso, de cuando en cuando, dejar volar a la gaviota. Entonces, Memnonés permitía que Alciona se paseara en barca por el Nilo, bajo la custodia de la anciana nubia. El esquife, en forma de góndola, pintado de azul, semejaba las barcas sagradas de las ceremonias religiosas. Su fina carena terminaba, en la proa, en forma de un cáliz de loto. En la popa, un toldo se curvaba como una concha para darles sombra a los paseantes. Dos remos y un piloto gobernaban la embarcación. Todos los bateleros del Nilo conocían la barca agregada al templo y la veneraban como si llevase a la misma diosa. Habrían creído cometer un sacrilegio al tocarla o incluso al aproximarse demasiado. Alciona y la vieja nubia bogaban, pues, en paz, como reinas, por el río inmenso. A menudo abordaban la orilla opuesta, donde veían pasar las filas de camellos y avestruces cautivos. O bien visitaban las islas umbrosas donde las gacelas daban saltos entre las palmeras.

Transcurrieron varios años. En la virgen en eclosión se adivinaba ya a la mujer naciente. Alciona tenía diecisiete años y, en la estación invernal, cuando el sol templaba sus ardores y verdeaba Egipto con una primavera precoz, con el reflujó de las aguas, se reanudaban los paseos por el río. Entre las islas fluviales había una que pronto fue la preferida de Alciona, a la que volvía a menudo. La «Isla de las Cañas» era mayor que las otras. La rodeaba un círculo denso de papiros. En el interior crecía un bosquecillo de palmeras, con amplias praderas en las que los niños beduinos llevaban a pacer sus ovejas y cabras. Un batelero transbordador pasaba a los viajeros de una orilla a otra del río, tocando la isla. La barca de Alciona la abordaba en una tranquila cala. En la orilla un magnífico sicomoro coronaba una colina de hierba y proyectaba la fresca umbría de sus tupidas hojas. Las cañas de papiro rodeaban la colina y la cala como un seto al parecer impenetrable, de doble altura que un ser humano. Pero a través de aquella espesura unos senderos húmedos, sólo conocidos por los pastores, conducían al bosquecillo de palmeras y a los pastos de la isla. Era en esa sala de verdor, abierta al sol y a todos los vientos, pero protegida del sol, donde Alciona gustaba de

descansar, mientras la nubia y el piloto se adormecían en la barca amarrada. Desde el primer día, las aves acuáticas, ibis blancos y flamencos rosados, acudieron a posarse en círculo en la arena de la caleta, contemplando curiosamente a la joven, como si la recién venida fuese un pájaro de una especie diferente, *pero un pájaro*. Alciona adoptó la costumbre de arrojarles las migas de pan del templo y granos de maíz. Entonces, los seres alados vinieron en bandadas, cigüeñas y grullas, palomas de los alrededores, y hasta las gaviotas del mar que frecuentaban el delta. Como si esos seres aéreos le resultasen más familiares que los hombres, Alciona conversaba con ellos, los llamaba, los despedía... y ellos parecían entenderla, ya que obedecían al instante. Estando en el borde de la cala, con el movimiento de su manto atraía a las bandadas de gaviotas y golondrinas del delta, que revoloteaban unos momentos sobre su cabeza, para huir raudamente hacia el deslumbrante azul.

Intrigados por esas nubes de volátiles que siempre descendían hacia el mismo sitio, los pastorcitos beduinos, de diez a doce años, se deslizaban a través de los cañaverales hasta la caleta, apenas atreviéndose a asomar sus cabezas manchadas por el polvo de los papiros. Consideraban con cierto temor religioso a la «hija de Isis», como la llamaban, cuando alimentaba a los pájaros del cielo. Pero como ella se reía de sus gestos cohibidos y de su bárbaro idioma, los niños fueron envalentnándose poco a poco y empezaron a regalarle panales de miel, higos envueltos en grandes hojas y trenzados de palmera. Se le acercaban respetuosamente y depositaban sus ofrendas arrodillándose en el césped. A cambio, ella les daba amuletos del templo, escarabajos en piedra de Siena, o minúsculas imágenes de Osiris, de basalto negro. Entonces se producían extrañas reverencias y exclamaciones de alegría.

Durante esas escenas, Alciona creyó oír varias veces crujidos de telas y pasos humanos en medio de los cañaverales. Los penachos de papiro se inclinaban y levantaban con un ligero roce. Un día se entreabrió una espesa cortina y la joven de Samotracia divisó a un joven de espléndida belleza. Llevaba una piel de cordero sobre la túnica, como un collar grueso, y un cayado de cornejo como los pastores. Pero su cabello rizado y su rostro del más puro tipo griego no tenían nada de beduino. Sus grandes ojos húmedos y pensativos relucían bajo los anchos arcos de sus cejas, como estrellas en la noche oscura. La boca era

grave, la apostura viril. Era como un Eros varonil, de alta talla, disfrazado de pastor. Tan pronto como Alciona lo vio desapareció entre las cañas. Sin embargo, ella volvió a verle.

Entre los pequeños beduinos, uno era muy malicioso, con cara de sátiro. Se reía a escondidas de la «hija de Isis», y se burlaba de ella. Un día, atrapó por el ala una paloma a la que Alciona había enseñado a picotear en su mano. Alciona lanzó un grito de terror, pero el chico desapareció entre los papiros, llevándose su presa con un clamor de triunfo.

Alciona empezó a sollozar muy apenada, cuando ante su enorme sorpresa, vio al pastor desconocido salir de entre las cañas, llevando al ladronzuelo cogido por una oreja. Mediante amenazas, logró que el niño se arrodillase delante de la hechicera de los pájaros y le obligó a devolver la paloma. Mientras la joven apretaba contra su pecho virginal a la asustada paloma, el desconocido pronunció con voz grave y en puro griego jónico:

—¿Vuelve a ser feliz Alciona?

—Sí... ¿pero quién eres, pastor maravilloso, quién eres que tan bien me conoces y a quien yo no conozco en absoluto?

—Un exiliado.

—¿De qué país?

—Del tuyo.

—¿Por qué te has hecho pastor?

—Los pastores viven solos. Nadie se ocupa de ellos.

—¿Quieres estar siempre solo?

—Sí.

—¿Por qué?

—No puedo decirlo.

—¿Volverás aquí?

—Sí, si alguien te amenaza.

—¿Cómo te llamas?

—Aquí me llaman el Horus de los beduinos. Soy un extranjero que perdió su familia, su fortuna y su nombre.

—¿No abandonarás esta isla?

—No lo sé, pero si desaparezco... piensa que Horus siempre vela por Alciona.

El extranjero sonrió con tristeza. Después, sus grandes ojos oscuros

y soñadores llamearon brevemente como las antorchas apagadas que reanima un soplo de viento. Alciona esbozó un gesto suplicante como diciendo: «¡No te vayas!» Pero el desconocido respondió extendiendo la mano y señalando la barrera infranqueable que les separaba. Luego, bruscamente, desapareció entre las cañas.

Unos días más tarde, Alciona le pidió a Memnonés permiso para dar un nuevo paseo por el Nilo. El sacerdote se lo concedió, pero una chispa brillante en las pupilas de su protegida le oprimió el corazón. Desde la orilla vio cómo la barca llegaba a la Isla de las Cañas. Al momento llamó al barquero y se hizo conducir allí por otra ruta. Por fin pasó por entre los cañaverales hasta la sosegada caleta. Todo estaba tranquilo y silencioso. La nubia sentada en la barca dormitaba sobre su flabelo. El piloto y los remeros pescaban un poco apartados de la nubia, con las piernas en el agua. Alciona dormía, bajo el sicomoro. Memnonés estuvo largo tiempo inmóvil. Avergonzado de su espionaje iba ya a marcharse cuando oyó un crujido entre las cañas. Los penachos de los papiros se apartaron y el pastor desconocido surgió al claro. Miró a su alrededor, se aseguró de que no había nadie a la vista y se arrodilló cerca de Alciona. ¿Dormía la joven o sólo lo fingía? Lo cierto es que no se movió. Con mano ligera, el pastor levantó la gasa que cubría la cara de la muchacha, e inclinado sobre ella, la contempló unos instantes. Insensiblemente, su boca se iba aproximando al rostro de Alciona. Memnonés, jadeante y alargando el cuello, iba ya a salir impetuosamente para impedir el beso fatal, cuando una fuerza oculta se lo impidió, clavándole en tierra. Los labios del desconocido, no obstante, no tocaron la frente de la virgen, que sólo rozó con su aliento. Luego, irguió la cabeza, tomó unas flores de una cesta que llevaba y las dejó caer sobre el pecho de la durmiente, a la que volvió a cubrir dulcemente con la gasa, para protegerla contra los mosquitos. Tras lo cual se alejó, no sin volverse varias veces, hasta desaparecer. Alciona continuaba durmiendo. Poco después despertó de su profundo sueño con un suspiro y llamó a la nubia:

—¡Nurhal! ¡Nurhal! ¿Qué son estas rosas?

—Han caído del cielo, es un obsequio de Isis —balbució con su voz cascada la anciana.

—No, son de él... —murmuró Alciona mirando hacia las cañas.

Memnonés huyó de allí. Ya sabía bastante.

La tarde de aquel día, el sacerdote de Isis condujo a su hija al templo y le preguntó qué había visto en la Isla de las Cañas. Ella nombró primero a los pequeños beduinos y cuando Memnonés la presionó, sin ruborizarse, la joven contó la historia de la paloma, la aparición de Horus y su única conversación con él.

—¿No has vuelto a verle?

—No.

—¿Ni deseas volver a verle?

Alciona contestó simplemente, tras una breve pausa:

—Oh, sí... me gustan los exiliados.

Al mismo tiempo, sus pupilas azules, en los que apuntaba una lágrima, se alzaron hacia la techumbre del templo, donde la figura de Neftis, diosa de la Noche, aparecía espantosa en medio del zodíaco y abarcaba el firmamento con sus negros brazos extendidos. La lágrima, retenida por las pestañas de oro de Alciona, no rodó por su pálida mejilla, pero sus pupilas se tornaron violáceas como una fuente cuando una ráfaga de aire la ondula o una nube pasa delante del sol. Y de aquel ligero vaho sobre aquella mirada celestial, Memnonés se asustó como el marino que ve descender por el azul immaculado la nubecilla precursora de la tormenta.

Una flecha acababa de traspasar el corazón del sacerdote. ¿Alciona ya no le pertenecía en exclusividad! Una fuerza desconocida se había impreso en ella. ¿Quién era el miserable intruso lo bastante osado que se atrevía a disputarle su tesoro? Memnonés no le hizo ningún reproche a su hija adoptiva, ninguna palabra siguió al incidente, pero el silencio cayó entre ambos como un telón.

Los días siguientes, Memnonés se informó entre los beduinos del otro lado del río, por los pastoforios del templo. Así supo que el desconocido procedía de Alejandría para ofrecerse a los beduinos como pastor. El jefe de la tribu lo acogió amistosamente a causa de lo distinguido de sus modales y sus dones como terapeuta. Y el nuevo pastor atendía a los enfermos. Había dicho que se llamaba Horus y ahora le llamaban el Horus de los beduinos. Algunos murmuraban que había cometido un gran crimen y que por eso había abandonado la ciudad del

delta para ocultarse. Su única distracción en la tienda negra de pelo de camello de los beduinos era leer unos papiros enrollados que tenía en un cofrecito, y por las tardes, al ponerse el sol, con la espalda apoyada en una palmera, escuchar los gritos juguetones de los pequeños beduinos en los campos de trigo verde donde revoloteaban las parejas de palomos. Memnonés pensó que era necesario que el crimen del joven fuese muy grande para rebajarse a servir a los beduinos.

Pasaron ocho días. Una mañana, Memnonés se paseaba antes de la salida del sol por la avenida de la esfinge, que iba del templo al pilón, cuando el centinela le informó que se había presentado a la entrada del recinto un extranjero que deseaba hablarle. Memnonés salió a su encuentro. Grande fue su sorpresa al divisar al misterioso pastor de los beduinos. Tenía el rostro demacrado, el aire grave, pero llevaba su atavío de pastor con la altanería propia de un guerrero.

Memnonés sintió oprimírsele el corazón.

«He aquí el enemigo que viene a robarte tu tesoro —pensó—. Estáte alerta.»

Apoyado en su cayado, el extranjero escrutaba al sacerdote con mirada sombría. Y entre ambos se entabló el siguiente diálogo:

—¿A qué vienes?

—Soy extranjero, pobre y perseguido. Por estas tres razones tal vez tenga derecho al consejo de un sacerdote de Isis.

—Habla, ¿qué quieres?

—Pido ser recibido como servidor del templo, y más tarde, si me juzgas digno de ello, ser instruido en la ciencia sagrada.

—Antes de poder contestarte he de conocer tu nombre.

—Me llaman Horus el de los beduinos. No tengo otro nombre. Soy un exiliado que busca un puerto.

—¿Y tu origen? ¿Y tu historia? ¿La causa de tu exilio?

—No puedo decirte nada más.

—En la comarca te acusan de cosas graves. Dicen que eres un criminal, que te escondes con un nombre falso.

—Si esto crees de mí, no diré nada más.

—El templo no puede recibir a un extranjero sin nombre, sin familia, sin garantía alguna.

Los ojos del desconocido chispearon con una llama trágica.

—¿Quién eres, pues, tú, que no sabes leer en las almas con mirada segura y penetrante? ¡Tú no eres un iniciado!

Con gesto imperioso, Horus indicó con el dedo la cabeza del sacerdote. Lleno de cólera, éste respondió con idéntico gesto, que significaba: «¡Vete!»

Los dos hombres parecían desafiarse, pero Memnonés, recobrando la calma, se limitó a decir:

—Sabe, joven imprudente y audaz, que soy un sacerdote que vive para la verdad.

—¿A qué llamas la verdad? —replicó el desconocido cruzando los brazos y esbozando una amarga sonrisa—. ¿Te enseña esa verdad a negarme un asilo? Si es así, tu ciencia es mísera y falsa. Bien, sea, adiós. Vive para tu verdad... y para la mía... ¡Yo sabré morir!

Y volviéndole la espalda al sacerdote, se alejó de allí. Sin reflexionar en el sentido de tan extrañas palabras, Memnonés respiró como el hombre libre de un gran peso. Para mejor gozar de su victoria, ascendió por la escalera interior a la terraza del pilón, desde donde se dominaba una vasta superficie del delta.

El sol se elevaba ya sobre el amplio valle del Nilo y hacía brillar sus canales plateados y sus aguas de tinte rojizo, puesto que era la temporada de la crecida. El Horus de los beduinos se dirigía hacia el Nilo con paso rápido. Memnonés le vio alejarse con una honda satisfacción. Desaparecía, pues, el único adversario de su maravillosa felicidad. El sacerdote se sentía ya el amo absoluto de Alciona. Nadie le robaría la perla de Samotracia. ¡Qué inmenso alivio haber ahuyentado el ladrón audaz que la rondaba, qué júbilo verle huir... para siempre! Le vio embarcarse en el río, en la embarcación del barquero, y sólo sintióse tranquilo cuando le vio desaparecer por la otra orilla. Sólo entonces Memnonés se acordó de la singular belleza del joven, de su aspecto de nobleza y de grandeza, y se preguntó si no habría acabado de rechazar a uno de esos dioses disfrazados de pastor, de los que habla Homero. Pero su remordimiento fue de breve duración, y se desvaneció por completo cuando vio a Alciona recibirle con una límpida sonrisa... Alciona que, por fortuna, nada sabía de la aventura.

Capítulo VI

LA PROFETISA

Unas semanas más tarde, Memnonés supo que el desconocido, oculto bajo el nombre de Horus, había abandonado el país. Los beduinos ignoraban qué había sido de él. Ya nunca más se nombró a Horus entre Memnonés y Alciona. La joven no volvió a mencionarlo, y hasta pareció haberse olvidado de sus paseos por el Nilo, de sus aves familiares y de sus ensueños bajo el sicomoro. Todo peligro parecía descartado. Alciona empezaba una nueva fase de su misteriosa vida interior. Olvidó también su arpa y prestó poca atención a las lecciones de su padre adoptivo. Absorta en sí misma, huía de todo el mundo y se perdía por los rincones más apartados del templo como si necesitara recogerse en las tinieblas, lejos de todas las cosas visibles.

Un día desapareció. La nubia la vio entrar en el templo, pero ninguna de las neócoras la divisó. Cansado de la búsqueda, Memnonés bajó a la cripta, cuya puerta estaba abierta por azar. Antaño, los sacerdotes de Isis hacían descender allí a los neófitos a los que confiaban sus instrucciones secretas. Sin embargo, era un lugar abandonado desde que se había perdido el arte de la iniciación. Ante su gran extrañeza, Memnonés halló a su hija adoptiva profundamente dormida, al pie de la columna central de la cripta alumbrada solamente por un tragaluz del techo. Dicha columna estaba formada por una colosal estatua de Osiris, tallada en un solo bloque de granito gris, que sostenía la bóveda con su elevada tiara. El dios, que ordena el silencio a sus adeptos, tenía un dedo como silenciando sus labios. Alciona, acurrucada en el pedestal, estaba sumida en una especie de letargo. Memnonés se inclinó sobre ella. Muy pálida, los labios entreabiertos, apenas respiraba. Sus facciones, en su cara casi transparente, parecían metamorfoseadas por una

llama interior. Memnonés se estremeció. ¿Habría dicho la verdad el oráculo? ¿Iba por fin Alciona a revelar sus facultades proféticas? El sacerdote volvió a experimentar el estremecimiento de lo Invisible.

En aquel instante resonaron los graves sonidos de una tiorba. Se filtraban por el tragaluz del techo. Era el himno al dios solar Amón-Ra, que tocaba el arpa sagrada un pastóforo, bajo el peristilo del templo. Alciona se incorporó lentamente, sin salir de su sueño mágico, y se irguió ante Memnonés en una actitud solemne. Abrió los ojos pero se adivinaba que sus órbitas agrandadas nada veían del mundo real, hundiéndose en el más allá en una atmósfera inmensa y luminosa. Memnonés quedóse inmóvil y como en éxtasis. Sabía que se hallaba frente a otro ser más puro y más grande que él. Por fin, semejante al loto que emerge del Nilo a los primeros rayos del sol, el Alma en sí misma, la Virgen brillante, sin mácula terrestre, la divina Psique, surgía ante él en toda su belleza.

—¿Eres tú, hija mía, Alciona? —inquirió tras una larga espera.

Alciona, entonces, rompió a hablar con una voz dulce pero más grave que la suya ordinaria. Sus palabras sonaban en cadencia como el ritmo de la tiorba que la acompañaba a lo lejos.

—Sí —murmuró la joven—, yo soy Alciona, tu hija, tu profetisa. Ante tu plegaria, los dioses me han enviado hacia ti... para conducirte al país de las almas... en la noche santa de Osiris. Verás a través de mí... Los ojos de mi alma serán tus ojos... Tú debes guiarme y protegerme...

—¿Cómo?

—Tu voluntad será la barca de Isis. Sé el buen piloto. Lleva mi alma en tus manos y llegaremos, por el país de los muertos, al país de los resucitados.

—Estoy dispuesto. Yo tengo la llave. Aquí está la cruz ansata.

—¡Ah, ten cuidado! Nos amenazan terribles peligros. Será preciso trazar un círculo defensivo a mi alrededor y protegerme contra los demonios... en el océano de sombras que hemos de atravesar.

—¿Ves adonde iremos?

—Cruzaremos el círculo de las sombras.

—¿Y después?

—Ascenderemos al círculo de luz.

—¿Iremos más allá? ¿Al círculo solar, al círculo de los héroes y los semidioses, que otorgan la fuerza y el poder?

—Sí... si mi Genio lo permite.

—¿Cuál es tu Genio?

—Ignoro su nombre. No veo su rostro. Está velado. Pero ostenta una estrella en la frente y en la mano un caduceo.

—Pregúntale el nombre.

—Está tan lejos... y tan alto... Sólo distingo su estrella y su cetro. Nos llama... Sostenme ahora... Desfallezco...

El sonido de la tiorba había cesado. Sostenida por Memnonés, Alciona volvió a caer sobre su lecho de piedra en un letargo glacial. Memnonés le calentó dulcemente las manos y posó una de las suyas en su frente, fría como el mármol. Poco a poco se fue entibiando. Al cabo de una hora, la joven se despertó.

Sentíase un poco cansada, pero había recobrado su sonrisa de virgen y su mohín infantil. No le sorprendió, al parecer, ver a Memnonés a su lado.

—¿Te acuerdas de haber soñado? —quiso saber el sacerdote.

—No me acuerdo de nada, a no ser que estaba lejos, muy lejos.

—¿Te gusta dormir en la cripta?

—Sí, si tú velas conmigo. Cuando esté en la cripta, no me abandones jamás.

A partir de aquel momento nació una era lumínica en la vida de Memnonés. Todos los días, cuando el sol descendía por detrás de la cadena líbica, la blanca Alciona seguía a su maestro a la sombría cripta donde ardía una lámpara de betún suspendida de la bóveda. Unos acordes tañidos en la tiorba, que el sacerdote había ordenado dejar en la cripta, bastaban para dormir a la profetisa.

Pronto, ella caía en un sueño profundo, sin cesar de responder a la voz de su guía, y le contaba todo lo que veía. Durante los sueños mágicos de Alciona, Memnonés degustaba una voluptuosidad sutil y pura, aunque tan penetrante como la de los sentidos en los abrazos violentos de la carne. Era el sentimiento de una íntima y perfecta fusión con el alma de su hija adoptiva. Desde que ella entraba en las primeras fases del sueño, de ese sueño ligero, Alciona se tornaba para él transparente

y plástica. Su pensamiento pasaba a través de ella, sin palabras ni gestos, como un fluido. Él sentía esta alma como una cera que podía modelar entre sus dedos a su placer. Junto a él, Alciona leía su alma como un libro abierto, percibía todos sus sentimientos, hasta los que aparecían nubes fugitivas. Poco después, cuando caía en el sueño profundo, surgía una nueva facultad, la de percibir todo un mundo de seres desconocidos agitarse a su alrededor. Entonces, como defendiéndose, los apartaba con la voz y el gesto. Espíritus o visiones, almas o fantasmas, estos seres, invisibles para Memnonés, amenazaban invadirla y derribarla. Pero, cuando ella se elevaba a una esfera superior y se aproximaba al estado extático, las relaciones de la vidente y de su guía cambiaban. Un alma más lúcida y más poderosa se manifestaba súbitamente bajo su mirada y en su gesto. Pensamientos más elevados, órdenes imperiosas surgían de sus labios. Era ella ahora la que ordenaba a su maestro. La profetisa inspirada dominaba al hierofante. En estos raros momentos, Memnonés escuchaba a Alciona inmóvil y mudo. Escuchaba de pie, pero como un alma arrodillada.

Se sentía entonces ante la más sorprendente de las revelaciones. ¿Podía admitir que las visiones de Alciona no flúan de los sueños de un cerebro sobreexcitado? ¿Cómo debía considerar estas maravillas y cómo explicar su sucesión lógica, su magnífico conjunción y su esplendor creciente? La razón de Memnonés no podía admitir que las visiones de Alciona fuesen únicamente la obra de la ingenua virgen. Esas visiones podían traducir por sí mismas, en formas accesibles a nuestra imaginación, las realidades superiores de las facultades cerebrales. Pero su flujo ordenado correspondía a una serie de ideas pasmosas y sublimes. Se podía ver una suerte de panorama ascendente de la vida universal. La parte baja estaba llena de tinieblas, la media era una mezcla de sombras y luces, la alta tenía una claridad deslumbradora. A medida que se desarrollaba, el mundo terrestre mismo adquiría un nuevo sentido. El visible, según nuestros sentidos físicos, no era más que un eslabón en la cadena de los mundos, una forma de la materia y de la vida, el más espeso y denso entre los mundos infinitos en los que evoluciona el alma universal. Alrededor de la tierra, el mundo invisible a los ojos de la carne, pero visible a los del espíritu se expandía en círculos grandiosos, en zonas siempre más etéreas y siempre más espléndidas.

¿No se extendía hasta el sol central del Espíritu puro, fuente de todas las cosas?

¡Ay, poder ir hasta allí y beber a torrentes el conocimiento y el poder! pensaba Memnonés. ¡Qué conquistas haría! Ante esta perspectiva, al borde de la cual brillaba el punto fulgurante de todos sus deseos, el sacerdote de Isis se sentía transportado por un orgullo y un júbilo sin límites, olvidaba todo lo demás... ¡incluso el alma de su querida Alciona! Ella no era más que el esquiife maravilloso para atravesar la marejada de lo desconocido, para realizar el gran viaje al infinito. Los comienzos de esas experiencias fueron dolorosos, problemáticos, quizás espantosos. Durante los primeros sueños magnéticos, Alciona no podía salir de un limbo oscuro, de un caos tenebroso, donde se movían formas vagas y extrañas que describía a Memnonés con palabras incoherentes pero incisivas. El sacerdote de Isis tuvo la buena idea de trazar alrededor de ella, en el aire de la cripta, un círculo con la cruz ansata, pronunciando las fórmulas de una desaprobación contenida en el *Libro de los muertos* de Hermes, y la durmiente se sintió rozada, apretada, asaltada por un torbellino de espectros, de larvas y de sombras, algunas de las cuales decían ser almas malditas y le vomitan su odio o su angustia. Alciona, temblorosa, empapada en sudor, estallaba en gritos, se retorció, suplicaba piedad a la huested furiosa con gestos de terror. Y Memnonés, en voz alta, un brazo imperativo, barría la nube de sombras. Creyó entrever que ese limbo oscuro, que envolvía a la tierra, es un vasto laboratorio que contiene a la vez los despojos de su pasado inmemorial y los gérmenes flotantes de su futuro, reserva hormigueante de vida, donde los videntes y los profetas perciben sólo fragmentos desgarrados que únicamente un dios podría abrazar en su conjunto. Esta región era el *Erebo* de los griegos, el *Amenti* de los egipcios. Alciona la denominó *la zona negra*. Algunas veces, la profetisa tenía la sensación de zambullirse perdidamente con esas sombras en un abismo de tinieblas frías y frises.

—Ruedo... ruedo —decía—, voy a hundirme... —después agregaba—: A lo alto, muy lejos, veo el cetro de mi Genio... Veo la Luz... ¡Subo! ¡subo!

Cuando todo se desvanecía, caía en un letargo y luego se despertaba muy cansada.

Después de un mes de bordear laboriosamente el país de las sombras, el velo negro se disipó, y los viajeros, llevados por el esquiife del sueño, parecido a la barca de Isis que se encuentra pintada en todos los templos, entraron a toda vela en una región clara y apacible. La hija de Samotracia la denominó *la zona rosada*. Memnonés reconoció el círculo de los espíritus bienaventurados. Allí reinaba la armonía y la luz. Las almas purificadas y destellantes crean las moradas, los paisajes y los horizontes a imagen de sus deseos. Escapada de las frías tinieblas, Alciona se sentía inundada de una atmósfera cálida llena de perfumes delicados; sonriente y palpitante de pura felicidad hubiera querido descansar allí para siempre. Pero nada contentaba a Memnonés. Su sed de conocimiento crecía con su ciencia, su ambición con sus poderes. Cuanto más alto llevaba a su vidente, más alto quería subir. ¿No tenía acaso la cadena mágica, la cadena universal de los espíritus, que iba de la tierra al cielo y se perdía en el infinito? ¿Escalando, grado a grado, esta escala de almas, no se podría alcanzar esa altura sublime donde el espíritu del hombre se identifica con el Alma del mundo y bebe de esta fuente de las cosas que los libros sagrados llaman *el cielo de Osiris*? Por eso, la hizo penetrar en la esfera de los héroes y los dioses, que sin duda el viejo Sabaccas había denominado la tercera esfera y lo había desafiado a franquear. En tanto, Alciona había entrevisto efluvios y los rayos quebrados. La denominó *la zona de oro*.

Pero de pronto Memnonés chocó con un obstáculo invencible. Cuando le ordenó a la profetisa que penetrara en la región de la luz, ella empezó a temblar y a gemir.

—La luz es demasiado fuerte —balbucía—, me hace daño. Además, hay algo que me lo impide.

Memnonés, obstinado, no se amilanó. Se había jurado a sí mismo que salvaría el obstáculo, que vencería al misterioso adversario, que por la sola voluntad de Alciona, él entraría en el círculo de los héroes y los dioses. Y cada noche, por caminos desviados o mediante impulsos audaces, renovaba la temeraria tentativa.

Una noche que el sacerdote de Isis se mostró más impulsivo que de costumbre, Alciona se rebeló fieramente y exclamó:

—No puedo ir más lejos.

—¿Por qué?

—Una luz terrible me deslumbra. El que nos guía, el que nos ayuda a subir, el Genio velado está de pie en la puerta de oro de la que surgen los relámpagos... No le enfurezcas. Está de pie, con una espada flamígera... ¡y te prohíbe la entrada!

—Ah, ese genio desconocido, ese dios enmascarado, yo sabré quién es... ¡He de verle por mí mismo!

—¡Te lo suplico... detente!

—Nadie puede detenerme en la conquista divina. Si tu genio nos cierra el paso, pasaremos a su pesar. ¡Vamos, franquea la puerta! ¡Yo lo ordeno!

Así diciendo, el sacerdote tocó la frente de la profetisa con su mano y ella lanzó un terrible alarido y sufrió una espantosa convulsión. Memnonés, asustado, trató de apaciguarla con algunos gestos. De repente, la vio erguirse, majestuosa y grave como el primer día en que se revelaron en ella la vidente y la extática. Acababa de transformarse en otra persona. Se plantó delante de Memnonés, en actitud de desafío. Al observar su rostro, Memnonés retrocedió aterrado. Las facciones de la joven habían cambiado, adoptando la expresión desdenosa y fiera de un heroico joven. Ya no era Alciona la que veía ante sí, era el pastor de la Isla de las Cañas, el misterioso amante de la profetisa que le había desafiado en la puerta del templo. Memnonés se estremeció hasta el fondo de sus entrañas al oír una voz masculina, la misma voz de Horus, salir de la boca de la poseída, que, como hiciera Horus ante el templo, cruzó los brazos y miró al sacerdote con ojos centelleantes.

—Memnonés, no eres el que piensas. Posees el escudo de la fuerza, posees el casco de la fe, pero te falta la espada de la luz templada en la sangre de tu corazón, para entrar en el círculo de los Héroeos que ven el sol de Osiris.

A Memnonés se le había helado la sangre en sus venas. Pero aún tuvo la fuerza de tartamudear:

—¿En nombre de quién hablas tú, que te apoderas de Alciona?

—Tú no eres el dueño de esa alma que crees poseer.

—¿A quién pertenece, pues?

—Es mía por el divino Amor y el poder del gran Sacrificio. Sin mí nada puedes tú. Sin mí, caerás en las tinieblas. En tu corazón todavía

arde la sombría llama de la ambición y el deseo. Cesa de atormentar a tu hija, pues no irás más lejos. Renuncia... ¡y obedece!

—¿Quién eres tú?

—El Genio de Alciona.

—Tu nombre.

—¡Me llaman Anteros!...

La profetisa pronunció el nombre con acento solemne y estuvo unos segundos inmóvil, el brazo levantado, el rostro radiante, en la actitud del heraldo anunciando a los Dioses. Luego, de pronto, las facciones de su semblante decayeron. Su cuerpo tenso y transfigurado por una presencia sobrehumana se derrumbó y cayó como una masa inerte a los pies del coloso de Osiris en granito. Asustado de nuevo, Memnonés se inclinó sobre su hija. La creyó muerta. Bajo el seno helado, el corazón no latía ya, pero ella todavía respiraba. Después, fue saliendo lentamente de su letargo. Cuando estuvo lúcidamente despierta, se mostró abatida, callada, inmóvil. No respondió a ninguna de las múltiples preguntas del sacerdote de Isis.

Capítulo VII

ANTEROS

Mientras tanto, Memnonés recibió la llamada desde Pompeya. Marco Helvidio, en nombre de los decuriones de la ciudad, necesitaba un sacerdote de Egipto para reformar el culto de Isis en la localidad de la Campania. Smerdés, el jefe jerárquico de Memnonés, le propuso ir en calidad de hierofante.

En otras circunstancias, el hierogramate del templo de Isis no hubiese consentido en abandonar Egipto, puesto que sólo dos cosas absorbían su existencia: las ciencias ocultas y su hija Alciona. En realidad, estas dos pasiones se confundían en una sola desde que, por sus maravillosas facultades, la profetisa era el instrumento de sus descubrimientos. Pero la última noche pasada en la cripta había trastornado sus proyectos y perturbado su alma por completo. ¿Qué significaba esa manifestación sorprendente, inexplicable, del Horus de los beduinos, bajo otro nombre, a través de la profetisa? ¿De dónde procedía ese poder superior y temible que lo frenaba brutalmente en su camino y le prohibía el acceso a las verdades supremas? Ante el ser desconocido, Memnonés estaba perplejo, humillado, impotente. Una flecha invisible le había roto el ala y un oscuro remordimiento le roía el alma. Vaciló, pues, cuando Smerdés le habló de la llamada hecha desde Pompeya y pidió tres días de reflexión.

De pronto se acordó de Sabaccas, y eso fue para él un rayo de luz. El asceta de la pirámide le había dicho: «No alcanzarás la tercera esfera. Cuando llegues a tal fase, ven a verme».

Acto seguido, Memnonés partió para Menfis y el desierto.

No halló a Sabaccas en el umbral de su caverna. Un niño del pueblo le manifestó que el ermitaño se hallaba a cierta distancia, en la cadena

lística, cerca de las tumbas de los profetas. Y después de una hora de camino, por entre las rocas de pódrido rojo y bajo un ardiente sol, el sacerdote de Isis divisó al solitario en harapos, en el umbral de la caverna fúnebre cerrada por una puerta de bronce.

—Ah, por fin has venido —exclamó el anciano con mirada aguda y desafiante—. Te esperaba. ¿Has franqueado la puerta del tercer círculo?

—No.

—Ya te lo advertí. Bien, ¿qué quieres de mí?

—Me llaman desde Pompeya como hierofante del templo de Isis. ¿Debo aceptar?

—¿Conque quieres ser hierofante? —repitió el ermitaño de faz descarnada y ojos de águila—. Entonces... —posó una mano como un gancho de hierro sobre la espalda del sacerdote y añadió—: ¡ven!

Con su mano esquelética pero todavía vigorosa, el solitario abrió la puerta de la caverna. Penetraron en una cámara cuadrada sostenida por cuatro columnas dóricas, tallada en la misma piedra. Se distinguían diversos sepulcros empotrados en los muros de aquella cámara funeraria, excavada en la montaña. Al fondo había una tumba, engastada en la roca viva, en forma de pirámide truncada. El monumento tenía como único signo religioso un ojo gigantesco, pintado en lo alto de la estela. Debajo se veían unos caracteres griegos grabados en la piedra. Sabaccas le indicó aquella tumba a su compañero y le ordenó:

—¡Mira... y lee!

Memnonés se aproximó a la tumba, casi a tientas en medio de la penumbra de la cueva, y leyó la siguiente inscripción:

HORUS-ANTEROS

dio su vida

por la Justicia y por la Verdad.

Su cuerpo fue arrojado al mar.

Su cabeza descansa aquí,

en las tinieblas de la montaña.

Revestida con el esplendor de los Dioses,

su alma es como el sol.

El nombre de Horus unido al de Anteros produjo en el cerebro y el corazón de Memnonés el efecto de un relámpago seguido del trueno.

—¿Quién descansa aquí? —preguntó con voz temblorosa.

—Tú conoces a ese orgulloso joven —respondió Sabaccas con tono de reproche, posando su mano como una garra de gavián sobre el granito de la estela—. Estaba destinado a una gran vida. Te pidió la iniciación. ¿Por qué se la negaste?

—Porque no quiso confiarme el secreto de su destino.

—Lo hizo para no traicionar a sus amigos. Si fueses un verdadero sacerdote, si la luminosidad de Isis resplandeciese en ti, habrías sabido leer la palabra en su alma y adivinarla en su voz. Le debías el refugio del templo y la ciencia que has recibido.

Atacado en el arcano de su conciencia, Memnonés protestó:

—Quiso robarme a mi profetisa, mi hija Alciona. Sé que la amaba. Rondaba a su alrededor, la espiaba en su sueño. ¡Yo estaba en mi derecho al defenderla contra él!

—Tú no tenías derecho a rechazar en la noche al que te pedía la luz. Además... ¿quién sabe si no era más digno de Alciona que tú?

—¿Más digna de ella que yo?

—Vivo, era como tú; muerto, te supera —murmuró el antiguo profeta de Osiris crispando la mano sobre el granito—. Su sacrificio le ha otorgado la aureola del héroe. ¡Ya no es Horus... sino Anteros para siempre!

—¿Cómo murió?

—Había conspirado contra César con sus amigos. Sólo a él descubrieron. Para salvar la vida se convirtió en pastor entre los beduinos. Entonces te pidió refugio en el templo. Rechazado, sin asilo, marchó a Alejandría y se entregó al pretor, a fin de consagrar su vida a su causa. Fue decapitado y arrojado al Nilo. Un pescador recogió su cabeza y un fiel la trajo aquí. Los verdaderos iniciados han levantado una tumba a aquel que supo ser fiel a su Verdad.

Memnonés inclinó la cabeza. La Verdad divina, que se esconde tras el velo de la naturaleza, empezaba a brillar ante sus ojos, pero su luz caía en el abismo estéril de su corazón. Humillado ante el viejo ermitaño altanero, murmuró:

—¿Y ahora... qué he de hacer?

—Expiar... Ve a Pompeya con tu profetisa. Trabaja, sufre y lucha. Busca el arcano de los iniciados. Para entreverlo es necesario haber vivido. ¡Sólo hallarás la Verdad suprema en el supremo dolor!

Así, en el anfiteatro vacío de Pompeya, en el silencio nocturno, bajo la lejana palpitación de los astros, Memnonés dio un repaso a su vida. Imposible no reconocer en ella las huellas de una Providencia misteriosa. Unas secretas advertencias habían despertado su atención, unas señales sorprendentes habían guiado su camino y jalonado las etapas del mismo hacia el fin deseado. A los clamores de su alma, a las ardientes llamadas de su voluntad, las Potencias habían respondido.

Su primera entrevista con Sabaccas, su admisión en el templo, su encuentro con Alciona, las revelaciones de la profetisa, toda esa cadena de efectos concordantes eran su obra. Finalmente, la manifestación de Anteros mediante el semblante y la voz de Alciona ¿no era la prueba irrefutable de la realidad de otro mundo? Pero por un trágico destino, las Potencias, al demostrarle la existencia segura del Más Allá, le habían dicho: «¡No irás más lejos!»

Ahora Alciona, su única antorcha en esas regiones sombrías, ya no estaba bajo su poder. Su alma pertenecía al que ella llamaba su Genio, el cual se la disputaba en el otro mundo. Y también otro adversario más peligroso amenazaba asimismo con arrebatársela. Entre estos dos enemigos, ¿qué sería de él?

Memnonés abandonó el anfiteatro y subió a la terraza del templo. Allí, el sacerdote extendió su brazo hacia la curia isíaca, donde la profetisa dormía custodiada por la vieja nubia.

—¡El corazón de un padre —musitó el sacerdote— es más fuerte que un muerto y que un vivo!

Pero mientras el sacerdote de Isis descendía hacia las tinieblas por la escalera de caracol, hasta la litera de su estrecha celda, creyó ver caer pesadamente un velo opaco sobre el ensueño divino de su existencia. La idea de haber causado la muerte de Horus le remordía como uno de esos dolores que no perdonan jamás. De aquel turbio pasado sólo afloraban dos imágenes: la cabeza de un joven arrastrada por el Nilo hacia el mar... y la mirada de Antero que le contemplaba desde el fondo de su tumba.

LIBRO SEGUNDO

EL RAYO

El Amor es el intérprete y el mediador
entre los dioses y los hombres.

PLATÓN

Capítulo VIII

EL GUARDIÁN DEL UMBRAL

Severamente encerrada entre sus muros, en medio de la bulliciosa Pompeya, la curia isfaca se apoyaba en la punta aguda del foro triangular, en uno de los barrios más populosos de la ciudad, no muy lejos de los dos teatros, de la academia de gladiadores y de la puerta de Stabies. A veces llegaban hasta allí los rumores del exterior, pero la vivienda se hallaba tan aislada e inaccesible como un claustro indio en el Himalaya o un gineceo persa en la fortaleza real. La única salida era un corredor que llevaba al templo de Isis. Los sacerdotes la habitaron tiempo atrás. Pero ahora sólo la ocupaban dos mujeres: la hija adoptiva de Memnonés y su anciana esclava.

El sol de una bella mañana de verano penetraba en este retiro sosegado. Dos columnatas del pórtico resplandecían en todo el brillo de su blancura bajo aquella luminosidad vibrante, mientras que las otras dos dormían en una sombra azulada. El austero patio, metamorfoseado en jardincito, exhalaba el aroma suave de un rosal languideciente y una frondosa mimosa. Una fuente lanzaba un chorro de cristal a una pileta redonda por la boca de una esfinge de mármol gris. Entre dos pilares del pórtico había suspendido una hamaca casi a ras del suelo. Una joven, envuelta en una bata blanca, descansaba en ella como un pájaro preso en aquella red azulada, diseñando sus graciosas formas. La joven no dormía, pero soñaba con los ojos muy abiertos y la cabeza reposando en sus manos. Las columnas jónicas, que enmarcaban su figura con sus capiteles de volutas azulíneas, casi parecían una vegetación de su sueño. Era la profetisa Alciona.

Muy cerca, con un taparrabos amarillo, se hallaba de rodillas sobre las losetas del suelo una vieja nubia, de cabellos crepados, rostro relu-

ciente como un espejo de cobre, con unos enormes ojos infantiles por los que pasaban destellos de feroz alimaña.

Los sacerdotes de Menfis habían comprado a Nurhal muy joven como servidora del templo. Le enseñaron a tañer la tiorba en las ceremonias sagradas, pero no tenía talento más que para el canto, la música y la danza. Agregada por Memnonés al servicio de Alciona, la idolatraba con toda su pasión de anciana y la custodiaba como un perro fiel. Al ver a su ama preocupada e insomne desde hacía tres días, trataba de distraerla. Sobre la alfombra persa donde se hallaba, acababa de colocar tres cofrecitos, uno de ébano, el segundo de plata y el tercero de madera de sándalo. Contemplando por turnos esos objetos y a la inmóvil durmiente, reía y murmuraba en un extraño lenguaje, mezcla de griego y etíope, semejante al gorjeo de un pájaro de los trópicos. Afirmaba, sin duda, en su idioma de lorito, que existían toda clase de remedios infalibles para ahuyentar las inquietudes de su reina. Primero, abrió el cofre de ébano y sacó del mismo una serie de amuletos egipcios: unos bellos Osiris esculpidos en basalto negro y coquetas Isis en mármol de Siena, corroídos y azulíneos por la acción del tiempo. Tendió esos amuletos a Alciona, que no pareció verlos. Acto seguido, Nurhal cogió el cofre de plata y sonrió maliciosamente. Dentro había divinidades griegas, esculpidas en ónice, pórfito y marfil: Minervas, Dianas, Apolos y camafeos de cornalina. Se las enseñó: Alciona tampoco se movió.

Nurhal inclinó la cabeza y abrió el cofrecito indio, de madera de sándalo. Encerraba unas bolsitas de aromas y redomas de perfumes, de vidrios de matices opalinos. La anciana quiso que su ama los respirase, pero ésta los rechazó con la mano. Entonces, Nurhal recurrió al gran remedio. Abrió un cofre pintado. Dentro se veía un extraño surtido: abanicos de plumas de pavo real y avestruz, aves del paraíso disecadas, las piezas de un juego indio en nácar, talismanes de metal con figuras astrológicas, objetos de cristal, collares de perlas y argollas con campanillas que las nubias atan a sus tobillos para danzar. Triunfante, sacó un rollo de papiro en el que se leía: *La Odisea*, de Homero. Ella no sabía leer pero conocía el rollo y se acordaba de que en Egipto Alciona había pasado noches enteras inclinada sobre la larga banda desenrollada, junto a una lámpara de betún, en vez de dormir. La joven, ahora, cogió

el rollo, lo contempló con expresión de ternura, y luego lo dejó caer al suelo como si no tuviese fuerzas para sostenerlo.

Decepcionada y enfadada, la anciana esbozó un gesto de irritación y extrajo del cofre un espejo de cobre que presentó a la profetisa.

—¡Contempla, pues, tus ojos rodeados por bolsas negras! —exclamó.

Pero apenas Alciona hubo estudiado su rostro en el brillante metal, volvió la espalda a su guardiana y se apelotonó en la hamaca como la paloma que esconde la cabeza entre sus alas.

Unas lágrimas gruesas arrasaron los ojos de la pobre Nurhal. ¿Qué había sucedido para que su ama fuese tan malvada? Sintió un inmenso temor de haber ofendido al ser maravilloso e incomprensible que ella adoraba como una divinidad. Y estaba a punto de mesarse el cabello, cuando una súbita idea sobresaltó a la negra. Corrió hacia la mimosa, arrancó una rama, y volvió al lado de la joven cuyo movimiento convulsivo había imprimido a la hamaca un leve balanceo de columpio, y empezó a abanicar, con la rama florida, la blanca nuca de Alciona, a la que su moño coronaba como una llamarada feroz. Lentamente, la joven dio de nuevo media vuelta. Cuando percibió las hojas delicadas del arbusto, que se contraían al tacto como sensitivas, asió apasionadamente la rama de mimosa y suspiró:

—¡Ah... Egipto... el Nilo... la Isla de las Cañas... qué lejos está todo...!

A continuación, empezó a aspirar largamente los ligeros penachos de las flores, cuyo polen se esparcía como polvillo de oro.

Nurhal se echó a reír con una risa ingenua, que hizo brillar como un relámpago sus blancos dientes en su atezado semblante. Segura ya de que su niña querida había hallado su juguete, se dejó caer sobre la alfombra persa y cerró los ojos.

Muy pronto, con su voz aguda, empezó a tararear una melopea etíope, aprendida en su infancia. La letra evocaba ante sus ojos un espejismo flotante de mares color índigo, de vegetaciones fabulosas y de aves maravillosas, paraíso infantil de su pobre alma de esclava, que ella hubiese querido compartir con su joven ama. Sólo había añadido a la canción el nombre de la hija de Samotracia para dar más fuerza a su canción de cuna mágica:

*Bello Alción, mi blanca Alciona,
ven a mi barca, amada mía,
ven a mi barca de velas de oro.
Bogaremos por el mar encantado,
que sueña con palmeras de Kinnor.
Grandes frutos cuelgan de sus altas ramas
con nidos de pájaros azules.
Todo vuela y canta... Ven, blanca mía,
allí los pájaros son de fuego...
Ven a mi barca, amada mía...
Bello Alción, mi blanca Alciona...*

El sonido de un escudo resonando como un címbalo cortó los últimos versos de la canción. Alciona saltó como una gacela de su hamaca y gritó:

—Conozco esa señal del centinela. Un extranjero penetra en el templo. ¡Quiero saber quién es!

—No te muevas —le aconsejó la anciana—. Ya sabes que el maestro no quiere que salgas del patio sin su permiso.

Pero Alciona había ya desaparecido corriendo bajo el pórtico. Por allí llegó al estrecho corredor que rodeaba el templo y pasó por detrás de la estatua de bronce de Isis empotrada en el muro de la celda. Muy cerca había un tragaluz que permitía a los sacerdotes observar el interior del santuario sin ser vistos.

Alciona divisó a Memnonés sentado. Tenía un rollo de papiro que estaba leyendo. Dos individuos, que acababan de subir por la escalera, se hallaban en la entrada del santuario. El primero era el estoico Calvo. Alciona estuvo a punto de desmayarse cuando desde su escondite divisó a Ombricio Rufo, que estaba detrás de Calvo.

El filósofo palmeó la espalda del sacerdote, quien estaba al parecer absorto en su lectura.

—Salud al hierofante. Este es un nuevo amigo que desea hablarte. Memnonés se sobresaltó al percibir al tribuno.

—Le reconozco —dijo simplemente—. ¿En qué puedo servirle?

—Asistió al casamiento de Helvidio. Emocionado por tus palabras y por los ritos, nuevos para él, desea tus enseñanzas.

—¿De veras? —inquirió Memnonés con la misma mirada penetrante que ya le había dirigido al tribuno en el vestíbulo de la mansión de Helvidio.

—Es la verdad —asintió Ombricio, con la actitud más humilde que le permitía su arrogancia natural.

Memnonés inclinó la cabeza como el que ha recibido un golpe en pleno pecho; luego, sobreponiéndose, ofreció dos asientos a los visitantes.

—¿Tu nombre? —quiso saber cortésmente, con los ojos fijos en su interlocutor.

—Soy Ombricio Rufo, hijo de un veterano, tribuno primipilario del ejército de Tito. Discípulo de Afranio, seguí en mi juventud la doctrina estoica. Ahora deseo conocer el verbo de Hermes que, según dicen, da la luz completa. Estoy dispuesto a recibirla si tú accedes a enseñármela.

—Muy bien —convino Memnonés—. Siempre acogemos con júbilo a los verdaderos discípulos. ¿Pero conoces las condiciones de la enseñanza que reclamas con tanto ardor?

—No.

—La ley de Hermes no permite a sus iniciados llevar armas más que en algunos casos. Somos nosotros, los servidores de Isis y Osiris, quienes consagramos sus portaespadas. ¿Estás dispuesto, Ombricio Rufo, a renunciar a tu título de tribuno militar, al poder y a la gloria de las armas para obtener la ciencia divina?

—¿La sabiduría y el poder que prometes es igual al que me ordenas rechazar?

—La sabiduría y el poder que adquirirás entre nosotros dependerá de tu esfuerzo y de la pureza de tu alma.

—¿Cómo puedo renunciar a lo que conozco por lo que no conozco? Primero, haz que conozca tu ciencia. Después, escogeré entre ella y mi pasado.

—Por tanto, rechazas ya la primera condición. Esto es grave. He aquí la segunda. ¿Estás dispuesto a recibir nuestras enseñanzas sin discusión durante el tiempo de prueba? Más tarde reconocerás esa verdad. Mientras tanto, has de someterte sin reticencias a la voluntad del maestro.

—Entregarle a otro lo que yo más quiero... o sea mi voluntad. ¿Es posible esto? ¿Ya no seré, pues, Ombricio Rufo, un hombre libre, un ciudadano romano?

—Como ves, joven, no estás maduro para tu iniciación. Regresa a tus legiones. La vida te madurará. Cuando seas más dócil, vuelve a mí.

—Sea —se ensombreció Ombricio—. Me niegas tu ciencia. Guárdala para ti, si aún no soy digno de ella. Pero como sacerdote de Isis, como hierofante, le debes a un ciudadano de esta ciudad, a un tribuno coronado, un consejo eficaz, un rayo de luz.

—Habla y veré.

—Tu ciencia, de la que estás tan orgulloso y de la que eres tan avaro... no la tienes sólo por tus libros y por ti mismo. Tuve de ello la prueba hace tres días. Procede de tu hija adoptiva, de la profetisa. ¿No fue ella la que, durante su éxtasis mágico, pronunció la unión sagrada de Helvidio y Helvidia? ¿No fue ella la que en un transporte sobrehumano profirió para ellos la maravillosa profecía? Pues bien, como el postulante de Delfos a la Pitonisa, yo exijo un oráculo de Alciona.

Memnonés se puso de pie. Tenía el rollo cerrado en una mano, y con la otra se apoyaba en la columna corintia del templo de Isis. La extrañeza enarcaba sus ojos, dejándole mudo. Luego, una sonrisa desdénosa afloró a sus labios.

—Tu exigencia es atrevida y singular —pronunció al fin—. O sea, Ombricio Rufo, que lo que yo tardé veinte años en conquistar a fuerza de estudios, de vigiliyas y de austeridades, ¿tú quieres obtenerlo en un solo día, por un encuentro del azar, por un capricho juvenil? ¿Acaso ignoras que yo mismo no puedo conseguir a cualquier hora un oráculo de Alciona y que su voz profética es, para los iniciados, la coronación de toda una vida de dedicación a la ciencia sagrada, de sumisión a su disciplina?

Ombricio se había levantado a su vez y, mirando fijamente al sacerdote, dijo con energía:

—Su mirada me prometió el oráculo cuando le di la flor de loto.

—¿Tú lo crees?

—Estoy seguro de ello.

—Y ha sido con esta idea insidiosa que venías a pedirme la ciencia de Hermes y la iniciación. Pues bien, sabes que el templo de Isis está cerrado a los violentos y a los corruptos. ¡No volverás a ver a la profetisa!

Ombricio estaba pálido, temblorosos los labios.

—Vine aquí con la angustia en mi corazón, con mi sed de verdad...
¿Y es esto todo lo que puede responderme tu sabiduría?

—La verdad —repitió Memnonés— se hizo para quienes se entregan a ella sin reservas y no para los que de ella ansían servirse para saciar sus pasiones.

—Adiós —exclamó el tribuno envolviéndose en su toga.

Marchóse bruscamente, pero antes de llegar a la escalera, volvióse y apostrofó al sacerdote con estas amargas palabras:

—¡He aquí la luz de Isis!

Alciona había seguido el diálogo sin prestarle atención. El aspecto del fiero tribuno había inflamado su imaginación. Su corazón virginal propendía con pasión a aquel joven que apelaba a su alma de profetisa. Pero la actitud y las respuestas de Memnonés le habían mostrado el abismo que separaba a los dos seres a quienes ella más amaba. Se veía partida en dos por el resto de su existencia y el pesar de esta perspectiva le arrancó un sordo gemido. Esa queja involuntaria hizo vibrar la estatua de bronce tras la que se hallaba escondida. Asustada ante la respuesta del ídolo hueco, que podía traicionarla, huyó de prisa por el angosto corredor.

—La estatua parece gemir —sonrió Calvo con ironía, aunque también un poco tembloroso.

Memnonés estuvo perplejo unos instantes, pero al fin, recobrando el ánimo, gritó:

—¿Dónde estás, Alciona?

Con paso rápido salió del templo y entró en la curia. Allí encontró a su hija adoptiva tumbada en su hamaca, con el rostro hundido en su brazo replegado.

—Está enferma... está enferma... —sollozó la anciana—, y no quiere dormir. No se ha movido en toda la mañana.

Memnonés la observó largo tiempo fijamente y al fin exclamó:

—¡Mírame, Alciona!

La joven enseñó su rostro infantil y los ojos enrojecidos por las lágrimas.

—¿Has llorado?

—Sí, pensaba en Egipto.

—¿Sigues añorándolo?

—Oh, sí.

—¡Quién sabe! —murmuró Memnonés—. Quizá volvamos allí muy pronto.

Alciona miró a su padre adoptivo con ojos llenos de extrañeza. Memnonés se dio cuenta entonces de que la joven apretaba convulsivamente una tablilla de cera y un punzón de acero en su mano izquierda.

—¿Qué haces con esta tablilla? —inquirió el sacerdote.

Alciona se ruborizó y descansó la cabeza en la hamaca; luego, levantándola mostró un semblante sonriente con ese profundo disimulo que el amor enseña tan pronto hasta a las almas más puras.

—Bien, ¿esa tablilla? —insistió Memnonés.

—Es para traducir al griego —mintió Alciona— la canción de Nurhal.

—Te agitas demasiado, niña mía —observó Memnonés tranquilizado. Añadió—: Cálmate y duerme.

Acto seguido, besó la frente de la profetisa y se alejó, sumido en sus pensamientos. Nurhal, acurrucada, reanudó su canción:

*Bello Alción, mi blanca Alciona,
ven a mi barca...*

Mientras tanto, la hija de Samotracia, con ojos febriles, empezó a grabar con el punzón unos caracteres latinos en la blanda cera. Trazó con un cuidado especial las primeras palabras: *A Ombricio Rufó, tribuno primilario...*

Nurhal murmuraba:

*Grandes frutos cuelgan de sus altas ramas
con nidos de pájaros azules...*

Pero no finalizó el canto. Hechizada por su propia canción de cuna, se durmió sobre el cofrecito de los talismanes.

Capítulo IX

EL JARDÍN DE ISIS

Ombicio recorría furioso el pórtico descascarillado de su desierta vivienda a orillas del Sarno. Acababa de decirle a su colono: «Mañana parto para Roma», cuando vio a Calvo que casi corría a su encuentro.

—¿Qué te trae a este maldito hogar con ese sol asesino? —le preguntó el tribuno con expresión desolada, pues le irritaba la impasible serenidad del estoico.

—El decurión Helvidio y su noble esposa Helvidia me han encargado que te invite a la fiesta de Isis, que hoy se celebra fuera de la ciudad, en un jardín consagrado a la diosa.

—¿Estará allí Memnonés?

—Ciertamente.

—Entonces no iré. Ya sabes que ese sacerdote orgulloso y celoso me negó la iniciación que le supliqué. No quiero volver a verle.

—De todos modos, lee este mensaje. Ignoro su contenido. Es Helvidia la que te lo envía.

—¿Qué pueden querer de mí? —preguntó el tribuno, encogiéndose de hombros, pues después de su entrevista con Memnonés odiaba a la cofradía.

—No lo sé —replicó Calvo—. Sin duda, lo sabrás por la carta.

Ombicio rompió el sello, y leyó en la tablilla:

A OMBRICIO RUFO, TRIBUNO PRIMILAR

SALUD.

Si vienes a la fiesta de Isis te diré el mensaje de la diosa en la fuente de los lotos...

ALCIONA

Al tribuno le chispearon los ojos. Una oleada de sangre enrojeció su atezado rostro. Alciona, por tanto, conocía la negativa de Memnonés y, pese a eso, le ofrecía el oráculo deseado... ¿Cómo había ella adivinado su más secreto designio y ganado para su causa a la esposa del decurión? ¿Era la ternura o la inspiración lo que había dictado la misiva con tal audacia virginal? Esta vez, el misterio del alma junto con el poder del amor lo arrastraban hacia la profetisa. ¡Ella le aguardaba! Eran tales su júbilo y su temor que no supo qué hacer ni qué decir.

—¿Vendrás? —inquirió Calvo.

—Oh, sí... —exclamó el tribuno, absorto en sus pensamientos.

En el terreno ondulado que se extiende detrás de Pompeya, entre el cono aislado del Vesubio y la cadena de los Apeninos, se elevaban a la sazón las ruinas de un antiguo templo de Ceres, rodeadas por un jardín salvaje y suntuoso. Tras adquirir tal terreno, Helvidio lo bautizó con el nombre de *Jardín de Isis*, reservándolo para las reuniones secretas de la hetaira isíaca, en sus fiestas íntimas, a las que solamente invitaban a los amigos seguros. Desde lejos, se divisaba por encima de los viñedos un montículo arbolado con cipreses y sicomoros, de donde sobresalía el frontispicio de un templo. Era la capilla de Perséfone. Con el pórtico del templo de Ceres, la capilla era lo único que quedaba en pie de las antiguas construcciones, derribadas por un terremoto. Un muro desigual, erizado de cactus y arbustos espinosos, rodeaba todo el terreno. Un guardián custodiaba la única puerta. Allí penetraron Ombricio y Calvo.

El tribuno y el estoico cruzaron primero la parte del jardín que el temblor de tierra había conmovido de arriba abajo. Pero la poderosa naturaleza ya había revestido aquel suelo volcánico con una vegetación lujuriantes. La mezcla de ruinas y frondosidades recordaban los Campos Elíseos y la entrada a los Infernos. Allí se veían escombros de edificios derrumbados, fosos llenos de tambores de columnas rotas, fragmentos de capiteles, torsos truncados de diosas junto a cabezas destrozadas de dioses.

Los olivares retorcidos dejaban colgar sus pálidos follajes sobre aquellas hecatombes divinas. Las viñas suspendían sus guirnaldas y sus festones de las columnas aisladas, como si las Bacantes, renacidas al

soplo de Dionisio, quisieran consolar a la tierra devastada por Vulcano de sus eternos abrazos. Unos hilillos de agua que circulaban bajo los lentiscos y los guijarros, alimentaban la vegetación de aquel verdeante desierto. A la derecha, el sendero ascendía por una colina arbolada por encinas, hacia el templo de Perséfone. Era aquélla la parte sombría y sagrada del jardín. Del fondo del bosquecillo surgía una quejumbrosa melopea.

—¿De dónde provienen esos cantos? —se interesó Ombricio.

—Del pórtico de Ceres. Hoy se representa allí una parte del drama sacro *La muerte de Osiris*. Ahora estamos oyendo un coro femenino.

—¿Y quién interpreta a Isis?

—Helvidia.

—Pues ve tú hacia allí —le conminó el tribuno—. Yo no tardaré en reunirme contigo. Pero antes dime: ¿dónde está la fuente de los lotos? Debo cumplir un rito antes de asistir al espectáculo.

Calvo le señaló un sendero rocoso, bordeado de lirios y rosales, que se adentraba por un bosquecillo de mirtos, y dejó solo a su amigo.

Al salir de aquel laberinto, Ombricio se encontró frente a una fuente cuya capa de agua estaba inmóvil. Entre las plantas acuáticas, de grandes hojas, flotaban ninfeas azules y algunos lotos rosados. El agua de la fuente se filtraba por una gruta oscura que se abría, por detrás del surtidor, en una roca volcánica. Una magnífica mimosa sombreaba el agua cristalina con sus ramajes colgantes y sus flores semejantes a trenzas de oro. Al fondo, se elevaba el cono del Vesubio.

Delante de la gruta, una joven arrodillada se inclinaba hacia la fuente. Con la mano hurgaba delicadamente entre las plantas acuáticas, buscando algo bajo el agua. Ombricio se detuvo. Aquella ninfa del lugar llevaba el peplo blanco de los coros trágicos. Su cabeza inclinada ocultaba su rostro, pero por el color leonado de sus cabellos y la corona de narcisos, el tribuno reconoció a la sacerdotisa. Al ruido de los pasos de aquél, Alciona se irguió y se apoyó con un movimiento instintivo en la estela de mármol que se elevaba al borde de la fuente, y que coronaba una estatuilla de Isis.

Ombricio la contempló unos instantes en silencio.

—Nada temas de mí, hermosa profetisa —le dijo al cabo—. He venido por tu llamada, que responde a mis más caras esperanzas. Sea

loado el dios que te ha inspirado ese maravilloso valor. ¡Es de ti y de nadie más que yo ansío obtener el oráculo de mi destino!

Alciona, temblorosa, respondió con voz cada vez más firme y sin mirar al tribuno:

—Mi atrevimiento es muy extraño, Ombricio, y debes creerme una insensata. Sin embargo, no lo soy. El otro día, en la boda de Helvidia, dejé caer la flor de Isis que llevaba en la mano... y tú fuiste quien me la devolvió. Nuestras miradas se encontraron. A la luz de las antorchas, leí en tus ojos una angustia tan rara que penetró en mi corazón como una flecha. ¿Mas qué podía hacer por ti? Tres días más tarde viniste al templo. Por casualidad, yo estaba detrás de la estatua de bronce cuando hablaste con Memnonés. Sí, lo oí todo.

Ombricio sintió un sobresalto de júbilo.

—¿De veras? ¿Y bien?

—Entonces, al ver tu sed de verdad, no quise que se te negara la luz...

—¡Dámela! ¡Oh, sí, sólo de ti puede venir a mí!

—¡Ay! —exclamó ella, inclinando la cabeza y contemplando el agua cristalina de la fuente que se extendía sobre un fondo negro—, no es la profetisa la que puede hablarte hoy como hubiese querido. Es sólo la pobre Alciona, recogida antaño como un pajarillo moribundo por Memnonés en una barcaza de mercaderes a orillas del Nilo. Mas es posible que a través de su corazón martirizado Isis pueda hablarte en este momento.

—Bien ¿qué he de hacer?

—Entregarte sin desconfianza a Memnonés, obedecerle en todo para conseguir que sea tu maestro. Si consientes en esto no podrá negarte sus enseñanzas. Helvidio te protegerá, me lo ha prometido su esposa. Sé el fiel discípulo de quien fue más que un padre para mí, puesto que fue mi salvador. Y un día... estoy segura de ello, la profetisa hará que brille sobre ti el rayo de luz de Isis.

—¿Un día? —repitió Ombricio, encorvando el cuello y volviendo a erguirlo al instante como para quebrantar las horcas caudinas bajo las cuales querían obligarle a pasar.

Luego añadió impetuosamente:

—Si consiento... ¿me harás otra promesa? Lo que deseo es tu amor, y sin él ¿qué me importa la verdad? ¿Me amas, Alciona?

Por primera vez, la joven le miró directamente al rostro.

—Amo tu alma, Ombricio —sonrió con un candor que hubiera desarmado a un Nerón, de tal modo planeaba por encima de su afirmación sublime sin el menor temor.

Sus pupilas oscuras vibraban con una especie de éxtasis. Con un súbito movimiento, se arrodilló y hundió su mano en la fuente.

—Mira —continuó—, el tallo de loto que yo llevaba en la boda de Helvidia se esconde en estas aguas. El nuevo vástago todavía no se ha abierto, pero no tardará mucho en hacerlo.

Alciona se puso de pie y le enseñó a Ombricio una hoja muy ancha que por unos momentos acarició entre sus dedos, contemplándola. De repente, fijó en el tribuno sus pupilas húmedas en las que brillaba una llama, y añadió en voz baja:

—Igual que cuido estas flores, Ombricio, cuidaré tu alma. ¡El día en que esté completamente abierta, florecida, te entregaré el loto en todo su esplendor!

Ombricio sentíase ganado poco a poco por la dulzura y la solemnidad de aquel lenguaje, que en otros labios le hubiera parecido una presunción ridícula o un capricho infantil.

—Entonces —suplicó el tribuno—, ¿Alciona será mi esposa?

—Sí... —murmuró la profetisa—. Entonces... Isis lo permitirá.

Y sus párpados abatieron sus largas pestañas de oro hacia sus ruborizadas mejillas.

—¡Isis eres tú! —gritó Ombricio asiendo la mano de la joven con el ímpetu de la pasión triunfante.

Bajo aquel contacto violento, ante el aliento de aquellos labios que rozaban su cabellera y parecían querer quemar los narcisos de su corona, Alciona, atemorizada, enlazó nuevamente la estela con el brazo izquierdo y apoyó la cabeza contra la estatuilla de la diosa como buscando en ella un refugio, pero su mano derecha se quedó entre las de Ombricio, que la besó con ardor.

En aquel momento se oyó una voz terrible al otro lado de la fuente. Esa voz había pronunciado el nombre de Alciona como un grito de desesperación, como el clamor de una divinidad vengadora dirigido a todos los ecos del jardín.

—¡Alciona!

Seguido de Helvidio, Memnonés estaba de pie junto a los dos amantes. La profetisa cayó de hinojos, la cabeza escondida contra la estela que abrazaba como para protegerse contra un golpe mortal. Ombricio se cruzó de brazos y contempló al sacerdote con una leve sonrisa triunfal en sus labios.

—¿Alciona! ¿Por qué estás aquí con este hombre cuando tu sitio está allá abajo, en la cabeza del coro sagrado que canta a la diosa?

La voz severa del hierofante retumbó sobre la fuente. Pero únicamente le contestaron las voces lejanas de las jóvenes que cantaban: «¡El dios Osiris ha muerto! ¿Dónde están sus miembros dispersos? ¡Oh diosa! ¡Le buscamos contigo, todos lloramos a Osiris!» Los fragmentos desgarradores de la estrofa quejumbrosa pasaban sobre la fuente de los lotos como para apoyar la pregunta del sacerdote. Por toda respuesta, Alciona inclinó un poco más su cabeza hacia la estela y la abrazó con más fuerza.

Memnonés se volvió hacia el tribuno.

—¿Quién te ha dado permiso para traspasar el recinto sagrado? ¿Con qué derecho has venido a este lugar reservado a los iniciados?

Ombricio iba a responder, pero Helvidio se le anticipó.

—Fui yo quien le invitó a nuestra fiesta. Lo hice a ruegos de Alciona y Helvidia.

—¿Acaso ya no soy el jefe del templo y Alciona no es ya la profetisa?

—Escucha, Memnonés, y perdóname —continuó el decurión—. Si el tribuno se niega a someterse a nuestra regla, yo seré el primero en arrojarle de nuestro grupo, pero si acepta nuestra ley no podremos rechazarle. Alciona promete que él obedecerá. Responde, Ombricio: ¿aceptas a Memnonés como maestro?

—Sí —asintió el tribuno—, si él me acepta como discípulo.

—Como ves, consiente. Con esta condición ¿puedes prohibirle la entrada al templo? Hay que negarles la verdad a los indignos, pero no a los que la piden con sinceridad. Respecto a la profetisa, sólo la conseguirá si se muestra digno, después de haber formulado el juramento de Isis según la tradición. Mientras tanto, que sea admitido a prueba. Si sale victorioso de la misma, será el más ardiente defensor de nuestra falange. Nuestra verdad pone en la frente de los luchadores el sello de

los héroes... y puesto que Alciona ama a Ombricio, tal vez su amor será para él el rayo de luz de Isis.

—A menos —replicó Memnonés— que el amor de Ombricio no sea el final de la profetisa y la muerte de Alciona. ¿Quién puede garantizarme la fidelidad de este discípulo?

Alciona se había incorporado y con voz fuerte, en la que reapareció la profetisa, exclamó:

—¡Yo... con mi vida!

—¿Le amas, pues? —inquirió Memnonés, desesperado.

Alciona no le oyó. Su pensamiento planeaba ya en otra esfera. Prosiguió con tono solemne, como si quisiera grabar sus llameantes palabras en el éter límpido que conserva los juramentos:

—Para que sea un hijo de Isis, y que su fuerza irradie sobre la ciudad de Pompeya, yo me ofrezco en holocausto...

—¿Y si triunfa en la prueba? —quiso saber Memnonés.

—Seré su esposa.

—¿Y si te traiciona?

—Veré brillar la llama solitaria de mi hermoso deseo y moriré como la Vestal abrazada al altar donde arde la llama inextinguible.

Uniendo el gesto al pensamiento, volvió a abrazar la estela. Los tres hombres la contemplaron con un estremecimiento interior, hasta tal punto su acción tenía algo de sagrado y definitivo.

—También yo salgo garante de este joven —agregó Helvidio, poniendo una mano sobre el brazo de Ombricio—, que es un caballero romano. Y ahora volvamos a la fiesta, dejando al padre con la hija.

Cuando Helvidio y Ombricio hubieron desaparecido por entre el bosquecillo de mirtos silvestres, el hierofante y la profetisa quedaron inmóviles, él de pie y con los brazos cruzados, ella arrodillada ante la estela. Lo que acababa de ocurrir entre ambos era tan prodigioso, tan inesperado, que no lo comprendían ni uno ni otro, como si la flecha que les había atravesado los hubiera dejado con vida pero sin alma.

Memnonés creía haber perdido a su hija adoptiva, a su vidente, al tesoro de su corazón y al ojo de su espíritu en el mundo invisible.

Ella comprendía, por su parte, que al obedecer al impulso irresistible de su corazón, perdía la confianza de su salvador. Por esto, sentíase

quebrantada y, no obstante, obedecía a una orden de su alma más poderosa que todos los escrúpulos. Por esto esos dos seres, unidos por los lazos más tiernos y más sutiles, estaban uno frente al otro como dos extraños que se asombran de estar juntos. Al fin, Alciona levantó la cabeza, pero sin incorporarse, y murmuró alargando los brazos en actitud suplicante hacia Memnonés.

—Perdona, padre, no podía obrar de otro modo. Un dios me impulsaba.

—¿Qué dios?

—No lo sé, pero me hablaba aquí —respondió Alciona, colocando la palma de su mano fluida sobre su seno izquierdo.

—Sea cual sea, no es el mío.

—Perdona a tu hija, a tu profetisa.

—Ya no eres mi hija —profirió Memnonés con dureza—, ya no eres la profetisa. El alción de los mares que yo recogí ha huido volando. Ya no eres la hija de Samotracia, raptada por unos piratas, la presa fácil corriendo hacia su destino.

La profetisa se puso de pie y unas gruesas lágrimas arrasaron sus ojos.

—Oh, padre mío... ¿ya no he de ser tu Alciona?

—Ignoro si volverás a serlo algún día —replicó el sacerdote—. Ahora vete, vuelve al coro y llora a tu dios perdido.

Alciona imploró con el gesto un beso y el abrazo paternales, pero el brazo extendido de Memnonés le ordenó marcharse de allí. La joven empezó a andar lentamente, la cabeza inclinada y con las manos cubriéndose el semblante. Del fondo del bosquecillo de Perséfone, unas voces sollozaban melodiosamente: «Isis, Isis, ¿qué has hecho de tu dios?»

Capítulo X

EN EL TEMPLO

Marco Helvidio pertenecía a esa rara categoría de hombres que se entregan al culto de las verdades supremas, con una enérgica necesidad de acción, y sólo se alegran de sus ideas cuando irradian a su alrededor agrupando a sus semejantes en un esfuerzo común. Su lugar de nacimiento y sus inclinaciones naturales le mantenían unido a la antigua escuela de Pitágoras, antepasado venerable de las más nobles filosofías de Grecia y que, no obstante, toda la antigüedad apartó con una especie de ostracismo junto con temor y desdén. Originario de Crotona, donde el maestro enseñó seis siglos antes, Helvidio se contaba entre los pocos pitagóricos que conservaban la tradición íntegra del maestro. En política preconizaba el gobierno aristocrático, confiriendo el poder a una élite, que debía componerse, según él, de una selección de auténticos iniciados. Deseaba una élite muy elevada por inteligencia y carácter, capaz, por consiguiente, de instruir y educar al pueblo. La jerarquía de las almas, inherente a la humanidad y a la constitución del Universo, debía aplicarse al Estado, y los hombres ser clasificados y empleados según su rango de evolución, donde todos son llamados a progresar, pero raras veces a ascender más de uno o varios grados en una sola existencia. El instituto iniciático debía ser la escuela de los gobernantes, y la organización política de las ciudades modelarse a imagen del ideal filosófico y de la verdad religiosa, ideal y verdad guardadas como un santuario inviolable por una falange escogida, y traducidos al pueblo sólo en la medida en que éste pudiese comprenderlos bajo el velo del arte y los símbolos.

Esta doctrina de la aristocracia integral, igualmente enemiga de la tiranía y de la demagogia, ha tenido, en todos los tiempos, el don de

excitar un odio igual entre los tiranos y las envidiosas demagogías. Por esto, Pitágoras, que instituyó esa clase de gobierno en Crotona, se vio desterrado de la ciudad y murió en Metaponte en un incendio, en medio de una insurrección popular suscitada por el demagogo Cilón, al que el filósofo había negado la iniciación. Por esto, asimismo, los pitagóricos desterrados, que sobrevivieron a la catástrofe, fueron mal recibidos por los griegos demócratas, y los escasos continuadores de la escuela siguieron siendo sospechosos a los Césares romanos.

Helvidio tenía a la sazón treinta años, y era un hombre abierto, generoso, que confiaba hasta el exceso en el poder de las ideas, y prestaba a los demás, con excesiva frecuencia, su propia bondad. La llama de un puro entusiasmo y de una conciencia serena iluminaba sus ojos. Una cinta azul, que mantenía fija su cabello, ceñía su frente, mientras su noble rostro quedaba enmarcado por unos rizos oscuros. Las decepciones no conseguían abatir su confianza en el triunfo final del Bien. Como no tenía ninguna ambición personal y su única dicha consistía en revestirse con la verdad, sonreía ante las perfidias de sus rivales y desdeñaba las injurias del vulgo.

Julia Helconia, ya su esposa, que sólo había querido llamarse Helvidia por el nombre de su marido, desarrollaba al lado de éste su carácter fuerte y amante. Desde antes de la boda, había acogido las ideas de su esposo, con su palabra y su amor, como un jarrón de transparente alabastro se llena de un vino precioso y le presta la gracia de su forma, coloreándose de púrpura dorada.

Antes del casamiento, Helvidio había viajado por Grecia, Egipto y Oriente, hasta que se estableció en Pompeya. Esta ciudad de reposo, de arte y de placer, ramillete de rosas a la sombra de un volcán, se expandía a orillas del golfo mágico, y atraía a los poetas, los oradores y los filósofos. Todos quedaban hechizados por la hermosa ciudad. Su marco suntuoso, de líneas blandas y gráciles, invitaba a las profundas meditaciones, a las audaces creaciones. Helvidio deseaba fundar en ella un centro para las ideas pitagóricas, que iba introduciendo poco a poco en el organismo de la ciudad para diseminarlas por los pueblos todavía semigriegos del golfo de Tarento, y después en Grecia y en Oriente mediante sus relaciones con Alejandría. En su calidad de decurión, o sea de senador con participación en la administración de la ciudad, había

hecho venir a Memnonés de Egipto, para elevar el degenerado culto de Isis a la altura que antaño le habían dado los discípulos de Hermes. Cuando supo por su esposa la pasión de Alciona por Ombricio Rufo, se mostró favorable a un casamiento entre ellos, esperando hallar en el tribuno un influyente adepto de la doctrina y un defensor cerca de Tito y Vespasiano. Por eso, Helvidio usó toda su autoridad para que Memnonés compartiese su punto de vista. Sus argumentos obligaron por fin al sacerdote a tomar a Ombricio como discípulo y a admitirlo a las pruebas. La enseñanza la impartiría el hierofante en la mansión de Helvidio y Helvidia, en presencia de la pareja elegida. A la palabra del sacerdote de Isis, exponiendo la doctrina de Hermes y Pitágoras, se unirían a veces la danza y la poesía, ya que el arte sagrado sólo podía dar cuerpo a las verdades divinas y cambiar el verbo abstracto por el verbo vivo. Los muchachos y las muchachas, escogidos en el grupo, ejecutarían los himnos dedicados al conjunto de dioses, según el rito pitagórico. Finalmente, para ilustrar los puntos álgidos y los arcanos de la doctrina, que escapan a todo análisis y sólo pueden presentarse a través del éxtasis religioso o poético, Alciona recitaría, al estilo dórico, los más hermosos himnos órficos conservados por la tradición secreta, los que hablan de los viajes celestiales de Psique. Entonces verían si del corazón del tribuno era posible hacer surgir el entusiasmo puro, que se esconde casi siempre como una gota de cristal en lo más profundo del alma humana.

Provisionalmente, no se le exigiría a Ombricio más que el juramento del silencio acerca de todo lo que vería y oiría. Si salía victorioso de la prueba, se le admitiría solemnemente en la orden, prestando el juramento de Isis por el que se aseguraría obediencia a los maestros y una dedicación sin límites y sin reservas a la verdad. A continuación, efectuarían en común el viaje a Grecia y a Egipto en la nave que poseía Helvidio. Los pitagóricos, refugiados a orillas del Ródano, en la provincia romana, no lejos de Massilia, le habían regalado un magnífico trirreme con la esperanza de que así pudiese visitarles y tal vez establecerse entre ellos.

En este momento, el decurión de Pompeya hacía pintar y decorar el trirreme en el puerto de Stabies. En la nave, Helvidio y Helvidia, Alciona y Ombricio, irían a Atenas guiados por Memnonés, a fin de

asistir a los festejos de Eleusis. Allí se celebraría la boda de Alciona y Ombricio, y regresarían para continuar todos juntos la obra iniciada en Italia.

Fue con la muerte en el alma que Memnonés se resignó a su destino, aunque pensando que de esta guisa perdería su ciencia y su felicidad. Pero se acordaba de las palabras de Sabaccas en el desierto de las pirámides: «Sólo hallarás la verdad suprema en el supremo dolor». Se esforzó, pues, en no pensar en sí mismo sino sólo en su deber, en hacer de Ombricio un iniciado perfecto, y de Alciona una esposa dichosa, quizá con la secreta esperanza de fracasar en ambas cosas. Pero logró rechazar tan malvada idea y sólo pretendió ser ya el maestro, o sea un hombre sin deseos terrestres, más que un hombre: un verbo vivo del Eterno.

Las lecciones empezaron en el larario de Helvidio. El santuario doméstico sólo tenía como adorno un altar siempre lleno de flores y dos Musas de mármol: Melpómene y Polimnia.

Una docena de mujeres y jóvenes se alineaban con Helvidia en el perímetro del hemiciclo. Memnonés hablaba de pie delante del altar. Frente a él, bajo el peristilo, se sentaban Helvidio, Calvo el estoico, Ombricio Rufo y algunos jóvenes más. Todos seguían con profunda atención las lecciones cotidianas del maestro.

Alciona no se presentó en las primeras reuniones. Por eso, durante dos meses Ombricio dejó de verla. Aunque esta prueba le pareció dura, sometióse a la misma sin protestar. Confiaba en la promesa de la profetisa y su amor propio sentíase satisfecho. Por fin, gracias a las enseñanzas de Memnonés su espíritu reanudaba el impulso de su adolescencia. Pero en lugar de chocar y derrumbarse contra los estrechos y desnudos pórticos del estoicismo, podía correr por las grandiosas avenidas y por las perspectivas ilimitadas que se abrían ante él. Tras haber esbozado en sus principios esenciales la ciencia de los Números, clave de la doctrina hermética, cuya importancia sólo se entiende por sus múltiples aplicaciones a todas las ciencias y a la síntesis final del Universo, Memnonés pasó rápidamente a la historia de las razas humanas, en la que se señala el descenso perpetuo y la encarnación visible del Espíritu en la materia. Habló de los continentes sumergidos, cuyo

recuerdo ha perdido la tradición del vulgo. Narró la vida de las primeras razas humanas, más semejantes a los animales que al hombre, razas de las que los sacerdotes egipcios habían conservado la imagen y los gestos en los jeroglíficos grabados en los muros de sus criptas y sus templos. Describió a los lemures, hombres de las cavernas, que antaño habitaron en un continente hiperbóreo y a los que Esquilo parece aludir cuando le hace decir a Prometeo: «Véan, pero véan mal; oían mas no entendían. Semejantes a los fantasmas de los sueños, vivían desde hacía siglos confundiéndolo todo».

Contó la historia de la Atlántida, continente inmenso que se elevó en otros tiempos en el gran Océano, mucho más allá de las columnas de Hércules. Platón, iniciado por los sacerdotes egipcios, habla de ese continente en su *Critias* y su *Timeo*. Tras una serie de cataclismos, su última isla llamada por Platón Poseidonis, se hundió nueve mil años antes de la fundación de Roma. Tan vasto continente, ya desaparecido, fue no obstante el escenario de una civilización prodigiosa que duró miles y miles de años, y que testimoniaron sus templos inmensos y sus ciudades con portales de oro. Una serie de islotes, sumergidos por diluvios sucesivos, unían a la sazón la Atlántida con África y Europa, facilitando las migraciones. Las ciencias y las artes, la magia y el culto al sol nacieron entre los atlantes. De éstos salieron las razas escogidas que poblaron Europa, África y Asia. Pero la ciencia sagrada sólo se constituyó en Egipto gracias a Hermes, el heredero de la tradición de los atlantes, y mediante los iniciados que reinaron en su nombre. La ciencia de los números y de los astros, de la escritura y de la adivinación, la religión que traduce los poderes ocultos y las fuerzas cósmicas en símbolos parlantes, y el arte de gobernar a los hombres, que procede de la ciencia del alma, alcanzaron su apogeo en Egipto.

—Así —concluyó Memnonés—, en la aplastante enormidad de los anales humanos, de siglo en siglo, de milenio en milenio, a través de todas las razas y de todos los cataclismos, la sagrada tradición es el hilo conductor, la cadena que jamás se rompe, la llama que a veces vacila pero nunca se extingue. Si la masa ciega avanza lentamente es gracias a los profetas, a los enviados del Eterno que se encarnan en la Tierra. A su alrededor se agrupa la élite que arrastra a las muchedumbres. Gracias a los iniciados que se pasan unos a otros la llama de la vida, jamás mue-

re el fuego sagrado, nada esencial se pierde y aumenta sin cesar el tesoro de los que saben. A cada profeta su mensaje, a cada raza su obra.

»Con la raza dórica, siendo Orfeo su profeta —continuó el hierofante—, empieza la era en que vivimos. El divino Orfeo, salido de los santuarios de Egipto, quiso traducir para los Helenos la ciencia divina en vida y en belleza, en las ciudades y en los templos, en el mármol y en la carne. Tal es la magia evocadora de su lira hechicera. Antes que él, el mundo sólo conocía el Sacerdote y el Rey. En la sombría selva de los hombres, Orfeo puso, como antorchas, el Héroe y el Poeta, el Amante y la Pitonisa, antorchas vivientes de Prometeo. Nosotros, los discípulos de Hermes, Orfeo y Pitágoras, agitamos esas antorchas por el mundo, y deseamos encender otras más bellas aún... ¡Pero es preciso crecer en la ciencia divina para pelear los combates divinos!»

Estos discursos vibrantes enardecían a Ombricio. Hacían brotar manantiales desconocidos en la rosa dura de su corazón. Tal vez no hubiera prestado oído atento a esas notas desconocidas si su poderosa armonía no hubiese halagado su orgullo. Se veía ya iniciado, profeta, mago, más poderoso que todos los emperadores. Amedrentaba a las masas con su prestigio, su voluntad hacía y deshacía césares...

Pero las ideas de Ombricio tomaron otra dirección, su actitud cambió por completo cuando Memnonés abordó la segunda parte de su enseñanza secreta.

El hombre y el género humano no tienen solamente una historia terrestre, sino una historia cósmica antes y después de esta existencia. ¿Cómo ha descendido el alma humana de la divinidad? ¿Mediante qué serie de caídas y ascensiones ha llegado a su condición actual? ¿Cuál es su viaje cósmico después de cada muerte? ¿Por qué ley ineludible se ve obligada a reencarnar después de cada estancia entre los genios familiares y los dioses creadores? ¿Cuáles son las condiciones de su liberación final, de su regreso a la plena conciencia y potencia en su patria divina?

Sobre esta temible y sublime odisea de la Psique humana en busca de una Psique divina, Memnonés sólo daba limitados atisbos, abriendo salidas de escape parciales, intentando solamente desenredar el hilo que une esas diversas existencias y la ley conjunta que la gobierna. También añadió que Ombricio recibiría sobre este tema más amplias luces de Eleusis, y que para obtener una idea aproximada de los prodigiosos

misterios del *Aquí* y del *Más Allá* de la vida terrestre, tenía que aprender a penetrarla por sí mismo poco a poco.

En los primeros pasos del maestro, en *la historia celestial de Psique*, Ombricio experimentó una sensación de inquietud y vértigo. Esta doctrina de la inmortalidad múltiple y graduada, a pesar de salir del arcano de la conciencia y del centro divino del universo, le inspiraba al tribuno una aversión secreta. Escuchando a Memnonés, tenía la impresión de un habitante de tierra firme arrastrado a su pesar por marinos temerarios, en pleno oleaje, en un mar sin orillas. ¿No quería abrirse en él el ojo interior o lo retenía un temor instintivo ante lo desconocido? Pronto su malestar se trocó en rebeldía. La estrechez de su espíritu, la pusilanimidad de su alma enarbolaron el casco del orgullo para enmascararse y maquillarse ante su oscurecida conciencia. Su razón se negaba a admitir esas hipótesis audaces que le ofrecían como verdades trascendentes sin presentarle ninguna prueba tangible. Su orgullo se irritaba ante la idea de haber existido bajo otras formas y de tener que cambiar aún varias veces de cuerpo y de conciencia. ¿Qué clase de doctrina era la que te arranca de la tierra firme de los sentidos para arrojarte a un abismo de incertidumbres? ¿Con qué derecho ese sacerdote presuntuoso amenazaba con extraer de su cuerpo el alma del tribuno para lanzarla al espacio? ¿Valía ese cielo ficticio todas las alegrías, todos los goces del mundo? ¿Era preferible, pensaba, vivir en una sola existencia toda la energía de pasiones y encontrar la nada al final, y no ser arrojado como una sombra vana a través de tantas existencias por un poder desconocido?

La presencia de Alciona, que al fin apareció en el hemicírculo, sólo aumentó esa irritación. La joven no abandonaba el círculo de las mujeres y las jovencitas, que la rodeaban como con un muro de ternura y respeto. Cautiva de su grupo, a Ombricio le parecía casi una extraña. El tribuno y la profetisa sólo intercambiaban miradas furtivas. A menudo, ella volvía hacia él unos ojos húmedos y centelleantes. En ocasiones, esos ojos también se velaban de frialdad y el alma de Alciona volaba en lontananza. El misterio de esa alma que él no podía penetrar le inquietaba aún más que el misterio de las cosas. La actitud de Alciona durante las últimas lecciones de Memnonés sólo sirvió para ahondar el abismo que les separaba. En tanto Ombricio se rebelaba cada vez más

contra las ideas del hierofante, la profetisa se elevaba con delicia a alturas inaccesibles. Planeaba sobre ellas como un pájaro arrastrado por la brisa. Precediendo y siguiendo a la palabra del maestro, los coros de muchachos y muchachas evolucionaban en el hemiciclo, al son de la tiorba y la lira. Eran himnos muy antiguos, invocaciones a los dioses que databan de los tiempos órficos. Mientras esas almas confiadas volaban hacia los poderes invisibles, mientras sus gestos expresivos, sus vibrantes voces, sus rostros brillantes parecían extraer fuerzas nuevas del alma del mundo, el corazón de Ombricio se endurecía y encerraba más cada vez. Esos transportes religiosos le indignaban, ese júbilo que no compartía le encolerizaba. Para colmo de humillación, Alciona parecía olvidarle. Sentada sobre el zócalo de la Musa, tenía sus rodillas abrazadas y la cara tan pálida como el mármol en el que apoyaba la cabeza. Parecía próxima al éxtasis.

Fue en esta actitud como Alciona escuchó la última lección del hierofante. Memnonés describió durante la misma la felicidad del alma al llegar al final de sus migraciones y de sus metamorfosis, cuando, arribando a su morada divina, abarca de una sola mirada su viaje cósmico. Aquel día, tres personas ocuparon tan sólo el hemiciclo: en el centro, Memnonés; a la izquierda, Alciona, y a la derecha Helvidia con una lira de marfil sobre sus rodillas.

El sacerdote de Isis dijo, como final de su discurso:

—Las palabras humanas son incapaces de describir los espectáculos que se desarrollan delante del alma transfigurada en la región de que os hablo, pero el arte sagrado ha intentado a veces de pintarlos. Para ilustrar el verbo de Hermes, la profetisa os recitará el *Canto de la divina Psique*.

Tras estas palabras, Memnonés abandonó el hemiciclo y tomó asiento, bajo el peristilo, al lado de Helvidio.

Alciona pareció salir del ensueño que la unía a la estatua de Polimnia y se apartó lentamente del mármol fraternal. Marchó como en sueños hacia el altar doméstico y vertió un poco de polvo de estoraque sobre el fuego medio apagado bajo las cenizas. Surgió una viva llamada. Entonces, la profetisa irguió la cabeza coronada de narcisos hacia la bóveda, y recitó con voz profunda el himno misterioso a los acordes de la lira tañida por Helvidia:

Yo soy hija de los dioses y hermana de los genios.
 Desde las cumbres de mi astro
 he visto su cortejo
 subir y bajar sobre los mundos,
 del nadir al cenit,
 del cenit al nadir.
 ¡Luz! ¡Armonía!

La Ciencia y el Amor desbordan de mi corazón.
 Tembleante y espléndida,
 como una estrella en mí,
 brilla un divino recuerdo...

¡Nadie puede arrancarme mi corona inmortal!
 Hordas oscuras, fantasmas de abajo,
 calabozos tenebrosos, oh, siglos sin nombre...
 que amenazáis con engullirme...
 Nada podéis contra mí.
 Vosotros pasáis, yo me quedo;
 vosotros caéis, yo surjo...
 Yo soy el Deseo eterno,
 yo soy el Recuerdo eterno,
 yo soy... ¡la divina Psique!

Las últimas notas del heptacordio apoyaron lentamente el gesto elevado de la profetisa. Todos seguían en sí mismos la prolongación de sus palabras como círculos cristalinos formados por un cisne en una onda azulada. Mas de repente la emoción surgió de los pechos juveniles con gritos apasionados:

—¡Gloria a Memnonés! ¡Gloria a nuestra Alciona!

—Honor a todos los dioses —exclamó Helvidio, ofreciendo un ramillete de flores a la sacerdotisa.

Ésta lo aceptó sonriendo, se inclinó hacia la tañedora de la lira y la besó como avergonzada de su audacia; cuando tomó de nuevo asiento volvía a ser una mujercita frágil tras haber representado a la divina Psique. Por toda respuesta, Helvidia presionó los cabellos dorados de la virgen entre sus manos y estrechó su ardiente cabeza contra sus pode-

rosos senos de esposa, cubriendo de besos aquella frente en la que perlaban un sudor de entusiasmo.

Todo el mundo se levantó tumultuosamente, pero Ombricio, inmóvil y mudo permaneció en su sitio. Le hervía el cerebro y su corazón era de hielo. Mostraba el aspecto desencantado del perro de caza que ve una alondra salir del surco y no puede seguirla por el espacio. Presa de una rabia sorda contra aquellos entusiasmos que no entendía y que hallaba absurdos, acusaba a todos: a Memnonés, a su doctrina, a sus discípulos, a la misma profetisa. Y no obstante, la belleza sobrenatural de Alciona excitaba hasta lo más álgido todos los deseos latentes de su ser con un hechizo invencible. Pero creía que sólo él tenía pleno derecho sobre ella, de modo que le arrebatában un tesoro trabajosamente conquistado. El olvido de sí mismo es la esencia del gran amor así como del entusiasmo. Estas dos sublimes facultades, las más poderosas de todas, parecerán siempre una insigne locura a quienes son incapaces de abismarse en otra alma o de perderse en Dios.

Alciona se quedó sola en el hemiciclo, junto a la estatua de Polimnia, jugueteando con una guirnalda de laurel trenzado en su zócalo. Parecía aguardar a Ombricio. El joven se le acercó.

—Desde hace tres meses —empezó a decirle—, no he podido hablar contigo, Alciona. Apenas he podido verte... apenas tu mirada lejana me ha dicho que te acordabas de mí... Has vagado por otros mundos, lejos de mí, en algún cielo inaccesible... Hoy tu sublime canto me ha desesperado... Pierdo pie en esos espacios sin límites, me faltan alas para seguir a la divina Psique. La corona de narcisos que resplandece en tu cabeza me ofusca y me hiere... ¡Estas flores, Alciona, son intangibles como las estrellas!

Alciona, cuyos párpados estaban abatidos durante ese discurso, levantó hacia el tribuno unos ojos asombrados, como si no le reconociese. Luego, sus labios esbozaron una sonrisa llena de una gracia infinita. Se quitó la corona de narcisos de su cabeza y murmuró, dándosela al joven tribuno:

—Yo cogí estos narcisos en la frescura matutina. Así quisiera coger tu alma para ofrecérsela a Isis. Aspira el aroma de sus corolas... ¿Qué te dice este perfume?

Ombricio cogió la corona con sus manos y empezó a aspirar amorosamente el núcleo amarillo de aquellas estrellas nacaradas, cuyo delicado aroma era tan penetrante como el de los jazmines. Ombricio miraba alternativamente a los narcisos y a la sonriente profetisa. Bruscamente, le devolvió la corona.

—¿Qué me dice este perfume? —gritó—. ¡Que te amo como un loco y que tú no me amas!

La joven le envolvió con una mirada de tristeza e inmensa compasión.

—¿Que no te amo? ¿Has olvidado, pues, mi juramento en la fuente de los lotos?

—Si me amases —observó Ombricio—, consentirías en descender hasta mí... de lo contrario, yo nunca podré unirme a ti. ¡Nunca subiré tan alto! Ah, si me amases... sí, si me amases... ¡me entregarías tu corona... al instante!

Alciona se estremeció aterrada. Apretó ambas manos crispadas contra su pecho como para contener las oleadas sublimes de la emoción. Luego, con un movimiento de inefable ternura, presionó la corona de narcisos contra sus labios. Con este contacto, pareció experimentar una súbita inspiración y musitó con tono más sosegado:

—Sí, Ombricio, estas flores te pertenecerán. Ya que yo soy toda tuya...

De pronto, radiante, con un gesto altivo, puso la corona sobre la cabeza marmórea de Polimnia y añadió:

—¡Subiremos juntos!

En aquel momento, un grupo de jóvenes corrió hacia Alciona como un torbellino. La enlazaron con una guirnalda de rosas, gritando:

—¡Qué hermosa eres! ¡Estás transfigurada! ¡Eres la verdadera Psique divina!

—¡A ti la lira que hechiza las almas! —exclamó Helvidia, entregándole el instrumento de marfil.

—¡A ti la corona inmortal! —la secundó Helvidio, quitando la corona de narcisos de la cabeza de Polimnia y volviendo a colocarla sobre la de la profetisa, cuyas mejillas enrojecieron.

Memnonés, de pie a unos pasos de distancia, contemplaba a su hija de adopción con mirada triunfante. Alciona, por su parte, recibía tales

hombres sin orgullo. El aspecto sombrío de Ombricio la angustiaba. Acababa de echar una nueva ojeada a su alma y por primera vez percibía los ásperos deseos y el infierno del egoísmo.

Ombricio, retirado bajo la columnata del peristilo, observaba al grupo desde allí.

«Ahora está entre sus semejantes —pensaba con amargura—, y yo no soy su igual. Todos esos isíacos forman una sola familia. Ellos la poseen, yo no. —Una envidia secreta, una cólera sorda invadía su corazón—. Pero ella me ama —añadió para sí, calmándose de pronto—. Pues bien, la obtendré por la fuerza.»

Y salió, sin despedirse de nadie.

Capítulo XI

HEDONIA METELLA

Al día siguiente, Ombricio se paseaba febrilmente bajo el amplio pórtico del foro, donde los pompeyanos acaudalados y las pompeyanas vivarachas respiraban la frescura de la tarde, arrastrando sobre los mosaicos sus togas y sus estolas, espiándose por detrás de sus mantos plisados y anudando intrigas fáciles, menos sabias que sus penados. De repente, Simmias le palmeó por la espalda y le asió ambas manos.

—Una divinidad propicia te trae —proclamó el griego—. Acabo de salir de casa de la mujer más extraordinaria de Pompeya. Esta noche da una cena. La deliciosa Mirina, que a veces me es infiel pero que siempre vuelve a mí, me ha prometido bailar en la casa de esa ilustre dama. Oye lo que me dijo la reina de Pompeya: «¿Por qué no traes a la primera danzarina de Pompeya? ¿Por qué no traes asimismo al más fiero tribuno del ejército de Tito que, según dicen, es ya el más sabio de los filósofos? Me gustaría contar con ese caballero entre mis invitados. Hace tres meses que me prometiste traer a Ombricio Rufo y no has cumplido tu palabra.» Yo le respondí a la reina: «Si le encuentro, juro por todos los dioses que lo traeré conmigo esta noche». ¿Me equivoqué?

—¿El nombre de esa reina?

—Hedonia Metella.

Ombricio buscó en vano en su memoria.

—¿Te has olvidado de la patricia que pasó en litera el día de la boda de Helvidio, y de la rosa de Paesto caída como por casualidad en tu toga?

—Ahora sí me acuerdo —asintió Ombricio que, debido al hechizo de Alciona, no había vuelto a pensar en aquella aventura.

—No quiero pillarte desprevenido, mi querido tribuno —continuó el epicúreo—. Tienes que saber adónde voy a llevarte. El templo de Isis

tiene sus misterios que yo ignoro, la mansión de Hedonia Metella tiene los suyos, con sus costumbres, ritos y leyes. Yo seré tu guía en ese laberinto. Es un lugar singular, lleno de atractivos y trampas. Unos hallan allí su fortuna, otros su perdición. Pero he de advertirte acerca de una particularidad de esa mujer peligrosa. Todo el que, aunque sea una sola vez, pone los pies en su casa, se convierte forzosamente en su amigo o en su enemigo. ¡Y ay de este último! Porque si es generosa con los que se someten a sus caprichos, es temible para los que se le resisten. Por tanto, medita antes de aceptar y si vienes procura estar en guardia.

—Ah, Simmias —exclamó Ombricio que acababa de recobrar su alegría—, eres un gran orador. Has sabido encontrar mi debilidad. ¿Hay peligro? Entonces iré. Además, necesito distraerme.

—Espléndido —alabó el griego, palmeando sus manos—. Bien, cenarás con Mirina y conmigo. Después, iremos juntos a la mansión de la reina de Pompeya.

Una hora más tarde, los dos amigos y la misma Mirina, indolentemente tumbados en suntuosos lechos, cenaban alegremente en el elegante triclinio de Simmias. En las paredes pintadas de rojo se veían guirnaldas de verdura entremezcladas con carnes rosadas: nereidas nadadoras, amores voladores, esfinges y pegasos, esbeltas figuras femeninas colocadas como delicadas columnitas en medio de una arquitectura aérea de arabescos y follajes. Las frases y los comentarios ligeros de los convidados volaban como una bandada de gorriones ladrones sobre los platos de pescado y de caza, entre las copas y las flores. Cuando sirvieron las copas de vino, Simmias tomó seriamente la palabra:

—Has de saber, amigo mío, que Hedonia Metella es hija del patrio Metello y de una princesa núbida. Reúne en sí el orgullo soberbio de la romana y la llama sutil de las razas de África. Es una domadora de hombres y una mujer indomable, puesto que hasta el presente ha sabido dominarse. Hay en ella parte de la bacante y de la Agripina, pero una y otra se escinden bajo una jovialidad maravillosa. Su voluntad masculina ha adiestrado sus pasiones femeninas como una jauría de panteras en persecución de sus más profundos deseos. Si yo fuese filósofo, definiría su carácter como una voluptuosidad muy arraigada al servicio de una ambición desmesurada.

—¿Y el objetivo de esa ambición? —quiso saber Ombricio.

—Nadie lo conoce, así es de extraña su conducta.

—Oh, por favor, basta de filosofías —gritó Mirina, comiéndose una ostra y echando atrás la cabeza para ello—. Su historia... su historia...

—Sé muy poco —confesó Simmias—. En su infancia fue una favorita de Popea, la esposa de Nerón, que solía sentar a la pequeña patricia sobre sus rodillas. Niña precoz y mujer antes de la edad, Hedonia ¿supo desde entonces beber en los ojos y los propósitos de la rubia judía, querida del monstruo, la sutil esencia de sus gracias pérfidas y de sus sabios manejos? ¿Supo espiar el arte de gobernar el César con sonrisas, lágrimas y amenazas, de excitar con negativas, de retener con caricias, de subyugar con miradas? No lo sé. Lo cierto es que a los dieciocho años se casó con el más opulento de los procónsules del imperio, enriquecido por innumerables impuestos; este marido complaciente murió al cabo de unos años tras legarle su inmensa fortuna: mansión en Roma, tierras en el Epiro y la Campania, villa en Baia, museos, estatuas, tesoros sin fin con un batallón de clientes muy devotos a ella y un ejército de esclavos.

—Ah, cómo me gustaría ser esa mujer... —suspiró Mirina, abriendo una de esas conchas llamadas «flores de mar» cuya pulpa blanca se llevó a los labios sensuales con deleite.

Simmias bajó la voz para no ser oído por los esclavos que iban y venían con platos de plata.

—Se dice, y esto que quede entre nosotros, que Hedonia envenenó a su anciano marido con una redoma oculta entre sus cabellos.

—¿Cómo? —preguntó Mirina temblando de emoción.

—Oh, de una manera exquisita —sonrió el epicúreo. Al viejo le encantaba desanudar, después del festín, la cabellera negra de su joven esposa y aspirarla largamente. La pequeña redoma de esmalte estaba enredada en un bucle, como una joya. Mientras el procónsul presionaba sus labios sobre el hombro desnudo de Hedonia, ésta tenía la copa en su mano. Y entonces, vertió el contenido de la redoma en el vino y ofreció el brebaje mortal al esposo embriagado por el perfume de la carne juvenil y el aroma de su espléndida cabellera. ¿Es esto cierto o se trata de la calumnia de un esclavo? La verdad es que la historia ha circulado por Roma y la provincia. Y al fin y al cabo... me gustaría morir así. ¿Qué dices, Mirina? ¿Consentirías en ello?

—¡Ah, malvado! —exclamó la actriz, cuyos ojos llamearon de indignación. ¡Una mujer horrible!... ¡Pero qué escena tan estupenda para interpretar!

—¿Y después? —se interesó el tribuno, que había dejado de comer y beber.

—Desde aquel día Hedonia ha gozado de su lujo y su fortuna, sin volver a casarse. Claro que en Roma tuvo una serie de amantes. En realidad, puede decirse de ella, igual que de Popea, que jamás ha sabido distinguir entre un amante y un marido. El más ilustre de sus adoradores fue Cecina, general de Vitelio, militar de primer orden, hombre ambicioso y violento. Luego, se separaron bruscamente sin que se conozca el motivo. Por lo visto, ella le guarda rencor, puesto que jamás le nombra. Cecina, por su parte, es hoy un gran personaje. Durante la sangrienta guerra entre los ejércitos de Vitelio y Vespasiano, Hedonia Metella se unió a la fortuna de Títo, el joven hijo de nuestro emperador. Ejerce una gran influencia sobre él por medio de su esposa. Y hace un año que se estableció en su mansión de Pompeya. ¿Pero qué medita? En fin, opino que en tanto se aclara su destino se dedica a divertirse simplemente.

—¿Pero cómo?

—De una manera sabia y refinada. Ha fundado la *cofradía hedoniana*.

—¿De qué se trata?

—Naturalmente, esa cofradía se compone de adoradores de Hedonia. Yo no soy miembro de ella pero frecuento el círculo a intervalos como director de las fiestas de danza y música. En esta calidad, sé casi todo lo que allí ocurre. Para formar parte del círculo de Hedonia hay que prestar un juramento de sumisión que obliga a los participantes a obedecer todos sus caprichos y ella les recompensa a todos de acuerdo con su fantasía, no de la misma forma, sino a cada cual según sus méritos. Y es preciso hacerle esta justicia: hasta hoy ha sabido reinar entre ellos el más perfecto orden. Cuando elige un amante, éste ha de ser, mientras dura el tiempo de su favor, considerado como el príncipe de la cofradía. Queda consagrado por una ceremonia muy particular. Todos le deben respeto. Los celosos, los mezquinos, los gruñones, son arrojados del círculo implacablemente. Los demás obedecen, esperan, aguardan su turno, a menudo en vano, pero se sienten felices de per-

tener a la cofradía, que les permite aproximarse a la reina de Pompeya y asistir a sus festejos. Este privilegio tiene grandes ventajas. Muchos de sus protegidos, incluso los que no han obtenido sus más altos favores, llegan a ser prefectos, generales, pretores. Ella no les olvida, los defiende incluso cuando es necesario, si siguen obediéndola. Por esto sin duda los que son de la cofradía se ufanan de ello y los que no lo son les envidian y los maldicen. En resumen: todo el mundo le hace la corte. Abominan de ella, pero la adoran; la desean y la temen porque tiene el hechizo y el poder. Olvidaba decirte, mi querido Ombricio, para que estés bien informado, que Hedonia Metella no cree en los dioses milagrosos de los sacerdotes, así como tampoco en el dios inerte y abstracto de los filósofos. Esta notoria impiedad podrá resultarle fatal en los altos lugares si no afectase públicamente un culto suntuoso hacia la divinidad del César, lo que la libra de toda sospecha de sacrilegio. También dicen que rinde culto a Hécate en un templo situado en su jardín de Baia. Pero nadie penetra en él, y Hedonia incluso prohíbe hablar de dicho santuario. Sí, es un misterio. Y basta ya, dichoso tribuno, pues te he contado cuanto sé.

—Es bastante para prometernos una magnífica velada —replicó el tribuno levantándose con una sonrisa de superioridad que adoptaba de ordinario cuando se hablaba ante él de mujeres opulentas o de riquezas, sonrisa en la que no obstante se percibía una nota de envidia.

—Oh, tengo miedo de bailar delante de esa maga —objetó Mirina—. Me arrojará un sortilegio.

—Vamos, vamos... —gruñó Simmias—. Te hará un soberbio regalo que te dará la fortuna para el resto de tu vida.

El tribuno se puso la toga. Simmias le abrochó el manto a la actriz y los tres salieron conjuntamente.

El interior de la mansión de Hedonia resplandecía con los faroles encendidos. Guiados por el nomenclator, Simmias, Mirina y Ombricio atravesaron una serie de atrios, peristilos, galerías y laberintos deslumbrantes. Se sucedían las columnas de jaspe y porfirio. Las escenas mitológicas mostraban en las paredes pintadas de rojo sus guirnaldas de cuerpos bellos, con sus carnes blancas, rosadas y morenas. Graciosos efebos y maravillosas diosas sonreían desde sus nichos. Amores de

terracota parecían jugar en los parterres floridos. Hallaron a la dueña de la casa rodeada de una docena de jóvenes con clámides patricios, abrochados con fíbulas y camafeos. El grupo ocupaba el ninfeo. Al fondo de una salita en hemicíclo, la ninfa de mármol, medio acostada, emergía de un bosquecillo de hojas y plantas acuáticas. De su urna colgante la diosa vertía mansamente un hilo de agua en una pileta oculta bajo matas de algas. Un banco de piedra se veía adosado a la pared del hemicíclo. Delante de la ninfa habían dispuesto tres asientos bajo la umbrosa fuente. En el del centro, repleto de cojines de biso, se erguía Hedonia Metella, con un peplo de color púrpura con cinturón dorado, el cabello levantado sobre la frente a estilo imperial, rodeado por una diadema y retenido hacia atrás por una redecilla de pedrería. Un chal de la India, de seda rosa con un bordado de flores, le rodeaba el cuello y se enrollaba en sus brazos desnudos. Un solo bucle de su cabellera negra y reluciente caía blandamente sobre el cuello, como una serpiente adormecida por un violento perfume.

Ombricio sólo había entrevisto a esa dama en su litera. Pero sus facciones altivas habían quedado grabadas en sus ojos por un esfuerzo de voluntad. Ahora, sintióse sobrecogido ante la gracia morbosa que se escondía bajo su belleza. Sobre un pecho opulento se erguía la nuca moldeada como el cuello de un ánfora. La frente imperiosa y amplia, el óvalo de su rostro, la pureza de líneas pregonaban a la romana de raza. Pero la movilidad del cuello, las anchas aberturas temblorosas de la nariz, proclamaban a la africana. Nada tan cambiante como el arco de su boca ondulante, de comisuras levantadas y de una dulzura felina o abatidas por una ironía sutil. Los enormes ojos negros dominaban tales rasgos, unos ojos impenetrables y fijos cuya profundidad inquieta reflejaban, como los de las alimañas del desierto, y con la misma calma, los cielos incendiados y las trombas de arena.

Cuando Hedonia divisó a Ombricio disminuyó el fuego de sus pupilas, entrecerró los párpados y saludó a su nuevo invitado con un gracioso gesto.

—Sé bienvenido a mi círculo de elegidos, señor Ombricio. Tu nombre ilustre hace tiempo que lo conozco por el renombre de esta ciudad, pero más aún por tus hazañas en Palestina. Sé que eres el primer soldado del ejército de Tito.

—Que goces de una larga vida, y gloria a Hedonia Metella —respondió Ombricio inclinando la cabeza—. Con justicia te llaman reina de Pompeya; pero olvidas que caí en desgracia.

—¿Crees eso, mi querido tribuno? ¡Qué error! Yo sé lo contrario y te lo demostraré cuando quieras.

Ombricio se aproximó. Hedonia y él hablaron un instante en voz baja. Las miradas curiosas y retadoras convergieron sobre el tribuno, pero la patricia continuó en voz alta:

—Mi nuevo invitado, pronto conocerás a los miembros de mi cofradía. Ahora sólo te presento a tres, y éstos te presentarán a los demás. Para empezar, éste es el noble Léntulo, senador de Pompeya, mi amigo más antiguo, muy sabio, muy elocuente.

Ombricio distinguió a un grave magistrado, de edad madura, cabellos grises, que le tendía la mano con expresión severa, examinándole de pies a cabeza.

—Éste —prosiguió Hedonia sonriendo—, es el excelente Flávulo, un poeta que renueva para nosotros los bellos días de Cátulo, mi poeta.

Ombricio percibió a un hombre calvo, envejecido prematuramente, de mirada febril, cara lacia y abolsada, surcada de arrugas verdáceas por la sensualidad precoz. Su boca de labios gruesos reía de impudicia y vanidad.

—Y éste —añadió la reina del círculo— es un novicio, el noble Crispo, caballero romano, joven en años pero ya una gran esperanza.

El tribuno recibió el saludo obsequioso de un joven casi adolescente, esbelto de cuerpo y magro de cara, tipo perfecto de gracia, encanto y elegancia. Todo en él estaba acentuado y era fino: la nariz y el mentón, la mano y el pie. Su mirada chispeaba de espíritu. Sostenía en la mano una copa con la gracia de un efebo.

—Es el nuevo príncipe reinante —susurró Simmias al oído de Ombricio.

—Y ahora —continuó la patricia—, seguid, mi buen Léntulo, y contadnos la noticia del día.

—Desde hace ocho días —dijo el senador— en la ciudad sólo se habla del trirreme del decurión Marco Helvidio. Se dice que lo hizo construir en Liguria y lleva el nombre de Isis. Aseguran que es una maravilla. Ninguna de las naves de la flota de Misene posee tan es-

pléndido volumen, ni tan poderosa proa o velas tan magníficas. Desde hace algún tiempo la están decorando en el puerto de Stabies, pero bien custodiada por feroces ligures. Nadie puede acercarse a esa embarcación. Lejos de nuestras vulgares barcas de placer, el orgulloso trirreme descansa el ancla y parece burlarse del mundo.

—¿Para qué servirá esa maravilla? —quiso saber Hedonia.

—Dicen que Helvidio piensa en una vuelta por todos los grandes puertos de Italia meridional. Incluso aseguran que desea ir hasta Grecia y Egipto para impartir sus ideas sobre el gobierno aristocrático y establecer una liga de ciudades libres contra el imperio romano y contra el César. Bajo su aspecto afable y modesto, Helvidio es un hombre peligroso. Jamás se ha dignado darle culto al César. Con su trirreme se da aires de rey y de semidiós. Estos nuevos isfacos son quizá más funestos que la oscura secta de los cristianos. Éstos son pobres e ignorantes, y sólo convierten a los esclavos. Los isfacos son ricos e instruidos y se dirigen a la élite. Se dicen amigos del género humano, pero, como los cristianos, son enemigos del César y del pueblo romano. Un día será preciso luchar contra ellos.

—¿Qué murmuráis contra Helvidio? —protestó el poeta Flávulo. Al menos es hermoso y seductor, pero ese sacerdote de Isis que hizo venir desde Egipto... ¿Viose nunca personaje más hirsuto y más fúnebre? Huraño y altanero, no habla con nadie, cruza las calles con expresión fija y siniestra, perdido en sus pensamientos. Es un espectro mal vestido. La piel de pantera que lleva sobre su cuerpo demacrado es un insulto a Baco. ¡Es ya extraño que no provoque un motín popular para arrojarle lejos de Pompeya!

—Hablas del sacerdote, mi querido Flávulo, pero te olvidas de la sacerdotisa —intervino Crispo con una sonrisa espiritual, situándose en el centro del hemiciclo, frente a Hedonia—. Ese Memnonés, según parece, la recogió de entre los bandidos de las Cíclades. Pero esa hija de Samotracia no es una cualquiera.

—¿Es bella? —inquirió Hedonia, adelantando la cabeza.

—No es bella, pero sí extraña y deliciosamente bonita. Por la calle pasa siempre cubierta con un velo, y solamente se dirige a casa de la esposa de Helvidio acompañada de su vieja nubia. Pero yo la vi en el templo de Isis, durante el sacrificio del fuego y de los perfumes, el único

al que admiten los isíacos a los extraños. Sí, esa sacerdotisa posee unos relucientes cabellos dorados y los ojos tienen el color del jacinto. Dicen que cuando se duerme en presencia del sacerdote se le aparece Isis para que él la consulte, a fin de saber cómo hay que tratar a sus discípulos. Asimismo, Isis se aparece con una llave, con un espejo o con un látigo...

—Exactamente con estos tres objetos —asintió Hedonia Metella— es como se ve a la diosa en los templos del Nilo. Lo observé en mi viaje a Egipto.

—¿Y qué significan esos tres objetos? —preguntaron los jóvenes agrupados en torno a Crispo.

—Oídmelo bien. Cuando Isis lleva la llave, se recibe al discípulo rápidamente y con gran pompa. Si lleva el espejo, se le somete a una prolongada prueba que a veces dura años. Si lleva el látigo, lo despiden.

—¿A latigazos! Sí, el símbolo está claro —rieron todos los jóvenes.

El tribuno estaba apartado, fuera del hemiciclo. Se sentía molesto, ruborizado. Ansiaba poder responder con frases insultantes a aquellos jóvenes fatuos, mas no podía hacerlo sin traicionarse. Por tanto, no se movió y guardó silencio.

—Habláis como profanos y según la voz popular —Hedonia levantó la voz—. Pero si no me equivoco, tenemos aquí a un verdadero iniciado de Isis, nuestro noble tribuno. ¿No es cierto, Ombricio Rufo?

—Iniciado no, discípulo, sí. Mi prueba no ha concluido —confesó el joven con cierto embarazo, aproximándose más al círculo.

—¿Qué importa? —exclamó Hedonia con su voz más penetrante y su sonrisa más seductora—. Comprendo tu discreción en público, pero en privado... Ven, siéntate a mi lado, generoso tribuno. Así podrás contarme algo de estos misterios junto a mi oído, aunque sólo sea respecto a la cabellera y los ojos de la sacerdotisa. ¿O acaso juraste no hablar jamás de ello?

Ombricio, cuya sangre estaba siendo como azotada por mil sensaciones encontradas, sentóse cerca de la patricia. Ésta se inclinó hacia él, enrollando de nuevo su chal sobre sus brazos ambarinos y sedosos. Murmuraron unos instantes. Y ese gesto inesperado provocó una viva emoción en el grupo de jóvenes hedonianos. El senador se hizo más importante, las arrugas del poeta Flávulo más verdes y el hermoso Crispo se levantó, estremecido. Mas no tardó en tranquilizarse, ya que

Hedonia Metella, como adivinando la inquietud de su favorito, exclamó de repente:

—Siéntate a mi derecha, Crispo. Ya basta de charlas. Terminemos tan bello día con el espectáculo de una danza. La Danza en persona se halla entre nosotros... ¡Oh, Musa incomparable, júbilo de los ojos, voluptuosidad aérea, triunfo de la gracia, poesía del placer... ven a nosotros, Mirina!

Todos tomaron asiento en torno al hemiciclo.

Mirina avanzó desde el fondo de la galería, donde se había desvestido y maquillado a su gusto delante de un enorme espejo de cobre y apareció maravillosa a la luz de las farolas. Sólo la cubría una túnica azulínea, muy vaporosa, tras la cual la esbelta forma de su cuerpo ondulaba como un alga en el agua móvil. Una joya de berilo, en forma de insecto alado, brillaba en lo alto de sus negros cabellos. Sus ojos, iluminados por la alegría, relucían con la misma intensidad.

Se inclinó profundamente juntando las manos delante de la reina de Pompeya. La tañedora de flauta y la tamborilera, situadas una a cada extremo del hemiciclo, entonaron su música monocorde y Mirina inició la «danza de la abeja». Primero la divisó en el aire y siguió con la mano su vuelo caprichoso. Poco a poco, la vio acercarse, y después efectuó unos gestos suplicantes, imploraciones con los brazos, movimientos de la cabeza y el cuerpo echado hacia atrás y adelante. Pero la abeja invisible, a la que se creía ver descender, continuaba revoloteando con gran desesperación de Mirina. Al fin, ejecutó un vuelo sobre la danzarina tan veloz y zumbador que la joven pareció estar deslumbrada. El insecto se posaba ya en su seno, ya en su brazo, ya en su rostro. En vano intentaba ella cogerle, pues el insecto huía raudamente para volver con más insistencia. De pronto, ella gritó estremeciéndose como si la abeja la hubiese picado. Entonces, la danzarina, jadeante, asustada, siempre perseguidora y perseguida, empezó a girar sobre sí con un movimiento tan rápido que los dos adversarios parecían escaparse y alcanzarse casi a la vez. Mirina era ya un ser alado, una abeja humana. Paró de improviso, inmóvil y erguida. Grave, con un gesto de canéfora, atrapó, en lo alto de su cabellera, a la feroz abeja. Humilmente arrodillada ante la dueña de la casa, la danzarina le ofreció la joya de berilo con su mano abierta.

Un solo grito de admiración surgió de doce gargantas y la reina de Pompeya, pronunciando uno de sus decretos, proclamó:

—Oh, mima de las mimas, a partir de ahora ya sólo te llamaré Mirina la divina!

Y quitando un soberbio camafeo de la fina lana de púrpura que ocultaba su pecho, se lo entregó a la amante del griego, y después, atrayendo su cabeza hacia sus labios, imprimió un largo beso en la boca de la radiante artista, casi desfallecida de alegría.

Durante la danza, Hedonia Metella había mirado a sus dos vecinos, con ojos ya melancólicos, ya inflamados, de modo que Crispo y el tribuno estaban sumamente turbados. Mientras tanto, el círculo de jóvenes se agrupaba en torno a Mirina, colmándola de felicitaciones y elogios.

—¡Divina Mirina! —exclamó uno—, tu boca ha tocado los labios de Hedonia Metella, y ahora está consagrada con un poder mágico. Dame un beso, uno solo, y esto me dará suerte con nuestra reina.

—¡A mí! —pidió otro.

—¡No, a mí!

—¡A todos! —vociferó el coro.

Todavía palpitante por la danza, con el cuello perlado de sudor, Mirina reía, murmuraba frases entrecortadas, exhalaba gritos infantiles, y reinaba en medio del grupo. Estaba ya a punto de ceder a las demandas de los jóvenes enloquecidos, pero la detuvo una severa mirada de Simmias y, radiante por su triunfo, se le acercó.

Sin embargo, los tres íntimos de Hedonia, el senador Léntulo, Flávulo el poeta y el hermoso Crispo se hallaban delante de su ídolo, siempre sentada en el centro del ninfeo, bajo las matas de algas, cerca del balbuceo discreto de la fuente.

—Para finalizar esta fiesta admirable —propuso Flávulo—, deseamos que nuestra maga nos lea el porvenir.

—¿Por los ojos o por la mano?

—Por ambas cosas.

—Sea. Empezaré por ti, Léntulo.

Tomando la mano del senador fijó sus grandes pupilas en los tristes ojos del magistrado.

—Léntulo, alégrate —expresó ella al cabo de un momento—. Pronto serás duunviro de Pompeya.

Estas palabras entristecieron más aún al maduro magistrado. Retuvo con su mano la de la patricia y exclamó:

—En vez de ser duunviro de esta ciudad por el resto de mi vida, quisiera ser príncipe de la cofradía un solo día.

—¿No lo fuiste ya tres meses? —rió ella—. Ya sabes que no concedo dos veces tal título a un amigo, sea cual sea su mérito. No importa, sigue esperando... Hedonia no promete nada y lo da todo en un solo día... si así lo quiere la Hora de pies veloces.

Flávulo se presentó, con la mirada suplicante, la boca amarga, como burlándose de sí mismo e hiciese por centésima vez la misma petición, sin esperanzas de verla cumplida. Hedonia tomó su mano con indolencia y apenas miró los ojos inquietos del calvo libertino.

—¿Qué he de pronosticarte a ti, infortunado poeta? Las Musas te huyen porque has sacrificado demasiado a Venus. Pues bien, voy a revelarte lo que leo en tus ojos. Por los hermosos versos que me has dedicado, serás coronado por Tito como príncipe de los poetas y tendrás tu busto en la biblioteca.

Flávulo besó humildemente la mano de Metella, murmurando:

—¡Gracias, oh, Cipris! —y luego añadió con tono lastimero y expresión tragicómica—. ¡Un busto! ¡Un busto! ¡Qué frío y triste es esto! Un busto que cualquier día será arrojado al Tíber y comentado dentro de dos mil años por un sabio de la Galia o de Germania, cuando yo ya no seré más que polvo y cieno! Un busto que se burlará de su modelo porque es joven y el otro ha envejecido... Un busto que te dice: «Yo soy inmortal y tú no». Ah, daría todos los bustos del mundo por pasar, en vida, una noche en Baia con Hedonia Metella en el templo de Hécate.

Ante estas palabras, Hedonia se estremeció, sus ojos llamearon y su cabeza imperial se irguió sobre su flexible cuello como una serpiente.

—¡Calla! —le gritó—. ¡No sabes lo que dices!

—Sin embargo, es tu diosa.

—Su culto, si existe, sólo a mí atañe. Nadie ha penetrado en el templo conmigo... y nadie tiene derecho a hablar de ella. Acabas de conculcar la ley más severa de mi cofradía. Te condeno a un mes de silencio.

—Para un poeta es un duro castigo —comentó el senador, sonriendo ante la derrota de su colega.

Flávulo, apenado, inclinó la cabeza. Los jóvenes se contemplaron

unos a otros, como temblando también ante la dueña de la casa y su demonio familiar.

Hedonia, apretando el chal contra sus brazos, había palidecido. De sus ojos surgieron como dos láminas de acero. El ambiente ardiente que emanaba de su cuerpo acababa de helarse repentinamente. Molesto por este frío súbito, Ombricio se puso de pie y fue a situarse bajo la galería para observar a su gusto un nuevo episodio.

El bello Crispo se adelantó y dijo con gran aplomo:

—Yo seré más modesto. No pretendo conocer el porvenir ni quiero saber nada, pues soy demasiado dichoso en mi presente. ¡Ojalá dure mucho tiempo! Mas como en estos instantes soy miembro de la cofradía hedoniana, pido poder renovar ante ella mi acto de sumisión a nuestra reina, besando su divino pie. ¡Es mi privilegio del que me siento orgulloso!

—Y es tu derecho —añadió Hedonia, ya sonriendo de nuevo.

—¡Atención! —murmuró Simmias al oído del tribuno—. Vas a asistir a la ceremonia de consagración.

Un esclavo aportó un taburete de marfil, cubierto con un cojín de biso, y lo colocó delante de su ama. Ésta posó en el escabel su pie desnudo, calzado sólo con una sandalia de Tiro. Y aquel pie, maravilloso como el ámbar pálido y transparente como el alabastro, apareció bellísimo bajo la luz de las farolas. Crispo, arrodillado, lo besó con unción, y después inclinó el rostro hacia el cojín. Entonces, Hedonia puso el pie sobre el cuello del joven e imprimió sus uñas rojas en el mismo, dejando unas señales muy marcadas. Crispo se incorporó radiante de felicidad. Los jóvenes se aproximaron para felicitarle, mientras los dos pretendientes desestimados se mantenían apartados, con expresión entristecida, pero resignada.

—Bien, maestro Ombricio, ¿qué dices de mi ceremonia? —le preguntó la patricia al tribuno.

—Digo que ese pie es la maravilla del mundo y que las reinas de Asia no poseen ninguno semejante. Ni la mujer de Darío, que Alejandro negóse a ver para no sucumbir a sus encantos, tenía uno tan bello. De ser yo Alejandro, habría tomado la esposa de Darío, pero no habría sufrido su pie, puesto que ninguna mujer me impondrá el suyo.

—¿Estás seguro? —murmuró con ironía dulzona la hija de Metello, inclinando la cabeza.

—Absolutamente.

—¿Así, pues, no serás de nuestra cofradía?

—El honor que me ofreces es inmenso —replicó el tribuno—. Estoy conmovido, pero temo ser indigno del mismo. Gracias por tu favor y adiós. Saludo en ti a la más hermosa y más poderosa de las romanas.

—Hasta la vista, Ombricio Rufo —le despidió Hedonia con voz sonora.

En señal de despedida, él levantó ambas manos e inclinó la cabeza. Después salió sin saludar a los jóvenes. Cuando hubo dado diez pasos por la galería oyó la penetrante voz de Hedonia que le gritaba:

—¡Teme al látigo de Isis!

Ombricio ni se volvió ni contestó, pero el círculo de jóvenes recibió las palabras de Hedonia con una carcajada homérica. Y esa risa liberó a la reina de Pompeya del peso que el orgullo insultante del tribuno había puesto en su corazón. Esa nota de desprecio daba a la partida de Ombricio una apariencia de derrota.

Apenas fuera de las salas radiantes de luminosidad, el tribuno, el griego y la danzarina se hallaron en las oscuras callejuelas de la ciudad. Ombricio se despidió de Simmias para volver a su morada, en extramuros.

—¿Te ha complacido la reina de Pompeya? —se interesó el epicúreo.

Ombricio, con expresión sombría, calló un instante y luego gruñó en tono seco:

—Es fuerte, pero yo lo soy más.

—¿Quién sabe? —exclamó el griego levantando los brazos—. Tal vez esté escrito allá arriba.

Una estrella fugaz surcó el cielo de agosto como una serpiente de oro con cabeza de fuego. Los tres la vieron brillar y apagarse.

—¿Crees, pues, en los dioses? Normalmente dices que no existen —comentó Mirina, dirigiéndose a su amante.

—¡Creo en tu hermosura! —replicó Simmias, enlazando a su friolera compañera por debajo del manto.

De repente, la risa sonora de la danzarina surgió como el chorro de un manantial y cayó en cascada de plata en el silencio nocturno de las calles de Pompeya.

Capítulo XII

MAESTRO Y DISCÍPULO

Ombricio pasó una noche muy mala sobre el duro camastro de su tío, el veterano difunto. La hermosa patricia había instalado en sus venas un torbellino de sensaciones que no pudo desentrañar de repente, causándole un agudo sufrimiento. Si tan sólo experimentaba desprecio hacia el servil grupo de hedonianos, Hedonia le inspiraba otros sentimientos. Su belleza, su riqueza, su poderío evocaban en él los antiguos deseos. A la perfección de su encanto físico, a la agudeza de su inteligencia, unía una fascinación única, el misterio del mal que residía en ella. Su cuerpo soberbio era como un templo inquietante; su espíritu debía poseer la ciencia del mismo y su alma la religión. Voluntaria, cruelmente, ella había desafiado los sentidos del tribuno para atravesarle al final con una sangrienta ironía. Y él había soportado con cierta impaciencia las frases sarcásticas y calculadas de Crispo, pero el último grito de la patricia: «¡Teme al látigo de Isis!», continuaba preso en su carne como la flecha de Parto. Una flecha envenenada.

«Al fin y al cabo —pensaba—, tal vez ella tenga razón. Ese culto de Isis, esa doctrina extraña, ¿no serán acaso una conjura urdida por la ambición de Helvidio y de Memnonés? Buscan adeptos para tener instrumentos dóciles. La profetisa les sirve de cebo. ¿Soy, pues, un necio?»

No, él no podía admitir que Alciona fuese su cómplice. ¿Pero por qué se prestaba a todas sus voluntades, a sus ritos, a sus sabias demoras? Estas dudas, apenas concebidas crecieron desmesuradamente, seguidas por un torrente de ideas tentadoras. La peligrosa maga le obsesionaba ya, esa maga que parecía gobernar con mano ligera la yunta rugiente de ambiciones y deseos. ¿No reinaba Hedonia Metella sobre el más vasto de los imperios? Él podía penetrar en dicho imperio a través de ella.

¿Por qué renunciar a tan magnífico imperio? ¿Serían una compensación las dudosas promesas del sacerdote de Isis? Sólo Alciona podía compensarle, pero ¿acaso era sincera? Como todos los hombres de acción, Ombricio sentía horror por la incertidumbre. Para salir de tan punzantes dudas, decidió exigirle a Memnonés el casamiento inmediato con la profetisa y no aguardar al viaje de Eleusis. Claro que para ello era preciso obtener antes el consentimiento de Alciona. Tras imaginar diversos pretextos para lograr una entrevista secreta con la profetisa, mediante la influencia de Helvidia, Ombricio tuvo la idea de ofrecerle a Alciona un regalo de esponsales.

Una tibia mañana de otoño perlabo los campos. Ombricio penetró en la ciudad por la puerta del Sarno con el fin de efectuar la compra. Cruzó varias calles en dirección al área comercial. Bajo los toldos groseros tendidos contra el sol, hervía una variopinta multitud de esclavos y esclavas. Delante de las puertas abiertas de los tenduchos se agrupaban los pastores de la campiña con sus cabras y sus ovejas, entremezclados con los libertos querellantes y los sirvientes locuaces. Todo hablaba de abundancia y lujuria. Se tropezaba con montones de calabazas, naranjas y melones. El olor del vino nuevo que fermentaba en enormes ánforas de terracota se mezclaba al humo de las frituras que surgía de las sartenes de hierro. Por doquier, en los tejadillos, ramajes de laurel, de encina verde y guirnaldas de flores. Después, el tribuno se adentró por el barrio menos atestado, pero no menos bullicioso, de los obreros. Allí se oía el rodar de los batanes, que limpiaban las togas, el trabajo efectuado sobre los bancos de carpintero, el chirrido de las muelas de los tallistas de piedra, el gemido del cincel de los escultores. A las monedas de los cambistas que sonaban en los cofres se mezclaba asimismo el martilleo frenético de los fabricantes de bronce. Ombricio se detuvo por fin delante de una tienda en la que se exhibía, en su parte delantera, una gran multitud de figuritas de marfil, que custodiaba un muchacho imberbe.

—¿Dónde está tu amo? —indagó el tribuno.

El muchacho abrió la puerta y condujo al visitante a la rebotica. Allí, un griego de las Islas, de cara achatada, estaba partiendo un colmillo de elefante por la mitad.

—Enséñame tu mejor joya.

—¿Un regalo de boda? —preguntó el cincelador con ojillos relucientes de malicia.

—Exactamente.

—Te mostraré una maravilla.

De un armarito empotrado en la pared, el artista extrajo un estuche de marfil. Grupos de Amorcitos tallados en alto relieve rodeaban los cuatro lados de un cortejo retozón. En la tapa, una Venus semiacostada se contemplaba en un espejo. Tras haber regateado el precio, Ombricio pagó la cantidad en sestercios de oro que llevaba en un bolsillo de cuero. Acto seguido, entró en la tienda de un joyero y adquirió un collar de coral rosa pálido, unos broches de plata y unos camafeos de ónice, y lo introdujo todo en el gran estuche. Pertrechado con este tesoro, emprendió el camino del distrito opulento. Allí sólo se veían libertos elegantes y esclavos de todos los colores, de piel reluciente y caderas esbeltas. También había tiendas, pero más distinguidas, con exhibiciones de telas nuevas, gasas transparentes, armas y tapices, donde se detenían los hombres togados y las mujeres que arrastraban sus largos mantos. En las esquinas, manaban pequeñas fuentes, cuya agua límpida fluía alegremente por las aceras de losetas rojas y los blancos guijarros que pavimentaban las calles. A través de las verjas de bronce se entreveían ricos interiores, columnas pintadas, estatuas blancas, jardines umbríos. Y por doquier, en los dinteles de mármol se leía, incrustada en mosaico, la palabra «¡Salve!» que invitaba al transeúnte a entrar.

Ombricio pensaba encontrar a Helvidia, que casi todos los días veía a la sacerdotisa, para confiarle su proyecto. Rodeando la mansión de Helvidio, vio en la parte de atrás la puerta del xilos que estaba entreabierta. Sin duda, una sirvienta del gineceo había olvidado cerrarla. El tribuno empujó, pues, la puerta y entró en el jardín privado del decurión, pero se sobresaltó y retrocedió al divisar a Alciona debajo de un emparrado. Se hallaba de pie delante de una tejedora formada por dos columnitas de madera de limonero. El panel móvil, fijo al travesaño, contenía los hilos tendidos de arriba abajo. La joven sujetaba la lanzadera de marfil y se disponía a hacerla pasar por la trama, colocándola sobre la plancha horizontal del bastidor. El tribuno veía a Alciona de espaldas, pero la reconoció por su talle esbelto que se adivinaba bajo los pliegues del peplo, por la blancura de su nuca y por los cabellos de oro

oscuro formados en un moño, a la griega. Un débil rayo de sol, al filtrarse por la celosía, hacía llamear la maravillosa cabellera. Yendo a paso leve sobre la fina arena, dio la vuelta al bosquecillo y de repente estuvo delante de Alciona.

Ella dejó caer la lanzadera, retrocedió un paso y lanzó un grito:

—¿Tú aquí?

Ombricio tendió sus manos suplicantes.

—¡Perdóname! Buscaba a Helvidia cuando te he visto. Entonces, he reunido todo mi valor, ya que necesito hablarte. Además... te traigo mi obsequio de esponsales.

—¿El obsequio de esponsales? —repitió la profetisa contemplando al tribuno con ojos soñadores en los que apuntaba una dulce curiosidad.

—Aquí lo tienes —dijo Ombricio dejando el estuche de marfil sobre una mesita redonda de jaspe verde, con tres patas de grifón, que estaba cerca de un banco de mármol.

El gracioso cofrecillo, con su friso de amorcitos y su Venus acostada en la tapa, componía un grupo viviente de minúsculos dioses. Era como un conjunto retozón de genios familiares instalados en un rincón dispuesto para el amor, jugueteando sobre el jaspe liso de la mesa, que los reflejaba como un espejo. Alciona sentóse delante de aquella obra maestra para contemplarla. Se leía la duda en su semblante.

—¡Ábrelo! —susurró Ombricio.

Alciona se sentó, abrió el cofrecillo, contempló los camafeos, los broches y extrajo con su mano afilada el collar de coral, que se abrochaba por una palomita rosada con las alas desplegadas.

—¡Es muy bello! —exclamó, rodeando por un instante su garganta con el collar—, ¿pero puedo llevarlo? El día de los esponsales aún no ha llegado y tú tampoco estás en la fase final de tu prueba.

—¿Qué importa? —gritó el tribuno, con la boca amarga y el ojo agudo—. Si por cualquier azaruviésemos que separarnos, deberías conservar este recuerdo mío.

Alciona se estremeció y preguntó con tono vacilante:

—¿Entonces... quieres abandonarnos?

—No, pero no me fío de Memnonés... Es mi enemigo. Temo ser su víctima. Es posible que a la postre, cuando todo lo haya sufrido, Memnonés incluso me niege mi recompensa... por tu causa. Alciona,

esas pruebas, esas esperas, esas demoras me matan... ¡No puedo vivir sin ti!

Alciona se puso de pie, inquieta. Sentía cómo su corazón palpitaba violentamente y tenía la cabeza invadida por un torbellino.

—¿Olvidas, amigo mío, tu noviciado de un año y la promesa que empeñaste?

—De eso se trata. Se me exige demasiado. Y no puedo soportar tanto tormento. Siento que en mí surgirá un demonio... lo presiento... si tú no lo encadenas con tus brazos... si no lo aplacas y lo transformas en un dios, un rey de la tierra. ¿No me prometiste el sacrificio? Pues bien, ha llegado la hora. ¿Tú me amas, Alciona?

Presa de una gran angustia, Alciona escondió el rostro entre las manos.

—O sea que ya no me amas —concluyó el tribuno.

—¿Que no te amo...? —exclamó la profetisa sofocada, y su cabeza cayó sobre el hombro del joven que la había enlazado.

Ombricio penetró con su mirada, encendida como una antorcha, el fondo de aquellas pupilas de matiz violeta, donde el éxtasis ponía chispitas doradas. Espléndidas como un cielo tachonado de estrellas, irradiaban un amor sin límites. Ebrio de triunfo, el tribuno cogió la cabeza de la profetisa entre sus manos, como una valiosa presea e imprimió sus labios en los de la joven en un furioso beso. Bajo la impresión de tal impacto, Alciona estuvo a pique de desvanecerse. Tembló entre los brazos de Ombricio, la cabeza hacia atrás, blanca como el mármol, la boca entreabierta, las pupilas pálidas en el luciente nácar de sus asustados ojos. Luego, se dejó caer sobre un banco de mármol, con los codos apoyados sobre la mesa, la frente entre sus manos y murmuró:

—¿Qué has hecho, desdichado? Isis... Isis... ¿Soy aún la profetisa?

—Lo eres más que nunca —aseguróle Ombricio, con la seguridad del vencedor—. ¡Lo eres para mí! Mañana iré a exigirle a Memnonés nuestro casamiento inmediato.

Alciona levantó hacia su prometido unos ojos llenos de angustia.

—¿Crees que consentirá?

El tribuno rechazó la toga sobre su hombro y extendiendo el brazo con gesto victorioso, añadió:

—¡Estoy seguro! ¡Ahora soy yo el maestro... y él quien deberá seguirme!

Se oyó el ruido de unos pasos sobre la arena, más allá del bosquecillo. Alciona se sobresaltó.

—Vete, te lo suplico... —pidió en voz baja—, es Memnonés.

—¡Adiós, pues, y hasta mañana! —murmuró Ombricio, con el tiempo justo de huir por la puerta del xilos.

No era Memnonés sino Helvidia, quien observó la emoción de la joven, luego el estuche de marfil y el collar de coral sobre la mesa de jaspe.

—¿Quién te ha dado estas maravillas? —quiso saber la esposa del decurión.

—Ombricio —suspiró tristemente la virgen—. Es su regalo de boda.

—¿Ya? —sonrió Helvidia, sacudiendo la cabeza con asombro.

Alciona cayó sollozando en brazos de su protectora que, adivinando la tempestad de su corazón, la consoló con suaves caricias y dulces palabras.

Seguro de su victoria, impaciente por sacudirse de encima el yugo, Ombricio penetró al día siguiente en el templo de Isis. Al instante divisó a Helvidio junto a Memnonés. Los dos parecían aguardarle, toda vez que no se mostraron extrañados por su presencia.

—Es a ti solo, Memnonés, a quien deseo hablar —empezó el tribuno.

—Helvidio y yo somos uno solo —replicó Memnonés—. Estamos unidos por los lazos de una fraternidad en la que no existen secretos, en la que la confianza no conoce límites. Quiero que Helvidio te escuche a mi lado.

—Tanto mejor —replicó Ombricio con una fingida seguridad que disimulaba mal su apuro. Añadió—: porque espero hallar en el noble decurión un apoyo a mi petición.

—Habla, pues, libremente —intervino Helvidio.

—Desde hace tres meses —continuó el tribuno con voz febril que proclamaba una sorda irritación—, he seguido fielmente tus lecciones, Memnonés. Admiro tu elocuencia y tu sabiduría. Para escuchar la palabra de Hermes, fértil en sorpresas y en luces turbadoras, he abandonado mi vida anterior, lo he olvidado todo. Mas hoy día la incerti-

dumbre, la duda, la angustia, han hecho presa en mí. Quiero saber adónde me lleva todo esto, quiero conocer el objetivo de toda esa ciencia oculta, la recompensa de tantos esfuerzos. En fin: amo a Alciona y ella me ama. Me lo dijo hace tres meses, en el jardín de Isis. Y hoy me ama más todavía. Lo sé, tengo la prueba. Ni ella ni yo podemos esperar más tiempo. Antes de continuar mi noviciado exijo... sí, exijo mi casamiento inmediato con la profetisa.

—Pides lo imposible —respondió con calma Helvidio, deseoso de proteger con su autoridad la negativa de Memnonés—. Medita y piensa en tu promesa solemne; que no debes exigir sin perjurio esta unión sagrada antes del retorno de Eleusis y antes de haber pasado victoriosamente por todas las pruebas. El esfuerzo que has realizado hasta ahora no es nada ante el que te incumbe para merecer a una mujer como Alciona, una lira humana que se estremece bajo el soplo divino. Ten, por tanto, paciencia y persevera. Tu recompensa superará tus esperanzas, tanto más cuanto que tu deseo de hoy se halla por debajo del verdadero amor.

—¿Qué recompensa? —exclamó Ombricio, furiosamente.

—Permíteme que te diga, oh tribuno de Tito, lo que esperamos de ti y el fin que perseguimos. En este mundo corrompido y perverso, deseamos restablecer la noble jerarquía de los tiempos heroicos, obra de verdaderos inspirados, corona de la familia humana, por la que sólo la verdad se manifiesta entre los hombres. Estos iniciados, muchos de los cuales fueron desconocidos de la gente, y cuya obra eterna nosotros continuamos, son los reyes místicos de la humanidad, reyes poderosos pero renunciantes y siempre dispuestos al sacrificio. Queremos establecer, en las ciudades y en las naciones, la santa jerarquía del Alma y el Espíritu, que forma en el cielo invisible un imperio viviente, del que un auténtico pueblo debe reflejar la imagen. Nosotros señalamos su rango a cada cual. La libertad debe conquistarse escalando grado a grado. Nosotros honramos a los Dioses, fuerzas cósmicas y almas divinas, deletreamos sus nombres, creamos sus símbolos. Pero por encima de todo veneramos al Dios soberano e insondable, del que emanan los Genios creadores y toda la Naturaleza. Cada Dios responde a una fuerza infinita, cada alma a un grado de conciencia. Nosotros ordenamos las almas según Dios y formamos su cadena. Combatimos con la misma

energía la tiranía de uno solo, hecha de orgullo, y la tiranía de todos hecha de envidia. Combatimos a mano armada cuando es preciso, mas sólo lo hacemos para liberar, jamás para aplastar. Para dar la libertad a nuestros discípulos exigimos la sumisión, el aprendizaje. Queremos a los discípulos para convertirlos en maestros.

—Y esos discípulos ¿qué hacen en la vida? ¿Cómo actúa esa doctrina?

—La doctrina no es sino la envoltura vibrante de la verdad, un sol entre millones de flechas, pero su hogar reside en su centro, fuego vivo... y ese centro es el Amor. Para levantar a los pueblos hundidos en la molicie y el crimen, no hay palanca más potente que las parejas elegidas. Por su amor irradian la verdad y por sus hijos irradian la vida pura y fuerte. Tú, Ombricio, gozarás del mayor de los privilegios si aceptas nuestra regla. La profetisa será tu antorcha. A veces, en los tiempos heroicos de la raza doria, una sacerdotisa de Apolo se enamoraba de un héroe dorio y renunciaba al abrazo de Dios que confiara la adivinación, para ser la esposa del héroe. Entonces, ambos se dedicaban a la vida heroica. Igual vida, igual muerte les era concedida en el carro de guerra o en la hoguera. Juntos pertenecían al dios solar en todas sus acciones, ellos y sus hijos. Tú has hallado esa esposa, Ombricio, y Memnonés renunciará a su hija amada, a su profetisa, a condición de que seas uno de los nuestros.

—Sí —afirmó el hierofante con voz grave y segura—, renuncio a mi Alciona, a condición de que seas digno de ella.

—Y para esto, ¿qué es necesario? —preguntó el tribuno.

—Empezarás por prestar el juramento de Isis.

—¿Qué juramento?

Memnonés fijó en su discípulo unos ojos más penetrantes que unas agujas y contestó tras una larga pausa:

—Primero, la renuncia a la gloria terrena. Después, la dedicación absoluta a la Verdad. Finalmente, la sumisión al Maestro hasta la última iniciación.

Las honestas palabras de Helvidio habían conmovido al tribuno a medias, pero ahora tembló ante las exigencias del sacerdote y preguntó, encogiéndose de hombros:

—¿La verdad, has dicho? ¿Cómo reconocerla? ¿Dónde está?

—En ti mismo. Mientras no hayas saludado al Dios espléndido que surge del alma recoleta no sabrás lo que es la Verdad ni estarás maduro para la iniciación que otorga la suprema libertad.

—Obedecer a un maestro no es ser libre.

—Si tu maestro te ordenase una cosa contraria a tu conciencia, tendrías plena razón de desobedecerle. Pero jamás hacemos tal cosa, puesto que nosotros también tenemos unos maestros invisibles y más poderosos que nosotros que nos vigilan, que nos inspiran y, en caso necesario, nos castigan. Jamás les exigimos a nuestros discípulos algo para nosotros, pues si tal hiciéramos una sola vez, en el mismo momento perderíamos todos nuestros poderes, esos poderes tan difícilmente obtenidos. Es para liberar que exigimos la obediencia temporal. Sólo se llega a la libertad mediante la victoria sobre uno mismo y la dedicación al Todo sublime, al Único. Helvidio y yo somos tus garantes y tus guías. ¿Estás dispuesto a prestar el juramento?

—¿Estás dispuesto? —repitió Helvidio asiendo el brazo del tribuno.

La hora era solemne, puesto que un juramento compromete irrevocablemente. Ombricio, seducido por las elevadas ideas de Helvidio y casi conquistado por su grandeza de alma, había creído sentir en las proposiciones de Memnonés el látigo de Isis azotarle la espalda. La mano del decurión, que le apretaba el brazo, le hizo el efecto de una cadena inmensa que remontaba en el espacio infinito y que iba a tenerle prisionero para siempre jamás. Recobrándose, pero humillado por sus propias vacilaciones, por no haber hecho su plena voluntad, sólo experimentaba un deseo: huir de aquel apremio. Volvió la cabeza y dijo con voz enronquecida:

—Os responderé dentro de ocho días. Necesito meditar.

Acto seguido, tendió la mano al decurión y al sacerdote y salió sin mirarlos.

—Albergo grandes esperanzas —sonrió Helvidio cuando Ombricio hubo desaparecido.

—No lo sé —replicó Memnonés—, he visto en él su mirada de fiera indomable.

Capítulo XIII

EL JURAMENTO DE HÉCATE

Ombricio caminaba con pasos furiosos por el campo. Era tan grande su incertidumbre y la tormenta de sus pensamientos que de nuevo creía estar en el sitio de Jerusalén bajo las flechas de los judíos, mientras que riadas de oro fundido fluían de los tejados del templo incendiado. A la puerta de su propiedad reconoció a un hombre ya entrado en años, con un manto oscuro, mirada oblicua y nariz fisgona.

—¿Eres tú el tribuno primipilario Ombricio Rufo? —le preguntó el desconocido.

—Sí, soy yo.

A pesar del entorno rústico y la soledad del lugar, el hombre lanzó una mirada a su alrededor con cierta inquietud y bajó el tono de voz al continuar:

—Soy un liberto de la mansión de Hedonia Metella. Mi ama te invita a ir mañana a su villa de Baia. Ha de comunicarte cosas graves.

—¿Quién me prueba que dices verdad y que vienes de su parte? —dudó Ombricio, examinando al viejo.

—Aquí tienes su signo —replicó el liberto, extrayendo de bajo de su manto un camafeo de ónice que representaba una cabeza de Medusa, vista de frente, que Ombricio ya había visto en el cinto de Hedonia Metella.

Era el signo de su realeza en la cofradía hedoniana.

—Puedes quedártelo. Mi ama me ordenó entregártelo —añadió el servidor con una sonrisa ambigua de su boca desdentada y su ojo lúbrico, pero vacua a fuerza de bajeza y servidumbre.

El tribuno cogió la joya y la examinó con desconfianza.

—No conozco Baia —confesó—. ¿Cómo hallaré el camino de esa villa lejana?

—Habrá dispuesta una barca en el puerto de Stabies, mañana a las doce después de salir el sol.

—¿Dónde debemos abordar?

—En el templo de Hécate. Allí te aguarda mi ama.

—¿En el templo de Hécate? —repitió el tribuno sobresaltado.

Ese nombre le estremecía. ¡Cómo! La orgullosa patricia que no permitía a ninguno de los amigos de su círculo, ni siquiera al amante temporal, al príncipe de la cofradía hedoniana, aproximarse a aquel refugio misterioso, e incluso pronunciar el nombre en su presencia... ¡Cómo! Esa mujer que sólo había visto una vez en su casa, iba a recibirle en su santuario más íntimo... ¡En su estima, situaba al desdichado tribuno por encima de los demás! ¿Qué secreto de estado o de magia sombría iba a revelarles? ¿En qué maravillosa aventura o en qué tenebrosa intriga quería mezclarlos? Todas estas reflexiones cruzaron en el espacio de unos segundos por el cerebro de Ombricio. Una terrible duda sobre su porvenir parecía apuñalarle. Hubiese querido desprenderse de ella al instante, pero prefirió olvidarla por algún tiempo. El orgullo, la curiosidad y una sed insaciable dominaron en él sobre todas sus vacilaciones.

—De acuerdo —exclamó—, dile a tu ama que iré.

—Hasta mañana —se despidió el liberto alejándose cojeando.

El sol se inclinaba hacia el mar, entre Capri y el cabo Miceno, cuando la embarcación del tribuno surcaba oblicuamente la bahía de Nápoles. El poderoso astro acariciaba el golfo encantado con sus rayos de fuego. Las ciudades, las villas, los ríos y las islas, todo ardía, todo vibraba bajo un ligero velo de púrpura transparente. Con su círculo de montañas, el maravilloso golfo de Parténope semejaba la copa de oro de una Bacante. Pámpanos silvestres enguinaldaban sus orillas cinceladas y, en su mágico brebaje, absorbía y condensaba el azul oscuro del cielo. Pero cuando la barca se acercó a Baia, el sol ya se había hundido en el mar. Al final del promontorio de Sorrento, la isla de Capri se destacaba como una esfinge de porfirio sobre el horno anaranjado del horizonte. Una pesada fatiga se abatió sobre la tierra y la inmóvil su-

perficie del golfo con el crepúsculo. Ombricio se dio cuenta entonces de que la barca se dirigía hacia un promontorio boscoso que caía a pico en el mar. En lo alto de esa rocosidad abrupta e inabordable, una vaga luminosidad surgía de un edículo.

—Ese es el templo de Hécate —le indicó el liberto al tribuno.

Cuando llegaron a la orilla era ya noche oscura. Saltaron de la barca detrás de las rocas, en una cala tenebrosa, custodiada por unos libios. El jardín de aquel templo se extendía por el terreno volcánico y sulfuroso que distingue a la bahía de Puteoli. Allí el suelo siempre padece los rigores del fuego subterráneo. Por doquier hay cenizas, piedra pómez, guijarros cubiertos de metales cristalizados, azufre amarillento o azulíneo. A veces, montículos, crestas de cenizas ardientes, salen de la tierra en un solo día devastando los campos y los bosques. Pero una vegetación lujuriente cubre el suelo móvil, donde aquí y allá humean las grietas y donde se oye el rumor de las aguas termales que gorgotean bajo las rocas, Hedonia había hecho edificar su casa de campo en una ensenada oculta a todas las miradas. Ombricio pasó adelante con su guía. Había esclavos que empuñaban antorchas. El liberto le condujo a la puerta del bosque de Hécate, que ocupaba la parte posterior del promontorio y que un muro separaba del jardín. Allí hallaron a un libio armado como un centurión con un escudo y una espada. Éste examinó al tribuno con cierta suspicacia, pareció reconocerle y le cedió el paso, cerrando la puerta tras de sí. Solo y tratado como un prisionero, Ombricio, el invitado de la patricia, bastante perplejo, siguió el camino angosto que remontaba entre alcornoques. De cuando en cuando observaba, en nichos de follaje, unas gigantescas urnas de mármol, estatuas de emperadores o graves matronas romanas. Al llegar a una encrucijada, Ombricio divisó dos mujeres de pie, inmóviles, con largos velos grises. Parecían esperarle. Ombricio las rozó curiosamente. La mayor, flaca, dejando ver un rostro aviejado bajo su manto, extendió un brazo hacia un sendero árido que se hundía en el espeso bosque, y luego se llevó un dedo a la boca. La otra, que parecía más joven, tocó la mano del tribuno murmurando:

—Es allí...

Ombricio ascendió por el sendero, a través de los árboles, sumidos ya en densas tinieblas. Finalmente desembocó en una terraza cuya vis-

ra se extendía, magnífica, sobre todo el golfo en sombras. En la bahía de Puzzoli brillaban las luces de numerosas barcas de placer. Ombricio se inclinó hacia el abismo. En aquel momento pasaba una barca iluminada al pie del promontorio. Provista de antorchas, la barca se deslizaba como una canastilla de flores sobre las oscuras aguas. En ella viajaban muchachos y muchachas enlazados por parejas, sentados, acostados o de pie, en la proa. Los brazos se tendieron. Un canto voluptuoso subió hasta el tribuno:

«Baco errabundo, dios dulce y salvaje,
¿has regresado entre nosotros?
Traicionado por las vírgenes,
¿te has acordado de las rientes Bacantes?
Su tropa te saluda. Busca...
Busca a tu esposa. Hay mil Bacantes,
pero sólo una Ariadna.
Floreceemos bajo las caricias,
nos ahogamos bajo los besos...
Pero Ariadna languidece, Ariadna muere...
¡Oh, Baco, Baco, reúnete con tu diosa!»

La barca se alejó, reflejando sus fuegos rojos en las sombrías aguas. El canto se perdió en la brisa. Presa de un vértigo irrefrenable, Ombricio dio un paso atrás. Dando media vuelta se halló frente a un pórtico de entrada con cuatro columnas solamente, que daba a una gruta oscura, en el fondo de la cual brillaba una luz. Un libio, más feroz de aspecto que el primero, impassible como una estatua, estaba guardando la entrada. Trastornado por sensaciones encontradas, el tribuno se preguntó si no iba a ser asesinado por conspirar con los isíacos. Apretó con fuerza el puñal que disimulaba bajo la toga, presto para defender su vida. Luego, entró resueltamente. Grande fue su asombro, después de cruzar un espacio oscuro, al penetrar en una pequeña gruta tapizada con ramajes y flores, vivamente iluminada por unas lámparas de esmalte coronadas de Cupidos alados. Hedonia se hallaba semiacostada, en el fondo, sobre un lecho de púrpura recubierto con una piel de pantera. Llevaba el vestido de Ariadna, como reina de

las Bacantes, la nébrida retorcida en los senos y en los costados, y encima, una túnica rosa de gasa transparente y espumosa.

Le contempló en silencio, y le cogió la mano como para posesionarse de él. Con su atuendo suntuoso de diosa semidesnuda, con sus ojos grandes y fijos, flores sombrías pero ardientes, Hedonia parecía una nueva mujer. Un fluido tan poderoso surgía de su mirada y su mano tibia hacia el cuerpo del tribuno, que éste cayó de hinojos ante ella como derribado por un licor excesivamente fuerte.

—Hace tiempo que te aguardaba, Ombricio Rufo... desde el día de la rosa... ¿te acuerdas? ¿Por qué llegas tan tarde?

—Tal vez me inspirabas miedo... pero ahora... mi mirada te mide y te envuelve por primera vez.

Con sus manos él asió los brazos desnudos de la patricia y trató de apoderarse de su nuca para atraer su boca a la suya. Ella le detuvo, imperiosa.

—¿Qué intentas hacer? Todavía no tienes el derecho de rozar los labios de Ariadna... —y súbitamente grave—: Recuerda que te hallas en el templo de Hécate. Es preciso que antes te lo permita mi diosa... ¡y yo también!

Ombricio quiso incorporarse, pero colocándole una mano sobre el hombro, ella le obligó a continuar de rodillas.

—Respira un poco esta rosa para calmarte —le dijo—. Vamos, déjate llevar, muchacho.

Al mismo tiempo, Hedonia puso bajo el olfato del joven una rosa de gran tamaño, sujeta en su pecho al borde de la nébrida, y le obligó a aspirarla largamente. Al contacto de la flor que exhalaba la frescura tibia de la carne con su perfume delicioso, Ombricio sintióse casi desfallecer y cerró los ojos.

—Te han hecho sufrir allí abajo... en el templo de Isis... —continuó la patricia—, ¿verdad? Ah, yo adivino muchas cosas.

—Sí —asintió Ombricio con tono conciso y seco.

Hedonia pidió con mirada ávida y boca provocativa:

—¡Cuéntamelo todo!

—No puedo ahora —rehusó el tribuno—. Hoy... necesito olvidar.

Al mismo tiempo desvió su mirada de aquellos ojos escrutadores y rayos devoradores. Una vez más intentó incorporarse, pero con un salto

de pantera Hedonia asió la cabeza del joven entre sus manos y le miró fijamente al fondo de los ojos.

—¿Eres tú el que yo espero? —exclamó—. ¿Eres tú el que yo deseo? ¿El que yo quiero? ¡Responde!

—¿Quién si no? —preguntó Ombricio, amedrentado.

—Pronto lo sabrás.

—Y tú... ¿quién eres, ya que no te conozco?

Ombricio se acomodó en un asiento de bronce y Hedonia, que había recobrado su apostura tranquila y altanera sobre el lecho de Ariadna, empezó su relato.

—Salí, como Afrodita, de un océano en el que se agitan los monstruos. Fui preservada de sus bocas y tentáculos por una concha de nácar. Y siempre, como la espuma de los mares, los placeres y las fiestas han burbujeado a mi alrededor. En mi infancia vi a Nerón que contemplaba cómo los leones devoraban a las vírgenes, el que incendió Roma e inventó nuevos suplicios. Sí, yo vi a ese terrible loco en medio de sus criaturas, de sus cortesanos, de sus histriones, él mismo histrión que tomó el mundo por un juguete, vi a ese monstruo dominado como un perro encadenado por una sonrisa ambigua de la rubia y lasciva Popea. Después, vi al avaro y sórdido Galba, digno a lo sumo de recolectar impuestos, abatido, tal como se merecía, por sus mismas legiones. Vi al débil Otón suicidarse tras perder una batalla y al glotón y estúpido de Vitelio proferir grandes insultos, teniendo las manos atadas y la punta de una espada contra su mentón. Yo me casé con el procónsul Carnuto. Cuando ese hombre digno falleció, ese hombre al que amaba... —Hedonia sonrió de manera tan insinuante y pérfida que Ombricio se preguntó si ella no habría envenenado al acaudalado anciano como se murmuraba en Roma—, me encontré sola en el mundo, joven todavía, con las armas femeninas que posee toda mujer, que el vulgo y la élite sufren sin envidiarlas porque todos gozan de ellas y sus vidas con las mismas se animan. Pero a mi alrededor, en esa turba de esclavos, de caballeros temerosos, de senadores aplanados, busqué un hombre digno de tal nombre. Creí haberlo hallado en la persona de Cecina. ¡El miserable...! No es más que un ingrato y un cobarde. Un día se arrepentirá...

Hedonia abatió las comisuras de sus labios felinos, que adoptaron la

figura de un arco tendido para disparar una flecha. Pero abandonando al instante esa expresión amarga, sus labios se curvaron en una línea de languidez y deseo.

—Me hice amiga de Tito y de su esposa... Después de la traición de Cecina concebí... entreví... el que me estaba predestinado. Lo habría querido hermoso como Adonis, impetuoso como Aquiles, fuerte como Bruto... ¡un César virgen! para asociarlo a mi poderío. Oh, con él, pensaba, tendré fuerzas para conquistar un mundo, para someter un imperio. Seré invencible como la Amazona armada con su jabalina. Lo busqué en vano... mas al fin lo vi desde lo alto de mi litera, en el foro de Pompeya, el día en que te encontré.

—¿Yo? —se asombró Ombricio—. Y ahora, ¿qué quieres hacer de mí?

—Algo grande, claro está. Lo sabrás más tarde... Por el momento, confía en mí.

Tras pronunciar estas palabras Hedonia golpeó un batintín fijo a un trípode. Los dos sirvientes que Ombricio viera en el bosquecillo entraron por una puerta disimulada por las anfractuosidades de la gruta, y la envolvieron con un manto gris. Ariadna parecía una severa vestal.

—Sígueme —le ordenó al tribuno.

Atravesaron la parte tenebrosa de la gruta y llegaron a la terraza que dominaba a Baia con sus luces y el golfo de Nápoles. La cumbre del Vesubio reflejaba en el mar sus fuegos rojos, como un penacho encendido.

—¿Ves ese golfo? —preguntó Hedonia—. Es el espejo de mi potencia. Soy su reina y en él pruebo mis fuerzas, de él las extraigo también, pero mi poder se extiende mucho más lejos. ¿Quieres compartirlo conmigo?

—¿Compartirlo... con los príncipes efímeros de tu mansión, con esos juguetes de tu capricho, esos seres débiles que he visto arrastrarse a tus pies?

—No, tú eres el único, el Elegido. Mañana, si quieres, ellos no serán nada y tú lo serás todo.

Ante esta promesa embriagadora, Ombricio asió suavemente el brazo de la joven, que parecía ser intangible bajo su atuendo de sacerdotisa y murmuró:

—¡Sé, pues, Ariadna para mí!

Ella no se apartó del brazo nervioso que ya la rodeaba y continuó con la misma dulzura insinuante.

—Sí, pero con una condición: que cumplas con el juramento de Hécate.

—Me habían dicho que Hedonia Metella no creía en los dioses.

—Es cierto, sólo son fantasmas con los que hacer que obedezcan los hombres.

—Y, no obstante, sirves a una divinidad.

—Sí, a una sola... y sin ella no podría vivir puesto que es por ella que tengo el secreto de mi poder. A decir verdad, no sé si soy yo quien la ha creado y si ella es quien me ha hecho lo que soy. Pero existe en la sombra... a mi alrededor... ¡Me acosa! y a la vez me obedece y me ordena. Ella y yo formamos un solo ser. Te enseñaré su imagen.

Preso, a su pesar, de un temor inexplicable, Ombricio vaciló. Pero Hedonia le cogió con fuerza de la mano y lo condujo de nuevo a la gran gruta donde había una antorcha flamígera al pie de una estatua erigida en un nicho. Alumbrada por la luminosidad móvil de una antorcha, la gruta de estalactitas parecía la cámara de un palacio infernal donde las llamas llovían de la bóveda y serpenteaban a lo largo de los muros. Pero Ombricio sólo divisó la majestuosa estatua, y se quedó mudo ante su terrible belleza. Con su manto de mármol negro reluciente, la cara blanca como la cera, los ojos rojizos, esta estatua se parecía a Hedonia Metella, aunque una Hedonia más reducida, más delgada, de una palidez siniestra y una espantosa expresión. Sujetaba en la mano derecha una especie de espada sangrienta colocada verticalmente contra el suelo, y en la otra sostenía una pequeña Victoria alada. Su aspecto dejó helado a Ombricio. Su voluntad se retiró al fondo de sí mismo, sin saber si la misma quedaría allí bloqueada o resurgiría mediante una súbita expansión. Lenta, solemnemente, Hedonia desenrolló el velo oscuro que la envolvía de pies a cabeza y con el mismo revistió a Hécate; después, colocó sobre la cabeza de la diosa la diadema en forma de media luna que adornaba la suya y se arrodilló delante de la estatua.

—Hécate —murmuró—, diosa única, yo te dedico estas ofrendas. Soberana todopoderosa, tú mi otro yo, firme y vengativa, te prometo dedicarme a este hombre si él se dedica a ti por la obra común... ¡si cumple el juramento!

Cogió un poco de agua de la fuente, que burbujeaba, muy caliente, en una pileta de mármol, y roció a Ombricio, pronunciando:

—Seas consagrado para nuestra obra.

Cuando se levantó se mostró magníficamente bella con su túnica rosa y transparente de Ariadna, los ojos irradiando su triunfo. Luego, con suma delicadeza, sacó de su nébrida un puñal que descansaba entre sus senos y lo presentó a Ombricio tras rozarlo con los labios.

—Jura por Hécate —pronunció ella con un timbre de voz profundo, casi varonil—, jura ser para mí, para la vida, para la muerte. Jura sobre esta arma consagrada ser en la acción como esta hoja fría en mi mano de fuego... y te haré fuerte entre los fuertes y grande entre los grandes. Jura obedecerme... ¿como yo obedezco a Hécate!

—¿Y tú serás mía?

—Ahora mismo y para siempre.

Ombricio absorbía el fluido embriagador de estas palabras con el aliento de aquella hermosa boca. Veía, bajo la gasa sonrosada, los hombros ambarinos de la reina de las Bacantes salir de su nébrida tachonado de piel de leopardo. Sentía los rayos de aquellos ojos fijos penetrar en su cerebro, como la hoja afilada del puñal que Hedonia le ofrecía en su palma extendida... y tembló... porque presentía que iba a jurar a pesar suyo. Ella le acechaba, dueña de sí y segura de su victoria, aproximándosele más cada vez. De repente, puso su mano sobre el brazo del tribuno y le dijo, con el pliegue oblicuo de sus labios:

—Jura ante todo no volver a ver al sacerdote ni a la sacerdotisa de Isis.

—¿Alciona? —suspiró Ombricio volviendo en sí, como emergiendo del fondo del océano a la luz de las estrellas.

—Sí —continuó Hedonia, acercando la hoja de acero a los labios del joven—, ella es mi enemiga. ¡Es preciso elegir entre Alciona y yo!

A ese nombre suave, pronunciado con acento de odio, Ombricio revivió como un relámpago y divisó fugazmente a la profetisa en éxtasis y las rutas luminosas que el verbo de Hermes le abría hacia el infinito. Volvióse hacia Hedonia. El semblante y la mirada de la patricia semejaban los de Hécate.

—¡Esto... jamás! —exclamó el joven tribuno.

—Entonces... ¡adiós! Eres tan cobarde como los otros... —casi

silbó ella por entre los dientes. Luego añadió con tono altanero—: ¡Pero ay de ti, Ombricio Rufo, sectario de Isis y enemigo del Imperio! ¡Y ay de tu maestro y de tu sacerdotisa!

Ante esta amenaza agravada con un insulto, el tribuno sintió refluir la sangre de su corazón a su cerebro en una oleada de cólera y deseo desencadenada.

—¿Por qué atraerme aquí si nada quieres de mí? Me has irritado como los gladiadores irritan a los leones en la arena. ¡Tiembra a tu vez! Hedonia Metella, te has burlado de un caballero romano, pero sabré dar buena razón de ti. Y debes saber que yo no soy tu esclavo... sino tu amo.

Mientras así hablaba, Ombricio desgarró violentamente la gasa sonrosada que envolvía a Ariadna. Asustada por primera vez en su vida, la patricia huyó hacia el fondo de la gruta. Allí dio media vuelta y, con un gesto de defensa contra el tribuno que intentaba asirla, le clavó con fuerza en el brazo el puñal que aún empuñaba. Pero Ombricio se lo arrancó retorciéndole la muñeca. Durante la lucha, él le produjo, sin querer, una leve herida en el cuello, por encima de la nébrida. Hedonia exhaló un grito y se dejó caer sobre su lecho, la cabeza apoyada contra el espaldar. Tenía los ojos como trastornados. Las soberbias pupilas habían remontado bajo los párpados y los inmensos ojos sólo mostraban su blanco nacarado. Amedrentado, Ombricio la creyó muerta, por lo que se inclinó sobre el cuerpo de su víctima y, con un movimiento involuntario, posó sus labios sobre el cuello ambarino del que brotaba una sola gota de sangre. Ansiosamente, sus labios la recogieron. Hedonia lanzó un profundo suspiro. Ombricio se apartó. Acto seguido, ella se incorporó lentamente. Sus grandes ojos parecían nadar bajo un velo húmedo. Se hallaba casi enternecida y murmuró misteriosamente:

—Has bebido mi sangre... Ahora me perteneces... sin retorno.

El tribuno quedóse como fulminado ante estas palabras dominantes, por las que la maga volvía a posesionarse de su rebelde presa. Ombricio sintió resonar hasta el fondo de su médula ese grito de una mujer herida que hería a su vez... y con mayor sutileza. Su corazón feroz y desarreado comprendió el triunfo de la vencida que estaba triunfando sobre su vencedor.

—¿Qué quieres decir? —inquirió con la garganta agarrotada.

Ella se levantó y continuó:

—Niño soberbio, atleta insensato, ¿acaso no lo comprendes? ¿Acaso ignoras lo que acaba de suceder? ¡Ah, no has querido prestar el juramento! Ya no te lo exijo. Porque has cumplido con el rito de Hécate, de forma más segura e irrevocable que con palabras, al mojar tus labios con la sangre de la herida que me has causado. Aunque no lo quieras ahora me amas... a tu pesar.

Hizo una pausa y prosiguió con un tono más profundo:

—Y yo también te amo, a ti que quisiste matarme... en el furor de tu deseo... tú eres el único que lo ha intentado... —y cogiéndole del brazo, que apretó con fuerza, añadió—: Vamos, confiesa que me tienes... y que me amas.

Ante tan extraño amor, mezcla de voluptuosidad y odio, de promesas y amenazas, el tribuno, dividido entre el deseo y el temor, sintió rebelarse su orgullo. Se recobró con entereza, como el centurión se recobra ante su cohorte antes de lanzarse en cabeza contra el enemigo, y exclamó con voz acerada:

—¡No! ¡Yo soy un hombre libre!

Hedonia le soltó el brazo con una carcajada amarga, casi salvaje.

—¿Libre? ¡Felicítate con estar vivo! Has de saber que habría podido hacer que te mataran por quienes me custodian con una sola palabra de mi boca. Todavía podría hacerlo... pero me apiado de ti. ¿Libre? Pues bien, sí sé libre. Pero has de saber que el espectro de Hedonia jamás abandonará tus ojos, tu corazón y tu ser. Si fueses César, su fantasma vendría a murmurarte al oído: «Yo corro por tus venas, yo marchó delante de ti». Cuando abracés a la sacerdotisa, yo beberé tu aliento, porque yo vivo en tus pensamientos, yo reino sobre tu alma. Ve a ver a Memnonés, y a tu Alciona, pero yo he leído en tu mirada que volverás... ¡volverás! ¡Y ahora márchate, vete ya!

Aterrado, Ombricio salió de allí rápidamente. Llegó a la terraza y descendió a la avenida en tinieblas sin ver nada a su alrededor. Después, aspiró largamente el áspero aroma de los alcornoques en el frescor de la noche. Las sirvientas veladas le abrieron la puerta del bosquecillo. Ombricio cruzó el jardín desierto y halló, en la caleta, una barca amarada en la que dormía un barquero que se despertó. La embarcación se

deslizó en silencio sobre el agua. La luna, en su último cuarto, se deslizaba asimismo por entre una masa de nubes negras sobre un mar negro todavía. Cuando llegaron al centro del golfo, Ombricio se puso de pie y quiso repetir en voz alta, ante el cielo amenazador cubierto de nubes como demonios desenfrenados y serpientes monstruosas, la última frase que le había dicho a Hedonia: «¡Yo soy un hombre libre!» ¿Mas por qué las palabras se negaban a salir de su garganta? Volvió a sentarse muy abatido. En su cabeza, en su corazón, en sus miembros circulaba, como un veneno sutil, un vapor ligero que le oprimía.

¿Era el sople imperioso y deletéreo de Hedonia?

¿Ah, cuán débil era el resto de su libertad! Ahora era preciso que se entregase para siempre a uno o a otro bando. Tenía que elegir entre el juramento de Isis y el juramento de Hécate.

¿Acaso era ya un prisionero de esta terrible diosa?

Capítulo XIV

EL BESO DE ANTEROS

Después de su entrevista con Ombricio en el xilos de Helvidia, Alciona se encerró con la vieja nubia en la curia isíaca. El audaz gesto del tribuno había trastornado sus sentidos vírgenes y transportado su alma desde las alturas en las que planeaba a una región turbada y tenebrosa. Entonces, se replegó en un mutismo absoluto. De día meditaba sobre su porvenir ignoto y terrible, ya que no podía separarlo de Ombricio. Por la noche la acosaban unos sueños espantosos. Tan pronto la provocaban rondas de faunos y bacantes, tan pronto veía a una soberbia mujer, con una diadema de emperatriz, que la contemplaba con ojillos de ave de presa. Cuando esta mujer extendía los brazos desplegaba unas alas membranosas, como un inmenso murciélago, y amenazaba con estrangular a su víctima. Y todas las noches Alciona soñaba con Ombricio. Le veía, no ya en laticlavia sino bajo la armadura del tribuno militar, y la mujer-arpía se lo llevaba en una nube ensangrentada. Más abajo de ellos, una tropa de centauros y amazonas galopaba con saltos salvajes, tocando clarines de guerra. Después de estas pesadillas se despertaba pálida, sudorosa, medio muerta de miedo. Memnonés, previendo un mal grave, trataba de calmarla. A sus preguntas, empero, ella enmudecía. El sacerdote la condujo al templo y la adormeció a su pesar. En el momento de pasar a la segunda fase del sueño hipnótico, la joven gritó:

—¡No quiero ver! ¡No quiero saber! ¡El círculo negro, la esfera de los monstruos y de las tempestades me envuelve! ¡Despiértame!

—Sube, sube más alto —le ordenó Memnonés—, sube hasta la puerta de la luz.

—Oh, no puedo...

Y Alciona cayó en un letargo. Al comprender que no tenía ningún poder sobre ella, el hierofante resolvió abandonar la profetisa a sí misma y observarla. Cuando se despertó pidió con dulzura poder pasar ocho días con Helvidia en el jardín de Isis donde había una estancia rústica cerca del templo de Perséfone. Memnonés accedió a ello creyendo que el reposo en la campiña podría curar a su hija adoptiva y que el alejamiento impediría todo contacto entre ella y el tribuno hasta el día del juramento de Isis.

Cuando llegó el día señalado, Memnonés y Helvidio aguardaron en vano a Ombricio en el templo. Fue a mediodía cuando sólo el sacerdote vio llegar al tribuno. Éste tenía la mirada extraviada, las facciones contraídas, el rostro lívido, los movimientos febriles. Todo en él presagiaba el más violento de los combates interiores.

—No puedo prestar el juramento de Isis —murmuró entrecortadamente—, sin volver a ver a la profetisa. He de oír de sus labios que aún me ama... que me amará pese a todo...

El hierofante miró fijamente a su discípulo y experimentó una profunda compasión por el tormento que lo agitaba. Calculó la situación de una simple ojeada y replicó tras un instante de silencio:

—Tú sufres, pobre amigo mío, lo veo y lo adivino todo. Has llegado a un punto en el que has de escoger entre el camino de las tinieblas y el de la luz. Las tinieblas te fascinan, te invaden, casi se han apoderado de ti... Todavía estamos a tiempo de arrancarte de ellas... mañana sería tarde. Voy a mostrarte la luz... y tú elegirás. ¡Ven! Vamos a ver a Alciona.

La mirada inquieta de Ombricio dejó ver un relámpago de júbilo febril. Sin añadir nada más, el sacerdote y el tribuno atravesaron la ciudad y la campiña de Pompeya, para ir al jardín de Isis. Un liberto de Helvidio les franqueó el paso y ellos dieron unos pasos por el jardín salvaje donde las hierbas y los árboles crecían libremente en torno a las ruinas del templo de Ceres. Ombricio divisó a lo lejos la fuente de los lotos donde la sacerdotisa le había prometido su amor desafiando a Memnonés. La fuente parecía abandonada e invadida por la vegetación. Llegaron a un sendero bordeado de cipreses que ascendía hacia la capilla de Perséfone. Cuatro cariátides formaban su fachada y sostenían su

cornisa. Unos copudos sicomoros protegían el templo abandonado. Las hojas de las ramas colgantes agitadas por el viento crujían contra el negruzco frontón.

—Aquí es donde ella pasa los días con la mujer de Helvidio —explicó Memnonés—. Sufre mucho desde hace ocho días; tal vez duerma en este momento. Debemos entrar con precaución y, por favor, no le hables si se halla en estado profético.

Penetraron en la capilla por la puerta abierta. El interior estaba tan oscuro que en el primer instante el tribuno sólo percibió espesas tinieblas. Poco a poco fue delineando la arquitectura del lugar. Sin columnas. Unas paredes desnudas con unos nichos vacíos y, en los intervalos, candelabros sin luz. En el fondo de la celda, sobre un pedestal cuadrado, una imagen de Perséfone de pie, a doble color. La cabeza y los brazos de mármol blanco surgían de un peplo de mármol negro. Una corona de amapolas adornaba sus cabellos. En la mano derecha, la diosa empuñaba su cetro de reina de los muertos y, en la izquierda, una lámpara encendida cuya suave luz destacaba sus rasgos graves y ahuyentaba las sombras como una estrella de nimbo vaporoso.

«¡Qué contraste, pensó el tribuno, entre la nobleza de esta estatua y la belleza siniestra de Hécate en el santuario de Hedonia Metella!»

De repente, Ombricio experimentó en su más íntimo yo una conmoción inexplicable. Fue como una explosión de deseo, de dolor y de miedo. Sobre el pedestal de la estatua de Perséfone acababa de divisar a Alciona dormida, dulcemente acostada en la más graciosa de las posturas, la cabeza apoyada sobre un cojín de bisos. A la izquierda de la sacerdotisa, el fuego ardía en un brasero sobre un trípode de bronce. Unas esencias aromáticas humeaban en el recipiente y expandían sus castos perfumes, muy penetrantes, cuya acuidad parecía querer separar el alma del cuerpo. A la derecha de la profetisa estaba sentada Helvidia sobre un banco de bronce, con una tiorba en las manos. Alciona estaba pálida transparente como el albatros bajo la luz de la lámpara que, filtrándose por entre la penumbra, arropaba sus cabellos rojizos medio desanudados con una vaga aureola. En su semblante erraba la expresión de una dicha suave y perfecta. El tribuno tuvo el presentimiento de que aquella dicha no procedía de él. Era como si el sueño mágico pusiera un abismo entre él y la profetisa. Y pretendió franquearlo.

—¿Puedo hablarle? —inquirió Ombricio.

—Inténtalo —le concedió Memnonés.

El tribuno se acercó a la durmiente. Pero apenas hubo tocado la mano tibia de Alciona, ésta lanzó un grito y dio un salto, refugiándose entre los brazos de Helvidia que acudió a sostenerla.

—Oh —exclamó la joven—, él, él no ahora... Me hace daño... ¡Mata! Que me deje dormir...

Tenía los ojos cerrados durante estas palabras. Se retorció entre los brazos de Helvidia con una expresión de angustia.

—Ya lo ves —le murmuró Memnonés al tribuno—. No puedes forzar su voluntad. Dejémosla en la alta esfera donde por el momento se halla y desde donde quizá te comunicará un mensaje. Cumplamos los ritos que la ayudarán a subir hasta la cima del éxtasis.

Memnonés tocó con un dedo la frente de la profetisa para devolverla al profundo sueño. Ella cayó de nuevo sobre los almohadones y adoptó la misma postura anterior. Entonces, el sacerdote arrojó estoraque al brasero, del que surgieron remolinos de humo que invadieron la capilla. Acto seguido, el hierofante pronunció con voz tonante la plegaria y la invocación:

—¡Espíritu soberano que reinas en los mundos por el Alma de la Naturaleza y formas un todo con ella, Osiris-Isis, te invocamos para que el puro Genio, que planea sobre esta virgen, se manifieste en ella y hable por su boca como él me habló antaño, a fin de que diga la verdad a este hombre y le muestre un rayo de tu luz, el rayo que salva y purifica!

Mientras Memnonés invocaba, Helvidia de pie junto a la tiorba, tañía sus cuerdas esforzadamente. Daban un sonido varonil y grave, con los acentos del himno dorio al Sol, Parecía como si las ondas sonoras ejerciesen una acción plástica sobre las nubes de incienso que giraban en espiral en torno a la profetisa. Unas vívidas luces, unas ligeras centellas las surcaban de cuando en cuando. Una brillante estrella apareció un instante, muy elevada, bajo la bóveda. En el mismo momento Alciona se irguió sobre los almohadones y murmuró, extendiendo los brazos y muy alta la cabeza:

—Ha llegado el día de los esponsales... ¡Ven... oh, ven, mi Anteros!

—¿Qué significa esto? —preguntó Ombricio, angustiado.

—No temas nada —le sosegó Memnonés—, está viviendo su otra vida. Sólo los dioses tienen poder sobre ella. Aguardemos.

Pero también el hierofante empezaba a inquietarse, pues jamás la venida de un Genio había adoptado esta forma. Una espesa nube de incienso flotaba alrededor de Alciona. Una ráfaga de viento, entrando por la abierta puerta de la capilla, apagó la lámpara y pasó como un soplo rápido sobre la tiorba, que exhaló un gemido de fluidez eólica. En aquel instante Helvidia gritó y los dos hombres quedaron como clavados en el sitio. Alciona había vuelto a acostarse con los ojos cerrados, los labios entreabiertos. Una forma luminosa, arrodillada, estaba inclinada hacia ella. Era como un joven pastor de elevada estatura, hermoso como Apolo y brillante como Eros. Los rizos de su cabellera relucían como oro vivo. La piel de oveja, cruzada por el pecho, fulguraba como una armadura de plata. Memnonés reconoció a Horus. Únicamente se distinguían sus ojos, ya que estaba inclinado sobre la profetisa. Su rostro iluminaba el de ella con una blancura centelleante. Aproximó sus labios a los de Alciona e imprimió un beso nupcial, durante el cual viose resplandecer a las dos figuras como inundadas por un mismo aporte de luminosidad incandescente. Luego, todo palideció súbitamente. El sacerdote y el tribuno quedaron unos segundos sumidos de nuevo en las tinieblas. A continuación creyeron percibir a media altura de la bóveda un busto humano a través del humo. Era el de Horus-Anteros. Se divisaban con suma claridad sus grandes ojos, los ojos brillantes y apasionados de Eros, cuyos rayos seguían vibrando en Alciona. Con la mano parecía cortar, entre las oleadas del incienso, unas rosas blancas que dejaba caer sobre su amada adormecida.

Ombriicio había seguido la aparición en medio de un vivo estupor que le impedía toda reflexión, todo reencuentro consigo mismo, como sucede en el estado del sueño. Ahora recobró su conciencia de hombre ya en vigilia y, sin darse plena cuenta de lo que acababa de presenciar, sólo experimentaba una furiosa decepción y una rabia concentrada. Sin saber apenas lo que decía exclamó:

—Me burlo de vuestros espíritus, no creo en ellos, sólo deseo saber si Alciona me ama todavía. ¡Y pese a todos vosotros lo sabré!

Así diciendo, intentó arrojarle sobre la joven. Memnonés trató de contenerle, puesto que el choque podía ser mortal para ella.

El tribuno se desasí del sacerdote violentamente para echarse sobre su presa. Pero se detuvo bajo el impacto de un dolor insoportable en sus ojos y en todo su cuerpo. Detrás de la durmiente, ante el trípode humeante, había visto al mismo personaje que, unos segundos antes, se había inclinado hacia la profetisa. Pero ahora estaba de pie y sus ojos terribles llameaban, en tanto sostenía con una mano una antorcha encendida. Su luz cegadora penetró en las pupilas de Ombricio. Al mismo tiempo, tuvo la sensación de una cuchillada en el cerebro. El fenómeno, que tuvo la fuerza de un rayo, duró sólo unos segundos pero el tribuno quedó como paralizado en todos sus miembros. Como un tigre aferrado a los barrotes de su jaula bajo el látigo del domador, Ombricio temblaba y de su boca salía una espuma de furor. Sin embargo, nadie veía nada insólito en la capilla de Perséfone. Alciona continuaba durmiendo. Helvidia, de rodillas a su lado, se calentaba las manos heladas entre las suyas. Por la puerta abierta del santuario se divisaba el sol desapareciendo detrás de un grupo de cipreses. Pero la visión fulgurante había sido una respuesta demasiado inmediata al gesto sacrílego para no ser el efecto invisible del poder contra el que se enfrentaba. El tribuno sentía, en esta parte secreta del alma donde se forman las convicciones irrefrenables, que después del beso de Anteros, él, Ombricio, no ejercía el menor poder sobre Alciona. Su cólera aumentaba con su impotencia. El inapresable enemigo que le arrancaba su presa le exasperaba más que si hubiese sido un adversario vivo, un amante de carne y huesos, al que hubiese podido golpear o traspasar con la espada. Pero su orgullo, más fuerte en él que todos los demás sentimientos, no le permitía admitir la realidad de ese poder formidable, que le rebajaba y humillaba. Así, por una brusca revulsión de todo su ser, negaba en su interior la realidad de lo que acababa de ver, atribuyéndolo a un artificio del sacerdote o al poder de ilusionar a sus discípulos por la fuerza de voluntad. Todo el imperio que Memnonés había erigido en él se derrumbó de pronto. Todas las enseñanzas que Ombricio había aceptado provisionalmente fueron barridas en un segundo, y en el corazón del discípulo tan sólo quedó la amargura de un resentimiento que se mostró mediante la ironía y la blasfemia.

—¡Maldito mago! —exclamó—, impostor, me has engañado... Esta virgen me estaba destinada. Se prometió a mí. Y tú me la has robado

con el veneno de tus artes malsanas y has creído convertirme en un esclavo con una visión de fantasmas. ¡Pero hoy te desprecio, así como a tu doctrina, a tus espíritus, a tus palabras y a tu profetisa!

Memnonés escuchaba esos improperios cruzado de brazos, como absorto en sí mismo.

—Yo no te he atraído, hijo —respondió con tristeza—. Tú fuiste quien buscó el camino de luz y quien hoy elige el camino de las tinieblas. Loco de orgullo y ambición, tu falta sería pequeña si no hicieses más que abandonar a una virgen enamorada y renegar de un maestro. Esto carece de importancia. Tu falta, tu crimen irremisible, es el de envenenar a tu alma en su origen. Tu mayor castigo no será el que verán los hombres, sino perder el sentido de la verdad. Has matado los ojos de tu espíritu al arrojar de tu corazón la última gota de ternura. Tus feroces apetitos te han vuelto hipócrita. De mí querías sólo las enseñanzas para dominar a los demás y a mí mismo. Y ahora serás castigado por las tinieblas que te rodearán en medio del lujo y las grandezas. Corazón endurecido, sólo puedes avanzar en el mal. Te abandono a tu suerte ya inevitable. Sigue tu camino. En tu hora postrera quizá te acuerdes de mí. Y respecto a la profetisa, ya no tienes ningún poder sobre ella.

—¿Eso crees? —exclamó Ombricio con tono amargo y frío—. Tal vez. Pero cuando César conozca un día vuestras maniobras... ¡temblad! En cuanto a mí, sólo creo en la voluntad que anida en mi cráneo, en mis venas, y en la espada que empuño con la mano. Con ellos y sólo por ellos sabré conquistar mi verdad y mi poder. ¡Adiós!

Había sacado su corta espada que desde la noche de Baía llevaba constantemente en el cinto de su túnica, su espada de tribuno, y blandiéndola como retando a sus enemigos invisibles, salió del jardín de Isis.

Memnonés siguió con mirada dolorida la marcha del discípulo, que rechazaba para siempre jamás el abrazo amistoso del maestro para seguir su destino fatal. ¡Cuántas cosas terribles habían ocurrido en una hora trágica! Sí, un rayo había traspasado el velo; lo Invisible había sido visible, cumpliendo el deseo del iniciado, coronando su ciencia. Un espíritu inmortal acababa de intervenir en los destinos humanos para

cambiarlos de rumbo, pero si su claridad fulgurante había protegido a la profetisa y ahuyentado al profanador, el hierofante quedaba mutilado como un árbol derribado por el rayo. Perdía a la vez a su discípulo y a su hija. Alciona amaba a Ombricio en este mundo y a Anteros en el otro. Lo mejor de su alma pertenecía al Genio, y éste la poseía... ¡la poseía en lo Eterno! Si el tribuno estaba abocado inevitablemente a una catástrofe, al menos tenía, para aturdirse, la embriaguez de las pasiones. Pero él, Memnonés, el vidente, el sufridor, estaba solo, frente al cielo, donde se pierden las rutas divergentes de las almas, llevando en su corazón el tormento de lo Infinito.

La profetisa se despertó, se incorporó, muy pálida, muy grave, replegada en sí misma y como iluminada interiormente.

—¿No sufres, hija mía? —la interrogó Memnonés.

—No —replicó ella, rozando su pecho con las palmas de sus manos muy abiertas—, mi corazón está satisfecho y he recibido una coraza de diamante.

—¿Sabes que Ombricio ha partido?

—Sí, se lo lleva un huracán.

—Tienes que olvidarle.

—No —negó Alciona con una sosegada dulzura que no admitía la réplica—, es preciso salvarle.

Memnonés comprobó entonces la persistencia de los dos amores de Alciona, el terrestre y el divino, indesenraizables ambos, ocupando cada cual una fase distinta del alma y transportándose a otra esfera vital. Sin embargo, entre las dos regiones se había establecido cierta relación; se había efectuado un progreso en su videncia. Antes, ella no conservaba ningún recuerdo de los acontecimientos de sus sueños una vez se despertaba. Ahora, parecía acordarse de todo, si bien se negaba a hablar de ello.

Alciona, Helvidia y Memnonés salieron de la capilla de Perséfone y se detuvieron bajo el peristilo. Había llegado el crepúsculo. Los montes lejanos se elevaban como altares iluminados en torno al pálido golfo. Unos astros se estremecían en el firmamento, como flores luminosas en la bóveda celeste. La profetisa las contemplaba y, abandonando las manos de sus amigos, esbozó un gesto de saludo a las estrellas.

—¿Qué te dicen los astros? —quiso saber Memnonés.

—Es como si todas las estrellas estuviesen en mí —respondió Alcióna, volviendo a colocar las manos sobre su corazón—. Entre mí y el mundo ya no hay barreras... ¡Soy libre... libre!

Entonces, Helvidio cogió una corona de laurel suspendida de una de las cariátides del peristilo y la colocó sobre la cabeza de la profetisa. A continuación, descendieron los peldaños del templo y atravesaron el jardín sin pronunciar palabra. Una lágrima silenciosa rodó por las mejillas de Memnonés. Dulce y resuelta, la sacerdotisa coronada parecía una víctima yendo hacia el sacrificio.

LIBRO TERCERO

TINIEBLAS

El Amor y el Odio, todo es magia.
PLOTINO

Capítulo XV

EN EL TEPIDARIO

Una tibia mañana de otoño inundaba con su cálida luminosidad las plazas pavimentadas con lava, las calles de mosaico y las innumerables columnatas de Pompeya. La luz se hundía en los jardines escondidos en el interior de las casas como en costosos cálices y diseñaba a pleno sol los cuadros de verdor diseminados por las terrazas. Hacía brillar como hilos de plata los riachuelos que flúan por las rodadas de las calles, empedradas con guijarros blancos y grises. Al fondo de los atrios las mujeres indolentes se ataviaban con la ayuda de las ajetreadas esclavas; los niños jugaban con los perros; los patronos, sosteniendo sus tablillas, conversaban con sus clientes. Los libertos circulaban por la ciudad yendo de compras o por negocios. En los templos, los sacerdotes murmuraban sus plegarias o preparaban los sacrificios. La ciudad despertaba como todos los días a su vida de indolencia y placer. Para el águila de los Apeninos, pasando sobre Pompeya a la altura del Vesubio, la exquisita ciudad, situada a orillas del golfo, semejava una concha o una rama de coral arrojada sobre una corona de encina. Pero el viandante, que contemplaba esa águila planeando en el azul, sólo la percibía a través del leve nimbo rosado extendido entre la tierra y el cielo.

La puerta de la mansión de Hedonia Metella estaba totalmente abierta. El portero, un gigante bronceado, con un turbante azul en la cabeza, contemplaba a los transeúntes con desdén. Tal vez soñaba en la vida libre del desierto, en el galope de los caballos sobre la tierra polvorienta cuando aparece el oasis en el horizonte. De repente se presentó a su vista un joven en laticlavia, de mirada febril y facciones contraídas.

—¿Está en la casa la ilustre patricia Hedonia Metella? Es preciso que hable con ella al instante.

—Sí está, mas no recibe a nadie.

—Es absolutamente preciso que la vea; me recibirá cuando sepa mi nombre.

—Aunque fueses César en persona no entrarías. Por las mañanas mi ama es invisible.

El joven obstinado, de rasgos enérgicos, mirada violenta, pretendió pasar, no obstante, baja la cabeza. El africano le retuvo por el brazo y estuvo a punto de quebrarle la muñeca. Iba a librarse una pelea cuando salió del vestíbulo el nomenclator de rostro severo, a paso de liebre.

—Conozco a ese joven —dijo—. Es un caballero romano.

—¿Qué importa eso? —se irritó el portero—. Yo tengo mis órdenes.

—Bien, al menos le diré su nombre a nuestra ama.

El nomenclator entregó una tablilla de marfil y un cabo de minio rojo al visitante, el cual trazó unas palabras en aquélla. Unos instantes más tarde, regresó el nomenclator y manifestó:

—Tengo orden de conducir el tribuno al tepidario.

—Que pase, pues —gruñó el nómida, enojado.

Precedido por su guía, el joven atravesó una serie de peristilos y galerías. Al final de una el nomenclator abrió una puerta y cedió el paso al visitante, volviendo a cerrar la puerta a sus espaldas. Después de cruzar un oscuro corredor, el joven penetró en una sala abovedada llena de un vapor tibio. Los muros estaban desnudos. A lo largo del friso que representaba el follaje entretrejido, unos Amores de terracota coloreado retozaban como un grupo de niños vivientes. En lo alto, unos ventanales de espeso cristal tamizaban un día azulíneo. En el centro de la estancia, ardía un brasero en una cubeta de cobre. Al fondo, Hedonia se hallaba sentada con una clámide violeta con franjas de oro. Acababa de salir del baño. Una esclava le trenzaba sus opulentos cabellos y reconstruía el complicado edificio de su peinado. El tribuno, intimidado, confuso, se quedó de pie a distancia.

—¡El tribuno primipilario! —exclamó Hedonia Metella con una leve nota de ironía que, no obstante, parecía una caricia.

En tanto hablaba, Hedonia abrochó tranquilamente a su hombro la suave tela del sedoso peinador, que permitía ver toda la magnificencia de su cuello y de sus brazos.

—¿Cómo? ¿Eres tú, Ombricio Rufo? Realmente me asombras,

ilustre filósofo. Te creía encerrado en el templo de Isis, en la celda de los novicios, perdido para siempre para nosotros, simples mortales. ¡Y he aquí que has vuelto! ¿Debo dar crédito a mis ojos?

—Soy indigno de tus ojos —respondió el tribuno fijando los suyos en tierra—. Noble Hedonia Metella, soy un desdichado. Y vengo a ti implorando tu gracia... y tu ayuda.

—Antes dime qué te devuelve a nosotros.

—Sólo hablaré ante ti a solas.

—¡Márchate, Gala! —ordenó Hedonia—. No tardaré en llamarte.

La esclava dejó caer la pesada cabellera en desorden sobre la nuca de su ama y desapareció.

—Mi esperanza se fundió después de mi gloria —comenzó el tribuno—. Tenías razón, ilustre hija de Metello, gloria de Roma y de Pompeya. Me han engañado, se han burlado de mí. Honradamente, sinceramente, yo buscaba la verdad mediante ese sacerdote canalla y esa falsa profetisa. ¡Isis se ha mofado de mí! A él le creía un maestro y a ella una inspirada... Pues bien, Memnonés es un cobarde impostor. Y Alciona...

—Sigue.

—Esa virgen, esa profetisa... ¿tiene un amante!

—¿De veras? —se sorprendió Hedonia, dejando caer un frasco de perfume de cristal opaco.

El frasco se rompió sobre el mosaico y en los grandes ojos negros de la patricia apareció una curiosidad salvaje que era casi de admiración.

—¿Lo has visto? —preguntó tras un leve silencio.

—Sí, en el jardín de Isis, en la capilla de Perséfone. Es un joven soberbio, bello como un dios. Le vi a través de una nube de incienso, de rodillas cerca de Alciona dormida. Le vi inclinarse hacia ella, tocar sus labios con los suyos propios... beber su aliento...

—¿Y qué hacías tú mientras tanto?

—Quise golpearle, apoderarme de él. ¡Imposible! Me paralizó con un relámpago, oh, sí, con el rayo demoníaco, creo... y desapareció. No, no fue una ilusión de mis sentidos. ¿Fue acaso una forma vana, un fantasma creado por la magia de Memnonés? O quizás... ¿era un espíritu?

Al oír esta última palabra, Hedonia hizo retemblar el tepidario con su risa burlona que recayó desde la bóveda a las losas del suelo como una lluvia de perlas. De repente se mostró pensativa.

—No obstante —murmuró—, todo esto es muy extraño...

Sus pupilas adoptaron una expresión inquieta, como atraídas por un poder desconocido.

—Y tú —continuó en tono grave—, ¿sigues amando a Alciona?

—¡Ah! —exclamó Ombricio con una energía sombría—, no sabes cómo la odio ahora, a ella y a todos los suyos.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Abandonar esta ciudad malsana, volver al ejército. Marchar, obrar y combatir para olvidar a esos verdugos sutiles... ¡hasta el día de la venganza!

—Esto te honra, mi buen tribuno. ¿Estás en gracia de Tito?

—No. Y sin ella nada puedo hacer. ¿Y cómo la obtendré?

—Aguarda un instante. Mientras tú rondabas a tu sacerdotisa, yo me ocupé de ti, mi querido Ombricio.

Batió palmas y volvió la esclava.

—Gala —le ordenó su ama—, tráeme la cajita de oro que está en el armario de ébano de mi dormitorio.

La esclava regresó con la cajita de la que extrajo un rollo de papiro, rodeado con un filete de oro, del que pendía un sello de cera roja con la efigie imperial. Hedonia lo abrió y se lo entregó al tribuno, el cual leyó: «Tito César, hijo de César Augusto Vespasiano, a Hedonia Metella, ¡salve! Puesto que me garantizas la fidelidad de Ombricio Rufo con tu cabeza y tu sangre, sea perdonado. Desde que llegue a Roma le prometo un mando».

Estupefacto ante esta misiva, Ombricio dejó caer la hoja de papiro.

—¿Tú hiciste esto? —balbució.

—¿Por qué no, si te amo? —repitió Hedonia arreglando negligentemente la suntuosa mata de su cabello.

—¡Oh, divina! —gritó Ombricio en un vértigo de emoción—. Has comprometido tu vida por quien te hirió... ¡Quisiera ser tu esclavo!

Se arrojó a los pies de la patricia abrazando sus rodillas.

—Cuidado, mi magnífico tribuno —dijo con ironía Hedonia Metella—, has dejado de ser el hombre libre de que te ufanabas hace ocho días. ¡También yo estoy celosa de tu libertad!

—¿Mi libertad? —se enfureció el tribuno—. Eres tú quien me la otorga, vengándome de mis enemigos. ¡Que tiemblen ahora! ¡Ser libre?

¡Sólo puedo serlo por ti y contigo! Toda mi ambición será obedecerte. Manda, ordena, tortúrame si quieres: lo acepto todo con deleite. Estoy dispuesto a prestar el juramento de Hécate.

Hedonia se inclinó hacia él y lo penetró con la mirada voluptuosa de aquella mujer dominadora, que en ella era la única forma de ternura.

—No es preciso. ¿Acaso no sé que me perteneces desde que bebiste una gota de mi sangre?

—Entonces deja que al menos bese tus pies.

—¿Lo deseas? —sonrió Hedonia con una sonrisa que puso chispas de oro en sus negras pupilas.

—¡Lo deseo... y lo suplico!

La hija de Metello elevó levemente la punta de su clámide y enseñó su pie de alabastro al que la bata violácea y la luz azulada, que floraba en el tepidario, daban un tinte marfileño. Ombricio imprimió sus labios con una especie de arrebato... y dulcemente la patricia posó el pie sobre la cabeza del joven prosternado, el cual sintió con embriaguez, en su nuca, la garra de la pantera humana. Este arrebato de servidumbre le pareció a Ombricio la más deslumbrante de las venganzas contra lo que llamaba la traición de Alciona. En la mudanza súbita y absoluta de su alma, creía reencontrar su fuerza perdida.

—Habla y te obedeceré —dijo incorporándose—. ¿Debo partir al momento para Roma?

De un salto, ella asió al joven por los hombros.

—¿Partir? ¿Ahora? ¿No saldrás de esta morada antes de un mes... y serás el rey de ella!

El tribuno pensó desvanecerse de felicidad. Sus temblorosas manos rozaron la clámide y los brazos desnudos de la patricia. Cerró después los ojos bajo el tibio efluvio de los aromas que emanaban de aquel cuerpo real, y de repente deseó abrazarla gritando:

—¡Eres mía! ¡Eres mía!

Pero ella le detuvo con un gesto poderoso, dominándolo con su mirada imperial que arrojaba llamaradas.

—Sé prudente —le aconsejó Hedonia—, las esclavas podrían sorprendernos... y debemos seguir siendo sus amos. Recoge tu toga de caballero romano y sígueme.

Dócilmente, Ombricio obedeció. Recogió la toga y se la echó al hombro. Hedonia se puso en pie, majestuosa y sonriente.

—Ahora, ven.

Salió delante. La clámide se había deslizado ligeramente por un lado dejando ver, con el hombro suave, la línea ondulante de la espalda. Los vidrios azules del tepidario acariciaron, con un tinte oliváceo, el hermoso cuerpo de la romana cruzada de sangre núa. Atravesaron unos pórticos en los que manaban unas fuentes en sus piletas, entre arriates de flores. Unos libertos de ojos oblicuos y unas esclavas mudas se inclinaron a su paso. Muy al fondo, en un pabelloncito oscuro, bajo tapicerías y palmeras, apareció como un trono un lecho oriental.

Capítulo XVI

MALEFICIO

Había transcurrido un año. Ombricio Rufo, nombrado por Tito legado propetor de una legión de Bretaña, había obtenido tres victorias y rechazado al enemigo hacia el corazón de sus montañas. De regreso a Roma, vivía en la mansión de Hedonia Metella. El senado le había concedido las condecoraciones triunfales, una estatua y una corona de oro y, en resumen, cuanto se otorga al mérito del triunfo.

Tito, demasiado encumbrado para estar celoso de un subordinado, lo permitió todo. Tan elevadas distinciones no bastaban, no obstante, a la protectora del tribuno convertido en jefe de legión. Hedonia deseaba que Ombricio lograra el consulado vacante. Ante esta propuesta de la hija de Metello, Tito frunció el ceño sin contestar. Ombricio, por su parte, no quería insistir, temiendo que tanta audacia pudiese apagar su buena estrella. Pero ante sus vacilaciones, su orgullosa amante encogió los hombros, y su boca, con las comisuras abatidas, mostraban su peor pliegue.

—Lo que parece imposible —exclamó—, no lo es cuando se saben escoger los medios.

Acerca de tales medios, sin embargo, guardó silencio, un silencio ambiguo. Pese a lo cual, Ombricio presentía que la joven patricia no abandonaba su designio obstinado, como todas las resoluciones de su misteriosa e indomable voluntad.

La mansión romana de Hedonia Metella resplandecía en la ladera del monte Celio, agazapada como un nido de águilas entre el templo de Claudio y el ninfeo de Nerón. Se accedía a la misma por una estrecha callejuela que subía por entre altos muros. Desde lo alto de su terraza se dominaba el centro de Roma como desde un observatorio. El monte

Palatino se elevaba enfrente con sus contrafuertes en arcadas y el palacio de los Césares destellando en mármol, pórfito y bronce. A la izquierda, el monte Aventino perfilaba sus casuchas sombrías, las viviendas del pueblo. En el amplio valle, entre ambas colinas, los jardines de Nerón mostraban sus bosquecillos, sus estanques, sus ligeros puentes y sus pabellones de placer. Detrás, el enorme Circo extendía, como un inmenso estadio, su piso enarenado y sus gradas rojizas, jalonadas de pértigas con banderolas multicolores. Los numerosos vomitorios, que taladraban de agujeros el perímetro inferior, le daban un aspecto de una grandísima ratonera preparada para los gladiadores y las bestias feroces.

En lo alto de la mansión hedoniana, Ombricio estaba solo, sentado al borde de la terraza, con el brazo apoyado en la balaustrada. En el pecho lucía las grandes placas de cobre, repujadas con cabezas de león y águila, insignias de sus victorias. Su túnica colorada tenía franjas amarillas que recordaban las correas metálicas del cinto de combate. Sobre sus cabellos cortados muy cortos se veía una corona de oro. Era con este atuendo que los jefes de ejército victoriosos acostumbraban a presentarse en público, en el circo, en el teatro o en los festines. El legado propretor debía ir aquella noche al banquete de Tito. Mas por el momento, el joven contemplaba Roma extendida ante sus ojos y soñaba con su destino pasado, presente y futuro.

Tras un mes de completo olvido pasado con Hedonia en Baia, el tribuno encargado de una misión por Tito había reanudado su vida militar en un clima rudo, en medio de bárbaros. Pero sus sentidos, su alma, su espíritu estaban impregnados del aliento de la ambiciosa patricia, la cual jamás le abandonaba. Le seguía por los mares inclementes, en medio de los arrecifes, en el choque de las cohortes disciplinadas contra los ejércitos salvajes. Su voluptuoso fantasma, convertido casi en carnal, le obsesionaba en las horas de descanso, prometiéndole mayores delicias a su regreso. Su imperiosa mirada le impulsaba a decretos implacables contra los vencidos, a las matanzas rápidas para apresurar sus conquistas. A veces, en realidad, en la noche profunda, acostado en su tienda sobre una piel de oso, cuando sólo se oía la voz de los centinelas, volvía a su cerebro la imagen de Alciona. Veía de nuevo a la profetisa visionaria, a la melodiosa mensajera de la divina Psique: veía otra vez al grave Memnonés, cuya palabra excitan-

te parecía desgarrar el velo de la naturaleza y desarrollar ante sus ojos horizontes sin límites. Entonces, un pensamiento doloroso atravesaba su cerebro: ¿no estaba allí el origen de toda luz y de toda felicidad? Mas cuando pensaba en Anteros su furor vencía a su nostalgia. Y entonces el recuerdo de Hedonia le inundaba con oleadas embriagadoras. Ariadna, la reina de las Bacantes, le enloquecía con su nébrida y con su flexible cuerpo. Después, la sacerdotisa de Hécate le señalaba una meta lejana con su mirada fija y sangrienta. ¿Pero cuál? ¿Cuál?

Ahora que era un vencedor, colmado de gloria, se redoblaban sus tormentos, sus inquietudes. Tras las primeras embriagueces del retorno, Hedonia estaba febril, sombría, agitada. Durante el día recibía a emisarios desconocidos y mantenía con ellos conversaciones largas y secretas. Por la noche se entregaba a prolongadas meditaciones delante de una estatuilla de Hécate, copia de la gran estatua de Baia, que adornaba como divinidad doméstica el larario de su mansión romana. Fría y dura desde hacía unos días, Hedonia se negaba a su amante so pretexto de graves negocios. ¿Cuál era el peligro que la amenazaba o qué terrible idea rondaba por su espíritu?

Ombricio contemplaba aquel Palatino, aquel circo, aquellos jardines. Pese a la felicidad conquistada, esta Roma imperial le apresaba como una cárcel, le pesaba como una agobiante armadura.

De repente vio a Hedonia de pie ante él. Se había aproximado sin dejarse oír por el dormitorio del propretor, que daba a la terraza. Con aspecto severo, ataviada con una gran estola de matrona, tenía en la mano un rollo de papiro.

—Lec —le ordenó al joven.

Ombricio leyó con suma extrañeza una proclama incendiaria dirigida a las legiones de Italia, una provocación a la rebelión contra Vespasiano y Tito, un llamamiento a la elección de un nuevo César.

—¿Qué significa ese discurso? —preguntó Ombricio.

—Está escrito por la mano de Cecina.

—¿Y qué quiere decir...?

—Que conspira contra Tito y Vespasiano. La revuelta se ha decretado para la fiesta de Augusto, dentro de tres días. Tito debe ser asesinado en el Capitolio.

—¿Quién te ha dado este papiro?

—Un liberto de Cecina comprado por mí.

—¿Y qué pretendes hacer con él?

—Enseñárselo a Tito. Mas es preciso que antes Cecina haya muerto. Sólo así la noticia será dichosa para César. No podrá negarle nada a quien se la dé. Además, yo sé que Tito odia a Cecina como a su enemigo más mortal aunque lo haya invitado al banquete esta noche, al que estamos invitados.

—¿Y quién tendrá tal audacia? —quiso saber Ombricio.

—Tú —exclamó Hedonia, presentándole el puñal consagrado por Hécate.

Ombricio casi dio un salto.

—¿Yo? ¿Cometer ese asesinato?

—Si no matas a Cecina no serás cónsul.

—Prefiero no serlo que serlo de esta manera. No mancharé mis victorias con la sangre de un general romano.

—Entonces seguirás siendo un esclavo... y yo, para esposo, quiero un amo. Sólo se asciende al Capitolio por una escala ensangrentada. Una vez arriba, el agua lustral del triunfo lava la sangre vertida.

—Hacer de verdugo no es mi estilo.

—¿Ignoras, pues —exclamó Hedonia con voz sibilante— que ese hombre merece cien veces la muerte? Es mi peor enemigo. En otros tiempos me traicionó, me insultó, me ultrajó. ¡Matándole me vengarás!

—Tu venganza está por debajo de mi gloria.

—¿Tu gloria? —se burló Hedonia, incorporándose con desdén—. ¡Tu gloria es obra mía! Bien, ¿te niegas?

—Prefiero antes luchar contra las fieras en la arena delante del pueblo romano.

Con el gesto, Ombricio indicó a los gladiadores con sus cascos, provistos de máscaras y redes, que se ejercitaban en el circo, a sus pies.

—Muy bien —resolvió Hedonia—. Buscaré a un verdadero romano que posea más valor que tú. Vámonos al banquete de Tito.

La mesa del festín imperial se hallaba en una sala rodeada de columnas de porfirio. Las llamas de los candelabros, el jaspe y el mármol de los jarrones, las joyas en los brazos y cuellos desnudos, todo ello resplandecía con mil fuegos diversos. Treinta convidados estaban

tumbados en suntuosos lechos. Cincuenta esclavos, llevando la vajilla de oro y plata, odres de vino y redomas con perfumes, se arremolinaban en torno a esos privilegiados del Imperio Romano como un enjambre de abejas.

Tito, majestuoso y grave bajo su túnica de púrpura, hablando poco, observando a todo el mundo, tenía el aspecto de la potencia más temible en su calma que en su cólera. Su esposa ocupaba su derecha, Hedonia la izquierda. Al lado de esta joven, una especie de gigante de anchos hombros, facciones rudas, ojo agudo, se hallaba apoyado sobre un codo: era Cecina. Ombricio estaba frente a ellos, al otro lado de la mesa.

Debido al ruido del festín, Ombricio no podía captar más que palabras sueltas de la conversación de quienes tenía delante, pero la actitud provocativa de su querida con su antiguo amante le aterrorizó. A aquel hombre, al que con su odio implacable ella acababa de condenar a muerte, intentaba visiblemente reconquistarlo hablándole de su vida pasada con palabra ligera y miradas graves. Cecina se mostró al pronto insensible a ese juego peligroso, pero a fuerza de ver fijos en él los ojos de Hedonia, palpar su pecho bajo la mueca de su risa, rodear con su brazo la copa vertiéndole el vino, el pesado coloso se animó por grados y acabó por volver hacia su vecina unos ojos inquietos y fascinados. Varias veces intercambiaron palabras en voz baja aproximando sus cabezas. Cuando Tito se levantó para pasar a otra sala, a fin de ofrecer a sus invitados una representación de *athellanes*, Hedonia se despidió de la pareja imperial y se dirigió a la salida del Palatino sin hacerle a Ombricio ninguna señal, como si el joven no existiese para ella. Cecina la siguió de cerca. Ombricio, con el pecho oprimido, descendió la escalinata detrás de ellos, a cierta distancia.

Numerosas literas se hallaban estacionadas en la estrecha calleja, que formaba la salida del Palatino sobre el Foro, y reunía, con sus aspilleras y sus puertas bajas, el patio de una prisión o un lugar peligroso. Allí relucían las corazas y las espadas siempre a punto de la guardia pretoriana. A la luz de una antorcha, Ombricio divisó a su amante volver la cabeza para cruzar con él la mirada. Por tanto, sabía que él la seguía. Oculto tras un pabellón de armas, vio cómo Hedonia se detenía delante de su palanquín y oyó las palabras cambiadas entre ella y Cecina.

—He de hablarte. Sube a mi litera hasta mi casa.

—Desconfío de ti.

—Haces mal. Va en ello tu vida. Conozco tu secreto y si no vienes estás perdido.

Ayudada por sus libios, la patricia subió a su gran litera. Cecina sentóse a su lado. Los libios tiraron sus cortinillas, alzaron el palanquín y salieron con su carga hacia el rastrillo levantado del Palatino.

Marchando detrás, el propretor vio cómo la litera se dirigía hacia la izquierda, en dirección al Velabro, terreno solitario y pantanoso. Un sudor frío inundaba ya los miembros de Ombricio. Se preguntaba si, por uno de esos cambios a los que tan aficionada era Hedonia, no había mudado de partido para entrar en la conjuración de Cecina, mientras él, Ombricio, sería barrido con Vespasiano y su hijo. Ignoraba qué podía hacer, pero marchaba como el cazador tras la pista de la fiera, husmeando su olor, fiera él mismo. Las linternas difusas de los libios oscilaban ante él. A su derecha, elevándose en el azul oscuro de la noche, en masas negras y desiguales, los templos, los pórticos, los arcos de triunfo del Foro. Con qué suprema ironía aquellos monumentos dominaban a aquella hora a ese hijo de Roma, loco de ambición y palpitante de celos... Le parecía que los mismos rezumaban sangre y que estaban cimentados con su propia carne. Estuvo a punto de gritar al divisar a la Loba de bronce con sus dos lactantes que le miraba desde lo alto de una columna como dispuesta a devorarlo. Las linternas de los libios pasaban ya a lo largo del Circo y la litera, levantada sobre sus torsos vigorosos, subía por la rampa del monte Celio, por la callejuela escarpada entre los altos muros, camino ya de la mansión de Hedonia.

Ombricio sólo tenía una idea: matar a los dos monstruos conjurados contra él. Se disimuló cerca de la puerta. Cecina saltó fuera de la litera y sólo dijo:

—Hasta mañana.

De un brinco, el propretor se lanzó hacia él y lo alcanzó en el cuello con su puñal. La hoja penetró en la carne, pero Cecina se apartó. Hombre poderoso, de un extraño vigor, asió a su adversario para tumbarlo. Ombricio, animado de una fuerza sobrehumana, lo atenazó por la garganta y, tensando sus nervudos brazos, lo aplastó contra el muro. Ninguno de los dos combatientes abandonó su presa en tan fu-

riosa lucha, en que ni una palabra ni un grito traicionaban el abrazo de las dos voluntades mudas y terribles. Al fin Cecina, estrangulado por los potentes puños de Ombricio y sofocado por su misma sangre, rodó como una masa inerte sobre los peldaños de la escalinata.

Hedonia había asistido a la lucha sin abandonar su litera, a la luz sorda de las linternas de cuerno, con la calma de una leona a la que se disputan dos leones y que, tranquila, aguarda al vencedor.

Sin embargo, la muerte de su rival no había apaciguado la sangre de Ombricio. Volvióse, pues, hacia la patricia, con mirada ansiosa, levantada el arma. Los libios se precipitaron hacia él.

—¡Dejadle! —ordenóles Hedonia, y poniendo una mano ligera sobre el hombro de su exasperado amante, añadió—: ¡Al fin vuelvo a encontrarte!

Impasible, le contempló con sus ojos de Victoria, dispuesta a recibir el golpe mortal. Al cabo de un instante, vencido, Ombricio dejó caer el arma.

Sin perder un segundo, Hedonia les dijo a sus porteadores:

—Volved al Palatino.

Y señalándole a Ombricio la mansión, cuya puerta abrieron sus servidores, añadió:

—Espérame en tu habitación.

Media hora más tarde, Hedonia se presentó en el Palatino ante el César. Desde lo alto de un estrado, rodeado por sus invitados, Tito asistía a los juegos de los histriones con expresión pensativa y enojada.

—Solicito una audiencia secreta con el emperador de Roma —pidió Hedonia Metella en voz alta.

Luego, acercándose más, agregó en voz baja:

—Se trata de la vida de Vespasiano, de la tuya y de la salvación del Imperio.

—¡Fuera todo el mundo! —ordenó Tito.

Una vez solos, Hedonia extrajo de bajo de su estola el rollo de papiro en el que estaba escrito el discurso de Cecina llamando a las legiones a la rebelión. Al leerlo, Tito no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

—¿Qué es lo que merece? —inquirió Hedonia.

—El castigo de los criminales. Yo me encargo de ello.

—Ya ha sido castigado —replicó Hedonia.

—¿Quién ha sido el que...?

—Ombricio Rufo.

—¡Bien pronto sabe vengar las ofensas inferidas al César! —murmuró Tito con mirada aguda.

—Hemos asegurado el reinado de los Flavio —dijo Hedonia inclinando la cabeza con humildad—. Cecina era su último y más peligroso enemigo. Ahora, el noble Tito podrá usar de su nunca desmentida clemencia.

—Está bien —afirmó el hijo de Vespasiano con aire severo pero con secreta satisfacción—, está bien, Hedonia Metella. Ombricio Rufo será cónsul antes de un mes.

—Gracias, oh Gran César. Larga vida a Vespasiano Augusto. A Tito César victoria y gloria inmortales.

Así diciendo, Hedonia tomó la mano del príncipe, se inclinó de nuevo para besar el anillo imperial y salió.

—Y ahora —les dijo Tito a sus cortesanos—, que siga la farsa.

Cerca de su lecho cubierto de telas preciosas, entre un hachero en el que se quemaban olorosos perfumes, y una lámpara de betún, Ombricio soñaba con el codo apoyado en un asiento de bronce. Se hundía en uno de esos recovecos de la conciencia en que el hombre no comprende ya su ser y retrocede horrorizado ante sus propias acciones. ¿Qué había hecho? ¿Un acto de valor o un infame asesinato? ¿Quién era él? ¿Había obrado por sí mismo o bajo el impulso de esa terrible mujer? Ah, cómo había sabido Hedonia servirse de sus pasiones! Ombricio sólo había sido un juguete de su voluntad, un estilete en su prodigiosa mano. ¿Qué era ahora él? ¿Un collar en su cuello o un hacha buena para arrojarla al Tíber? ¿Qué le daría ella al volver del Palatino?

¿La gloria o la picota? Después de aquel enorme acto de furor y voluntad, Ombricio aguardaba pasivo, aniquilado. Ay, lo sabía bien: por una sombría magia, su conciencia, su voluntad, su deseo, todo lo había devorado esa mujer terrible como la boca de un abismo. Y he aquí que él la esperaba con toda la sed de su ser, de sus sentidos exasperados.

Sólo de ella, de sus ojos, de sus labios, recibiría la respuesta del destino, la muerte o la vida.

El cubículo daba a la terraza. Por la puerta abierta, se divisaba un extremo del Palatino y un rincón de cielo puro. El hachero crepitaba inquieto, turbado. De repente, una gran llama osciló ante la puerta ocultando la vista con una onda rojiza: era Hedonia. Acababa de arrojar su manto sobre las losas del suelo y aparecía con su túnica siria de púrpura esponjosa y transparente.

—¡Ya eres cónsul! —gritó al entrar—. ¡Salve, mi Baco y mi rey!

Y la fría patricia, cambiada en fogosa Bacante, echó los brazos en torno a Ombricio como si fuese su presa.

—¿Qué dijo Tito? —quiso saber el joven temblando de temor y placer a la par.

—¡Como si eso importase! —rió Hedonia, haciendo sonar las gemas de su collar—. Me burlo de Tito, de Vespasiano y de todos los Césares. Sólo sé una cosa: que ahora eres mío como no lo fuiste jamás.

Sentada sobre las rodillas de su propretor cubrió de besos la cabeza, el cuello, los brazos del hombre que ahora poseía por entero. Aquellos besos llovían sobre él como rosas rojas. Ardían a través de su túnica. Se hubiese dicho que la pasión largo tiempo contenida de Hedonia Metella se vertía como un torrente de lava. Sumergido por aquella ola de fuego, que borraba todos sus temores, Ombricio aún murmuró:

—¡Quiero saberlo todo!

—Mañana, Baco mío, mañana.

Y cogiendo su cabeza entre las manos, Hedonia le miró fijamente a los ojos, concentrando en aquella mirada su alma desenfadada. Ombricio ya no resistió... La lámpara de betún se apagó... y larga, perdidamente, los dos amantes se abrazaron.

La noche reinaba tranquila y serena cuando Hedonia salió a la terraza teniendo cogido de la mano al futuro cónsul. El cielo refulgía de estrellas. Roma, silenciosa, oscura, dormía a sus pies. Una sombría tristeza, una extraña angustia se pintaba en las pupilas de Ombricio.

—¿No eres feliz? —le preguntó Hedonia.

—Sí —asintió el joven, como saliendo de un ensueño.

Ella indicó con el dedo la Ciudad Eterna.

—Contempla el Circo vacío de noche: es la arena de todas las ambiciones. Mira el Aventino: es la montaña del pueblo, a menudo ven-

cedor en las revueltas pero siempre dominado por un monstruo nacido de sus furores: Ve el Palatino; es el trono de los Césares. Pues bien, si quisieras... ¿todo esto sería nuestro!

Ombricio retrocedió, sintiendo un escalofrío. La patricia posó su mano en el hombro del romano asombrado y continuó con voz apenas perceptible como si temiese que el viento nocturno llevara sus palabras como un eco al Palatino negro, que parecía dormir pero en el que vigilaban sus centinelas.

—Tribuno militar... jefe de legión... cónsul... ¿Por qué no César algún día?

Hedonia se mostraba grave y majestuosa con su túnica de muselina rosa, semejante al pelo de las Venus de mármol, cuyo atuendo flotante moldea castamente las formas voluptuosas. Delante de la ciudad nocturna, delante de sus monumentos achaparrados e implacables como los hijos de la Loba, la joven parecía el genio de la Roma Imperial.

—¿Lo deseas? —inquirió y su voz fue tan sólo un soplo.

Una brusca ráfaga, procedente de alta mar, pasó sobre las siete colinas. Silbó bajo el pórtico oscuro del templo de Claudio y rozó con un doliente gemido los jardines de Nerón. Los pinos se torcieron y los cipreses gigantes del ninfeo se curvaron estremeciéndose como negros fantasmas. Los astros palidieron un instante y luego fulgaron más espléndidos, como si estuvieran más cerca. Ombricio contempló fascinado a Hedonia. Su mano, que le apretaba el talle, ascendió hasta los senos endurecidos por la violencia del desco, como de acero. Entonces, los ojos en los ojos, él murmuró:

—Sí, si tú lo quieres... César... Augusta.

Estas palabras, apenas articuladas en el silencio de la noche, tuvieron la gravedad de un juramento pronunciado ante unos dioses invisibles. En aquel momento, por un remordimiento profundo del alma, el rostro surcado por las lágrimas de Alciona emergió en el recuerdo de Ombricio, pero la imagen incierta se borró bajo los brazos de Hedonia Metella que se cerraron contra él como una cadena inviolable. El alba blanqueaba ya sobre el Palatino y, en los subterráneos del Gran Circo los leones hambrientos empezaron a rugir.

Capítulo XVII

MAGIA BLANCA Y MAGIA NEGRA

Durante los cuatro años que siguieron a la partida de Ombricio, la ciudad de Pompeya viose envuelta en violentas discusiones públicas. El senador Léntulo había sido nombrado duunviro con Marco Helvidio y esos dos magistrados, enemigos declarados, gobernaban la ciudad. Debido a eso, Pompeya se dividió en dos bandos: los hedonianos y los isfacos. La profetisa, que vivía replegada en sí misma, nada sabía de ello ni le prestaba la menor atención.

Desde la conmovedora escena del beso de Anteros, se había obrado una gran transformación en el alma y en la existencia de Alciona. Una especie de paz superior había descendido sobre ella envolviéndola con una divina tristeza. Por su padecimiento interior, por su silencioso martirio, era ya realmente la profetisa, pero una profetisa libre, libertada de su maestro. Memnonés la vigilaba y la escuchaba religiosamente, mas ya no la dirigía. Sin embargo, observaba que una cierta nostalgia arrastraba ahora la profetisa hacia el poderoso consolador, hacia el amigo invisible que la visitara en una hora tan trágica, viendo además que al abandonarse a ese deseo del alma corría el peligro de romper todos sus lazos corporales y deslizarse a la deriva hacia el otro mundo por la puerta de la muerte.

Esto asustó a Memnonés y por eso efectuó un gran esfuerzo por devolverla a la vida. En esto fue secundado, llegó a creer, por el propio Anteros, quien, en el profundo sueño, le decía a la virgen: «Desciende a la tierra, aún has de sufrir para curar y salvar a los demás. Después, volverás a verme como jamás me vistes».

A partir de entonces, Alciona encontró el gusto por la existencia. A veces hablaba de Ombricio con Memnonés o con Helvidia, como de un

amigo lejano que debía regresar un día a la luz de Isis. El sacerdote y la esposa del duunviro le dejaban soñar sin contarle los triunfos conseguidos por el antiguo tribuno ni su brillante destino, que la fama ligaba indisolublemente a Hedonia Metella. Al mismo tiempo, por consejo de Memnonés, la joven adoptó la costumbre de recibir en el templo, en presencia del hierofante, toda clase de postulantes, enfermos o dolientes, hombres y mujeres puestos a prueba por el destino. Con la vista, con las manos, ella reconocía sus males físicos, leía en sus más secretos pensamientos, en su vida pasada, y les ofrecía consejo. Incluso a veces, aunque en raras ocasiones, adivinaba el porvenir en términos vagos o precisos. De ahí derivaba la gran popularidad de la profetisa a la que la desdicha transfiguraba y que parecía haber hallado en su resignación nuevas facultades.

Pero un suceso imprevisto trastornó la aparente calma, suceso que debía desencadenar la tempestad en el alma de la sacerdotisa y en toda la ciudad de Pompeya.

Una mañana, dormía Alciona en su hamaca, en la curia isíaca. La anciana Nurhal, acostada a sus pies, jugaba con unas plumas de avestruz y diversos abalorios. De pronto se oyó un clamor en las calles:

—¡Viva Ombricio Rufo, cónsul!— eran los gritos.

Alciona se despertó y saltó sobre sus pies.

—¡Ombricio! —repitió—. Nurhal, ve a ver qué ocurre.

La nubia partió a tropezones y no tardó en regresar con noticias. El cónsul Ombricio Rufo celebraba su triunfo en Roma y apenas tardaría unos meses en hacer su entrada triunfal en Pompeya. Diversas bandas, alentadas por los hedonianos aclamaban de antemano al héroe y el fausto acontecimiento. Al oír el nombre de Ombricio, proferido por la multitud, el pasado adormecido se despertó en el corazón de Alciona.

—¡Tráeme la cajita de marfil —le pidió a la nubia.

Sentada en un banco de piedra en el patio de la curia, Alciona puso la cajita sobre sus rodillas. Contempló largo tiempo los pequeños Amores que formaban el friso del cofrecillo y la Venus esculpida en la tapa. ¿Acaso no era una prenda de amor de Ombricio, su presente de esponsales? Lentamente abrió la cajita. Sus frágiles manos palparon los pesados brazaletes. Bruscamente, cogió el collar de coral y se lo llevó a los labios. Al mismo tiempo lanzó un grito agudo. Había creído sen-

tir de nuevo en su boca el terrible beso por el que antaño el audaz tribuno había tomado posesión de los sentidos y del corazón de la profetisa.

—¡No quiero quedarme aquí! —exclamó Alciona—. ¡Llévame a casa de Helvidia!

Las dos mujeres se ataviaron con grandes estolas, se envolvieron con velos la cabeza y salieron a las atestadas calles.

Alciona encontró a Helvidia bajo la columnata del atrio, entre las estatuas sonrientes, cabe el murmurio de la fuente que borboteaba al caer en el impluvio. Ante ella, una labor de tejido y en la mesa de jaspe a los pies del grifón, varios ovillos de lana de colores diversos. Pero había abandonado su trabajo para contemplar, en una cuna de mimbre semejante a una barquichuela, su segundo hijo de dos años, que dormía. A los pasos de Alciona levantó la cabeza.

—¡Ven y verás qué lindo es! En sus sueños se parece a Helvidio.

La profetisa miró al niño sin abrir la boca. Helvidia se incorporó. Las dos jóvenes se contemplaron asidas de las manos. Formaban un hermoso contraste. Helvidia, morena y majestuosa, tenía en sus ojos serenos, en sus lisos cabellos, en su semblante límpido, algo poderoso y apacible a la vez queregonaba la plenitud de su felicidad. En cambio, un vendaval parecía haber revuelto los cabellos leonados de Alciona. Sus facciones estaban trastornadas y había un círculo morado de pasión en torno a sus ojos.

—¿Qué te sucede esta mañana? —le preguntó la esposa del duunviro.

—Nada, pero necesitaba oír tu voz. Cántame el himno que tanto le gusta a Helvidio, el *Canto de la mujer doria*.

—Oh, no —se negó Helvidia—. Sé que esa canción te entristece.

—Hoy me reconfortará. Cántala si me amas. ¡Ah, te lo exijo!

Así diciendo, Alciona cogió una lira de ébano con incrustaciones de marfil, colgada de un clavo dorado en la columna. La colocó en las manos de su amiga y la obligó a sentarse cerca de la cuna, abrazándola. Conquistada por sus caricias, Helvidia, bajo la mirada imperiosa de la virgen, no tardó en entonar con su voz profunda el canto apasionado que vibraba con un ritmo tempestuoso:

En los bosques del monte salvaje,
 he dormido sobre la piedra.
 La tormenta silbaba; tras el ramaje
 se me apareció Apolo, el dios solar.
 Sus cabellos ondeaban a través de las nubes,
 su mirada me penetró... ¡su flecha luminosa!
 Herida en el corazón,
 languidecía de amor,
 pasé, triste y macilenta,
 mis noches de desesperación en la vacía caverna.
 En mi rencor
 maldije el día,
 mesé mis cabellos, vil esclava,
 mis cabellos sudorosos sobre la fuente lívida.
 Pero te vi de pie, solo, en tu carro de guerra,
 libre y altanero, héroe radiante...
 Y creí ver de nuevo a mi amo, a mi dios,
 ¡Al rey solar!
 Yo guardaré el fuego de tu morada,
 yo lanzaré tu jabalina,
 yo montaré en tu bello carro de guerra,
 ¡hombre con corazón de león!
 He arrancado la flecha de mi corazón
 desde que te vi, mi amo, mi héroe,
 desde que me sonrió tu ojo solar...
 ¡Oh, hijo de Apolo!

Alciona había escuchado inmóvil, con los brazos enlazados a una columna y la cabeza apoyada en sus acanaladuras. Pero cuando Helvidia, arrastrada por el ritmo poético, concluyó su canto con un grito de entusiasmo y júbilo, la joven le arrancó la lira y exclamó:

—¡Basta! Tú tienes un esposo, un héroe, un hijo de Apolo... y yo no tengo nada!

—Ya lo sabía —murmuró Helvidia estrechándola entre sus brazos con una ternura mezclada con ira—. ¿Por qué me obligaste a cantar?

—Deseaba saber si también yo tendría la fuerza de atraer a mi héroe. Pues bien, creo que la tengo.

—¿De quién hablas?

—De Ombricio Rufo, el cónsul que pronto llegará a Pompeya.

—¡Desdichada! ¿Ignoras que se halla bajo el poder de una mujer perversa y terrible, de una maga negra, de una hechicera infernal?

—Lo sé desde hace tiempo por mis sueños.

—¿Y crees poder arrancar ese hombre de los brazos de esa mujer? No harás más que perderte a ti misma.

—¿Qué importa? He de intentar salvarle. Vamos al jardín de Isis adonde no he vuelto desde el beso de Anteros. Deseo volver a ver la fuente de los lotos, donde hice el juramento de amar a Ombricio hasta la muerte.

Alciona escondió su cara, surcada por las lágrimas, en el pecho de Helvidia, pero levantándola con brusquedad, exclamó:

—¡Vámonos, lo exijo!

Caminando por los campos quemados por el sol, bajo los pámpanos floridos y suspendidos en festones de los troncos de los olmos, las dos jóvenes se dirigieron al jardín de Isis. Todo allí hablaba de abandono. Los lentiscos y los euforbios crecían entre las ruinas. La cizaña invadía los senderos. En la fuente de los lotos los juncos y las vulgares plantas acuáticas cubrían la pileta, ahogando con su moho la flor sagrada de Egipto. Alciona dirigió sus ojos al lugar donde Ombricio le había hablado de amor y donde ella se había unido a él mediante un juramento solemne de amor eterno. Con intensa mirada buscó instintivamente la estatuilla de Isis. En su lugar divisó una urna funeraria de la que colgaba un velo negro ya rasgado por las lluvias. En torno al pequeño monumento se erguían tres jóvenes cipreses.

—¿Qué es esto, Dios mío? —se horrorizó la hija adoptiva de Memnonés.

—¿No conoces, pues, la costumbre de la escuela pitagórica? —le preguntó Helvidia—. Cuando un discípulo es infiel a la doctrina y se vuelve en contra de sus maestros, se le considera muerto. Esta es la tumba de Ombricio, del Ombricio de antaño que ya no existe.

—¿Es posible...? —se estremeció Alciona de pies a cabeza y pali-deciendo más todavía.

—¡Mira y lee! —le ordenó Helvidia.

Alciona leyó, inclinándose, las palabras grabadas en la losa: «Aquí

yace Ombricio Rufo. Está más muerto que los otros muertos, porque ha vuelto a la mala vida. Su cuerpo se pasea entre los vivos, pero su alma se extinguió. Lloradle, discípulos».

Con un gesto de desconsuelo, Alciona dejóse caer sobre la losa, que abrazó llorosa. Después de haber llorado largo tiempo se incorporó y exclamó con sombría energía:

—¡Pues bien, yo resucitaré esa alma!

—No intentes lo imposible —aconsejóle Helvidia con voz suplicante.

Mas nada prevaleció contra la voluntad de la profetisa.

Unos días más tarde, con la ayuda de Helvidia substituyó la urna funeraria por una estatuilla de Eros alado, con la antorcha invertida, símbolo del Genio de la resurrección que vela a todos los muertos. Cada día acudía Alciona al jardín de Isis, soñadora, meditando y rogando junto a la estela. Su pensamiento se fijaba, a veces, en su rival Hedonia Metella, a la que no conocía personalmente pero a la que a menudo veía en sueños. A veces, la patricia se le aparecía desnuda, con toda su maravillosa belleza, los ojos llameantes y fijos, su tocado imperial coronado por una diadema, los brazos extendidos. Pero, cosa repelente, de pronto su cuerpo crecía con una gran membrana de color gris, casi negra. Esa membrana que unía las piernas y los brazos, como dos abanicos, se hallaba provista en sus extremos por unas enormes uñas, semejantes a zarpas, lo que asemejaba a tan magnífica mujer con un gigantesco murciélago o a una arpía, dispuesta a abalanzarse sobre la profetisa para ahogarla o desgarrarla. Pero la joven fijaba en la visión toda la voluntad como una aguda espada, hasta que la infernal forma palidecía y se desvanecía con el alarido de un ave salvaje. En cuanto a Ombricio, Alciona le veía sombrío y agitado. Ella le protegía con su amor como con unas alas blancas de paloma, pero le era imposible fijarlo, ya que siempre huía. Mediante estas meditaciones profundas y concentradas, la profetisa adquirió la convicción de que ella obraba sobre su lejana enemiga, consiguiendo obstaculizarla en sus propósitos.

En la misma época, Hedonia Metella, ya de regreso a Pompeya, reunió a sus partidarios y dispuso magistralmente la recepción en honor de Ombricio Rufo cónsul, así como para su casamiento con él. Hacía

varios días que estaba retirada a su mansión de Baia, donde custodiada por sus esclavos libios pasaba las noches sola en la gruta del promontorio, en el templo dedicado a Hécate. Era allí donde acostumbraba a recogerse, en las horas difíciles, para reunir todas sus fuerzas.

La hija de Metello tocaba ya el fin de sus deseos. La entrada triunfal de Ombricio en Pompeya con los honores consulares, seguida de la boda del triunfador con la patricia ¿no eran acaso la coronación de toda su vida de lujo y ambición? Durante largo tiempo había buscado al hombre que fuese su igual y al que, no obstante, ella podría dominar. Al fin lo había encontrado en el tribuno áspero y feroz. Lenta y seguramente lo había convertido en su instrumento. Y ahora le amaba única, celosamente, como a su arma, como a su obra, como a su cosa. Así, cuando ella le vertía el veneno de sus miradas, de sus caricias, en el misterio de sus expansiones nocturnas, cuando nadie podía sorprenderles, ella le llamaba «su César en potencia». ¡Y ay de aquella que se atreviera a disputárselo! Aunque ¿quién podría hacerlo? ¿Quién osaría a tanto? Y, no obstante, sordas inquietudes la asaltaban de improviso. Es el momento de alcanzar el fin supremo de la vida y de lograr la presa tanto tiempo deseada cuando llega a su colmo la angustia de perderlo todo. Hedonia pasaba muy malas noches. Soñaba con alciones y flores de loto que la asustaban sin saber por qué. El cielo estaba oscuro y cargado de nubes, el tiempo pesado. La mujer que a nadie temía sufría súbitos temblores en el silencio de la noche.

Una mañana, cabe el alba grisácea, una furiosa tempestad estalló en el golfo de Nápoles. A las primeras ráfagas, Hedonia saltó del lecho y fue hacia el parapeto del promontorio desde donde podía gozar del grandioso espectáculo. Desechando sus terrores, empezó a respirar anhelosamente, encontrándose de nuevo en su elemento. Espesas nubes interceptaban el día naciente. Ya el huracán se desencadenaba con agudos silbidos. El mar, de azul había cambiado al negro. Después, Hedonia se cubrió con una baba blancuzca como de mil perros aulladores. Al fin, se convirtió en una alimaña, como una horda de leones frenéticos, de pelaje alborotado. Más frágiles que las moscas zarandeadas por el viento, todas las barcas se habían refugiado en las caletas. Muy pronto, el vasto golfo pareció una caldera inmensa, espumante. La masa de olas enormes e innumerables asaltaba las costas.

Danzaban en torno a los arrecifes y los islotes, como la ronda de Anfitrite y sus ninfas.

De pie en el promontorio, inclinada hacia el abismo, aspirando febrilmente el aire, Hedonia parecía beberlo y saborearlo, junto con la espuma, el espacio y todo el mar. Ah, ese mar en el que ella se bañaba la víspera, penetrada de sus efluvios, impregnando su garganta ¿acaso no era ella misma? Entregándole su bello cuerpo, fundiéndose enteramente con sus aguas, ¿no lo había absorbido para ser a su vez, la ola, el alga y la sirena? Lo que amaba del mar era su furor devorador, cruel, insaciable, su riqueza hecha de naufragios y su indomable impassibilidad. Sí, el mar era igual a su inmenso deseo, con todas sus fuerzas latentes y todas sus energías. Y el huracán que la azotaba, que obraba en sus senos, ¿no era quizá la voluntad de Hedonia, que dominaba sus fuerzas y modelaba a su gusto sus deseos? Para mejor gozar del abrazo de los elementos enfurecidos, se desprendió del velo, desenrolló su cabellera, y desnudó sus brazos y su pecho. La tempestad rugía con frenesí y el mar se embravecía. La espuma de las olas llegaba al templo de Hécate y azotaba el rostro de la sacerdotisa. La mujer y el huracán cohabitaban entre sí.

—¡A mí, demonios del aire y del océano! —gritó Hedonia de repente—. ¡Entrad en el corazón de Hécate para que ella domestique el corazón de Pompeya!

Le parecía a Hedonia que aquel vendaval furioso que se abatía sobre el mar era Ombricio intentando dominar a su amante. Pero no lo conseguía. Puesto que el mar, equilibrado entre sus costas y sus acantilados, volvía a desplomarse sobre su masa, soberana aunque desencadenada, furiosa en la superficie, pero tranquila en el fondo. A la larga, ella fatigaba a su amo, lo absorbía, dueña de sí misma y del viento. Y así, formaban una sola fuerza, capaz de destruirlo todo.

Satisfecha por haber recobrado la calma y la confianza en sí misma, gracias a estas ideas, Hedonia entró en su mansión, situada detrás del promontorio, sobre el ribazo costero, en medio de un bosquecillo. Allí, durante todo el día, escribió misivas, recibió a mensajeros y dio órdenes. Por la noche, cuando volvió a la gruta del promontorio, a su retiro, donde solía pasar las noches, detrás del templo de Hécate, la tempestad había cesado. El mar, sin embargo, todavía azotaba el pie de los acantilados. Por el cielo corrían desordenadamente unas nubes negras,

ocultando la luna, que parecía navegar sobre una espuma de plata y ópalo. Hedonia se tendió sobre el lecho en el que había recibido el primer beso de Ombricio, beso sangriento, cuyo terrible encanto aún duraba en ella lo mismo que en él, pero cuyo final nadie podía prever. Esta noche tenía algo de inquietante y siniestro. Fuera, el viento gemía entre los árboles, a ráfagas cortas. Ese viento que desafiaba cuando sufría en la borrasca, le parecía ahora un traidor que espiaba sus pensamientos. Un murciélago acababa de penetrar en la gruta y revoloteaba contra las paredes apenas iluminadas por la luz rojiza de una antorcha. En el crepúsculo, Hedonia creía ver innumerables ojillos de larvas, fijos en ella, y sentir unas alas espantosas y unas patas velludas arrastrándose sobre su piel crispada. ¿Qué eran esos fantasmas, fluidos y fugaces, nacidos de los abismos del aire? Hedonia, que amaba al huracán como se ama a un amante, Hedonia, que no temía a los hombres ni creía en los dioses, Hedonia Metella tenía miedo del crepúsculo y de la brisa que lo penetraba todo. Un perro aulló a la luna. Hedonia creyó percibir el estertor de un agonizante y, después, el paso de un asesino. Se sobresaltó y asió el puñal que no la abandonaba jamás, saliendo a la terraza. Los ruidos que la atormentaban se debían solamente al gemido de una encina desgajada por la tempestad. Volvió a entrar en la gruta, que le servía de dormitorio y de zahúrda de sus operaciones mágicas, y vació una copa de vino de Sicilia especiada con laurel y clavos de girasol. Esta bebida le infundió un sueño muy pesado, si bien toda la noche estuvo poblada de crueles pesadillas. Creía ver a Ombricio manchado con la sangre de Cecina, como con un manto de púrpura. El joven la contemplaba con miradas de reproche. Una virgen muy blanca se le aproximó con un gesto de súplica. Al instante, Ombricio se arrojó sobre Hedonia para arrancarle el puñal consagrado por Hécate. Hedonia le asestaba puñaladas y al mismo tiempo sentíase asida por unas garras de hierro en la garganta, garras semejantes a las de Némesis, la diosa de las represalias, de pies y manos de acero.

Hedonia exhaló un terrible jadeo y se despertó, lanzando un alarido.

¿Cómo? ¿Sería vencida?... ¡Ella! ¿Vencida por quién? ¿Por una miserable virgen? Ah, sí, la había reconocido... Sólo podía tratarse de su gran rival. ¡Alciona! Y de pronto tuvo la sensación de que, desde lejos, la sacerdotisa de Isis la perseguía con la espada invisible de su voluntad

de virgen, que obraba de manera oculta sobre Ombricio y amenazaba, desde el fondo de su templo, con deshacer la trama sabiamente tejida por la patricia. Hedonia se llevó las manos a sus sienes, que rezumaban un sudor frío. Se estremecía su cuerpo entero. Encendió un haz de resina del antorchero y penetró en su santuario, en la gran cueva de estalactitas. Allí era donde se elevaba, en su nicho, su única divinidad, Hécate, fantasma de piedra, imagen de sí misma, creada por ella y a la que, no obstante, consideraba como el único poder. Hécate, pálida y terrible, la contemplaba con ojos sangrientos. Y aquellos ojos le dijeron: «Para vencer a tus enemigos, hazme insensible e implacable». Entonces tomó una grave resolución. Tenía que encontrarse, cara a cara, con la sacerdotisa de Isis para amedrentarla, desafiándola abiertamente, paralizándola y, si era preciso, matándola con la mirada envenenada de su odio. ¿Mas cómo disponer tal entrevista?

De vuelta a Pompeya, Hedonia llamó al viejo esclavo que le servía de agente en sus empresas secretas y le ordenó espiar los hechos y hasta los gestos de la sacerdotisa de Isis. El esclavo regresó por la noche y le contó a la patricia que la joven iba todos los días al jardín de Isis donde pasaba largas horas sumida en la meditación y en la plegaria, cerca de una pretendida tumba de Ombricio Rufo.

—¡La infame! —gritó Hedonia Metella—. Quiere matarle y matarme con él mediante sus operaciones mágicas. Ésta será una nueva acusación contra los isíacos. ¡Están perdidos! Pero es preciso que la sorprenda, que la vea por fin... cara a cara. Mañana iré al jardín de Isis y tú me acompañarás.

Hedonia Metella había recobrado toda su serenidad y toda su fuerza. Cierta que sospechaba que la profetisa tenía un poder desconocido, pero al menos ahora se hallaba enfrentada a un hecho real. Ya no se trataba de lo Invisible que la rodeaba de enemigos impalpables. Ahora sabía dónde estaba el enemigo y cómo debía atacarle.

Ahora llegaba ya la lucha... una lucha a muerte, entre Ella y la Otra.

Al día siguiente, Alciona le suplicó a Helvidia que la dejase sola en la fuente de los lotos. Un anciano sirviente debería acompañarla a Pompeya a la caída de la tarde. Alciona, pues, sentóse bajo la mimosa, al borde de la fuente, cerca de la estela. Contempló durante algún

tiempo la pileta del agua durmiente, cuyos lotos estaban muertos casi en toda su totalidad. Sólo uno se asomaba aún a flor de agua, aunque al parecer sin fuerzas ya para abrirse. El sol se ocultaba detrás de un grupo de olivos y acariciaba a la blanca sacerdotisa con sus áureos rayos. Alrededor de la joven todo se hallaba bañado en una luminosidad dorada: las ruinas del templo de Ceres ceñidas de laureles rosados, la capilla de Perséfone en su macizo de cipreses, las anchas hojas de las plantas acuáticas sobre la fuente, y el follaje transparente de la mimosa que recaía sobre el agua estancada como una rubia cabellera.

Pero en el corazón de Alciona sólo había tristeza y tinieblas, y esa tristeza se interponía como un velo negro entre ella y el mundo. En vano, desde hacía unos días, invocaba a Ombricio. En vano esperaba su regreso, ante la llamada de su corazón, a ese lugar santificado por su juramento de amor. Entre ella y él, se habían roto los últimos lazos. Se dejó caer al pie de la estela y cerró los ojos. Cálidas lágrimas se deslizaron por entre sus párpados. Interiormente, se consagraba a la muerte. Y con esta idea recobró una especie de paz. Pero a este sentimiento dulce se añadió otro inquietante y penoso. A pesar de tener los ojos cerrados le pareció que una sombra densa pesaba sobre ella. La sensación le resultó casi insoportable. En aquel instante oyó un roce entre los juncos. Se volvió y lanzó un grito agudo. A cuatro pasos de ella una joven de elevada estatura, luciendo una amplia estola gris, elegantemente tapada con un velo negro, se hallaba de pie contemplándola con mirada severa, los brazos cruzados sobre el pecho. Su cabellera ahuecada ponía en su amplia frente una aureola sombría, coronada por una diadema. Alciona reconoció la figura que a menudo veía en sueños, provista de alas de arpía. Pero la mujer viva era mucho más terrible en su siniestra inmovilidad que la sombra fantasmal formada por los vapores del sueño. Lentamente, Alciona se incorporó contra la estela, a la que se aferró como el pájaro fascinado por la serpiente se aferra a una rama de su árbol. Al fin murmuró con voz ahogada:

—¿Qué quieres de mí?

Gozando con el miedo que inspiraba, Hedonia no respondió.

—¿Quién eres? —preguntó Alciona con una energía desesperada.

—Soy la que no esperabas —replicó la patricia con su voz profunda y bien timbrada—. Ya debes saber mi nombre. Me llamo Hedonia

Metella, y soy asimismo sacerdotisa de Hécate. Ten cuidado, pues conozco el crimen que meditas.

—¿Qué te he hecho yo? —exclamó la profetisa abrazando con más fuerza el helado mármol.

—¿Qué me has hecho? Bien lo sabes, maldita hechicera. Con tus pensamientos malvados y los ritos perversos de tu sacrílega religión, luchas contra mí para destruir mi obra. Destruyes mi vida y la de los míos.

—¡Mientes! —proclamó Alciona—. Di ¿qué mal he cometido?

Hedonia se aproximó a la profetisa con paso de alimaña y, casi tocándola, inclinó hacia la estela su semblante inexpressivo, aunque el odio daba a su tez un tinte oliváceo.

—¿Qué significa esa falsa tumba en la leo «Aquí yace Ombricio Rufo»? Eres tú, maldita, quien ha inventado ese simulacro para encerrar su alma en este sepulcro y conducirla a la muerte. Este es el altar sacrílego de tus conjuros criminales.

Al oír tal injuria, Alciona recuperó su dignidad de sacerdotisa.

—Este cenotafio fue elevado al discípulo desleal por sus maestros. Esta es la costumbre pitagórica. Se llora así al ausente. Pero no hay magia alguna unida a ello. En cuanto a mí, vengo aquí todos los días para pensar en el que antaño me amó y al que yo sigo amando todavía. Pienso en él y le llamo para que regrese a la luz de Isis. No, no deseo su muerte sino su salvación. Ya que ha caído en las tinieblas de tu maleficio.

—¿Maleficio? Tú eres quien lo comete. Durante demasiado tiempo ese pobre tribuno fue vuestro huésped y vuestro esclavo. ¿Por qué no lo has conservado? Yo no te lo hubiese disputado. Pero bastó que me viese dos veces para que fuese mío. Ahora que he hecho de él un hombre poderoso, un cónsul, quieres quitármelo por medio de tus sortilegios, pero, por muy astuta que seas, no lo conseguirás. Ombricio Rufo me pertenece de por vida. Es mi conquista y mi bien, mi cetro y mi diadema. Ejercita tus artes contra otras presas mas no toques la mía, pues no lo soportaré. Haré que mis gentes destrocen por completo esa tumba fingida. Para empezar, volcaré la imagen de ese Genio fúnebre con el que meditas la muerte de mi esposo.

La mirada llameante, dominadora, Hedonia iba a poner la mano sobre la estatua como si al romper aquel símbolo quebrantase al mismo

tiempo el poder de la profetisa. Pero ésta, con gesto fiero y expresión trágica, se interpuso.

—¡No tocarás la imagen de mi Genio protector sin antes haberme despedazado!

—¡Miserable! —exclamó Hedonia, dejando estallar su cólera viperina—. ¿Te atreves a desafiarme? ¿Ignoras acaso que tú y los tuyos estáis condenados por anticipado, que estáis perdidos? ¿Ignoras que estás en poder mío? ¡Obedece y márchate de aquí o te mataré, bruja, hechicera, tal como es mi derecho, con esta arma consagrada a Hécate, que han besado los labios de Ombricio!

La hoja, que dormitaba bajo el velo y sobre el seno ardiente de la sacerdotisa de Hécate, relució en su mano ya levantada. Hedonia estaba segura que ante esta amenaza la virgen cedería. Miraba a su presunta víctima con todo su desdén de patricia, con todo el odio hacia una rival. Pero Alciona se irguió, bajo el arma desnuda, en un transporte profético. Sus ojos, ahora de color violeta, adquirieron tal fuerza de proyección, que al instante turbó a la romana, como si se tratase de otro puñal más afilado que el suyo.

—¿Morir... por él... y por ti? Pues bien, sí, lo quiero. Mas no ignoras que entonces le perderás. Volverá a amarme cuando hayas vertido mi sangre. Puesto que tú sólo posees su cuerpo y yo poseo su alma. ¿Es mi corona inmortal la que pretendes darme? Sea, la acepto.

Con ademán reposado, Alciona asió la corona de laurel suspendida de la estela, mientras Hedonia retrocedía un paso.

—¡Golpea! —continuó la profetisa cada vez más exaltada.

Y como Hedonia, asustada a su vez, seguía retrocediendo, Alciona, con un brusco movimiento se desgarró la túnica, mostrando a la moribunda luz del día su seno nívco, como una concha de nácar.

—¡Golpea aquí! ¡Vamos ya! Así él se salvará por mi sangre. Golpea ese pecho virginal que ha ardido por él en las noches solitarias, mata a la que está destinada al holocausto. Tú lo has tenido cien veces en tus brazos; yo, la Vidente, lo poseo de manera distinta a ti. Yo estoy protegida por un Genio. ¡Yo soy la Victoria después de la muerte!

Paso a paso, Hedonia iba retrocediendo bajo el relámpago de aquellas palabras y bajo los dardos penetrantes que surgían de las pupilas de Alciona. Con su arma impotente, la maga derrotada parecía no

poder defenderse contra la virgen impetuosa que la perseguía con la corona en sus manos. De este modo ambas jóvenes llegaron a la boca del sendero en pendiente, al otro lado del estanque. Allí Hedonia dio bruscamente media vuelta y huyó apresuradamente como una furia vencida, dejando oír un jadeo sibilante de cólera.

En la puerta del jardín encontró su litera y sus libios que la aguardaban. En el momento de subir a la litera divisó a Memnonés que entraba en el jardín de Isis, y que la miró con suma extrañeza. En el rostro descompuesto de la joven el sacerdote leyó el temor y en sus ojos una inextinguible sed de venganza.

El presentimiento de un grave peligro había hecho que Memnonés se dirigiese al jardín de Isis. Su encuentro con la patricia confirmó sus temores. Halló a Alciona con las manos crispadas en torno a la estatua de Anteros. Al ver a Memnonés, se arrojó en sus brazos. En sus ojos brillaba una expresión de triunfo. La sangre hervía en sus venas. Todo su cuerpo parecía arder.

—¿Qué te ha hecho esa infame? —inquirió al momento Memnonés—. ¿Qué pretendía de ti?

—¡Matarme! —respondió Alciona—. ¡Pero yo la he arrojado de aquí! ¡La he arrojado... la he arrojado!

Estas palabras surgieron de la garganta de la profetisa como tres alaridos, si bien el último fue casi un suspiro. La tensión excesivamente violenta había vencido su resistencia. De repente la abandonaron las fuerzas y cayó, desvanecida, en los brazos de Memnonés, el cual la condujo con precaución a la gruta situada detrás del estanque, donde depositó el precioso fardo en la arena, hecho lo cual fue a sentarse sobre una roca, apoyando la cabeza de la profetisa sobre sus rodillas. La joven estuvo inerte largo tiempo, sumida en una especie de anonadamiento, mientras que Memnonés alisaba sus dorados cabellos de los que el fluido vital se escapaba en sutiles centellas. Cuando por fin salió de su letargo, la noche había ya sucedido al día y las estrellas taladraban, como los ojos del abismo, el sombrío azul, más allá del frágil follaje de la mimosa.

Alciona irguió el busto y la cabeza y se hincó de rodillas sobre la arena. Pasó varias veces la mano por su semblante, como si regresara de

muy lejos. Miró a su alrededor y luego a Memnonés, dando signos de extrañeza, hasta fijar su mirada en el cielo estrellado y en la estela. A medida que lo iba reconociendo todo se pintaba en sus pupilas una desolación más honda, una desesperación más terrible.

—¿De dónde vienes? ¿Qué te sucede, Alciona mía? —quiso saber Memnonés.

—Anteros vela allí arriba —replicó la joven tristemente, levantando un dedo—, en su luz de oro, pero aquí, en las tinieblas, no tengo a nadie que me ame.

—¿Y yo? —objetó Memnonés, abriendo los brazos.

Alciona se incorporó y contempló a su padre adoptivo. En sus ojos adivinó un dolor infinito, tan grande como el suyo, el de no ser amado. Entonces, recordó todo lo que él había sido para ella y permaneció inmóvil unos segundos. Al fin también abrió los brazos y se precipitó hacia el pecho acogedor de Memnonés con uno de esos gritos salidos del corazón que ninguna palabra puede reemplazar. Aquel gesto, aquel grito llenaron el abismo que les separaba desde hacía cuatro años. Acto seguido, Alciona se disolvió en un mar de lágrimas. Luego, poco a poco se fue calmando bajo las tiernas caricias del hierofante. Cuando al fin levantó la cabeza, sus manos en las de Memnonés, ambos se contemplaron en silencio a través de un doble velo de lágrimas.

Todas las barreras existentes entre ellos acababan de derribarse. Al fin sus almas se miraban cara a cara. Las dos se fundían en lo infinito de su dolor y esa fusión les penetraba de una felicidad perfecta.

No, nada en la tierra ni en el cielo podía ser más divino que aquel silencio y aquellas miradas. El olvido completo de sí mismos en un puro amor les liberaba de toda cadena. A través de su ser pasaba una vibración del Alma del mundo, un rayo del corazón de Isis.

Capítulo XVIII

EL REGRESO DEL CÓNsul

Una mañana de agosto del año 833 de la fundación de Roma (79 de la era cristiana), una siniestra noticia estalló en Pompeya como un rayo.

Acababan de reunirse los comicios en el foro para nombrar nuevos ediles. Los decuriones en laticlavia se hallaban en el centro de la plaza y arengaban a la multitud en círculo para apoyar a sus candidatos. Los tabeliones, provistos de sus registros, llamaban en voz alta a los votantes. El foro se hallaba repleto de una muchedumbre bulliciosa constituida por libertos, artesanos, obreros de todas clases. Los panaderos hacíanse notar por su voz estentórea, los bataneros y los barberos por sus agudos gritos. De pronto, ante los senadores, en el centro del foro, apareció un legado del César, condecorado con el título honorífico de tribuno del pueblo. Lo mismo que los senadores, llevaba la toga blanca ribeteada de rojo, pero un velo negro le cubría la cabeza como señal precursora de una mala noticia. Agitaba en su mano una ramita de olivo con un velo del mismo color fúnebre. ¿Qué iba a anunciar? ¿La muerte del emperador o de un miembro de la familia imperial? ¿Una prohibición de los juegos circenses para castigar a Pompeya por sus continuas pendencias de gladiadores o el exilio de algún ilustre ciudadano? ¿Qué plaga iba a abatirse sobre todos o sobre uno solo? Entre aquella masa humana corrió un prurito de curiosidad ansiosa, mezcla de terror, piedad y crueldad que se apodera de las multitudes a la proximidad de una desdicha. Por fin la plebe calló y el enviado del César habló:

—¡En nombre del Emperador y del senado romano a la ilustre ciudad de Pompeya, salve! Tito César, sucesor de Vespasiano, atento a la prosperidad y a la felicidad de esta ciudad, ha sabido que está minada por unos hombres peligrosos que pervierten sus costumbres y amenazan

con la anarquía al pueblo romano con unos cultos extraños y unas doctrinas enemigas del Imperio. Para proteger a la ciudad contra sus adversarios, así como para defenderse a sí mismo, el César lleva delante de su tribunal al duunviro Marco Helvidio y a su esposa, a Memnón de Alejandría, sacerdote de Isis, y a la profetisa Alciona, bajo la triple acusación de conspirar contra el pueblo romano, de sacrilegio contra el Emperador y del crimen de la magia. Para juzgar este proceso ha delegado sus poderes en su colega el cónsul Ombricio Rufo, quien dentro de tres días hará su entrada triunfal en esta ciudad y juzgará la causa en el tribunal de Pompeya.

Algunos gritos de «¡Gloria a César Augusto!» lanzados por los hedonianos allí apostados siguieron a esta proclama, pero el pueblo que llenaba la plaza la acogió con un aterrador silencio. Todo el mundo se mostraba consternado. La acusación a un duunviro, primer magistrado de la urbe, era cosa grave y casi un ultraje a la ciudad. Además, la gente respetaba a Helvidio a causa de su carácter afable, de su amor a la justicia y a su generosidad. En cuanto a la profetisa, la amaban por su encanto y su bondad. Sabían que era más pura que Diana al salir del baño. Había curado a muchas personas y todos se complacían en verla con su túnica de sacerdotisa de largos pliegues hieráticos. La gente del pueblo la llamaba la Vestal, y los artistas la paloma de Isis. Hubo, pues, murmullos de compasión entre la variopinta muchedumbre, y se oyeron estas palabras de boca en boca: «¡El bueno de Helvidio! ¡La pobre Alciona!»

Sin embargo, Léntulo, el duunviro colega del acusado se adelantó para calmar al pueblo. Su discurso fue prolijo, cauteloso, lleno de hábiles halagos y lo finalizó con estas palabras:

—No creáis que Tito César tenga agravios contra esta ciudad ni que albergue odio alguno contra los acusados. Aunque graves acusaciones se han formulado contra ellos, serán juzgados aquí, ante vosotros, con absoluta imparcialidad. Todos seréis testigos en esta causa. Los acusados podrán defenderse y si son inocentes el mismo César los colmará de elogios y castigará a sus calumniadores. Respecto al ilustre Ombricio Rufo, no sólo llega cargado de victorias y con la confianza del César, sino como jubiloso triunfador. Para celebrar su victoria contra los bretones dará a Pompeya dos grandes espectáculos en el teatro y tres

combates de gladiadores en el circo. Preparaos para recibirle dignamente.

La promesa de una fiesta triunfal y de juegos públicos ejercía tal atractivo sobre el pueblo que grandes gritos de alegría acogieron el discurso de Léntulo, y tal es la versatilidad de las muchedumbres que la efímera simpatía por el duunviro y los isíacos pronto quedó ahogada entre el tumulto provocado por las faustas noticias recién escuchadas.

Desde hacía varios meses, Memnonés, informado de las maquinaciones de Hedonia en Roma y de las intrigas de los hedonianos en Pompeya, había previsto el golpe fatal. Por eso, presionó a Helvidio para que lo evitase, abandonando Pompeya con todo el grupo de sus leales en el trirreme que desde hacía tiempo estaba preparado, a fin de proseguir la obra santa en alguna ciudad de Grecia o Egipto, lejos de la mirada suspicaz del César y de la insidiosa patricia que había jurado la pérdida del grupo. Helvidio, empero, mantenía ideas distintas. Respondió que había llegado la hora del gran combate, que era necesario resistir el choque y desafiar al enemigo cara a cara, a riesgo de la vida. Contaba con el poder de su palabra, con el prestigio de la profetisa y, pese a todo, con la justicia del César. Y prevaleció su voluntad.

Cuando Alciona supo que Ombricio regresaba como triunfador y juez de los suyos, sólo vio y comprendió una cosa: que volvería a verle y se encontraría ante él. Esta sola idea despertó la invencible esperanza de la amante y todo su orgullo de sacerdotisa. Al momento concibió el deseo de intentar un último esfuerzo para llevar a su antiguo prometido, convertido en poderoso cónsul, a la luz de la verdad por la fuerza de su amor. Y este deseo, apenas concebido en aquel corazón ardiente y virginal, se transformó en una radiante certidumbre.

Hedonia, por su parte, segura del favor del César y gracias a las victorias de su amante, se consideraba reina en su palacio de Pompeya, preparando con Léntulo y la cofradía hedoniana la recepción triunfal para Ombricio, que sería seguida a corta distancia por su boda con el cónsul. Pero en medio de aquella alegría había un gusano roedor. ¿Podía olvidar su vergonzosa derrota en el jardín de Isis, el seno desnudo de la profetisa retando a su puñal, la mirada triunfal de la virgen que la había arrojado de allí como a una ladrona, y la corona de laurel blan-

dida contra ella en señal de victoria? Mujer refinada en la voluptuosidad y en el arte de la vida, Hedonia era un hombre en la acción. Lo que más considera el hombre es la fe en sí mismo. Despojado de todo, con ella aún es capaz de conquistar un mundo. Mas sin esa fe, a pesar de tener el mundo en sus manos, ese mundo se reduciría a polvo. Porque esa fe es la fuerza de las fuerzas, la médula del valor, la ciudadela de la voluntad. Eso lo saben tanto los malvados como los buenos. Por tanto, no pueden perdonar a quienes les hacen dudar de sí mismos. Por eso, Hedonia Metella, a pesar de estar segura de Ombricio, no perdonaba a la profetisa. Necesitaba un desquite esplendente, la humillación de su rival, la destrucción de los isíacos. Sólo así la ultrajada romana volvería a ser, ante sus propios ojos, la invencible Hedonia Metella. Además, disponía, de acuerdo con Léntulo, la marcha del proceso, las fórmulas de la acusación, la lista de testigos.

Mientras tanto, Ombricio viajaba de Roma a Pompeya con una guardia compuesta por una cohorte de legionarios. Se le aclamaba al paso y le arrojaban flores. Había alcanzado la meta de sus deseos y, no obstante, jamás había experimentado una angustia mayor. Hedonia le había impuesto el papel de juez de los isíacos y sabía que su condena era la condición de casamiento con la patricia. Este papel le repugnaba. Pese a todo, Memnonés, su antiguo maestro, le infundía respeto. Por otra parte ¿podía acaso ser el verdugo de Alciona? Desde la misteriosa escena del beso de Anteros sentía contra la joven profetisa un amargo resentimiento. Sin embargo, aunque tuviera que acusar al sacerdote de impostor y a la profetisa de traidora, no por ello Alciona dejaba de ser un ser aparte, extraño y sagrado. ¿Qué experimentaría ante su presencia? ¿Cómo, en ese proceso de odio y venganza, conciliaría su dignidad de cónsul y de juez con la tiránica voluntad de Hedonia Metella y la piedad debida a una virgen... tal vez inocente?

Mas cuando Ombricio fue recibido con gran pompa a las puertas de Pompeya por el senado de la ciudad, por los flámenes de Júpiter y por la misma Hedonia a la cabeza de las sacerdotisas augustales; cuando por la noche se encontró en el ninfeo de la patricia halagado y acariciado por Hedonia y sus partidarios; cuando divisó las llamas de su próximo himeneo brillar como antorchas ardientes en los grandes ojos negros de su amante... todos sus escrúpulos y temores se desvanecieron.

La que le vertía en una misma copa la embriaguez de la voluptuosidad y la ambición recuperó sobre él todo su imperio. A partir de aquel instante, el joven cónsul experimentó una extraña sensación. El néctar embriagador que bebía a largos sorbos en los ojos, en los labios y en la voz de Hedonia, corría por sus venas como un sutil licor. Dicho néctar endurecía su corazón y revestía su pecho con unas escamas impene-trables a todos los prestigios de Isis.

El proceso llevaba ya varias semanas de duración. Se había escuchado a los testigos y se había interrogado a los acusados. Finalmente, llegó el día de emitir sentencia.

El tribunal público de Pompeya era una sala abierta, formada por tres arcadas, frente al templo de Júpiter, al otro extremo del gran foro rectangular. Bajo cada arcada se elevaba una maciza silla curul de mármol. En la más alta, la del centro, sentábase como juez el cónsul Ombricio Rufo; a su derecha, el duunviro Léntulo; a su izquierda, un decurión en calidad de secretario, disponiendo todo el procedimiento. Detrás del cónsul, el busto de César, de mármol blanco, se destacaba sobre un inmenso trofeo de armas, compuesto de escudos, jabalinas y águilas de bronce, insignias de las legiones. En aquel sol de bronce con rayos de acero estallaba el poder de Roma, reina del universo por las armas. Frente al juez, más bajo y en la plaza, habían levantado una especie de tribuna de madera donde se hallaban los cuatro acusados: Helvidia, su esposa, el hierofante de Isis Memnonés y la profetisa Alciona. Lictores y legionarios formados en semicírculo separaban a los acusados de la multitud enfebrecida que atestaba la plaza.

Los testigos de diversas ciudades y los de Pompeya misma no habían logrado demostrar ningún crimen de los acusados ni siquiera alguna transgresión de las leyes. Pero aquel día, Léntulo, reanudando y resumiendo su acusación, rodeó a Helvidio y Memnonés en una red de insinuaciones pérfidas. Acusó a su colega de haber querido, mediante sus múltiples viajes, separar a varias ciudades de Italia y Sicilia del pueblo romano, instigando a los senadores a restablecer el gobierno aristocrático y haber aspirado él mismo a la realeza. Su discurso concluyó con un virulento apóstrofe contra el sacerdote de Isis.

—Respecto a ti, Memnonés, eres sólo un soporte del conspirador

Helvidio. Introdujiste aquí el culto de una falsa diosa, la Isis egipcia, para apartar al pueblo de los dioses de la patria. Con tu profetisa, una joven pitonisa, te entregaste a prácticas mágicas. Ella predecía el porvenir, curaba a los enfermos en nombre de genios maléficos y echaba el mal de ojo a sus enemigos. Por fin, os habéis negado los dos, así como Helvidio y su esposa, a sacrificar a la divinidad de Augusto y del César vivo que reina en el mundo. Por todos estos crímenes esperamos que el cónsul los condene según la ley. Exijimos que el trirreme funesto, que llevó la revuelta a la costas de Italia, nos sea entregado; que sus armas y sus tesoros pasen a poder del Emperador; que la carcasa del navío maldito, cargado de maleficios, sea despedazada y quemada en la playa por la municipalidad de Pompeya.

Helvidio se puso de pie y refutó una a una las acusaciones de Léntulo, salvo la referente a negarse a sacrificar al César, que pasó en silencio. Finalizó con las siguientes palabras que afirmaban sin temor su pensamiento, sus designios, sus esperanzas:

—No he combatido al César, he defendido la libertad de las ciudades y sus antiguas tradiciones. Las ciudades se crean para lograr una élite de hombres libres que enseñen la libertad y la dignidad al pueblo. Hoy día, por la falsedad, el vicio, la mentira y la corrupción, sólo forjáis esclavos del César o de la plebe. Nosotros, los iniciados, trabajamos para una época en que los poderes de la ciudad serán juzgados según el valor de las almas, y de ello os damos ejemplo en nuestro círculo en el que todas las almas son libres, si bien cada una obra de acuerdo con su rango. Por este sueño divino, por esta verdad eterna, estamos igualmente dispuestos a vivir y a morir.

—¡Tú querías ser rey! —gritó Léntulo.

—¡Sí, rey según el espíritu! —respondió el acusado con voz vibrante y altanera.

A su vez, se levantó Memnonés y pronunció estas graves palabras:

—No sé si somos culpables según las leyes del imperio y de la religión romana, pero no lo somos según las leyes divinas inscritas en todas las conciencias puras. Nosotros sólo afirmamos la verdad que se revela a cada uno de nosotros en los arcanos de la conciencia y en las cimas de la meditación. Esta eterna verdad es la más oculta al vulgo y la más antigua del mundo; fue la de los iniciados de todos los tiempos.

Se adivina por el entusiasmo, se conquista por el sacrificio, se demuestra por la acción. El orden que deseamos establecer en la tierra es solamente el reflejo de la sublime jerarquía que reina en las fuerzas del universo visible y en el mundo de los espíritus en el que penetramos. Marchamos hacia una era en que los dioses serán comprendidos en su esencia y se fundirán en la luz de Isis, que es el Alma del mundo.

—Hablando así —intervino Ombricio—, blasfemas contra los dioses del Estado y te confiesas culpable.

—Hubo un tiempo —continuó Memnonés—, en que tú, que hablas tan alto, estabas cansado de esos dioses de piedra y bronce, de los que la tiranía ha hecho sus instrumentos. Viniste a nosotros, sediento de la verdad y de la esperanza en la luz. Entonces nos llamabas tus maestros, Ombricio Rufo. Ahora pretendes juzgarnos y tú mismo te condenas al calabozo de los remordimientos que te ahogan. No somos nosotros los que te tememos, sino tú quien tiembla ante nosotros. Antaño hicimos hablar de ti a los dioses vivos, al Espíritu revestido de fuego y luz. ¿Osas decir que no lo viste? ¿Osas pretender delante de este pueblo que no creíste en la profetisa que tienes delante, que ella no te aportó un testimonio de la verdad?

Ombricio llevaba su máscara más dura y más altiva y, no obstante, experimentó una involuntaria emoción al oír la voz de su antiguo maestro. Por primera vez, desde el comienzo del proceso, se atrevió a mirar fijamente a Alciona, cuyos ojos habían adoptado su resplandor visionario. Se le vio vacilar.

En aquel momento se produjo una conmoción entre la muchedumbre. Hedonia Metella, saliendo del templo de Augusto, apareció seguida de sus sacerdotisas augustales. Ataviada como gran sacerdotisa también, con una estola púrpura, diadema en la frente, la cabeza envuelta por una gasa violácea, se situó en el centro del semicírculo, frente al tribunal.

—Vengo como testigo para apoyar a la acusación —exclamó Hedonia—. Hace un mes hallé a la sacerdotisa Alciona arrodillada delante de una falsa tumba del cónsul Ombricio Rufo. La estela está en el jardín de Isis, donde todo el mundo puede verla con el nombre del presunto difunto. Por venganza, ella invocaba a sus genios maléficos, a fin de matar a distancia al cónsul que ella temía como a su juez.

Un fuerte murmullo recorrió el gentío. Alciona se levantó y proclamó con voz clara y tonante:

—¡No, jamás! No era su muerte sino la mía la que le suplicaba a Dios. Junto a la estela, levantada por sus maestros al discípulo desleal, yo me ofrecía en sacrificio para que él se salvara.

Otro murmullo de admiración partió de otro grupo del pueblo. Sostenida por esta oleada de simpatía, Alciona súbitamente inspirada, abandonó el banco de la tribuna, subió los tres peldaños del tribunal y, arrodillándose a los pies del cónsul, tendió hacia él con gesto suplicante la flor de loto que llevaba en la mano. Su voz dulce y penetrante se exhaló como un suspiro, y desde lejos se oyeron sus palabras:

—¡Acuérdate, Ombricio Rufo!

Sin embargo, los hedonianos, al ver al cónsul inseguro y comprometida su causa, gritaron en tropel:

—¡Ella es culpable! ¡Se ha demostrado su delito! ¡A las gemonías¹ la hechicera!

Ante este movimiento que amenazaba su libre decisión, Ombricio se puso en pie y extendió una mano hacia la joven.

—¡Silencio! —ordenó a la multitud—. ¡Aguardad la sentencia!

Hedonia Metella, al ver que le disputaban la victoria y que Alciona ganaba terreno en el ánimo de su juez, se irguió con orgullo desdeñoso y prosiguió acusando:

—Esto no es todo. Esta mujer mendaz y pérfida, que ahora llora y suplica para engañar a su juez, yo la vi, yo la oí amenazarme de muerte como una furia sobre la tumba simulada de su antiguo amante.

—¡Mientes! —refutó Alciona, irguiéndose también como un lirio—, fuiste tú la que quisiste matarme con tu puñal... ¡Pongo por testigos a los dioses y a mi divino protector, el que me salvó de ti, mi buen Genio Anteros!

Ante este gesto, ante este nombre, Ombricio revivió en su memoria la escena del beso de Anteros. Su amor desesperado por la sacerdotisa y sus furiosos celos contra el inasequible amante, despertaron de repente, dejándole en una espantosa incertidumbre. Fue tan fuerte la im-

¹ Despeñadero del monte Aventino o del Capitolio de Roma por el que se arrojaban desnudos los cadáveres de los criminales ejecutados. [N. del T].

presión, que durante varios segundos creyó percibir, por encima de la profetisa que desafiaba a su rival, la aparición de la capilla de Perséfone. Pero no era ya un pastor con un cayado, no era ya un Eros con la antorcha, sino un joven guerrero que, semejante a un nuevo Harmonio, llevaba una espada envuelta en una rama de mirto.

El cónsul sintió miedo y retrocedió un paso, apoyándose en la silla curul.

Aprovechando esta circunstancia y dirigiéndose al pueblo, Hedonia gritó:

—¡Ved, quiere hechizar a mi esposo invocando a su demonio!

Ante esta nueva situación, que hacía surgir los pensamientos más secretos del alma y descubría los más profundos resortes de la voluntad, esta escena que enfrentaba a dos amantes rivales disputándose a un juez aterrizado, ante este estallido que cambiaba el tribunal en teatro, todas las pasiones de la multitud se desencadenaron como un embravecido mar.

—¡Viva la profetisa! —gritaban unos.

—¡Viva Hedonia Metella! —proferían otros.

—¡Viva Ombricio Rufo! —proclamaban algunos.

La patricia, viendo que en aquel tumulto espantoso faltaba una acción y una palabra suprema para atraer al pueblo y hacer caer de su lado el platillo de la justicia humana, tuvo también una inspiración. Corrió hacia el tribunal y asió al cónsul por un hombro como para arrancarlo de su obsesión, y después, colocando en su cabeza una corona de oro que tenía en la mano, gritó:

—¡Muerte a los isíacos!

Las protestas de la minoría fueron ahogadas por el inmenso clamor general. A partir de aquel momento, en esa masa humana en delirio, no hubo ya ni juez, ni tribunal, ni testigos ni auditores, y sí tan sólo un grupo de amantes inmóviles envueltos en un océano de pasiones hirvientes. Al contacto de Hedonia, que lo tenía abrazado con gesto triunfal, Ombricio sintióse liberado de sus temores, como devuelto a la tierra. Ya no veía ni a la profetisa ni a sus antiguos maestros. Solamente oía los rugidos de la muchedumbre, de ese monstruo de mil cabezas, y sentía el cálido efluvio que partía del brazo de Hedonia y que invadía su corazón y su cerebro. La patricia, entonces, murmuró unas palabras a

su oído. Cuando el alboroto se hubo calmado, el cónsul pronunció la sentencia en medio de un silencio sepulcral.

—Los isíacos son culpables. Que los conduzcan a la prisión de la Curia. César decidirá sobre su destino.

En medio de las vociferaciones que siguieron a este veredicto, Alciona permaneció inmóvil. Ombricio ya no la veía, pero Hedonia Metella fijó en ella sus ojos centelleantes de triunfo. Con un gesto hierático, Alciona llevó ambas manos a su pecho. Su semblante mostraba una expresión espectral. Sus ojos eran unos ojos ausentes. Nadie observó los estremecimientos que sacudían continuamente su cuerpo. Seis lictores rodearon a Memnonés, a Helvidio y a su esposa para conducirlos a la prisión subterránea de la Curia Augustal. Otros dos asieron brutalmente a la profetisa por los brazos. Inerte, no se debatió. En aquel momento, un grupo de hombres, mujeres y niños, empezaron a gritar:

—¡No hagáis mal alguno a la profetisa que nos ha curado! ¡Ella es sagrada!

Un viejo sacerdote de Apolo, que había asistido a toda la escena del tribunal, intervino y dijo, de forma para ser comprendido por el cónsul y Hedonia:

—Que lleven esa virgen al templo de Apolo. Es una pitonisa. Prohíbo que se la toque y la tomo bajo mi custodia. Si César la reclama, Apolo se la entregará.

Nadie osó protestar. Los lictores soltaron a Alciona y, en medio de un respetuoso gentío, marchó, hacia el templo de Apolo, que se levantaba frente a la Curia, la profetisa blanca como su túnica apretando contra su pecho la flor de loto.

Capítulo XIX

LA FLOR DE LOTO

En una oscura celda del templo de Apolo, el anciano sacerdote estaba de pie ante la profetisa, sentada en un camastro.

—Esta es tu morada —díjole el viejo—, aquí nadie te molestará. Sabemos que un dios habla por tu boca y te defenderemos. No temas nada, pues, y descansa.

Por toda respuesta, Alciona inclinó la cabeza en señal de asentimiento y tendió ambos brazos en reconocimiento. Después, cayó como aniquilada sobre el camastro. El sacerdote la dejó sola, tras dejar sobre una mesa un pan y una jarra de leche.

Criatura de ensueño e inspiración, la hija adoptiva de Memnonés había vivido hasta entonces a merced de sus impulsos. Las horas le habían aportado la embriaguez o la tortura sin que supiera el motivo. Sus maravillosos sueños la habían transportado de la tierra al cielo para precipitarla al fondo del averno, sin que comprendiera la ley de tales cambios. Se había dejado llevar de la extrema alegría al supremo dolor como el navío zarandeado por las olas corre del huracán a la calma, de la calma a la tempestad. Ahora, un terrible golpe había quebrantado su ser hasta las raíces y un sudor frío resbalaba por todo su cuerpo. Bajo aquel golpe catastrófico, que la abatía con todos los suyos, reflexionó en su destino y por primera vez abarcó su vida de una sola ojeada.

Es tal el poder del Dolor, este gran revelador, que permite que el hombre, en la fracción de un segundo, perciba lo que no ha visto en toda su existencia. Alciona se preguntó, por tanto, por primera vez, qué extraño poder la había arrojado a ella, la niña de Samotracia, a orillas del Nilo, a un templo de Isis y de allí a las riberas de Italia, a la voluptuosa Pompeya. Toda la experiencia de su vida de profetisa se resumía

para ella en esa luz interior y sublime en que se había abismado a veces y por la que había echado miradas trascendentes a los hombres, a las almas y al mundo de los espíritus. ¿Acaso no había concentrado dicha luz toda su fuerza en la visión espléndida de Horus-Anteros? Porque ahora ya sabía que el Genio de su sueño era Horus, el puro amante de su adolescencia, entrevisto en la Isla de los Cañaverales y desaparecido misteriosamente. ¿No era tal vez darle al mundo una nueva verdad lo que Memnonés, lo que la luz de Isis y lo que el amor de Anteros le ordenaban a la profetisa? Y he aquí que, presa de un amor funesto, ella había entregado su corazón a ese romano fatal. Era a él, sólo a él, al que había deseado entregar las riquezas de su alma. Pero el orgulloso infortunado, captado por una reina de la lujuria y la ambición, aliado a los poderes de las tinieblas, lo había rechazado todo. Alciona no tenía ya ningún poder sobre el cónsul. La Otra, la mujer de carne, de orgullo y de deseo, le tenía entre sus garras. Bajo el susurro de aquella boca infame, él había dictado, como un hachazo, la sentencia criminal que condenaba a la profetisa y a los suyos a los hierros, al exilio... ¡quizás a la muerte!

Todo se derrumbaba de repente: su amor y su hogar, su familia y su patria, su templo y su dios. ¡Estaba sola... sola... sola!

Ante esta idea, Alciona sintióse desfallecer. Volvió a caer sobre el camastro de la celda. Exhaló un prolongado gemido, un estertor agonizante y sus dientes mordieron a dentelladas los rudos copos de lana, como para ahogarse.

Por fin se incorporó y sintiéndose más calmada, sus pensamientos tomaron otra dirección. Sí, estaba sola, aplastada, impotente en apariencia. Pero en esa soledad sentía surgir en sí un nuevo poder, incalculable y soberano: su voluntad. Ya no amaba a Ombricio. Ya no existía para ella. El cónsul esclavo nada tenía en común con el noble tribuno al que había amado. No era la misma persona. Se parecía tanto a su antigua máscara como un lobo se parece a un hermoso efebo. Pero la profetisa debía vengar a Isis, salvar a sus fieles amigos y hacer que resplandeciese la verdad, azotando con sus rayos cegadores a la pareja maldita y terrible.

Ahora podía lograrlo puesto que su voluntad era inquebrantable, una fuerza capaz de romper las cadenas y derribar las murallas. Para

alcanzar tal fin debía dedicarse plenamente a la muerte. Sólo entonces, por las puertas derribadas de la muerte, saldría un torrente de luz sobre los culpables y la ciudad perdida, salvando a los fieles de Isis para una nueva obra. Resuelta a morir, Alciona se ofreció en sacrificio, pronunciando de rodillas el juramento. Luego, incorporándose, invocó a las dos potencias en las que creía: la Verdad divina y su Genio... y en la penumbra del templo resonaron dos gritos que despertaron todos los ecos: ¡Isis! ¡Anteros!... ¡Luz! ¡Justicia!

Era el día fijado para el casamiento del cónsul con la noble patricia. La ciudad de Pompeya respiraba un aire de fiesta. Los festines y las danzas habían durado toda la noche e iban a empezar nuevamente, ya que se esperaban tres días jubilosos con los combates del circo y los espectáculos del teatro. Los nombres enlazados de Ombricio Rufo y Hedonia Metella, dispensadores de los juegos, se leían en pancartas sobre arcos de verdor y sus sílabas victoriosas estaban en la boca de los cantores de las esquinas.

Los dos esposos, seguidos por un largo cortejo, ya habían penetrado en el templo de Júpiter. Ya habían vuelto a salir y ahora ocupaban dos asientos en forma de tronos en lo alto de dieciséis peldaños, en el portal del templo que dominaba el foro.

Allí habían levantado el podio consular, decorado con palmas, águilas y trofeos, para la ceremonia del triunfo dedicado al cónsul por el senado. Ombricio, con manto rojo, mirada altanera y feroz, coronado de laurel, relucía de bronce y oro. Hedonia, con una estola púrpura, su velo malva rechazado sobre los hombros, la frente radiante, se hallaba a su lado en el centro del estrado. A su alrededor se agrupaba el senado. Los flámenes de Júpiter y los sacerdotes augustales formaban filas a ambos lados de la escalinata. Abajo, una cohorte de legionarios prolongaba, ya en la plaza, esa muralla humana y marcaba con dos empalizadas de lanzas la ruta triunfal. El pueblo tumultuoso desbordaba el foro.

Cada vez que las trompetas, situadas detrás del cónsul, hacían retremblar la plaza con sus sonos estridentes, un grupo subía por la escalinata y depositaba sus ofrendas a los pies del cónsul y su esposa.

Los legionarios aportaron escudos bretones y los dejaron amontonados, lanzando su grito de guerra. Los gladiadores arrojaron ante la

tribuna sus largas espadas, sus redes y sus cascos con visera. Un grupo de mujeres patricias puso delante de la pareja unos cofrecillos de cedro, llenos de telas sirias y trípodes en los que humeaban perfumes de Oriente. Los vendimiadores y vendimiadoras de las aldeas vecinas, con gestos faunescos, exhibieron cestas de frutas, cuernos de la abundancia y haces de tirsos enguinaldados con pámpanos, mientras entonaban, sobre la melodía cómica, al nuevo Baco, vencedor de los bárbaros y a su Ariadna. Por fin, Léntulo en nombre del senado, ofreció una estatuilla de oro de la Victoria, «al salvador de Pompeya». Hedonia Metella la recibió de sus manos y, con una graciosa sonrisa, la colocó en lo alto del trono consular.

—¡Viva el salvador de Pompeya! ¡Viva Hedonia Metella!

Mientras el clamor confuso rondaba por el foro, Ombricio se puso de pie para dar las gracias, en pocas palabras, al senado, al pueblo y a la ciudad que de este modo lo acogían. Pero las palabras murieron en sus labios, puesto que sus ojos fascinados seguían un cortejo inesperado que salía del templo de Apolo y venía hacia él desde el otro extremo de la plaza. Para dejarlo pasar la multitud se apartaba respetuosamente.

Era una fila de mujeres vestidas de blanco como las sacerdotisas de Apolo. Todas llevaban ramos de laurel envueltos en cintas diversas. Entonaban una grave melodía doria. En cabeza marchaba el anciano sacerdote precedido por una figura hierática, una virgen con ropaje blanco, de una palidez espectral. Caminaba a largos pasos con gran firmeza, y parecía ser la guía del cortejo. Ombricio se estremeció. Acababa de reconocer en la virgen a Alciona, la profetisa. Hedonia también se levantó, mostrando su inseguridad ante aquella manifestación. El pueblo, antes alborotado por el delirio, se había vuelto súbitamente mudo bajo una emoción desconocida como ante un poder superior.

Tranquila y segura como el Destino, Alciona ascendió las gradas del templo seguida de los sacerdotes y las sacerdotisas. A cuatro peldaños de la entrada, se detuvo delante de la pareja triunfal rodeada de trípodes humeantes, de palmeras y trofeos. Entonces, contemplando por turnos al cónsul, a su esposa, al senado en el estrado, a los sacerdotes alineados en las gradas, y al pueblo a sus pies, dijo con voz suave y penetrante:

—Ombricio Rufo, cónsul de Roma, y tú, Hedonia Metella su esposa, y vosotros, sacerdotes, soldados, habitantes de Pompeya, escuchad por última vez a la profetisa procedente de las playas de Egipto para traer el rayo de Isis...

Las cabezas de los sacerdotes y los senadores se adelantaron inquietas y curiosas. Un murmullo de simpatía recorrió por la muchedumbre como la ondulación provocada en las aguas tranquilas por la brisa. Pero Hedonia Metella se había ya serenado y, presintiendo una desgracia para ella, elevó su potente voz:

—¡Flámenes de Júpiter y vosotros, sacerdotes de Augusto, imponed silencio a esta mujer que habla contra la ley y devolvedla a la prisión donde debe estar! El tribunal de César la ha condenado. Ya no es sacerdotisa.

El sacerdote de Apolo, levantando su rama de laurel, replicó:

—¡No es posible hacer callar a una Pitonisa consagrada a su dios! Tú la escucharás, sí, la escucharás en silencio hasta el fin, oh hija de Metello, esposa de un cónsul, y la escucharéis todos. ¡Es su canto del cisne!

Ni un senador se movió, ni un sacerdote abrió la boca. Inmóvil, la inmensa multitud retenía el aliento. Alciona, que no parecía haberse dado cuenta de la interrupción, continuó con una voz familiar, casi infantil, que levantaban poco a poco las amplias ondas de un océano interior:

—Hace cinco años, mi padre Memnonés y yo fuimos enviados por los sabios de Egipto a fin de traer un rayo de la santa luz a este país. Fue entonces cuando conocí a este hombre, Ombricio Rufo, en las bodas del intrépido Helvidio y la noble Helvidia. Él me suplicó que le mostrase el mundo de la luz, cuya llave yo poseía. Se lo prometí y me juró su amor junto a la fuente de los lotos... y yo le amé —Alciona esbozó un ademán de extrañeza e inclinó la cabeza como contemplando el fondo de un abismo—. ¡Oh, no esperaba llegar a ser su esposa como ésta, delante del pueblo y de la gloria imperial. Yo deseaba conducirle al cielo de Isis, en la barca sagrada. Él habría vuelto convertido en otro... en un héroe... un semidiós... a esta ciudad... con ideas divinas, con flores de fuego y espadas de luz... y yo seguiría siendo desconocida, en el templo... velada... su amante escondida... ¡su profetisa! Mas éste fue

sólo el sueño de una virgen. Ombricio, has preferido seguir a la poderosa patricia. Ella te ha hecho cónsul, pero te ha envuelto en un manto de tinieblas, ha vertido en tu corazón el veneno de la mentira y el odio, ha manchado tus manos con la sangre de tu rival. Para ahogar la voz de Isis ha cerrado su templo y ha hecho arrojar sus discípulos a los hierros. ¡Pero ten cuidado, Hedonia Metella! Los hierros de tus víctimas serán quebrantados por el fuego. Los muros de su prisión se derrumbarán y caerán sobre ti. La barca de Isis partirá hacia otras playas, el trirreme que querías quemar escapará de tus manos asesinas... ¡Y tú ten también cuidado, Ombricio Rufo, ya que en tu tálamo la Bacante se trocará en Furia!

—¡Tú eres la Furia! —gritó Hedonia Metella fuera de sí—. ¿Permitís que la baba de su odio me manche con su espuma? ¡Sacerdotes de Júpiter, cobardes, ponedle una mordaza en la boca!

Pero los sacerdotes no escuchaban a la esposa del cónsul. Mudos de estupor, seguían los gestos de la profetisa, como suspendidos de sus labios. Ella continuó con voz más dulce y más dolorosa:

—¡Oh, cálmate, Hedonia, no impediré que se cumplan tus bodas. Mas todavía falta, Ombricio, que Alciona te entregue su presente nupcial. Los otros te han dado perfumes, armas, trofeos; yo te doy una flor. Esta flor de loto que me dijiste que guardara, que es tu alma. He velado por ella como si fuese mi único tesoro... Esta flor fue mi amor, mi locura y mi gloria. Por ella lo he olvidado todo: mi Grecia, mi Egipto, mi padre y hasta a Isis... Por ella he languidecido, he ardido; por ella he vivido y por ella muero. Hoy, según mi promesa, te la devuelvo. Pues bien, esta alma por la que todo lo he dado, esta alma que deseaba llevar al cielo como una antorcha luminosa, ¡mírala!... ¡ha muerto!

Con un gesto desesperado, Alciona tendió su mano al vacío. De repente cayó sobre las gradas, lívida como la cera, apretando en sus manos la flor ya marchita. El cónsul descendió tres peldaños y se inclinó sobre aquel frágil cuerpo. Rozó su cabellera, que desprendía un sudor helado. Tocó el seno de la virgen para comprobar su corazón: latía débilmente. Entonces, Ombricio gritó con desesperación:

—¡Alciona! ¡Alciona!

Era como si por primera vez comprendiera todo cuanto encerraba este nombre. El sacerdote de Apolo se inclinó a su vez para auscultar el

corazón de la profetisa. Al cabo de un instante se incorporó y murmuró con gesto solemne, vuelto hacia la plaza:

—¡Ha muerto!

Al momento, la multitud se precipitó sobre la escalinata. Todos ansiaban ver el semblante de la profetisa cuya alma había volado con su canto del cisne. Todos deseaban contemplar su cuerpo sagrado.

En aquel instante todos los oídos quedaron ensordecidos por un formidable ruido. Era como la explosión de un trueno subterráneo. Pasó por las profundidades sacudiendo el suelo con el rumor de cien mil carros de combate que se precipitasen unos contra otros y el retumbar del rayo que ilumina las nubes. Esto duró unos segundos. Luego, el ruido cesó y todo quedó tranquilo. Ninguna casa había caído, pero por un instante todo se había tambaleado: hombres, monumentos y obeliscos. Durante unos segundos, el foro semejó un mar agitado y los templos de su entorno parecieron naves azotadas por la tormenta. Un clamor aterro- rizado, lanzado por miles de gargantas, se elevó en la plaza: *¡Terraë motus!*

Dieciséis años antes la ciudad había quedado en ruinas por un temblor de tierra. Ante esta nueva sacudida, heraldo de nuevos desas- tres, un terror pánico se apoderó del hormiguero humano. Empujando a los soldados, a los sacerdotes y a los senadores, la multitud retrocedió de la escalinata a la plaza como el mar que se retira, huyendo en todos los sentidos lanzando exclamaciones de intenso terror.

Ombri- cio, arrodillado junto a la muerta, había posado la mano iz- quierda en la frente helada de la sacerdotisa, la mano derecha sobre su corazón inmóvil. Hedonia Metella asistía a este espectáculo de pie, muda, la mano crispada en el trono vacío, paralizada por primera vez en su vida por un miedo más fuerte que su voluntad. Pero no oyendo ya el trueno subterráneo y viendo huir a la gente, Hedonia descendió unas gradas, asió a Ombri- cio por el brazo y lo sacudió, exclamando:

—¡Desdichado! ¿Quieres seguir aquí o venir conmigo?

Ombri- cio se levantó, se pasó una mano por su frente con aspecto extraviado y murmuró:

—¡Sí, partamos!

El cónsul y su mujer bajaron apresuradamente las gradas del templo. En aquel pánico universal, nadie se inquietaba por ellos. Prestamente subieron al palanquín y los libios lo pusieron en marcha.

Un grupo de flámenes y senadores se quedó junto al cadáver de Alciona, en las gradas del templo de Júpiter. En medio de ellos, el sacerdote de Apolo elevó su voz:

—Habéis condenado a una verdadera profetisa a la que protegen los dioses. Que la ciudad se encargue del funeral de Alciona. Levantadle una hoguera como nunca la tuvo otra sacerdotisa. Así, la ciudad expiará sus pecados y detendrá la venganza divina.

—Sí —asintió un senador—, elevémosle una pira real para calmar el temor del pueblo que podría volverse ferozmente contra nosotros.

—Para aplacar la ira de los dioses —añadió un sacerdote de Júpiter.

—Para honrar a un alma más grande que la nuestra —finalizó el sacerdote de Apolo.

Y aquella noche viose en el foro casi desierto de Pompeya, entre grupos amedrentados, un cortejo solemne: los sacerdotes de Apolo seguidos por sacerdotisas afligidas y antorchas fúnebres, llevando una litera cubierta de flores, con el cuerpo exánime de la profetisa hacia el templo de Isis transformado en capilla ardiente.

LIBRO CUARTO

LA LUZ

LUX VICTRIX.

Aeternumque adytis effert penetralibus ignem.

VIRGILIO

La filosofía es sólo un retorno consciente y
reflejo a los dones de la intuición.

BERGSON

Capítulo XX

LUZ EN LA PRISIÓN

El oro bruñido del crepúsculo sombreaba las cornisas del templo de Júpiter y la gran plaza de Pompeya estaba casi desierta, cuando doce lictores, acompañados de una tropa de legionarios, hicieron descender a los tres condenados a la prisión subterránea situada bajo el foro. Se penetraba en aquella cárcel por un portalón bajo que se abría, en el interior de la curia, a una angosta escalera. El carcelero alumbraba los peldaños con su linterna sorda. Memnonés, impasible, descendió delante, seguido por Helvidio. Antes de hundirse en las tinieblas, su mirada fulgurante lanzó una última ojeada al moribundo día. Helvidia, en último lugar, la cabeza envuelta por un velo, no logró impedir un sollozo al poner el pie en aquella fosa húmeda. Los legionarios, con la espada desnuda, cerraban el cortejo. Así atravesaron varios calabozos oscuros y llegaron por fin a una amplia cueva abovedada que en lo alto dejaba divisar los restos del día en el foro, gracias a un tragaluz enrejado del techo.

—Aquí —dijo el carcelero— es donde los condenados aguardarán las órdenes del César.

El carcelero desapareció con sus acólitos, una pesada puerta se cerró estrepitosamente, y los tres prisioneros quedaron solos en la noche del subterráneo.

No era una noche total como al principio creyeron sus ojos, no acostumbrados a las tinieblas, sino más bien un limbo oscuro. Un triste rayo de luz se filtraba aún por el tragaluz enrejado del techo, esparciendo por el calabozo su luz difusa, rozando las paredes amarillentas y arrastrándose por el negruzco suelo. Bajo aquel halo aparente, en los rincones, dos jergones de paja, unos panes de centeno y

unas escudillas de terracota llenas de agua constituían las riquezas de aquel encierro.

Aferrada al brazo de su marido, muda de terror, Helvidia contempló con desesperación la luz pálida del tragaluz como si viese morir su última esperanza. Bajo esa luz, el sacerdote de Isis y el discípulo de Pitágoras se contemplaron. Exhaustos por las fatigas de la jornada, casi aplastados por el destino, leyeron en sus mutuas miradas no el cansancio de la desesperación, sino la energía de la lucha suprema y el desafío a la muerte. Se comprendieron y se dieron la mano.

—Vamos a dormir —propuso Helvidio—. Mañana trataremos de salir de aquí.

Memnonés se dirigió a su miserable lecho y se acostó. Helvidio sentóse en el otro, con Helvidia tendida a su lado, gimiendo. Agotada, no tardó en adormecerse. Pero los dos hombres no podían conciliar el sueño. Con los ojos abiertos en la oscuridad, veían extenderse ante ellos toda su vida, sondeando el destino.

A la tristeza de Memnonés se mezclaba una profunda melancolía por el sentimiento de su impotencia. El calabozo, las tinieblas, como presagios de un final ignominioso, ¿no eran acaso la suprema ironía del destino contra una existencia enteramente consagrada a la búsqueda de la verdad? ¿No lo había sacrificado todo al deseo de penetrar tras el velo de la Naturaleza en el mundo de los espíritus hasta el centro de toda vida? Primero, las potencias invisibles lo habían favorecido dándole una hija adoptiva, su profetisa, Alciona. ¡Ah, cómo había absorbido ella rápidamente el alma de Memnonés! Ella había sido su rayo, su antorcha, su esperanza! Por ella, con ella había penetrado en el mundo del Más Allá, pero en el momento en que el iniciado iba a lanzarse hacia la fuente divina, el mismo rayo lo había cegado. Horus-Anteros, el discípulo, el rival antaño rechazado, se convirtió en el Genio de Alciona, y éste le dijo: «¡No irás más lejos!»

Después, Memnonés había vivido en semitinieblas. Había esperado, padecido, expiado. Había aceptado un nuevo discípulo, un nuevo rival, Ombricio. Lo había amado hasta prometerle a Alciona como esposa. Y el ambicioso pervertido era ahora su verdugo y el de la profetisa. Ahora todo parecía perdido. Separada de él, ¿qué sería de Alciona? ¿Debía perecer ella miserablemente o debía morir él antes de volver a verla?

¿Era ésta la terrible Némesis que Sabaccas le predijera en las arenas de Egipto? ¿Era esto lo que le exigía el Espíritu para su suprema iniciación? ¿Cómo! ¿Para elevarse hasta Dios era preciso renunciar a lo más divino, a lo más dulce, a la posesión del alma adorada? Ante esta idea, le pareció que las eternas tinieblas se espesaban a su alrededor.

De pronto, bajo un nuevo impulso, surgido de lo más profundo de su ser, Memnonés se levantó y exclamó con la energía del verbo interior que suscita fuerzas desconocidas:

—Pues bien, sea, renuncio... pero que vuelva a ver victoriosa a mi Alciona en la luz de Isis, como la veo en este momento... ¡y que los culpables sean castigados! ¡Luz, Justicia, Verdad! ¡Cuando estos tres rayos se junten en uno solo, resplandecerá la excelsitud de Dios!

En el otro rincón de la prisión, Helvidio soñaba. Las tinieblas también pesaban sobre él y sus pensamientos eran muy crueles, pero sufría menos. Más joven, más vivaz, había conservado la fuerza de la rebelión. Y ésta, último recurso del esclavo y del condenado, aunque sólo fuese interior y silenciosa, sigue siendo una acción, un rugido de la inextinguible esperanza. Helvidio era uno de esos hombres nacidos con la luz en el corazón y la frente. No poseía la ciencia profunda de Memnonés, pero tenía, en cierto modo, la esencia difusa en sus sentimientos y sus pensamientos más íntimos. Esa esencia se notaba en sus menores gestos. Su sueño no era el conocimiento de un gran misterio sino la ciudad libre. Libre, no como las ciudades griegas o las oligarquías implacables y las furiosas demagogias disputándose el poder, ni tampoco al estilo romano, donde el poder de un senador tirano se había finalmente concentrado en las manos de un César todopoderoso. Lo que ansiaba Helvidio era una ciudad libre para una élite de iniciados, estableciendo a su alrededor la cadena de las almas por su jerarquía, según su valor y su grado. Sueño quimérico, decían, tal vez prematuro. ¿Pero no estaba dictado al hombre por las leyes del universo y de la conciencia? Esta fe había sido la de Pitágoras; también era la suya.

Por este sueño hizo construir el trirreme, llevando a las ciudades de la Gran Grecia la nueva palabra. Era por este sueño que había llamado al hierofante Memnonés y a la profetisa Alciona a Pompeya. Era por esta fe y esta luz que había conquistado el corazón de Julia Helconia,

transformada en su mujer Helvidia. Mas ¡ay! ¿qué había obtenido? Pese a su elocuencia y a su ardiente esfuerzo, él y su grupo sucumbían al poder del César, y el golpe partía de aquél en quien había fundado sus más caras esperanzas, del discípulo infiel trocado en enemigo, de Ombricio Rufo. La fortuna del duunviro iba a caer bajo el poder del emperador. Él mismo, su esposa y su amigo, condenados como conspiradores, podían perecer de un momento a otro bajo la espada de un centurión o bajo el lazo del verdugo. Y Helvidio pensaba frenéticamente en lo que sería de sus hijos abandonados en su mansión a la custodia de los libertos.

No obstante, algo le decía que no moriría en esa prisión infamante y que un poder mayor que el suyo hundiría las puertas del calabozo. Entonces, pensando en los grandes estoicos que habían hecho morir a Nerón, Helvidio se incorporó y rogó interiormente: «Dios soberano, que reinas en mi alma, he vivido para la Luz y la Libertad. Si debo morir, que se esparza mi sangre a plena luz, delante del pueblo como una bebida para Júpiter Libertador».

Habiéndose calmado de este modo sus almas agitadas, Memnonés y Helvidio se durmieron profundamente. Helvidia, a la que despertó una pesadilla, no oyó en las tinieblas más que el vuelo siniestro de un murciélago y la queja intermitente del viento en el tragaluz del techo abovedado.

Los prisioneros se despertaron tarde, por el ruido de unas voces confusas en el foro. ¿Qué significaba tal reunión insólita? ¿Se reunía acaso el pueblo espontáneamente en comicios para liberarlos? Lo creyeron un instante, mas pronto se vieron defraudados. Los gritos de «¡Viva el cónsul! ¡Gloria a Hedonia Metella!» resonaban fuera. Los desdichados comprendieron que la pareja fatal celebraba sus bodas, edificando su triunfo en su derrota. De pie, bajo el tragaluz, por donde penetraban los clamores del exterior, fascinados por los gritos de la multitud, que tenían eco en sus cabezas, los tres prisioneros trataban de adivinar lo que ocurría en la plaza. Sus ánimos superexcitados imaginaban a los múltiples grupos, la escena magnífica, grandiosa. Creyeron divisar la subida de la pareja por las dieciséis gradas del templo de Júpiter. Reconocieron su salida del santuario por la inmensa aclamación

que les tributó el pueblo. Siguieron la ceremonia triunfal de las ofrendas por los gritos crecientes de la muchedumbre en su delirio. Una sorda angustia, un profundo abatimiento acabó por invadirles bajo las olas de aquel océano humano, siempre dispuesto a precipitarse hacia la servidumbre delante de la apoteosis del mal. Cuando resonó el himno de los sacerdotes de Apolo pensaron que éstos se sometían a su vez a los insolentes vencedores, sin saber que Alciona iba en cabeza y estaba ya a punto de expirar a los pies del cónsul en un grito final de amor en su último éxtasis.

La melopea cesó. Después, se produjo en la plaza un gran silencio, un silencio prolongado, extraño, inquietante. De pronto, un trueno espantoso resonó en las profundidades. Las entrañas de la tierra se desgarraron. El suelo tembló bajo el calabozo y encima del mismo. Los prisioneros creyeron por un instante que la cueva iba a desplomarse sobre sus cabezas con todos los templos del foro. Pero la tromba subterránea sólo duró unos segundos, seguida por el terror pánico de la muchedumbre fugitiva. Como el mar que refluye a su lecho, la gente huía de la acrópolis hacia las calles bajas con un murmullo amenazador. En el silencio que siguió, una voz gritó por el tragaluz:

—¿Estáis aquí, Memnonés, Helvidio?

—Sí, estamos aquí —respondió Helvidio desde el fondo del calabozo al reconocer la voz de Calvo—. ¿Qué ha ocurrido?

—Alciona ha muerto... El senado le decreta una pira... El pueblo anda revolucionado... ¡Aguardad! Deseamos...

Las rudas voces de unos legionarios que custodiaban la curia cortaron las palabras de Calvo, obligándole a abandonar el tragaluz. Pero ante la noticia fatal, Memnonés se había estremecido. Luego cayó de bruces contra el suelo. Helvidio y su mujer apenas lograron levantarlo y arrastrarlo hacia su camastro, donde quedó inerte. En medio de su profundo estupor, de su infinito dolor, sus labios sólo acertaban a formar las sílabas del nombre amado que resumía la inmensidad de su amor y la inmensidad de su pérdida:

—¡Alciona ha muerto! ¡Alciona...!

—¡Valor! —le animó Helvidio—. Su alma está ya liberada. Ella nos ayudará. Nosotros todavía somos combatientes. La tierra ha temblado; Némesis está en marcha. Aguardemos.

Una segunda noche, más pesada que la primera, más negra todavía, descendió sobre los cautivos. Memnonés durmió con ese sueño profundo que a veces visita a los que esperan y desean la muerte. Pero al amanecer tuvo un sueño más vivo, más hermoso que cuantos había tenido. Percibió una luminosidad blanca y viva penetrar por la puerta superior de la prisión y descender por la escalera. Al aproximársele reconoció a Horus-Anteros bajo la forma de un Hermes con su caduceo. El cuerpo de Anteros resplandecía como un escudo de plata y su rostro mostraba el esplendor del sol.

—Ten calma —le aconsejó—. Alciona aún duerme. Pronto se despertará venturosa bajo mi cetro. Tú nos verás a los dos en el resplandor solar. ¡Ahora de pie y manos a la obra! Partid, huid en el trirreme. No vayáis a Eleusis, donde la antorcha de Hermes se extingue. ¡Id hacia el norte!

Memnonés se despertó aligerado por este sueño maravilloso, como si saliese de un baño de luz, cuyas ondas cálidas resbalasen aún por sus miembros resucitados. En el calabozo era de noche todavía. Una luz débil caía del tragaluz. Dueño de nuevas fuerzas, el hierofante se acercó a Helvidio, que dormitaba, sentóse a su lado en el jergón y apoyó la espalda en la pared. Luego, sacudió al duunviro, el cual abrió los ojos. Helvidia dormía con la cabeza apoyada en la espalda de su esposo.

—¿No has visto nada? —inquirió Memnonés.

—Hace poco —respondió Helvidio, aún dormido a medias—, creí ver a un joven Hermes que, con su caduceo, indicaba nuestro trirreme.

—¿Y tú? —le preguntó Memnonés a Helvidia, que acababa de despertarse.

—Vi salir de aquí a un Genio que, con su cetro lumínico, trazaba una ruta por el mar.

—¡Júbilo y valor! —exclamó Memnonés—. Yo también le vi. Es Anteros, el Genio de Alciona, nuestro guía. Me ha hablado. Seremos libres y empezaremos una nueva vida.

De pie en el calabozo, los tres prisioneros se abrazaron como volviéndose a ver después de un largo viaje. Helvidio y su mujer estaban cogidos por los hombros y Memnonés los abrazó fuertemente. Los tres formaban una cadena infranqueable. El alba pálida penetraba por el tragaluz y la puerta de la prisión no se había abierto, pero todo había

cambiado para aquellas almas iluminadas por un rayo celestial. Los muros que separaban aquellos cuerpos se habían derrumbado. Las barreras que separaban sus almas se habían desvanecido. El inmenso mundo se abría ante ellos, bajo las ondas burbujeantes de claridad que surgían de sus corazones unidos.

Capítulo XXI

LA PIRA

El cónsul y su esposa entraron como ladrones en su espléndido palacio, en medio de los esclavos atemorizados. La muerte trágica de la sacerdotisa pesaba sobre todos los ánimos como un presagio siniestro de desdichas espantosas y muy cercanas. No había un solo ser humano en Pompeya que no temblase por la amenaza del Destino. Pero el más aterrado era Ombricio. Hay sucesos que producen en el ánimo un efecto semejante al de los grandes cataclismos. Parecen un cambio en los polos de la existencia, demostrando al hombre que el verdadero poder no reside en él sino en una potencia adversa, más elevada. El cónsul, que hasta entonces parecía omnipotente, parecía ahora una fiera que ha perdido su antro por una perturbación terrestre y ronda angustiado en busca de su madriguera. También angustiada detrás suyo iba Hedonia. Como para ocultarse a la vista de todo el mundo, Ombricio fue a sentarse al fondo de la mansión, en el larario, entre las estatuas de los antepasados de la familia Metella. Aquellas figuras ataviadas le contemplaban con expresión de desprecio. Hedonia se colocó cerca de él, en el trono doméstico y, abrazándolo, le murmuró al oído:

—¿Qué tienes, Ombricio? Despierta ya... Olvida esa pesadilla. ¿Has dejado de ser cónsul porque haya temblado la tierra? Esa sacerdotisa era tu genio malo, y ya no existe. Nuestros enemigos han sido derrotados. Dejemos que lllore ese pueblo estúpido. Mañana nosotros seremos los amos.

—¿De qué? —balbució Ombricio como en sueños.

—¡De Pompeya, de Roma, del mundo!

—Sí, es cierto. Pero Pompeya ya no es nuestra. Roma ya no es Roma y el mundo ha dejado de ser el mundo...

Ombrecio seguía viendo a Alciona expirando a sus pies, con su flor marchita entre las manos...

Oía estas terribles palabras: «¡Esta es tu alma... y ha muerto!» Vea huir al pueblo por las calles, hacerse el vacío a su alrededor, perder color todas las cosas... Le parecía que el mundo, como él mismo, hubiese perdido el alma.

Pero Hedonia continuaba con su aliento ardiente mezclado con suaves caricias.

—¿No eres ya Ombrecio, mi César virgen, convertido en mi esposo? ¿No eres ya mi Baco? Acuérdate de los días de Roma y de Baia... Ven, olvidemos... Ven a gozar del amor... Mañana renaceremos... más jóvenes y más fuertes.

Ombrecio se levantó maquinalmente y se dejó arrastrar. Ella lo mantenía abrazado todavía. Mas el joven creía marchar sobre una alfombra de sangre, y ese aliento que antes lo embriagaba, ahora le parecía el soplo de una bestia feroz. Cuando divisó el lecho nupcial, al fondo de una cámara decorada con tapices de Oriente, sintió un escalofrío y se llevó la mano al corazón. En su espíritu había creído ver el templo de Isis cambiado en capilla ardiente y el cuerpo de Alciona tendido en el centro, sobre un lecho funerario, con su rígida belleza, transparente como el alabastro. Y esta muerta, más preciosa que toda cosa viva, lo atraía con una fuerza invencible. La visión interior de su espíritu se borró. Sus ojos vieron de nuevo el lecho de púrpura al que la patricia pretendía llevarle. Pero la cámara parecióle de repente un lugar infame, el albergue de un verdugo, enrojecido con la sangre de los justos, la misma Hedonia una Lemura con rostro de Quimera, de sonrisa fúnebre, y cuyos ojos lúbricos destilaban un veneno mortal.

—Déjame —ordenó bruscamente con un gesto de horror—. Necesito estar solo.

Tenía la expresión de un obseso. Hedonia, casi asustada, lo dejó solo, comprendiendo además que en aquellos instantes carecía de todo poder sobre él. Ombrecio volvió a sentarse en el larario, con una lámpara en el suelo a su lado ya que no soportaba las tinieblas. Acabó por adormecerse en una especie de duermevela, pero dos imágenes implacables conformaron su insomnio. Tan pronto veía a Alciona sonriente surgiendo de una fuente y elevando al cielo una flor luminosa, como la

veía expirar a sus pies, lanzando un grito: «¡Tu alma ha muerto!» Al final, Ombricio se levantó desenvainando su espada como para probarse a sí mismo que estaba vivo, y luego volvía a dejarse caer en su asiento de bronce, mientras su corazón helado se contraía como si tuviera encima la mano de la muerte.

Hedonia también pasó la noche en blanco en su lecho solitario. Por primera vez, Ombricio se le resistía. El cetro de Alciona le separaba de su mujer. Hedonia le había arrebatado el amante a la sacerdotisa viva. ¿Acaso la muerte podía arrebatárselo también a la esposa legítima? No, esto no era posible. ¿Mas por qué esa sombra que se deslizaba entre ellos como un tenue velo? ¿Iba Hedonia a perder al hombre que ella había erigido para su obra, el arma que había forjado, el cetro que había conquistado con su magia, César futuro para el que ella tejía un manto de púrpura sobre la trama sabiamente urdida de toda su existencia? Sus destinos estaban unidos para siempre; Ombricio hundido, ella también se hundiría. No, esto era imposible, esto no sería. Hécate no les abandonaría, toda vez que Hécate era Hedonia Metella, con su encanto de mujer y su voluntad varonil. Pero a toda costa era preciso llevar al obsesionado Ombricio lejos de Pompeya antes de la fúnebre ceremonia de Alciona. Al llegar a esta conclusión, Hedonia dio media vuelta en su lecho y posó su rostro ardiente sobre el puñal de Hécate. El frío del acero la alivió y, sin poder dormir, se concentró en su meditación.

Al día siguiente, Ombricio escribió una carta al César y dio varias órdenes a los centuriones que custodiaban la ciudad, por la que corrían rumores de rebelión; después, volvió a sentarse en el larario para hundirse de nuevo en sus pensamientos.

«¿Cuál es, pues —pensaba—, la formidable potencia que se levanta detrás del cadáver de la sacerdotisa y se abalanza contra mí? ¿Existe un dios y está con los isíacos? ¿Quién tiene razón, ellos o yo? Tendrá la razón el más fuerte. ¿Pero cómo combatir el poder invisible que levanta a la multitud contra mí y que me paraliza?»

Elevando la mirada, Ombricio divisó a Hedonia Metella ante él. Llevaba una estola de viaje, la cabeza envuelta en un velo pardo, que echado sobre el rostro, la hacía casi irreconocible. Hedonia cruzó los brazos y una amarga sonrisa plegó sus labios.

—¿En qué sueñas? ¿Piensas pasar el día en este rincón como un esclavo miedoso, mientras se trata de luchar contra nuestros enemigos? Si eres demasiado miserable para ser el esposo de Hedonia Metella, recuerda al menos que has de mandar en esta ciudad. ¿Oyes esos rumores lejanos? Es el pueblo que murmura contra nosotros.

—Tú eres la que has desencadenado esta tormenta con el proceso —la acusó Ombricio.

—¡Ingrato y cobarde! —le apostrofó Hedonia—. Yo soy la que te hizo cónsul. ¿Qué serías sin mí? Por más que lo odies, ahora estamos unidos uno al otro. Tu poder es mi poder y mis crímenes son tus crímenes. Es preciso vencer o morir juntos.

—Cierto —asintió Ombricio inclinando la cabeza, sabedor de la terrible verdad de tales palabras.

Hedonia se le aproximó, puso ambas manos sobre sus hombros y le contempló largamente. Bajo su sombrío velo, los cabellos mal anudados de la joven caían en desorden sobre su nuca. Sus ojos resplandecían de deseo. Una secreta angustia le prestaba un nuevo encanto. Ahora parecía una sombra culpable de Aqueronte, que promete a su amante delicias inusitadas bajo el negro antro de un infierno profundo.

—Dejemos que pase la tormenta —continuó ella en un susurro—, y huyamos por unos días. Vamos a Baia, a nuestro retiro. Allí yo soy maga y tú volverás a ser tú mismo.

—Sea, partamos —consintió Ombricio, poniéndose de pie.

No veía otra salida a su angustia. Ella ya lo había arrastrado casi hasta el portál del palacio, donde aguardaba la litera con los libios. Sin embargo, allí los acogió un intenso clamor. El populacho recorría las calles en masa gritando:

—¡El cortejo! ¡El cortejo fúnebre!

En una calleja vecina se oía el ruido sordo de un gentío en marcha y una melopea dolorosa, entonada por las voces de los sacerdotes. Un herrero, con sus brazos ennegrecidos, pasó agitando una antorcha encendida.

—¡Llevo esta antorcha a la pira de Alciona! —gritaba el herrero.

Hedonia palideció. Ombricio se detuvo como alcanzado por un rayo. Una voz interior martilleaba su cerebro con estas palabras: «¿Todo un pueblo llora a Alciona, un desconocido le lleva una antorcha, y yo, por quien murió, no puedo ver su pira?»

Una fuerza irresistible parecía empujarle y apenas tuvo tiempo de decirle a Hedonia:

—Voy a la pira. Aguarda mi retorno.

Al instante se arrojó entre la multitud como se echa al río un nadador.

La patricia corrió tras el cónsul como enloquecida. Al llegar a su altura lo cogió del brazo y gritó:

—¡No quiero, Ombricio! ¡Va en ello nuestras vidas!

—Es preciso... es preciso... —murmuró él rechazándola.

Por dos veces pretendió ella detenerle, pero él logró esquivarla siempre. Entonces, oculta en su velo, Hedonia se resignó a seguirle, arrastrada también por el torrente del genio y la fascinación de la muerte que atrae al ánimo en su misterio formidable a pesar de la repulsión del cuerpo.

Una vez pasada la puerta de Herculano les sorprendió un raro espectáculo. Desde aquel lugar elevado, la avenida de las tumbas descendía oblicuamente hacia el mar. La ciudad de los muertos, que se extendía como una ruta triunfal desde la puerta de todas las ciudades antiguas, era especialmente suntuosa en Pompeya. Tal como se la ve todavía hoy día, casi intacta. Dos filas de columnas, de temples, de pirámides, de mausoleos cuadrados o redondos, forman una amplia calle descendente. Estos monumentos que perpetúan la vida de los muertos, con sus bajorrelieves, sus urnas, sus criptas y sus lámparas, superaban en grandeza y magnificencia las casas de los seres vivos. La avenida, jalonada por cipreses, se iba ampliando hasta un bosquecillo formado por un grupo de esos árboles funerarios, semejantes a negros obeliscos. El mar y el Vesubio ocupaban el fondo del cuadro.

Aquel día, la avenida de las tumbas se hallaba atestada por un largo cortejo vestido de negro. Una muchedumbre inmensa se apretujaba alrededor. Delante del grupo de cipreses se elevaba como una pirámide una pira muy alta, colocada sobre un estrado. Las antorchas ardían en sus cuatro esquinas. Tendida en lo alto de la pira, el cuerpo de Alciona, vestida de blanco y acostada sobre un lecho de asbesto, parecía de lejos una flor inmaculada ofrecida al cielo en holocausto, o una bella planta aromática dispuesta a aceptar el fuego. Colocados en círculo en torno a este altar, los sacerdotes de Apolo entonaban un himno fúnebre.

Más conmovedor que el espectáculo en sí mismo era el silencio de los asistentes y el sentimiento de angustia que pesaba sobre ellos. La muerte de la sacerdotisa, seguida por el temblor de tierra, había removido en profundidades desconocidas la conciencia de ese pueblo sensual y servil. Confusamente, sentía su indignidad y se estremecía ante la idea de haber dejado morir al ser más noble que vivió oculto en su seno. Y por la antigua superstición, que hace creer a las masas que una víctima, que se ofrece voluntariamente al sacrificio, puede salvar a todo un pueblo culpable de la cólera divina, suplicaban desde el fondo de sus corazones a la sacerdotisa que les preservase del castigo. Pero en su muda protesta, la difunta parecía responder:

—¡Oh, pueblo ya muerto, yo era la única alma viviente en medio de ti! ¡Yo quise salvarte y no lo quisiste! ¡Ay de ti!

Esto al menos creía oír Ombricio en los arcanos de su ser, contemplando la pira de Alciona desde la puerta de Herculano. Hedonia, por su parte, sólo experimentaba una angustia espantosa. Y la angustia aumentaba con el aspecto insólito del ambiente. Una bruma amarillenta planeaba sobre el Vesubio, envolviendo el golfo y haciendo palidecer al sol. El aire estaba inmóvil, pesado, asfixiante.

—Allí está nuestra litera con los libios —dijo Hedonia—. Ya has visto lo que querías. Ahora partamos.

Pero Ombricio, pasando entre la gente, se dirigía al pie de la pira. Extraviado, contemplaba desde abajo la frágil figura de la muerta perfilándose en el aire. Un amasijo de rosas blancas le ocultaban el semblante. Sólo se veían sus pies color de cera, de venillas azuladas, y unos mechones de su cabellera de oro bruñido. De pronto cesaron los cantos. Los sacerdotes arrojaron al mismo tiempo sus antorchas a las cuatro esquinas de la pira. El fuego ascendió en espiral y lamió el cuerpo que no tardó en estar envuelto por las llamas y el humo.

Entonces, la gente, muda hasta aquel momento, se precipitó hacia la pira. Hombres, mujeres y niños arrojaron en ella collares, adornos, perlas, telas de precio. Hedonia volvió a coger el brazo de Ombricio y exclamó:

—¿Vienes por fin?

Pero el joven cónsul estaba clavado en tierra por otra sensación. Al ver desaparecer el cuerpo de Alciona entre las llamas, creyó sentir una

mano de hierro apretarle el corazón en el pecho y lanzarlo, palpitante, al fuego. Sólo quedaba en el sitio del corazón un inmenso vacío. Y la Furia viviente que le asía del brazo para arrebatarlo a la muerte era el verdugo de la víctima.

Ya la muchedumbre, de nuevo inmóvil por el terror, asistía a otro espectáculo. Una columna de humo negro surgía del Vesubio y se dividía, en la cumbre, en varias estelas como un pino gigantesco. De repente, el suelo tembló con sacudidas sucesivas. Se levantó un furioso vendaval. Unas detonaciones formidables estremecieron el volcán. La erupción estalló. Como un rebaño perseguido por el huracán, cortejo y pueblo se dispersaron. En un abrir y cerrar de ojos, se hizo el vacío en torno a la pira. Ombricio y Hedonia se quedaron solos al pie de la pira que continuaba encendida y cuya humareda ascendía hacia la del Vesubio como el incienso del sacrificio realizado.

—Desdichado —suplicaba Hedonia—, nos pierdes... Huyamos hacia el camino de Stabies y ganemos la orilla... ¡Aún estamos a tiempo!

Pero Ombricio estaba con los ojos fijos en la hoguera que ya no era más que una pirámide de ardientes carbones, donde el cuerpo de Alciona aparecía como una masa incandescente.

—¡Quiero verla! ¡Verla por última vez! —gritaba el cónsul, hurgando la pira con una antorcha apagada.

—¡Ven conmigo! —le rogó Hedonia—. Alciona ya no es más que polvo y cenizas...

—¡Polvo y cenizas! ¡Imposible! Ella era llama y vida. Ella era la luz y tú las tinieblas. Ella era la libertad y tú eres la servidumbre.

—El fuego se apaga —murmuró Hedonia sin perder su altivez—, la pira se derrumba... ¡Alciona ya no existe!

—¿Ya no existe? Tal vez, pero yo la sigo amando... ¡y a ti te odio!

Al oír estas palabras, la noche cayó al fin. Una lluvia de cenizas cálicas, un granizo de piedras cayó sobre la pareja maldita, cuyo sombrío amor llameaba en un odio lívido. El cielo era sólo un catafalco negro y la tierra una superficie de cenizas grises que se divisaba a intervalos a la luz de los relámpagos que formaban en torno al volcán una corona ardiente. El trueno rodaba sin cesar.

—¿Sigues amándola? —prosiguió Hedonia en medio de la tor-

menta—. Quédate, pues, con ella, miserable. Te creía un César y eres sólo un impotente. ¡Adiós!

—¡No, por Hécate! —la detuvo Ombricio—. ¡Morirás conmigo!

Pero ella huía ya. Ombricio, furioso, la asió, atrayéndola hacia él. Ambos lucharon. De pronto, con un brusco gesto ella hundió el puñal de Hécate en la garganta del cónsul, en el mismo sitio donde él había herido a Cecina. Mas él no soltó su presa y ambos rodaron por las cenizas bajo una lluvia de fuego.

Al caer, Hedonia profirió un último grito:

—¡César! ¡El Imperio!

Entonces, a través de la tempestad de cenizas y tinieblas que llenaban sus ojos y sus bocas, oyeron una voz sobrehumana que clamaba en el espacio:

—¡Un Alma vale más que un Imperio!

Capítulo XXII

EL SUEÑO DE MEMNONÉS

La columna de humo, presagio de la erupción inminente, acababa de elevarse en el Vesubio. Ya el cielo se oscurecía y la población enloquecida corría por la playa en medio de los chillidos de las mujeres, los gritos estridentes de los niños y los clamores de los hombres. En aquel momento, los pescadores de la orilla vieron el blanco trirreme de velas amarillas, que estaba inmóvil a corta distancia, ponerse en marcha y llegar a alta mar a través de la lluvia de cenizas y las crecientes tinieblas. Era el trirreme de Helvidio.

Por la mañana de aquel día, los legionarios asustados por las sacudidas subterráneas, habían abandonado la Curia. Los amigos de los prisioneros hundieron las puertas del calabozo, siendo liberados Memnonés, Helvidio y su esposa. Al momento, Helvidio reunió a su grupo. Desde hacía varias semanas había hecho transportar a la nave sus más queridos tesoros. Aquel día pudo llevar el más preciado de todos. Era una urna de bronce en la que habían metido los carbones ardientes del hogar y el fuego vivo del altar doméstico sobre el cual se habían quemado los últimos perfumes con la última plegaria. Ese fuego, mantenido con sumo cuidado, debía quedar latente bajo las cenizas hasta el día en que se fundara un nuevo hogar en otra ciudad. Memnonés, por su parte, sólo llevó un objeto: un cofrecito de madera de palma que encerraba los libros de Hermes, y la imagen de la profetisa en su corazón.

Los exiliados, agrupados en el puente de la nave en torno al hierofante y a la familia pitagórica, se habían resignado a emprender el azaroso viaje. Sabían que abandonaban una ciudad condenada a morir, para continuar en otro lugar la obra de la vida. Y he aquí que ante sus

miradas se cumplía la predicción de la profetisa. Las cenizas y el fuego llovían sobre la ciudad voluptuosa, donde la injusticia había erigido su tribunal. El humo vomitado por el volcán ya cubría todo el cielo. Las negras cenizas, mezcladas con piedra pómez, caían en grandes masas sobre los viajeros y los marineros. El mar se arremolinaba tempestuosamente como queriendo reabsorberse en sí mismo, amenazando con engullir al navío fugitivo con sus convulsiones.

Todos descendieron a las cámaras dispuestas en la popa y el fondo del trirreme. Sólo Memnonés y Helvidio permanecieron cerca del piloto. La nave apenas avanzaba en la noche profunda, a fuerza de remos y a la luz de los enormes incendios que explotaban en los flancos del Vesubio. Los torbellinos de viento sucedían a las ráfagas. A cada instante, el nubarrón se abría en anchas estrías de fuego semejantes a flechas rojas, que se reflejaban en el mar color de resina. Fue una verdadera travesía del Erebo, ya que por todas partes el abismo abría sus bocas y la muerte rozaba a los desterrados a cada resplandor del cielo, a cada racha de viento, a cada bostezo del abismo. Impulsado por la tremenda borrasca, el trirreme se vio arrojado a la isla de Capri, pero en el instante en que rozaba el escollo prodigioso de sus acantilados a pico, más siniestros a simple vista por un pálido rayo, el cielo aclaró y el sol reapareció como a través de un velo amarillento. Memnonés dio media vuelta. La bahía de Nápoles parecía ahora una caverna profunda, cuyos negros humos y vapores sulfurosos formaban la bóveda gigante. Muy al fondo se divisaba el cono del Vesubio en llamas. Una riada de lava rojiza descendía hacia Herculano y al mar.

Era el último acto del drama interpretado por el fuego terrestre en su súbita erupción. Terminaba con la destrucción total de Herculano y el entierro de Pompeya.

Entonces el trirreme, empujado suavemente por una leve brisa del sur, pudo poner proa al norte e hinchar sus velas. Pero pasado el peligro, franqueado el cabo Miseno y desaparecido el golfo, Memnonés sintióse invadido por una inmensa tristeza. Sus lágrimas resbalaron por primera vez por su faz desde el día en que en una inefable unión de las almas tenía a la profetisa sollozante entre sus brazos, en el jardín de Isis. Ahora no sólo lloraba la muerte de la profetisa sino también la pérdida

de un discípulo. Ante el hundimiento del pasado, ante la incertidumbre del porvenir, ya no soñaba en sí mismo. Lloraba por las ciudades destruidas y sus desdichados habitantes. Lloraba por todo el hormigueo humano y sus innumerables males. Lloraba por los dolores del mundo que solamente progresa con las catástrofes y en el que todo termina con cataclismos.

Envuelto en su manto, Memnonés se tumbó sobre un rollo de cuerdas, en la cabina abierta a popa y se durmió con el deseo de no volver a despertarse. Pero en su sueño, de madrugada, tuvo una divina visión, como el sueño más hermoso de su existencia.

Vio de nuevo a Pompeya desierta y cubierta de piedras, llena de escombros. El cono negro del Vesubio se destacaba como un volcán extinto. La Avenida de las Tumbas sólo formaba leves eminencias, como un campo nevado al claro de luna, y sus monumentos, revestidos de cenizas grises, semejaban una reunión de fantasmas. Pero sobre esa muerte y ese silencio, la pira de la profetisa se elevaba como una antorcha incandescente. Arriba planeaba, espléndida visión, una pareja divina, enlazada por los brazos con el aspecto de una lira ardiente: Anteros-Alciona. La joven miró a Memnonés con infinita ternura, posando su fluida mano sobre la cabeza del hierofante; Anteros tocó el corazón del maestro con su antorcha encendida. Y Memnonés sintió que se inflamaba su corazón con un amor sobrehumano. Entonces, la lira transfigurada se expandió como un ramillete de luz de un resplandor tal que Memnonés no podía soportarlo. En el mismo instante y de un solo impulso, la pareja ascendió al cielo donde desapareció como esos meteoros que florecen en el azul en las noches cálidas de verano sobre las costas mediterráneas.

Por doquier, casas hundidas, sepulcros, cuevas, desde lejos, desde cerca, ríos, montañas, ciudades, campiñas, solos, por parejas, o por grupos, como millares de golondrinas que se reúnen en una inmensa bandada para emigrar, un pueblo de ultratumba, un pueblo de almas, empezó a revolotear en torno a la pira. La bandada dibujó en el aire una serpiente luminosa y subió al cielo en grandiosas espirales. Se dirigía a un lejano sol, formado por millares de espíritus elegidos, los que ya no vuelven a encarnarse y a los que Hermes llama «los maestros de la vida, los señores del espacio y del tiempo».

Pero la pira de Alciona, lecho nupcial de sus bodas de ultratumba, continuaba ardiendo en la noche con una llama roja y crepitante, como lo único vivo al lado de la ciudad muerta en sus tinieblas. Aquella hoguera parecía protestar contra la muerte universal y convocar a la tierra hacia una vida renaciente con su llama de amor como una antorcha de sacrificio.

Y en las profundidades del cielo, Memnonés percibió otra espiral que surgía como un finísimo hilo del sol destellante y lejano, que animaban los espíritus elegidos, los Genios del cielo y de la tierra. Por una inmensa curva y numerosos recodos, esta espiral descendía hacia la tierra mientras la otra subía al cielo. Era la de las almas atraídas por la encarnación, por la hoguera llameante del amor terrestre en el que se mezclan de forma tan rara el fuego del deseo y el del sacrificio. A medida que la espiral se aproximaba a la tierra se ensanchaba en un vasto círculo como la boca de una regadera. Y su color, de un blanco luminoso, pasaba por grados al rojo vivo. Después, como un vuelo de falenas, de luciérnagas, de murciélagos, se divisaron numerosas centellas de almas deslizándose bajo los tejados de ciudades ruidosas, llenas de vida, o en las cabañas de los ríos solitarios y desaparecer en las tinieblas. Y todas sentíanse misteriosamente atraídas por bocas ávidas de esposos o amantes, por la cálida noche del seno materno, a fin de pasar por la prueba del renacimiento.

Visión maravillosa de la encarnación y la liberación de las almas. La espiral ascendente y descendente era la circulación del Espíritu en el universo, el flujo y el reflujo de la vida, la aspiración y la respiración de Dios. Por un instante, Memnonés tuvo la impresión de estar hundido en esa fuente del gran Todo. Se hallaba en el centro de una esfera incommensurable de la que partían en todos los sentidos las flechas de luz. Esta Luz, que era un Sonido, lo atravesaba de parte a parte; y ese sonido, que era el Verbo, decía: «¡Creación! ¡Sacrificio! ¡Amor!»

Entonces se despertó el iniciado de Isis. Aún era de noche. El trirreme bogaba rápido y ligero bajo el firmamento. El piloto cantaba una melodía ligur, melancólica y tierna. Un círculo de nubes, con estrías algodonosas, ocupaba el horizonte circular. En el centro de la amplia desgarradura, las estrellas palidecían en el cenit. El alba se asomaba por Oriente.

Memnonés se sintió provisto de una fuerza y una paz desconocidas. En el silencio de esa noche, lo había penetrado el Alma del mundo. La voz de la Luz seguía hablándole, y así oía: «Ya es hora de que los hombres se acuerden de su origen y su final. Ay de los que olviden al cielo por la tierra o la tierra por el cielo. Sólo se conquista la eternidad por la vida».

Memnonés empezaba ya a sentir el poder de transmutar su vida en amor y su amor en acción. Porque había renunciado a todo se convertía en un maestro.

La fusión de Alciona con su genio le había revelado la esencia de las cosas. Como un hachón arrancado al arcano divino, llevaba consigo esa antorcha lejos de la ciudad destruida de Pompeya. Así, la Enea de Virgilio lleva de la ciudad derrumbada de Troya un hachón encendido a su altar humeante:

Æternumque adytis effert penetralibus ignem.

Pero no era de una ciudad mortal ni de un altar de piedra de donde Memnonés había tomado su luz. Era del sol de las almas, era del corazón de Dios que había descendido hasta su propio corazón: fuego vivo, rayo eterno capaz de alumbrar millones de almas...

Capítulo XXIII

LA BARCA DE ISIS

El sol aún no había salido, el viento corría sobre el estremecido mar, cuando Helvidio y Helvidia, llevando a sus dos hijos de la mano, salieron del interior del trirreme y subieron al puente. Memnonés se reunió con ellos y los tres tomaron asiento cerca de la gran urna de bronce que encerraba las cenizas calientes del altar doméstico. Helvidio y Helvidia no se atrevían a mirarse por temor a leer en sus ojos las angustias del pasado mes y los dolores de la víspera. Seguían con tristeza el juego de las olas innumerables del mar sin límites, su única patria por el momento. Les sorprendió la sonrisa de aquel cielo límpido que parecía no saber nada de la catástrofe abatida sobre Herculano y Pompeya. Cuanto a Memnonés, retenía en el fondo de su ser la esencia de su sueño, como la concha de nácar encierra en su seno la perla inmaculada en el fondo tranquilo de los mares donde no llegan las tempestades.

Helvidia, que había puesto sus manos heladas sobre la ardiente urna, rompió el silencio.

—Todavía está caliente —murmuró vertiendo una lágrima—. El fuego se conserva bajo las cenizas...

Helvidio tocó el bronce a su vez, y luego, señalando el cofre de palma que Memnonés tenía bajo el brazo y que encerraba los libros de Hermes, observó:

—Llevamos el fuego sagrado del hogar y la santa tradición. Con esto puede fundarse una nueva ciudad.

—Las ciudades pasan —sentenció Memnonés— y los imperios se derrumban, pero la barca de Isis prosigue su ruta.

—¿Ves, madre? ¡Son alciones! —gritó el hijo mayor de Helvidio.

Helvidia siguió con la mirada el vuelo de las blancas gaviotas que volaban sobre el trirreme para perderse como pajuelas de plata en la zona opalina del horizonte, hacia el norte, como señalando el rumbo a los exiliados.

—¡Dichosos alciones! —exclamó Helvidia—. ¿Pero dónde está nuestra Alciona?

Entonces se cubrió el rostro llorando.

Memnonés palideció. Experimentó un gran escalofrío pero se dominó y, colocando una mano fraternal sobre la cabeza de la joven, murmuró:

—Ten serenidad, Helvidia. Alciona está lejos de aquí, en el esplendor y en el júbilo, pero siempre estará con nosotros como la Victoria que planea sobre la vida.

Sin embargo, las costas huidizas de Italia habían desaparecido ahogadas por la bruma. Detrás de la barra de color pardo anaranjado, que cerraba el horizonte, la Aurora mostraba su semblante rosado en un cielo malva. Una ráfaga de viento curvó el mástil y sacudió el trirreme sobre su quilla. Los niños rodaron por el puente y su madre, asustada, lanzó un rugido de leona ayudando a su hijo menor a ponerse en pie.

Por fin, el sol atravesó las nubes. La mitad de su disco de oro apareció sobre la bruma y mil puntas de fuego brillaron en el azul translúcido del Mediterráneo. De nuevo, una enorme ola hizo tambalearse el barco.

—¡El trirreme va a hundirse! —gritó el pequeño Helvidio, abrazándose a su madre.

Pero el hijo mayor rió gozosamente:

—*Fluctuat nec mergitur*. ¡Corre y no se hunde!

Luego, su voz cristalina de niño proclamó:

—¡El sol! ¡El sol!

Y su manita triunfal indicó el astro rey, surgiendo por entero y resplandeciendo con todos los colores en arco iris a través de la espuma burbujeante de las olas.

Entonces, todos se pusieron de pie y saludaron al sol de los vivos.

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

El Velo

I. ¡Himeneo! ¡Himeneo!.....	13
II. La pareja elegida	22
III. Ombricio	33
IV. Memnonés	39
V. El Alción.....	45
VI. La profetisa	56
VII. Anteros	64

LIBRO SEGUNDO

El Rayo

VIII. El guardián del umbral.....	71
IX. El jardín de Isis.....	79
X. En el templo.....	87
XI. Hedonia Metella.....	99
XII. Maestro y discípulo.....	113
XIII. El juramento de Hécate.....	122
XIV. El beso de Anteros	134

LIBRO TERCERO

Tinieblas

XV. En el tepidario.....	145
XVI. Maleficio.....	151

XVII. Magia blanca y magia negra	161
XVIII. El regreso del cónsul.....	176
XIX. La flor de loto.....	186

LIBRO CUARTO

La Luz

XX. Luz en la prisión	197
XXI. La pira	204
XXII. El sueño de Memnonés	212
XXIII. La barca de Isis	217